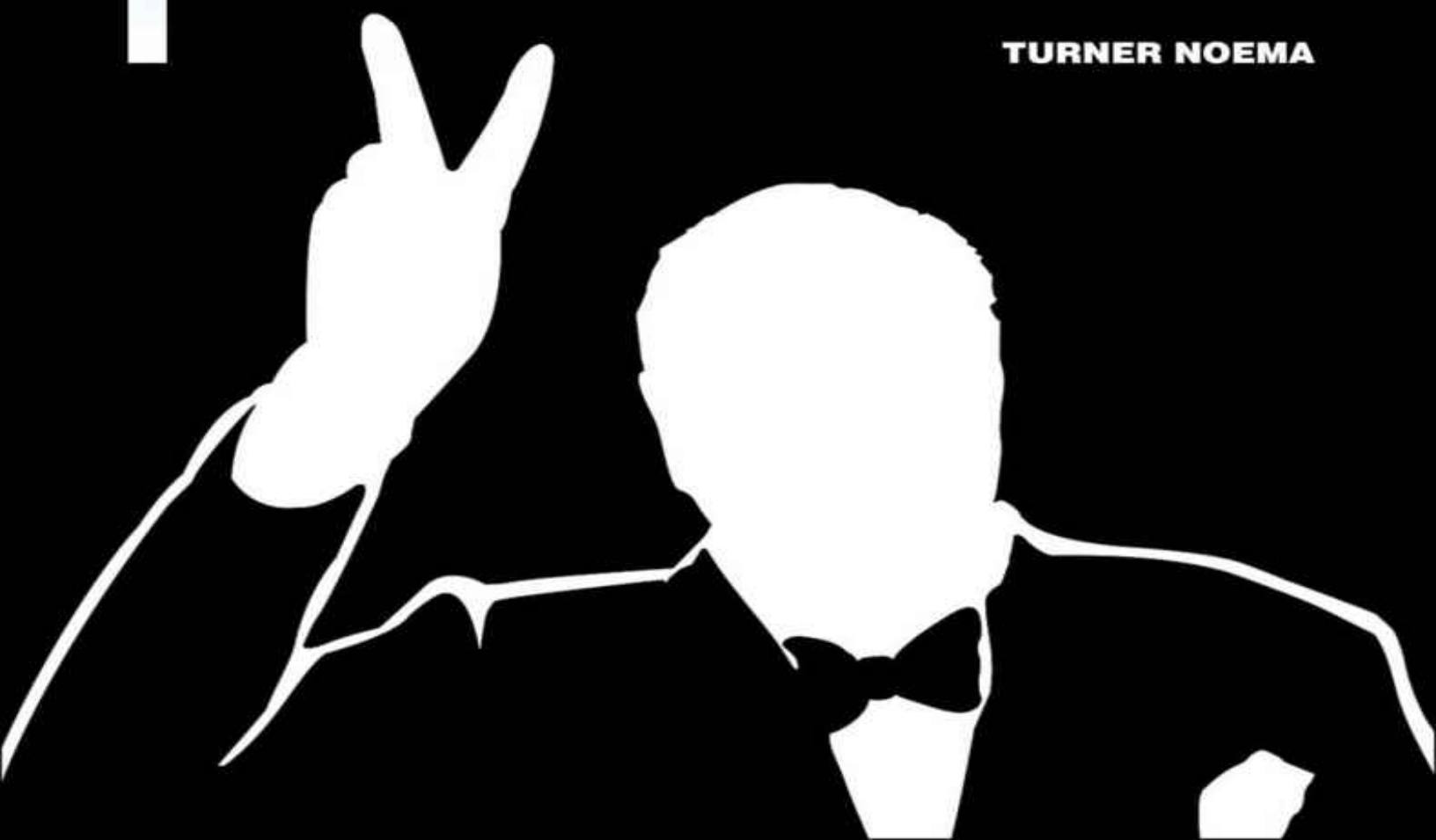
Las personas de la historia

Sobre la persuasión y el arte del liderazgo

MARGARET MACMILLAN



TURNER NOEMA

Las personas de la historia

Sobre la persuasión y el arte del liderazgo

Las personas de la historia

Sobre la persuasión y el arte del liderazgo

MARGARET MACMILLAN

TRADUCCIÓN DE MARÍA SIERRA

COLECCIÓN NOEMA

Las personas de la historia.
Sobre la persuasión y el arte del liderazgo

Primera edición en español: 2017

Coedición:
Editorial Turner de México, S.A. de C.V.
Secretaría de Cultura
Dirección General de Publicaciones

© 2015, Margaret MacMillan and Canadian Broadcasting Corporation
© Traducción del inglés: 2017, María Sierra

D.R. © 2017, Editorial Turner de México, S.A. de C.V.
Francisco Peñuñuri 12
Col. del Carmen, Del. Coyoacán, C.P. 04100
Ciudad de México
www.turnerlibros.com

D.R. © de la presente edición:
Secretaría de Cultura
Dirección General de Publicaciones
Avenida Paseo de la Reforma 175,
Col. Cuauhtémoc, C.P. 06500,
Ciudad de México
www.cultura.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad
de Editorial Turner de México, S.A. de C.V.

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la
fotocopia o la grabación, sin la previa autorización
por escrito de los editores.

ISBN: 978-607-7711-15-5, Turner
ISBN: 978-607-745-685-8, Secretaría de Cultura

Depósito Legal: M-26860-2017

Impreso en España / *Printed in Spain*


CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA


TURNER

Para mis alumnos de las universidades de Ryerson,
Toronto y Oxford, que me enseñaron a explicar la historia.

ÍNDICE

I **La persuasión y el arte del liderazgo**
II **La arrogancia**
III **La osadía**
IV **La curiosidad**
V **Observadores**

Una nota sobre la terminología
Una nota sobre las lecturas
Bibliografía y sugerencias de lectura
Agradecimientos

I

LA PERSUASIÓN Y EL ARTE DEL LIDERAZGO

Me gusta imaginar la historia como una casa desordenada y llena de anexos. En las últimas décadas, los historiadores han ido abriendo el foco, y ahora añaden a la historia política, económica o intelectual el estudio de las emociones, las actitudes, los gustos o los prejuicios (e incluso, dentro de una tendencia que cada vez encuentro más tediosa, los historiadores se miran más a sí mismos, a cómo "crearon" ellos el pasado). Y en esa casa que es la historia hay quienes piensan en siglos y quienes se centran en un instante en particular. Algunos historiadores prefieren tratar los grandes cambios que han tenido lugar en la historia de la humanidad, a lo largo de los milenios incluso. Analizan el paso de la caza a la agricultura, o el crecimiento de las ciudades, o estiman el crecimiento de la población, las migraciones o la producción económica. El gran historiador francés Fernand Braudel defendía que el verdadero objeto de la investigación histórica era trascender la superficie de los hechos y descubrir las tendencias a largo plazo, lo que él llamaba *la longue durée.* Veía la historia del ser humano como un gran río de curso lento, cuya corriente se ve más afectada por la geografía, por el entorno y por los factores sociales y económicos que por los hechos transitorios o puntuales (a los que llamaba "la espuma"), como los de la política o las guerras. Y aunque la biografía de uno no puede explicarlo todo, quizá no sea coincidencia que Braudel pasara la Segunda Guerra Mundial en un campo para prisioneros de guerra en Alemania. Desde esa perspectiva, *la longue durée* debió de brindarle la esperanza de que el nazismo

desapareciera algún día, como un mal sueño, a medida que la historia fuera avanzando.

Pero no podemos dejar de lado el corto plazo con tanta facilidad. Las ideas y los cambios súbitos en la política, en las modas intelectuales, en la ideología o en la religión también tienen importancia. Piense el lector en el increíble crecimiento que ha experimentado el fundamentalismo en unas religiones tan distintas como el cristianismo, el hinduismo o el islam, en las dos últimas décadas. Los historiadores hacen bien en analizar los momentos clave, que señalan o ponen en movimiento los grandes cambios, tales como la toma de la Bastilla, que marcó la revolución francesa; o el asesinato del archiduque en Sarajevo, que dio pie al estallido de la Primera Guerra Mundial. Y también pueden tomar un incidente de apariencia poco significativa y usarlo para iluminar toda una época, como hizo Natalie Zemon Davis con la Francia del siglo XVI al narrar el retorno de Martin Guerre (que volvió para exigir que un impostor que se hacía pasar por él le devolviera sus posesiones y a su mujer).

Tampoco podemos dejar de lado el papel de los individuos, se trate de pensadores, artistas, emprendedores o líderes políticos. Si Albert Einstein no hubiera desentrañado la naturaleza del átomo a principios del siglo XX, ¿hubieran sido capaces los aliados de desarrollar la bomba atómica durante la Segunda Guerra Mundial? Otra cuestión, lógicamente, es qué habría hecho Alemania en el caso de que los nazis no hubieran empujado a Einstein y a muchos otros físicos al exilio, y en consecuencia a ponerse al servicio de los aliados. Es casi seguro que, sin la bomba, la guerra de los aliados contra Japón se hubiera prolongado con grandes sufrimientos durante al menos otro año. ¿Y qué hubiera sucedido si el mundo no hubiera llegado siquiera a desarrollar las armas atómicas? En el siglo XIX, cuando Europa experimentaba los inmensos cambios que trajo consigo la revolución industrial, Karl Marx tomó muchas de las ideas políticas, económicas y sociales que andaban circulando y las convirtió en un paquete coherente y en apariencia irrefutable, que no solo explicaba el pasado sino que predecía el futuro. Varias generaciones de hombres y mujeres de todo el mundo han creído en

el marxismo como sus antepasados en la religión, a modo de verdad revelada, y de ahí que trataran de cambiar el mundo de acuerdo con sus preceptos.

Además, en ciertos momentos realmente sí que tiene importancia quién está al volante, o quién se encarga de hacer los planes. La guerra fría podría haber terminado de una forma muy distinta, o no haber acabado, si el líder de la Unión Soviética hubiera sido otro en vez de Mijaíl Gorbachov, que en 1980 no estaba dispuesto a recurrir a la fuerza ni para aferrarse al imperio soviético de Europa oriental ni para mantener en el poder al partido comunista en la propia Unión Soviética. Los líderes comunistas chinos reaccionaron de forma muy distinta al encontrarse con actos de disensión, y de ahí su demostración de poder en la plaza de Tiannamen en 1989. Si la corte suprema estadounidense hubiera decidido en otro sentido sobre el recuento de votos en Florida en el año 2000, George W. Bush no hubiera sido presidente y Al Gore, siéndolo, no se hubiera rodeado de los mismos asesores halcones y es de imaginar que hubiera resistido la tentación de invadir Irak.

A partir de los temas que he elegido para mis libros (que, sobre todo en el caso de los últimos, han sido los momentos clave de la historia internacional, como el inicio y el fin de la Primera Guerra Mundial) encuentro que tengo que prestar atención a los individuos. Si ese hombre conflictivo y errático que era káiser de Alemania en 1914 hubiera sido rey de Albania (como uno de sus parientes lejanos), no hubiera podido hacerle demasiado daño a Europa. Pero Guillermo II dirigía una potencia de gran capacidad económica y militar, en pleno centro del continente. Y, peor aún, bajo la imperfecta constitución alemana disponía de un poder considerable, especialmente en el ámbito de la política exterior y en el militar. Al final, fue el hombre que tuvo que firmar la orden que llevó a Alemania a la guerra. Y de ahí que sea imposible contemplar las causas de aquel conflicto catastrófico sin analizar a Guillermo, o a su primo Nicolás, que en su calidad de zar de Rusia tenía un poder y una responsabilidad equivalentes. Y, ¿podemos escribir la historia del siglo XX como es debido sin analizar los papeles que desempeñaron

los líderes democráticos como Margaret Thatcher, Franklin Delano Roosevelt, Winston Churchill o William Lyon Mackenzie King, y todavía más los de los grandes tiranos como Hitler, Mao, Mussolini o Stalin?

Por desgracia, los propios biógrafos, al igual que los historiadores que se basan en las biografías, llevan mucho tiempo sufriendo las miradas suspicaces de gran parte del gremio historicista, que los mira con desdén, considerándolos aficionados que captan la historia a saltos, o los acusa de ignorar la sociedad y de centrarse demasiado en los individuos, asumiendo erróneamente que "los grandes hombres" o "las grandes mujeres" hacen historia. A Thomas Carlyle, escritor e intelectual del siglo XIX, se lo saca mucho a relucir como el exponente de la teoría de que las figuras clave –a los que él llamaba héroes– son los que moldean el pasado. En el mundo académico, este punto de vista se respeta poco (aunque, como es de esperar, a los grandes hombres de negocios les suele parecer bastante atractivo), y eso es una injusticia para con Carlyle, cuya visión de la historia era algo más compleja, y que en uno de sus ensayos se preguntaba: "¿Quién fue el mayor innovador, el personaje más importante de la historia humana, el primero que hizo a sus huestes cruzar los Alpes, y venció en Cannas y en Trasimene, o el patán vagabundo que fue capaz de forjarse a martillazos una espada de hierro para uso propio?". Según decía, la sociedad era en sí un producto del trabajo y de la vida de innumerables seres humanos, y de ahí que la historia sea "la esencia de incontables biografías". Aunque a Carlyle se le recuerda más por sus trabajos sobre los héroes, él no los veía tanto como hacedores de historia, sino más bien como personas que recogían el sentimiento de una época en particular, o que fueron capaces de ver con más claridad hacia dónde se dirigía la sociedad o qué necesitaba.

Carlyle entendió que el secreto de la buena biografía –y, de hecho, de la buena historia en general– radicaba en entender esa relación entre los individuos y sus sociedades. Y, para entender a las personas del pasado, debemos partir de respetar el hecho de que

tenían sus valores propios y su propia forma de ver el mundo, formados por unas estructuras sociales y políticas diferentes y con unas ideas que salían de fuentes muy distintas a las nuestras. A veces, nos cuesta mucho entender cómo pensaban. El gran historiador británico James Joll hablaba de los "supuestos implícitos" de una época: ese tipo de cosas que la gente no dice porque se dan por hechas generalizadamente. Tampoco nosotros nos tomamos muchas veces el trabajo de explicar por qué, por ejemplo, pensamos que la democracia es la mejor forma de gobierno: en las sociedades occidentales solemos dar por supuesto que es así.

De ahí que debamos ubicar siempre a las personas en el contexto de su tiempo, y recordar que no podemos esperar que pensaran en cosas que no se habían descubierto o expresado aún. Los romanos, como sabemos gracias a los historiadores, tenían unas ideas sobre la familia y el honor muy distintas a las nuestras. Los bizantinos vivían en un mundo donde lo invisible tenía tanta importancia como lo que veían. Y, por otra parte, no debemos olvidar nunca que las personas de antes eran igual de humanas que nosotros. En este libro voy a analizar a algunas que fueron muy importantes por las cosas que hicieron, pero también a otras que nos cuentan cosas sobre nosotros, sobre sí mismos, sobre sus contemporáneos y sobre el mundo en el que vivían. Los ácidos retratos que escribió en el siglo XI Miguel Pselo nos hablan del para nosotros remoto imperio bizantino, y de los hombres y las mujeres que lo gobernaban, a partir de los detalles que añadía; por ejemplo, sabemos que la emperatriz Zoe, una mujer rellenita y rubia, que en 1042 estaba al frente del imperio junto con su hermana menor, era mucho más generosa que Theodora, y que esta era flaca, habladora, tacaña y bastante aburrida. Las memorias de Madame de la Tour du Pin nos ayudan a entender cómo era la vida durante la revolución francesa y la experiencia de pasar, como hizo de ella, de camarera de María Antonieta a granjera en el norte del estado de Nueva York, ordeñando las vacas. Un simple objeto nos abre a veces las puertas del pasado. Aún recuerdo la primera exposición que exportó China tras la revolución cultural. Los que fuimos a verla nos quedábamos

maravillados con los leopardos de oro o con el traje de jade que se había confeccionado para darle la inmortalidad a una princesa fallecida mucho tiempo antes, pero a mí lo que más me conmovió fue un bollito seco: el resto olvidado de un almuerzo que se había llevado al tajo un obrero de los que hicieron la tumba, igual que un albañil de hoy.

La gente de antes, como nosotros, se enfrentaba a desafíos vitales, aunque sus preocupaciones fueran muy distintas. Ya no tenemos, por suerte, la peste negra, pero hace varios siglos tampoco ellos corrían el riesgo de la aniquilación nuclear. Y sin embargo, aunque es nuestra obligación tener en cuenta las diferencias entre lo de antes y lo de ahora, reconocemos en aquellas personas unas características familiares: también tenían ambiciones y temores, amores y odios. Podemos compartir sus placeres y sus penas, y comprender la forma en que manejaban sus conflictos y tomaban decisiones. Oír una voz que nos llega cruzando las décadas o los siglos y nos recuerda que compartimos un carácter humano común es un placer muy especial. Leemos a los grandes escritores de diarios, como Samuel Pepys, o como James Boswell, porque nos resultan unos seres humanos divertidos e interesantes.

Michel de Montaigne, un acaudalado noble francés que vivió en el conflictivo siglo XVI, todavía nos interesa, como le ha interesado a todas las generaciones que nos separan de él, porque sus escritos son una exploración de la condición humana. Los ensayos de Montaigne nunca estaban terminados, porque trataban sobre todo de él mismo: sobre sus ideas, sus emociones y reacciones y, como repetía a menudo, estas y él cambiaban sin cesar. "Estamos hechos por completo de trozos y piezas –escribió–, unidas de formas tan diversas y tan amorfas que cada una de ellas tira hacia un lado constantemente. Y somos tan distintos cada uno de sí mismo como cada uno de los demás".

A la edad de treinta y ocho años, Montaigne se retiró de la vida pública y se dedicó a gestionar sus posesiones y a meditar en la torre más remota de su *château* (con su mujer bien a recaudo y a distancia en su propia torre al otro extremo). Allí, en su nutrida

biblioteca, escribía, revisaba y seguía escribiendo. Le encantaba plantearse preguntas: ¿por qué nos enfadamos con los objetos inanimados? ¿Por qué de repente nos desborda una emoción? ¿Y por qué, quisiera yo saber, la cabeza se nos va tan lejos? Desde luego, la suya se iba muy lejos. En sus ensayos, aparece muy a menudo alguna llamada al orden, como "Volvamos al tema", pero no sirve de nada. Empieza a hablar de un asunto y enseguida se pierde en bifurcaciones y meandros. En mitad de un largo ensayo sobre un teólogo de su época, nos encontramos a Montaigne intentando decidir cuál es la mejor postura durante el acto sexual para que la mujer se quede embarazada. En otro de sus ensayos, titulado "De los vehículos" empieza hablando de los medios de transporte pero incluye, entre otras muchas cosas, varias reflexiones sobre por qué los monarcas precisan del lujo grandilocuente, o sobre el descubrimiento, entonces reciente, del nuevo mundo (con varias observaciones sarcásticas sobre lo fatuos que son los europeos si se creen más civilizados que los pueblos hallados allí) y el temor a la muerte. Añade además algunas consideraciones sobre la moda: "Cuando yo era menor de edad gustaba de adornarme, a falta de mejor ornamento, y me sentaban bien los perifollos; hay hombres en quienes los trajes hermosos lloran". Montaigne es divertido, sensato y vivaz. "Si no sabes cómo morir, no te preocupes: la naturaleza te lo enseñará a su debido tiempo". Leer a Montaigne, como dijo Sarah Bakewell, que ha escrito un libro maravilloso sobre él, "es experimentar sucesivos sobresaltos de familiaridad, que dejan en nada los siglos que lo separan del lector del siglo XXI".

Y sin embargo, Montaigne nos cuenta cosas sobre su propia época y las preocupaciones de entonces: la fascinación de su redescubrimiento del mundo clásico, por ejemplo, o por el hallazgo de los nuevos, como las Américas o el lejano oriente. Se pregunta, quizá porque vivía en unos años muy convulsos, qué hace que un gobierno sea bueno o malo. Durante gran parte de la vida de Montaigne, Francia sufrió el desgarro de las guerras entre católicos y protestantes, y reflexiona a partir de ellas sobre cómo la religión puede llevar al mal. Aunque él era un buen católico, a Montaigne le

horrorizaba la intolerancia de ambos bandos: "Tómenla a tuertas o a derechas, digan negro o blanco, todas la emplean de modo parecido, todos la ponen al nivel de sus empresas ambiciosas, todos la usan para realizar el desorden y la injusticia, de suerte que hacen bien dudosa y difícil de creer la diversidad de opiniones que alegan como justificación de sus actos en cosa de que depende la norma y ley de nuestra vida". Y señala con tristeza que los franceses se han habituado a la crueldad y la malicia.

Todas las personas a las que he elegido para hablar de ellas aquí, cada una a su manera, han puesto su granito de arena en la historia, algunos haciéndola, otros registrándola, y otros de las dos formas. Hubo líderes, como Franklin Delano Roosevelt o Iósif Stalin, que se ganaron la fama dirigiendo las corrientes de la historia y desviándolas en una dirección en lugar de otra. Y luego están los que se enfrentaron a esas corrientes, los intrépidos hombres y mujeres que se convirtieron en exploradores y aventureros, muchas veces pagándolo muy caro. Y hay aun quienes, como Montaigne, se hicieron más conocidos por su capacidad de observación, por quedarse en los márgenes. Sin embargo, si nos faltaran esas personas que registraban los hechos, los que redactaban diarios o cartas, los que escribían sus pintadas en los muros y hasta los que enterraban la basura, los historiadores careceríamos de las pruebas que nos hacen falta para examinar el pasado.

En los primeros tres capítulos de este libro me voy a concentrar en algunas personas de las que se puede decir que dejaron su impronta en la historia; qué cualidades eran las que poseían, y qué circunstancias les permitieron convertirse en líderes o al menos en seres capaces de correr riesgos. ¿Por qué actuaron como lo hicieron? Todos los líderes de los que me voy a ocupar tenían un conocimiento instintivo del estado de ánimo de su época, y sin embargo algunos decidieron construir consenso y otros hicieron valer su voluntad a golpe de decretos y de fuerza. Pero ambos tipos de líderes tuvieron opciones, y la capacidad de dirigir la historia hacia un camino en lugar de otro. A continuación, pasaré a observar la cualidad particular de la osadía, la de los individuos que corren riesgos, que

dan pasos hacia lo desconocido. ¿Qué les impulsa? ¿Y en qué cambiaron las cosas? En los dos capítulos finales, dejaré a quienes cambiaron el curso de la historia para fijarme en el tipo de personas con los que uno quisiera disfrutar de una cena amenísima (personas que, a diferencia de muchos líderes, no hablarían todo el rato, sino que escucharían). Algunos de estos últimos ocuparon puestos poderosos, como Babur, emperador de la India, mientras que en otros casos se tratará de una señora inglesa de clase media, pero todos compartían una intensa curiosidad hacia el mundo, y una refrescante libertad respecto a los prejuicios y las sentencias de su época. Algunos eran viajeros vocacionales, que a menudo sufrieron condiciones de gran incomodidad e incluso de peligro, mientras otros se quedaron donde estaban, observando lo que sucedía a su alrededor.

Para mí, las personas de la historia son esas que destacan respecto al fondo, como una *madonna* en un cuadro renacentista, como los recortables que se ponen de pie en un libro infantil troquelado, como ese rostro particular en el que se fija la cámara de cine cuando recorre una multitud. Aunque una vida no puede reflejar por completo toda una época, sí puede iluminarla y despertarnos el deseo, y hasta la obligación, de saber más. Catalina la Grande fue una persona fascinante, una mujer de pasiones intensas y de una determinación igualmente intensa, pero para entenderla de verdad necesitamos hacernos preguntas sobre su época. ¿Qué era Rusia en el siglo XVIII, especialmente para una joven que llegaba de un pequeño condado alemán? ¿Qué valores traía consigo, y cuáles adquirió en su nueva vida? Catalina fue capaz de sobrevivir y de prosperar en el traicionero y peligroso mundo de la familia imperial rusa, y con el tiempo de llegar a dejar su huella allí, como en toda Europa. El tamaño y el peso de la Rusia de hoy le deben mucho a sus conquistas, y lo mismo se puede decir, al menos en parte, de sus complicadas relaciones con sus vecinos occidentales. Otto von Bismarck tenía una personalidad inmensa, que hubiera agitado las aguas de cualquier sociedad en que se colocara, pero tuvo la suerte (quizá no se pueda decir lo mismo de gran parte de Europa) de

disfrutar de un buen escenario sobre el que actuar. Basta con seguir a Bismarck a lo largo de su vida para conocer la emergencia de Alemania como estado independiente, y lo que eso significó para su época y para la posteridad.

El liderazgo, que es mi tema de partida, es un asunto que está hoy muy de moda. Buscando en internet aparecen literalmente millones de enlaces a cursos de liderazgo. Parece que el mundo entero, desde las escuelas de negocios a Oprah Winfrey, anda en el negocio de enseñarles a los demás a triunfar como líderes, y muy a menudo prometen conseguirlo en solo unas pocas horas o unos pocos días. Le hacen a uno pensar cómo es posible que aún quede alguien desempeñando el papel de seguidor. Pero, como ha señalado el historiador estadounidense Garry Wills, no todo el mundo puede, ni quiere, ser líder. El triunfo del liderazgo depende, entre otras cosas, de algunas cualidades inherentes, como la habilidad de motivar e inspirar a los demás, pero todos conocemos a alguien de gran talento que nunca llegó a tanto como prometía.

Durante muchos años, los demócratas estadounidenses vivieron en la esperanza de que Adlai Stevenson llegara a ser otro Franklin Delano Roosevelt. Stevenson tenía el mismo tipo de contactos sociales, y el brillo, el encanto y la voluntad reformista. Y sin embargo, no estaba a dispuesto a bregar para salir elegido; los votantes reconocerían su talento sin necesidad de mayores esfuerzos por su parte, o así lo dio por sentado. Y tampoco estaba dispuesto a pronunciarse demasiado. Siendo era embajador de su país ante las Naciones Unidas, secundó a su gobierno, que negaba haber estado implicado en el frustrado intento de derrocar a Fidel Castro con la invasión de Bahía Cochinos. Al darse cuenta de que también le habían mentido a él, se puso furioso contra el presidente Kennedy, pero ante un amigo dejó claro que no estaba pensando ni en enfrentarse públicamente con él ni en dimitir. “Eso sería quemar mis naves”, dijo. En cualquier caso, estaba disfrutando mucho, demasiado, de hallarse en las Naciones Unidas y en los círculos

sociales de los diplomáticos. Stevenson murió joven, y sus obituarios insistieron mucho en las grandes esperanzas que se habían depositado en él, sin resultados al final.

La persona que triunfe como líder debe tener, para empezar, ambición, e incluso una ambición implacable. David Lloyd George, que llegaría a primer ministro británico, era joven y pobre, y vivía en una remota esquina del norte de Gales, cuando le escribió a la mujer con la que esperaba casarse: "Mi idea suprema es ser alguien, y lo voy a sacrificar todo a esta idea… excepto, espero, la honradez. Estoy dispuesto a dejar que la fuerza de mi *Juggernaut* atropelle hasta al amor si se le interpone…". Hoy, esta franqueza nos chocaría mucho. Aunque se considera perfectamente correcto querer triunfar en el mundo financiero, en Silicon Valley o en un deporte, en los políticos la ambición se ve como algo censurable. La serie *House of Cards,* tan celebrada, muestra un Londres (y un Washington, en su versión americana) donde los políticos mienten y hacen trampas y tratan de alcanzar el poder sin medir los límites ni pararse en barras. Deberíamos recordar que, en otros tiempos y en otros lugares, la ambición política despertaba admiración. En la Roma de la república, como ha destacado Tom Holland en su fascinante libro *Rubicón,* de los jóvenes que ya eran ciudadanos se esperaba que participaran en la vida pública y que se esforzaran por servir al gobierno. Sus conciudadanos serían los jueces de esa tarea porque, según dijo un observador: "Los romanos, más que ninguna otra nación, perseguían la gloria y abrigaban grandes deseos de ser alabados". En latín, el término *honestas* significaba a la vez reputación y excelencia moral. Si la ambición se centraba puramente en la ganancia para uno mismo, era una fuente de vergüenza y de censura.

Pero la ambición, por sí sola, no basta nunca para crear líderes que triunfen; necesitan persistencia y aguante. Winston Churchill sufrió un revés tras otro en el curso de su larga carrera. En 1915, se vio obligado a dimitir de su cargo como primer lord del Almirantazgo a consecuencia del fracaso de las ofensivas aliadas en Galípoli y, aunque consiguió volver al gobierno en 1917, su posterior decisión de abandonar a los liberales y unirse a los conservadores provocó

que ambos bandos desconfiaran de él. Durante la década de 1930, vivió en una relativa oscuridad y, aunque nunca cesó de aspirar al cargo máximo, su carrera parecía acabada. Si no llega a estallar la Segunda Guerra Mundial, muy posiblemente nunca hubiera salido de los escaños más remotos, y hoy solo lo recordarían unos pocos especialistas en ese periodo.

El sentido de la oportunidad y la buena suerte son quizá lo que más marca la diferencia entre quedarse en la oscuridad de las bambalinas y triunfar en el centro del escenario. Napoleón Bonaparte venía de una familia modesta de la isla de Córcega, que fue capaz de mover los suficientes hilos (y de asignarse un linaje lo suficientemente noble) como para que el hijo entrara en la École Militaire, donde se formaban los oficiales. Un chico de provincias, sin fortuna ni relaciones, no hubiera podido abrigar la esperanza de ascender a general, y mucho menos a mandatario de Francia, si no llega a ser por la revolución francesa, que hizo añicos las anteriores estructuras de gobierno. La subida de Napoleón al poder fue posible gracias a la revolución. Su gran general de caballería, Joachim Murat, hijo de un posadero, no hubiera podido ni entrar en la escuela de oficiales antes de 1789 pero, gracias a la revolución y a sus propios talentos, Murat llegó a mariscal de Francia y a rey de Nápoles y de Sicilia.

Napoléon fue un dictador que ejerció lo que el gran sociólogo alemán Max Weber describía como "el liderazgo carismático". Estaba al mando no por su cargo, sino por su carácter. Su encanto, su extraordinaria memoria y su igualmente extraordinaria capacidad de trabajo, su asombrosa habilidad para tomarle la medida al enemigo durante la batalla y aprovechar el momento de vacilación en sus filas… todos estos factores crearon a un individuo que podía empujar a los demás a luchar y a morir. Su gran oponente, el duque de Wellington, que no era un hombre dado a la exageración, decía que la presencia de Napoleón en el campo de batalla valía por cuarenta mil soldados.

Los tres hombres en quienes me voy a concentrar a continuación –Otto von Bismarck, William Lyon Mackenzie King y Franklin Delano

Roosevelt– eran en muchos aspectos muy distintos de Napoleón, y no solo porque lo fueran sus tiempos y sus circunstancias. Pero, como él, fueron capaces de maniobrar entre los objetivos a largo plazo y las tácticas inmediatas, poseían a su vez la habilidad de percibir los estados de ánimo y las corrientes de su época y podían, cuando era necesario, aprender de sus fracasos y cambiar de táctica, aunque no de opinión. Y, lo que es igualmente importante, el curso de la historia les dio una oportunidad, y ellos la aprovecharon.

Nos cuesta recordar lo joven que es Alemania como país (cuatro años más joven que Canadá, de hecho) y damos por supuesto que, a pesar de su turbulenta y torturada historia, estaba escrito que llegara a existir. El nacionalismo fue una fuerza poderosa, quizá irresistible, en la Europa del siglo XIX, y el nacionalismo germano era una de sus más poderosas manifestaciones. Los poetas, los maestros y los políticos se habían ocupado, muchas veces de forma deliberada, de crear la imagen de un pueblo alemán unido por el idioma y los valores compartidos. Los hermanos Grimm no recogieron los cuentos de hadas alemanes para divertir ni asustar a varias generaciones de niños, sino para demostrar que había una cultura alemana única. Los historiadores escribían sobre una nación distintiva, que había resistido el paso de los siglos; qué significado político tenía eso, sin embargo, estaba aún por decidir a mediados del siglo XIX. Durante las revoluciones de 1848, fueron muchos los nacionalistas que tuvieron la esperanza de que la confederación alemana, bajo la que se unían unos treinta y nueve estados y territorios germanoparlantes (entre ellos, las zonas alemanas del imperio austriaco), fuera capaz de dotarse de una constitución nueva, más liberal, y reforzarse quizá bajo el mando del rey de Prusia o del emperador de Austria. Otros preferían quedarse como estaban. No era inevitable en absoluto que apareciera un único estado alemán; a fin de cuentas, los angloparlantes del mundo no se veían ni se ven como miembros de una misma unidad política. El nacionalismo alemán podría haber cursado en direcciones distintas,

quizá haciendo de amalgama para algunos de los territorios alemanes separados, y dando pie a la creación de unos pocos estados germanos con autogobierno: Baviera, Prusia, la Sajonia y las zonas alemanas del imperio austriaco (gran parte de las cuales se convertirían más adelante en el pequeño estado de Austria).

De no ser por Otto von Bismarck, Alemania –como la hemos conocido en los siglos XIX y XX– muy posiblemente no hubiera existido. Gordon Craig, uno de los más destacados historiadores de la Alemania moderna, no tiene reparos en empezar su historia del país con Bismarck. "Si él no hubiera llegado a lo más alto en la política prusiana –dice Craig–, es probable que la unificación de Alemania se hubiera producido igualmente, pero con seguridad no al mismo tiempo ni de la misma manera en que se produjo". El imperio austriaco tenía la historia de su parte, porque siempre había sido la fuerza dominante entre los estados germanos. Los Habsburgo, sus gobernantes, llevaban siglos monopolizando casi por completo el título de Sacro Emperador Romano y dominando así, al menos en teoría, todos los territorios germanos, y de paso gran parte del resto de Europa. Tenían fuertes lazos históricos y dinásticos con la mayoría de los estados germanos, sobre todo con los del sur, donde las familias dominantes eran católicas, como los propios Habsburgo. Y muchos de estos estados alemanes –Baviera, por ejemplo– miraban a Prusia con temor y desconfianza.

El hecho de que la unificación, cuando llegó, se realizara no bajo la égida del imperio austriaco sino de Prusia tuvo mucho que ver con el hombre que se convirtió en el primer ministro de ese país. Guillermo I de Prusia, desesperado, nombró a Bismarck en 1862 con la esperanza de que fuera capaz de resolver la crisis constitucional interna. El rey no tenía la menor intención de enfrentarse con Francisco José, el emperador Habsburgo, ni de excluir a Austria de la Confederación Germánica, ni siquiera de reunir al resto de los estados germanos en una gran nación potente en cuyo trono estuviera él. Bismarck tenía otras ideas: su objetivo era una Alemania unida bajo el liderazgo de Prusia y bajo una corona prusiana. Y esto significaba meter en vereda a los demás estados

germanos y despojar a Austria de su papel dentro de la Confederación Germánica. Con este objetivo en mente, Bismarck estaba dispuesto a usar todo tipo de herramientas, desde la diplomacia hasta, como él mismo dijo en un discurso que se hizo famoso, "la sangre y el hierro". Bismarck no era belicista; más bien, podía usar la guerra para conseguir sus objetivos si le parecía la opción más eficaz. Además, sabía medir el momento, como también supo hacer Helmut Kohl más de cien años después, al ver tras la guerra fría que disponía por poco tiempo de una ventana durante la que reunificar las dos Alemanias. Desde el momento en que Guillermo le asignó el cargo de primer ministro hasta 1890, cuando el nieto de Guillermo (ya convertido en Guillermo II de Alemania) lo despojó de él, Bismarck dominó la política prusiana y luego la alemana y fue el dueño de las relaciones internacionales de Europa.

Ninguno de los líderes alemanes de su época le hizo sombra, ni por su brillantez como hombre de estado, ni por su carácter despiadado y cínico. Bismarck era implacable con sus subordinados y brutal con sus enemigos, que a lo largo de los años llegaron a ser muchos. Mentía sin vacilaciones y les echaba la culpa a los demás de sus fallos sistemáticamente. Sus ataques de cólera eran terroríficos y, aunque era cristiano, no parecía creer en el perdón ni en el olvido. Si alguien lo hacía enfadar o simplemente dejaba de parecerle útil, lo abandonaba sin vacilación. Un diplomático británico que llegó a conocerlo bien decía: "La parte demoníaca es más fuerte en él que en ningún hombre que yo haya conocido". Y sin embargo, también podía ser, cuando le apetecía, encantador y divertido. Bismarck alcanzó grandes logros con la mera fuerza de su personalidad, que, como casi todo lo suyo –incluyendo su energía, su capacidad de trabajo y su apetito– era grandiosa. (Dos huéspedes que se alojaron en su casa en cierta ocasión se quedaron boquiabiertos al ver la bacinilla de su cuarto, que era mucho mayor de lo normal).

Bismarck provenía de un entorno a primera vista poco propicio para crear una personalidad tan extraordinaria. Los de su clase, los júnkers prusianos, tenían fama de caballeros de campo, estólidos, temerosos de Dios y convencionales, hombres que se enorgullecían

de su genealogía, de los contactos familiares y de su servicio al estado prusiano, casi todos de carácter conservador, desconfiados del mundo moderno y de todo el que fuera distinto de ellos (lo que incluía a los liberales, a los capitalistas y a los judíos). A los júnkers tampoco les daban ninguna confianza los personajes vistosos y excéntricos; en su clase se valoraban cualidades como la modestia, la religiosidad, la capacidad de trabajo, el autocontrol… y la autodisciplina. Bismarck fue durante toda su vida profundamente hipocondriaco y sufría largos accesos de autocompasión. Los jóvenes de las familias júnkers acababan frecuentemente en la carrera militar y, en caso de necesidad, morían por Prusia sin queja alguna. Pero Bismarck hizo todo lo posible para librarse del servicio militar obligatorio y años después, con la desfachatez y el autobombo que ponía en gran parte de sus actos, aseguraba haber sido un soldado de lo más probo, feliz de vestir el uniforme de oficial, para indignación de los generales prusianos.

Los primeros años de Bismarck no dieron mucha indicación del fenómeno que llegaría a ser, y no parece que tuviera una infancia particularmente feliz. Sus padres eran una pareja muy poco unida: un hombre de carácter débil, bienhumorado, poco práctico y dominado por su mujer, que era bella, inteligente y fría. El hijo llegó a odiarla, a ella y a todas las mujeres que se le parecieran, como la mujer de su rey, Guillermo I. En la escuela primaria el joven Bismarck no destacó en nada, y según parece pasó gran parte de su época universitaria jugando y apostando. Su primer trabajo fue de oficina, y lo desempeñó con marcada pereza y contrayendo numerosas deudas. Cuando lo dejó para dedicarse a gestionar el patrimonio familiar, sus excéntricas hazañas le hicieron merecer el apodo de "el júnker loco": se le veía galopar como un poseído y, en cierta ocasión, pegó un tiro de pistola a la ventana de la habitación de unos invitados para despertarlos.

Bismarck además se aburría, tanto "que me dan ganas de colgarme", como le escribió a su padre en una carta. Y sin embargo, para entonces su suerte (que desempeña un papel importante en esta historia) estaba a punto de cambiar. En 1847, uno de los

delegados del distrito de Bismarck en el parlamento prusiano cayó enfermo de repente. Los júnkers, sorprendemente, se olvidaron de su desconfianza hacia Bismarck y lo eligieron para cubrir el hueco. El joven se dedicó a la política con entusiasmo y, lo que es más importante, descubrió que se le daba bien. Enseguida se ganó fama de persona a la que tener en cuenta… y de persona con muy pocos principios políticos. En cierta ocasión dijo: "Si tuviera que ir por la vida sobre la base de los principios me sentiría como quien avanza por un sendero angosto del bosque con un palo largo en la boca". Su única idea y guía en términos de política interior era conservar la fuerza del estado prusiano, y luego del alemán, y para Bismarck eso era sinónimo de un gobierno central fuerte en nombre del rey. (A pesar de que fuera el propio Bismarck quien ejerciera ese poder desde detrás del trono).

Cuando llegó al cargo máximo en 1862, tomó la costumbre de ganarse a los seguidores y dividir a la oposición apelando a los intereses particulares, ofreciendo incentivos o por la mera intimidación. Los liberales prusianos, que nunca habían sido muy partidarios suyos, acabaron por avenirse, entre otras cosas porque las sucesivas victorias en las guerras alemanas de unificación les despertaron el instinto nacionalista. A la clase obrera, cada vez más nutrida, y al movimiento socialista, les tapó la boca, al menos durante una temporada, con el sufragio masculino universal en las elecciones al nuevo Reichstag y con la promulgación del programa de beneficios sociales más avanzado e inclusivo de toda Europa. Sin embargo, nunca consiguió crear una coalición duradera; de hecho, sus valores y sus formas de actuar no iban al paso de la Alemania moderna que iba emergiendo. Por el contrario, siempre confió en el apoyo del hombre que realmente contaba en Prusia: el rey Guillermo I.

El rey prusiano era un hombre digno y tradicional, y no especialmente listo ni perspicaz; en otras palabras, lo contrario de su primer ministro. Le disgustaban buena parte de las cosas que hacía Bismarck y cómo las hacía: los enfrentamientos y las crisis, muchas veces fabricados; las derrotas del imperio austriaco primero y luego

de Francia; la oposición de gran parte de la opinión pública alemana y de Europa. Sin embargo, en cierto nivel el rey reconocía que tanto él como su dinastía necesitaban a Bismarck aunque, como él mismo se quejó sin acritud en cierta ocasión, "es duro ser káiser bajo Bismarck". Y dado que bajo la constitución prusiana primero y luego bajo la alemana, el monarca tenía la última palabra sobre la política exterior y la de defensa, y eran los gobiernos quienes respondían ante él y no al revés, Bismarck fue capaz, en nombre de Guillermo, de ejercer un gran control sobre los asuntos internos y los del extranjero. La relación entre estos dos hombres estuvo marcada por terribles discusiones, con portazos, llantos y gritos. Bismarck caía víctima de intensas jaquecas y ataques de vómitos, asegurando que se moría, y amenazaba con dimitir cada poco. Al final, era siempre Guillermo quien se echaba atrás. Después de una de estas escenas, le escribió a Bismarck que no debía dimitir: "Vivir con usted y coincidir con usted de todo corazón *es mi mayor felicidad*" (subrayado dos veces).

También ayudó el hecho de que el rey tuviera una larga vida, de forma que Bismarck disfrutó de su apoyo durante veintiséis años. Si Guillermo hubiera muerto a los setenta y algo, es casi seguro que su sucesor, Federico Guillermo, hubiera prescindido de Bismarck y hecho todo lo posible para que Alemania se convirtiera en un estado más liberal y constitucional. (La esposa de Federico Guillermo, Vicky, era una mujer de carácter enérgico, la hija mayor de la reina Victoria, y detestaba a Bismarck). Cuando Guillermo murió por fin a los noventa y un años de edad, en 1888, Federico Guillermo estaba gravemente enfermo y solo vivió noventa y nueve días más. Su hijo Guillermo II, errático y complicado, no pudo aguantar la vida a la sombra de Bismarck y lo despidió en 1890. Una viñeta del tebeo *Punch* que se hizo muy famosa rezaba: "Arrojamos al piloto".

El apoyo que tenía en su propio país explica parte de los logros de Bismarck, pero también en esto tuvo la suerte de que Europa estuviera experimentando grandes cambios. En cierta ocasión, le dijo a un amigo que no se podía jugar al ajedrez si, de las sesenta y cuatro casillas del tablero, dieciséis estaban ya tomadas. Cuando

empezó a crear Alemania, el tablero de ajedrez estaba libre por entero. Su Prusia era una potencia en alza, y ya disponía de un ejército potente (como decía el viejo chiste, Prusia no era un país que tuviera un ejército, sino un ejército que tenía un país), y a partir de 1850 su economía fue creciendo a buen ritmo. Esto le brindó a Bismarck, según sus palabras, el oro que necesitaba para expandir y equipar al ejército prusiano, y la ventaja económica que le permitía meter en vereda a los demás estados germánicos. El gran rival de Prusia, el imperio austriaco, iba desdibujándose bajo los muchos problemas que le causaban los diversos nacionalismos internos. La potencia conservadora que era Rusia, y que podría haber intervenido para prevenir unos cambios súbitos y de gran alcance en Europa, estaba muy concentrada en sí misma tras la guerra de Crimea (1853-1856) y ya no se hallaba muy dispuesta a cooperar con las demás potencias –Francia, Gran Bretaña y el imperio austriaco–, que se habían unido al imperio otomano, su viejo enemigo, para atacar a Rusia. Francia, al mando del vanaglorioso Napoleón III a partir de 1848, tardó bastante en enterarse del desafío que le estaba planteando Prusia. Los franceses habían acogido con alegría la derrota de la monarquía conservadora austriaca, pero no se dieron cuenta de que Prusia y sus aliados de la Confederación Germánica se estaban convirtiendo en una potencia fuerte en la frontera francesa. Gran Bretaña, como mucho, veía con buenos ojos el despegue de una Alemania unida pero, como ha sucedido tantas veces a lo largo de la historia, estaba más centrada en sus intereses trasatlánticos que en lo que sucedía en el continente.

Bismarck nunca hubiera sido capaz de convertirse en el hacedor de la Alemania moderna y en el dueño de Europa sin la combinación del nacionalismo alemán, la fuerza prusiana y el inestable escenario internacional europeo. Tuvo la inmensa suerte (aunque el resto de Europa no pueda decir lo mismo) de haber nacido en un momento y en unas circunstancias que le permitieron poner en práctica sus indudables talentos. Si hubiera nacido algo antes, en la misma familia de la nobleza rural, podría haber sido, como casi todos los de su entorno, un oficial cualquiera del ejército real, o un funcionario.

En una carta que escribió cuando solo tenía diecinueve años, pintaba el retrato de un Otto von Bismarck que malgastaba los días en su hacienda campestre, aterrorizando a sus peones, a sus perros y a los sirvientes, pero que vivía bajo el yugo de su mujer, un Bismarck alternativo que se pasaba los días cazando, bebiendo demasiado y ocupándose de la gestión de sus fincas. "Me pondré piripi el día del cumpleaños del rey, y le diré vivas a grito pelado, y el resto del tiempo estaré despotricando o diciendo, cada dos frases, 'Caramba, qué espléndido caballo'".

En 1862, y tras ponerse de acuerdo con Austria, Bismarck provocó la guerra con Dinamarca para hacerse con los ducados de Schleswig-Holstein. Al cabo de un año, ya estaba pensando si habría llegado el momento de lanzar un ataque sorpresa sobre su otrora aliado, pero optó por utilizar el asunto de la disposición de los ducados para iniciar una serie de disputas con Austria. Al llegar el verano de 1866, Bismarck estaba listo; tanto Rusia como Francia habían acordado mantenerse neutrales, y el ejército prusiano, que no se había defendido bien contra Dinamarca, se hallaba en ese momento reorganizado, y los soldados de infantería disponían de rifles nuevos, los más modernos de toda Europa. Sin embargo, y tras una escena tormentosa, Guillermo se negó a atacar a Francisco José, al que veía como un monarca de mayor rango. Al final, el rey echó de la sala a Bismarck, y le prohibió mencionar ese asunto nunca más. Bismarck se fue derecho a contárselo todo a un confidente, quejándose de que "estaba hecho trizas, moral y físicamente, que ese día se había hecho añicos el trabajo de toda su vida, el establecimiento del imperio alemán, y que desde allí se iría directamente a su casa para enviar su dimisión". El amigo trató de calmarlo, y le rogó al rey que lo recibiera de nuevo. Guillermo capituló casi de inmediato, y Bismarck reapareció jubiloso, diciendo tras beberse de un trago media botella de coñac: "Te doy las gracias de todo corazón: es la guerra".

El 3 de julio, en Königgrätz (lo que hoy es Hradec Králové, en la República Checa), el ejército prusiano le infligió a Austria una derrota decisiva, tras la que ese país tuvo que firmar la paz

aceptando el fin de la Confederación Germánica, sustituida por una nueva Confederación Alemana del Norte bajo control prusiano. La propia Prusia aumentaba de tamaño al anexionarse el territorio de algunos estados, por ejemplo Hanover, que habían apoyado a Austria. Los demás estados alemanes del sur, entre ellos Baviera, se vieron forzados a firmar tratados con Prusia, y a partir de entonces sus días como entes independientes estuvieron contados.

En 1870, dándose cuenta de que a la consolidación de Prusia como estado dominante en todo el sur solo se le oponía Francia, Bismarck consiguió de nuevo provocar un encontronazo, partiendo de una cuestión en principio poco conflictiva: quién iba a ser el sucesor al trono de España. Los franceses le ponían objeciones a un candidato que era pariente lejano de Guillermo de Prusia, y este aceptaba las objeciones en cuestión, e incluso llegó a acordar con el embajador de Francia, durante una charla en el balneario de Bad Ems, que se retirara el nombre del aspirante de marras. Pero el embajador francés tuvo la poca visión de exigirle al rey la seguridad de que nunca iba a apoyar una candidatura semejante. Guillermo, con la cortesía de costumbre, no quiso acceder, y luego le envió a Bismarck un telegrama contándole neutralmente lo sucedido. "Menudo golpe de suerte", recordaría Bismarck tiempo después. Lo que él hizo fue retocar el telegrama para que pareciera decir que su señor había echado al embajador francés con cajas destempladas, y luego lo filtró a la prensa. En Francia ya los ánimos contra Prusia estaban caldeados, y el Telegrama de Ems, como llegó a conocerse, prácticamente daba por sentada la guerra.

Bismarck ya se había asegurado de que la escena internacional, como antes Austria, estuviera a favor de Prusia; no era probable que ninguna de las demás potencias interviniera a favor de Francia. Y en esta ocasión Prusia disponía de un ejército aún más potente, con mejores armas de infantería y una estructura de mando más cohesionada. El 2 de septiembre, tras una serie de derrotas, las fuerzas francesas se rindieron en los alrededores de la localidad de Sedán, muy cerca de la frontera con Bélgica. Los representantes de los estados alemanes del sur, que seguían la batalla desde un monte

cercano, supieron que estaban contemplando también el fin de su independencia. El 18 de enero de 1871, se proclamó el nuevo Reich alemán en la gran Galería de los Espejos de Luis XIV en Versalles. Guillermo era ahora emperador de Alemania, y a su lado estaba Bismarck, el verdadero creador del Segundo Reich. Dentro de Alemania, Bismarck concentró todo el poder en manos del rey, y por tanto en las suyas, consiguiendo enfrentar a los demás partidos políticos entre sí. En el extranjero, dejó aislada a Francia, mientras el resto de las potencias simpatizaban con Alemania o por lo menos se mostraban neutrales, y durante dos décadas dirigió el desarrollo de su país, que se convirtió en la potencia europea dominante, tanto en lo militar como en lo económico. Gracias a Bismarck, a partir de 1871 Europa ha sido siempre, de una forma o de otra, una Cuestión Alemana.

El mundo no ha tenido nunca una Cuestión Canadiense; de hecho, la mayor parte del tiempo no le presta precisamente mucha atención a ese país. Sin embargo, en la historia canadiense William Lyon Mackenzie King es una figura tan importante como Bismarck para Alemania. Mientras que este último construyó un país, King conservó el suyo durante parte de la turbulenta década de 1920, los coletazos de la gran depresión, la Segunda Guerra Mundial y los primeros años de la paz. Consiguió mantener el rumbo frente a los retos que planteaban la izquierda y la derecha y, lo que es un factor crucial, evitó que el país se fracturara por culpa de las profundas divisiones y suspicacias entre los francófonos y los angloparlantes y entre las provincias. Además, en el curso de los veintidós años que permaneció en el poder –sigue siendo, con mucha diferencia, el primer ministro canadiense que durante más tiempo ha ostentado el cargo–, puso los cimientos de su generoso sistema de prestaciones sociales. King fue un político consumado, que convirtió su partido liberal en una fuerza política formidable. En aquellos tiempos anteriores a las encuestas de opinión, demostró siempre buen instinto para percibir el estado de ánimo del país, y para saber hasta

dónde podía llegar en una dirección determinada. Fue un idealista, decidido a construir una sociedad más justa, pero también un hombre pragmático, que evitaba pelear cuando no estaba seguro de vencer. Tenía una capacidad de trabajo y de atención a los detalles impresionante. Sus archivos están llenos de cartas a personas de todo el país, algunas importantes y otras no. No se olvidaba nunca de enviar felicitaciones, tarjetas de cumpleaños o pésames. Fue un hombre reservado, pero trabajó cómodamente con gran variedad de colegas. Y hay que reconocerle que muchas veces abrió su gabinete a sus adversarios políticos, o al menos trató de ganárselos.

Y sin embargo, King no nos fascina ni nos embelesa como otros líderes políticos. Si acaso, y esto se puede decir sobre todo si uno es canadiense, nos deja bastante consternados. Se le recuerda como el gran evasivo, el gran ofuscador. Con él, las cosas no quedaban resueltas, sino más bien ahogadas en verborrea y vaguedades. "El parlamento decidirá", era una de sus fórmulas favoritas, pero al cabo casi siempre conseguía evitar que se debatieran o discutieran los asuntos comprometidos. Durante la Segunda Guerra Mundial, la cuestión del servicio militar obligatorio –que apoyaba la mayoría de la parte inglesa, mientras que la parte francófona del Canadá en general se oponía a él– amenazaba con partir en dos el país, quizá para siempre. En 1942, el año de los más intensos clamores políticos, King dio con su frase más famosa (aunque sea tristemente famosa): "No necesariamente obligatorio, pero obligatorio si es necesario".

"Nos volvió obtusos", dijo F. R. Scott, intelectual, abogado constitucionalista, político radical y poeta, en un poema escrito en 1954 que resume todavía los sentimientos de muchos canadienses, de entonces y de ahora, respecto a King:

> No teníamos forma
> porque él nunca se ponía de un lado,
> ni lados,
> porque nunca dejaba que tomaran forma.

Tenía la habilidad de evitar lo malo
sin decir qué era lo bueno,
y nunca dejó que su por una parte
supiera lo que su por otra parte hacía.

Los versos finales de ese poema se han convertido en los más famosos de su autor:

Erijamos un templo
al culto de la mediocridad
y no hagamos por mitades
lo que podamos hacer por cuartos.

Es posible que lo que a los canadienses nos preocupa sea que King representa demasiado bien cómo éramos entonces… y cómo tememos ser, aunque no lo digamos, todavía hoy: puritanos, reprimidos en el sexo, cautos y hasta timoratos, preocupados por el qué dirán pero prestos a juzgar, trabajadores pero inclinados a la parsimonia, orgullosos de ser canadienses pero complacidos de que otros pueblos y países importantes del mundo exterior nos presten atención… y, sobre todo, poco amigos del enfrentamiento claro. ¿Somos así en realidad? ¿Una persona célibe, regordeta, llena de manías, con inclinaciones hacia la espiritualidad, las profecías y los consejeros? ¿Tenemos esas supersticiones que él tenía, como la de que las decisiones importantes se toman mejor cuando las agujas del reloj marcan una línea recta? ¿Rezamos y cantamos himnos junto a nuestras mascotas moribundas, y luego hablamos con ellas –o con nuestra madre– a través de médiums o de tableros de la ouija? ¿Hacemos recuento mental, al anochecer, de los éxitos y los fracasos del día? ¿Anotamos cuidadosamente cada desaire y cada elogio que nos hacen?

King sí. Y esto lo sabemos porque llevó un diario de todas sus jornadas desde principios de la década de 1890 hasta su muerte, en 1950, un récord histórico al que no se ha acercado ningún otro líder político de nuestros tiempos. Dejó ordenado que sus diarios se

quemaran tras su muerte, pero sus albaceas no se atrevieron, y al final los guardaron. Así que es mucho lo que sabemos, para su desgracia. La imagen que ha quedado es la que captó otro poeta canadiense, Dennis Lee, en un libro de poesías infantiles:

> William Lyon Mackenzie King
> se sentó en el medio a jugar con una cuerda
> y amaba a su mamá más que a nadie
> William Lyon Mackenzie King.

A King le gustaba considerarse un político valiente y radical, un digno descendiente de uno de los pocos rebeldes de la historia del Canadá. En la década de 1830 su tocayo William Lyon Mackenzie intentó, sin conseguirlo, derrocar por la fuerza el gobierno del Alto Canadá, que por entonces estaba en manos de un acomodado grupo de familias de clase alta conocido como el Family Compact. La rebelión estaba condenada desde el primer minuto, y Mackenzie huyó a Estados Unidos, donde él y su familia tuvieron que vivir en la miseria. Un tiempo después, las autoridades canadienses les concedieron la amnistía a los rebeldes, y Mackenzie volvió a su país convirtiéndose en miembro de la asamblea democrática. Su hija, la madre de King, se casó con un abogado, hijo de un soldado profesional cuyo regimiento había ayudado a sofocar la rebelión, y se integró en el establishment de una pequeña localidad de Ontario, aunque nunca dejó de ver a su padre como un héroe, y le transmitió vívidamente esa impresión a su hijo favorito. A King le gustaba considerar que él había continuado con la labor de su abuelo, poniéndose del lado de los oprimidos, por ejemplo, o en la defensa de un gobierno honrado, eficiente y justo.

Pero tenía mucho más talento que aquel desventurado rebelde, y era mucho más cauteloso. El nieto no iba a malgastar sus energías ni sus oportunidades en cruzadas destinadas al fracaso. Si tomaba una postura, prefería estar seguro de que saldría triunfante. En 1922, cuando el primer ministro británico David Lloyd George trató de arrastrar al imperio británico a la guerra con Turquía, King

manifestó claramente que Canadá decidiría por sí mismo cuándo entrar en liza. En esto se hallaba muy en sintonía con gran parte de la opinión pública canadiense, que reconocía la independencia cada vez mayor de su país y estaba orgullosa de ella desde la participación de Canadá en la Primera Guerra Mundial y en la conferencia de paz que se celebró a continuación. King tenía además una notable capacidad para resumir una situación y calibrar hasta dónde podía llegar en determinada dirección o en la contraria sin encontrarse con una oposición firme. Muy poco antes de morir, dijo de sí mismo: "Para mí, las cosas existen por intuición o no existen. O bien las veo a la primera o no las entiendo […]. Puedo dedicar mucho tiempo a planificar cómo defenderlas, pero desde el principio sé lo que quiero hacer y cómo".

Al contrario que su abuelo, que en gran medida fue autodidacta, King estudió en algunas de las mejores universidades del mundo. Hizo la carrera en la universidad de Toronto, y desde allí se fue a la de Chicago, donde tuvo como profesor al gran economista y gran iconoclasta Thorstein Veblen. Ya en Toronto había mostrado interés por los problemas sociales (entre ellos, como les encanta puntualizar a sus críticos, la prostitución) y mientras estudiaba en Chicago se involucró en un movimiento entonces pionero, el de las Casas de Vecindades, que luchaba por paliar algunos de los peores efectos del capitalismo desatado. Después de Chicago se trasladó a Harvard para empezar allí el doctorado, pero antes de terminarlo pasó también por la London School of Economics. (Harvard finalmente le concedió el doctorado en 1909, gracias a un informe que hizo para el gobierno canadiense, y hasta la fecha sigue siendo el único primer ministro del país que ha logrado ese título). En 1900 regresó a Canadá, ingresó en el cuerpo de funcionarios y casi de inmediato ascendió a secretario de Estado de Trabajo.

A lo largo de los ocho años siguientes se ganó reputación de mediador y conciliador eficaz en las disputas, y no le faltaron oportunidades de demostrar sus dotes durante ese tiempo, ya que los intereses de los trabajadores y los de los empresarios chocaban sin cesar. Cuando en la costa oeste del país hubo disturbios en

contra de los inmigrantes asiáticos, el joven King fue el enviado. Y cuando el gobierno canadiense decidió que había que darle al gobierno imperial de Londres un aviso de que la inmigración proveniente de otras partes del imperio, como la India, estaba causando tensiones raciales en Canadá, King fue también obviamente el elegido para ello. Cuando empezó a surgir la preocupación por la exportación de opio asiático, a King le pidieron que acudiera a las reuniones con la comisión internacional del opio, en Shanghái, y de camino se paró en la India y en Japón para tratar allí sobre el asunto de los inmigrantes. No es de extrañar que sir Wilfrid Laurier, el primer ministro del partido liberal, decidiera que King era justo el hombre que debía presentarse a parlamentario.

En 1908, efectivamente, fue elegido, y un año más tarde entró en el gabinete de gobierno con el cargo de ministro de Trabajo, el primero del país, donde tendría la responsabilidad de promulgar medidas clave sobre las disputas industriales y la investigación de los "combinados", como se llamaba entonces a los cárteles, a través del parlamento. Sufrió un alto momentáneo en su carrera cuando los liberales perdieron las elecciones de 1911, pero en 1914 consiguió un trabajo muy bien remunerado en Estados Unidos como asesor de relaciones industriales para la familia Rockefeller. En los años siguientes disfrutó de otros puestos americanos jugosos: fue profesor en Harvard y directivo en el grupo empresarial de Andrew Carnegie, como responsable de supervisar sus obras benéficas. Todos estos cargos le brindaron buenas expectativas y la oportunidad de codearse con los ricos y poderosos.

Pero Canadá y la función pública le llamaban con más fuerza y, como escribió en su diario en 1919, "Debería estar sirviendo a mi país antes que a otro, aunque el servicio a la humanidad me envíe a cualquier lugar […] Vivir y morir allí con honor y respeto es lo que ambiciona mi corazón más que ninguna otra cosa […] Todos mis deseos e inclinaciones me llevan a la política". Las enseñanzas de su madre sobre la obligación de vivir éticamente, esforzándose en serle útil a la sociedad de la mejor forma posible, su intensa fe presbiteriana y su no menos intenso egotismo reforzaban su

creencia de que tenía una misión, de que podía servir a Dios haciendo buenas obras, desde la política en su caso. Durante toda su vida tuvo la costumbre de rezar pidiendo fuerzas para esforzarse más y trabajar mejor.

En 1919 volvió a Canadá definitivamente, como cabeza del partido liberal, y consiguió ganarse el favor de la generación de sus mayores invocando las cosas que a estos les eran más queridas, como la libertad de comercio y el equilibrio presupuestario; como además en 1917 se había significado oponiéndose al servicio militar obligatorio, consiguió los votos de la mayoría de los delegados de Quebec. King nunca olvidó la importancia de esos votos, ni la necesidad de mantener a los francófonos como socios dentro de la Confederación. Tuvo el buen sentido de elegir como lugarteniente a uno de los políticos quebequenses más competentes y eficaces de su tiempo, Ernest Lapointe, y de confiar en su juicio. A medida que iba ganando madurez, tuvo la confianza de darles a otros personajes cargos fuertes en su gobierno, algo que muchos líderes políticos no hacen por miedo.

En 1921, King llegó a primer ministro, a la edad relativamente joven de cuarenta y siete años. La mayoría pensó que no duraría; le faltaba experiencia, y estaba al frente de un gobierno en minoría. Pero de hecho aprendió rápido, una vez en el cargo, y se mostró muy hábil a la hora de lidiar con la oposición. En 1926, aprovechándose de una crisis constitucional que él mismo había contribuido a fabricar, volvió al poder con un gobierno liberal en mayoría. Y, con esa suerte que tantas veces acompaña a los políticos triunfadores en su carrera, perdió las elecciones de 1930, con lo cual fue el gobierno siguiente, de corte conservador, el que se llevó las culpas por no haber sabido capear la gran depresión. Cuando en 1935 volvió a ser primer ministro (con el eslogan “King o caos”), las cosas ya habían empezado a mejorar.

Para entonces, y aunque no sabemos si antes había considerado seriamente o no la idea de casarse, King ya la había abandonado y estaba bien acomodado en su vida de soltero. A sus leales sirvientes y subordinados los trataba con una mezcla de sentimentalismo y

brutalidad: podía acordarse de sus cumpleaños, pero también esperaba que hicieran largas horas extras. Se quejaba muchas veces de su soledad, pero también refunfuñaba por el tiempo que le hacía perder la vida social, o eso decía. Sus diarios muestran una imagen bastante distinta, la de un hombre que disfrutaba de una velada distendida con amigos. Además, bailaba bastante bien y le gustaba dar cenas en Laurier House, donde él podía ser el anfitrión y poner las normas. También se relajaba jugando con sus perros, a los que adoraba, leyendo literatura piadosa o invocando los espíritus de los muertos con su grupito de personas de confianza. El día en que cumplió sesenta años anotó con placer que se habían dejado caer por allí, entre otros, los espíritus de William Gladstone, Laurier y lord Rosebery.

Aunque manifestaba, en contra de la verdad, que la política lo había dejado pobre, no solo ahorraba gran parte de sus ingresos sino que admitía regalos de sus admiradores. Y sin embargo fue siempre, en palabras de un funcionario, "un miserable sin disimulo, capaz de recurrir prácticamente a cualquier mecanismo con tal de evitarse el menor cargo en su cuenta de gastos o, peor aún, en su propio bolsillo". A pesar de eso, gastó mucho tiempo y mucho dinero en mejoras para su casa de campo en Kingsmere. Tenía gustos propios de un hacendado del siglo XVIII, como las ruinas pintorescas que podían servir de fábula moral. En Ottawa, vivía en la antigua residencia de Laurier. Ambas casas estaban atestadas de cacharritos victorianos y feísimos cuadros, esculturas y bajorrelieves encontrados en Europa. El salón de Laurier House, según un periodista, estaba "atestado de cojines en tonos dorados y violetas, con enormes jarrones y mesas con sobre de cristal destinadas a exhibir adornos sin valor, en medio de un muestrario de chatarra cara que podría llenar una buena tienda de objetos de segunda mano".

Muchas personas encontraban a King falto de atractivo, e incluso repulsivo. Un alto cargo del partido liberal dijo de él que tenía un aire malsano, y no solo por el aliento rancio. Resultaba obsequioso en exceso y, según contó un alto delegado británico que visitó

Ottawa en 1930, "mi mujer dice que tras charlar un rato con él se siente como si un gato le hubiera lamido todo el cuerpo y necesitara bañarse". Y sin embargo, incluso aquellos que sentían desagrado por él admitían que tenía algo impresionante, y ciertamente en su figura pública así era. No es que se tratara de un gran orador, pero sus discursos estaban bien armados, con solidez. Conocía a fondo el Canadá y a los canadienses, y captaba a la perfección el papel de su país en el mundo, manteniendo el equilibrio entre las dos grandes potencias del imperio británico y Estados Unidos. A King lo respetaban tanto en Londres como en Washington, y entre sus muchos conocidos figuraban gran parte de los principales políticos de ambas capitales. Cuando visitó Washington durante la Segunda Guerra Mundial, se alojó en la Casa Blanca y tuvo largas conversaciones privadas con Roosevelt. (El presidente murió poco después, antes de que acabara la guerra, y King tuvo el consuelo de que su fantasma lo visitara durante una sesión de espiritismo).

King tenía tantos defectos que se tiende a pasar por alto la medida en que fue un líder político inteligente, perspicaz y capacitado. Podría haber tenido una carrera muy distinguida, e incluso deslumbrante, en Estados Unidos o en Gran Bretaña, y sin embargo optó por vivir y trabajar en Canadá. Durante sus años de servicio, tuvo un papel en la historia tanto en calidad de observador como de participante. King siempre estaba allí: en Londres antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, hablando sobre el imperio con el secretario de Asuntos Exteriores británico, sir Edward Grey y otros destacados políticos británicos; en Berlín en los años 30, discutiendo la situación de Europa con los nazis, entre ellos el propio Hitler; y en Washington durante la Segunda Guerra Mundial, hablando de estrategia. Gobernó Canadá durante gran parte del tiempo en que el país pasó de ser una parte menor del imperio británico a una nación con autogobierno, capaz de desempeñar un papel significativo en los asuntos internacionales.

A pesar de que contempló con desaliento el auge de los dictadores en la década de 1930, King se tomó grandes molestias por llegar a acuerdos con ellos e hizo todo lo posible, siempre con la

unidad de su país como idea clave, por no ponerse de parte de nadie durante las crisis internacionales, como la invasión italiana de Abisinia o la Guerra Civil española, sobre las que sabía que la opinión pública canadiense estaba profundamente dividida. Cuando se reunió con los jerarcas nazis y luego con Hitler, en 1937, quiso pensar tan bien de ellos que escribió una serie de tonterías en su diario: "Mi valoración del hombre, tras sentarme a hablar con él, es que en realidad se trata de alguien que ama de verdad a sus compatriotas, y a su país, y que haría cualquier sacrificio por el bien de ellos". Y, dados sus cinco títulos universitarios, King no podía evitar el paternalismo: "Para entender a Hitler, uno debe acordarse de las pocas oportunidades que tuvo en sus primeros años, su estancia en prisión, etcétera. Es realmente maravilloso lo que ha conseguido hacer de sí mismo siendo autodidacta". Sin embargo, también fue King quien les dijo a los nazis que, si Alemania la atacaba, Canadá acudiría en auxilio de Gran Bretaña.

King estaba al frente del país cuando llegó la guerra, y al finalizar la sacó de ella todavía unido. No todos hubieran podido conseguirlo. Y dado que el debate sobre la unidad ha seguido y llega hasta hoy, a veces no somos capaces de reconocer lo cerca que estuvo Canadá de sufrir una partición peligrosa, posiblemente definitiva, durante la segunda gran guerra. King no solventó estas divisiones, pero sí evitó que destruyeran la confederación, y eso es en sí mismo un gran logro. El asunto crucial era el servicio militar obligatorio, que al imponerse en 1917 había causado la desafección de gran parte de Quebec, enfrentando a los canadienses entre sí. El país no podía permitirse una segunda crisis similar. En 1940 se celebró un referéndum nacional sobre el servicio militar obligatorio, en el que hubo clara mayoría a favor pero que también reveló la profunda división del país. La mitad angloparlante votó sí, mientras que en la parte francófona de Quebec hubo mayoría de no. Aunque King presentó la ley al congreso, también puntualizó que no se obligaría a nadie a cumplirla por el momento. Su frase de "no necesariamente, pero si es necesario" sobre el servicio militar obligatorio le permitió ganar un tiempo precioso. A finales de 1944, ya estaba claro que las

fuerzas armadas necesitaban más efectivos, además de los voluntarios que les llegaban, y entonces King, a pesar de que había despedido sin miramientos al principal defensor del servicio obligatorio de su gabinete –su ministro de Defensa, James Ralston–, llegó con pena a la conclusión de que había que hacer cumplir, aunque fuera de forma limitada, la ley de conscripción. Y tuvo más suerte de la que merecía, porque Ralston no quiso hacer capital político de este cambio de opinión y siguió apoyando con lealtad a su gobierno en las tareas de guerra.

Durante esa larga crisis de gobierno del mes de noviembre, King usó todas las armas políticas que había afilado durante largos años. (En su diario, se comparaba con Jesucristo en su viacrucis). Apeló al patriotismo de sus colegas, y advirtió de que el país podía romperse o, y eso quizá fuera igualmente terrible, podía desaparecer el partido liberal. Lloró, amenazó con dimitir y hasta dejó caer que, si el gobierno no instauraba el servicio militar obligatorio, el ejército era capaz de dar un golpe de estado. Consiguió que la mayor parte de sus colegas se pusiera de su lado incluyendo a uno fundamental, la figura clave de Quebec, Louis St. Laurent. Solo un ministro dimitió. "Sentí –escribió King en su diario– que había acabado el día de la Crucifixión y que estaba llegando el de la Resurrección". Y aunque muchos diputados quebequenses votaron una moción en contra del servicio militar obligatorio, el partido liberal sobrevivió y las voces de la oposición en contra de esa medida en Quebec enmudecieron.

En 1940, King le había asegurado al líder de los conservadores que no iba a usar su mayoría para imponer el servicio militar obligatorio. Él creía, le dijo, en dirigir al pueblo averiguando qué era lo que este deseaba, no diciéndole lo que tenía que hacer. Si él, King, tenía alguna autoridad, era porque el pueblo confiaba en que respetaría sus deseos y mantendría sus promesas. A largo plazo, sostenía él, el público llegaría a comprender lo que era necesario para el bien común. "Que reconocerían la verdad cuando se les pusiera ante los ojos, y que un líder puede llevar la voz cantante siempre que no se salga de las líneas". Pero King confiaba en el público menos de lo que decía, y no solo en lo relativo al servicio

militar obligatorio. Mientras pudiera salir indemne, prefería no despertar a los perros dormidos y hacer solo los movimientos, cautos y circulares, necesarios para los problemas a los que tenía que enfrentarse. H. S. Ferns, un experto en ciencia política que trabajó un tiempo a las órdenes de King, escribió después: "En lo que respecta a la comprensión de los problemas políticos del Canadá y al conocimiento de lo que el pueblo canadiense, en su conjunto, estaba dispuesto a aceptar por parte de su gobierno, Mackenzie King les llevaba kilómetros de ventaja a todos los demás actores de la política".

La historia de Canadá se ve hoy como la historia de un éxito. Hemos conseguido, quizá de forma permanente, orillar el separatismo quebequense, y en el país ha triunfado el multiculturalismo. También ha construido, al contrario que su turbulento vecino del sur, una sólida red social de seguridad. Nuestras divisiones políticas no nos han polarizado, y podemos hablar de política sin que la discusión se encone. A los canadienses les gusta que las armas estén controladas, y hace mucho que la mayoría aceptó el aborto y el matrimonio entre personas del mismo sexo. Deberíamos recordar, sin embargo, que lo que parece normal y permanente no siempre lo parecía hace años. King, que podía ser una persona exasperante, siempre defendió la conciliación y la construcción de consensos. "El hombre de extremos –creía él– es siempre más o menos peligroso, pero nunca tanto como en la política". Y añadía: "En un país como el nuestro, se puede decir más que en otros que el arte de gobernar consiste sobre todo en reconciliar más que en exagerar las diferencias; en acercarse todo lo posible a la feliz mediana". Cuando se retiró, en 1948, le confesó a su diario: "Tengo un sentimiento de plenitud vital, y la tremenda satisfacción y el orgullo de que todo haya salido tan bien".

En la historia de Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt (FDR, que es como se le suele llamar para distinguirlo del otro presidente Roosevelt, Theodore) es tan importante como King para Canadá. La

gran depresión había dejado Estados Unidos herido y dividido y, a medida que la situación internacional se iba deteriorando, había que enfrentarse a la cuestión de si quedarse al margen o implicarse. FDR les devolvió a los estadounidenses la confianza en sí mismos y les hizo confiar en el futuro, consiguiendo a la vez contener las muchas divisiones internas y cohesionar la sociedad de su país. Además, fue preparando a sus ciudadanos para cuando llegara la hora de involucrarse con el mundo que les rodeaba. FDR tenía el mismo don que King para el arte de la persuasión, para interpretar la opinión pública y para darle un empujoncito en la dirección que él prefería. Igual que King, tampoco fue siempre una persona fácil de entender; tanto sus amigos como sus enemigos acababan perdidos con sus inconsistencias y vaguedades.

Hay todavía más factores en común entre ambos hombres: los dos compartían un intenso interés en la política, los dos eran liberales y con fuerte conciencia social, y los dos abrigaron la esperanza de librar a su país de la guerra. Además, los dos se habían criado bajo la mirada atenta de unas madres posesivas que los adoraban (la madre de King nunca fue tan exagerada como la de Roosevelt que, en cierta ocasión, estando él enfermo en el internado, subió hasta su ventana apoyando una escalera en el muro para poder charlar con él). Pero también había entre ellos diferencias considerables. FDR venía de un entorno con todos los privilegios que da el dinero: desde casas de campo hasta los contactos más útiles. La familia de su padre descendía de los primeros colonos holandeses, y uno de sus ancestros, como a FDR le gustaba contarles a los ingleses, había sido capitán del ejército revolucionario. El presidente Theodore Roosevelt era primo lejano suyo, y la línea familiar de su madre se remontaba aún más, hasta llegar a los padres peregrinos; los Delano aseguraban ser descendientes directos de Guillermo el Conquistador. La madre de FDR siempre dijo de él que era un Delano, que había heredado la inteligencia y la energía de su familia.

Es posible que de ella heredara también el encanto personal. Porque, al contrario que King (y que Bismarck, a ese respecto), FDR

resultaba atractivo tanto en las distancias cortas como ante el público: el rostro agraciado y franco, con la amplia sonrisa que muestran tantas fotografías, y la boquilla del cigarro calada garbosamente en la boca, transmitían la imagen de alguien a quien le gusta la gente y que siente que en el mundo se está bastante bien. Siempre les gustó a las mujeres, y ellas a él. Se casó con una prima suya, Eleanor, una mujer inteligente, seria y de físico poco destacable, pero el matrimonio nunca superó el descubrimiento, por parte de ella, de que él tenía una aventura con su exsecretaria. Roosevelt fue además un gran comunicador: siendo ya presidente, supo usar un medio nuevo, la radio, donde daba sus "charlas junto a la chimenea" con su voz pausada, tranquilizadora y seductora, y su acento levemente patricio. Cuando el pueblo estadounidense necesitaba confianza, él le dio optimismo. Y por su parte no se trataba simplemente de una pose; FDR era un hombre que siempre tuvo la esperanza de que las cosas fueran a mejorar, incluso cuando todo se veía negro para él o para su país.

En sus años mozos, FDR vivió la vida amable y sin complicaciones de la "juventud dorada", saliendo a navegar en barcos cada vez más grandes, yendo de caza, atesorando sus colecciones de pájaros y de sellos y haciéndose socio de los clubes adecuados. Fue alumno de los mejores centros docentes: primero Groton y luego Harvard, donde se defendió respetablemente pero sin destacar. Iba a la iglesia por mantener las formas más que nada; él no era dado a las oraciones torturadas de King. Su religiosidad era básica y sin angustias: "Creo que confiaba de verdad en que podía pedirle a Dios que le guiase y conseguirlo", dijo Eleanor en cierta ocasión. Aunque en su rama de la familia eran demócratas, FDR sentía gran admiración por el republicano Theodore, y compartía su entusiasmo tanto por las reformas sociales en Estados Unidos como por crear una armada fuerte que defendiera su influencia en el mundo. Hasta intentaba imitar la forma de hablar de su primo, para gran regocijo de sus amigos, y también decidió seguirlo entrando en política. Así fue cómo se presentó en 1911 al senado de Nueva York y salió elegido. En 1913 el nuevo presidente demócrata, Woodrow Wilson,

convirtió a aquel prometedor joven seguidor suyo en secretario de la Marina, puesto que desempeñó durante la guerra. Y aunque se demostró competente, incluso capaz en ocasiones de la eficiencia más despiadada, muchos seguían viéndolo como un peso ligero, un tipo simpático pero blando.

En 1921 sufrió el ataque de poliomielitis que lo dejó parapléjico, y que quizá fuera lo que lo convirtió en quien llegaría a ser. Eso al menos es lo que pensaba Eleanor, y no solo ella. Roosevelt afrontó su discapacidad con gran fortaleza y determinación, y con el tiempo consiguió robustecer tanto la parte superior de su cuerpo que podía manejarse solo y dar la impresión, al menos a primera vista, de que caminaba. No permitía que nadie se compadeciera de él o ni siquiera lo ayudara: si se caía, hacía un chiste sin más, y se mostraba tan charlatán y animoso que conseguía que la discapacidad pasara inadvertida. Tampoco permitía que le hicieran fotografías con la silla de ruedas. A partir de 1921, se le ve siempre sentado, o de pie en un lugar donde pudiera agarrarse o apoyarse en alguien. Para entonces ya había empezado a rodearse de un equipo de personas muy capaces y entregadas, que en lo sucesivo se convirtieron en sus ojos y sus oídos, haciendo por él los viajes y dándole los informes correspondientes.

Y sin embargo, a pesar de su carácter afable y de su amor por la vida social, Roosevelt siguió siendo un hombre muy reservado, que solo se revelaba, y nunca del todo, a sus íntimos. Para mucha gente, entre ellos su vicepresidente Harry Truman, resultaba frío y hasta inhumano. En diciembre de 1939, durante la cena anual del club de prensa de Washington, se encontró en la entrada un enorme muñeco de dos metros y medio representando una esfinge con gafas y boquilla, dándoles amablemente la bienvenida a los invitados. A Roosevelt le encantó la broma, y tiempo después compró la figura para colocarla en la biblioteca presidencial. Fue siempre un misterio para sus contemporáneos, y sigue siéndolo para los historiadores. Muy pocas veces dejó constancia por escrito de lo que pensaba, y solo daba indicios vagos y parciales de sus ideas o sus planes, incluso entre su círculo de confianza. Cuando se

inauguró su biblioteca, le preguntaron por qué parecía ese día de especial buen humor: "Estoy pensando –respondió– en todos los historiadores que vendrán aquí creyendo que van a encontrar respuesta a sus preguntas".

Llevó su administración muchas veces de forma caótica, asignando funciones que se solapaban a diferentes departamentos y organismos, o dándoles a personas distintas tareas que entraban en conflicto mutuo. Por ejemplo, nombró como secretario y subsecretario de Estado, respectivamente, a dos hombres que se detestaban y que casi siempre estaban en desacuerdo. Y en asuntos cruciales de política exterior confiaba muchas veces en uno de sus hombres más cercanos, Harry Hopkins, consiguiendo de esa forma que el poder siguiera concentrado en su oficina. Normalmente, de los asuntos solo FDR tenía la panorámica completa, y a veces ni siquiera él. "Yo soy un malabarista –dijo en cierta ocasión–. No dejo que mi mano derecha sepa lo que hace la izquierda". O, en palabras del gran general Douglas MacArthur, FDR "nunca decía la verdad cuando le servía igual con la mentira". A lo largo de sus cuatro mandatos presidenciales se mostró muchas veces tozudo, incomprensible, incluso capaz de hacer tonterías. Llevaba pocos meses en el cargo cuando se celebró la Conferencia de Londres, donde estuvo a punto de conseguir un acuerdo para estabilizar los tipos de cambio que hubiera paliado los efectos de la depresión, pero acabó dinamitándolo. (Tiempo después, reconoció que quizá hubiera cometido un error).

En muchas ocasiones, daba la impresión de fiarse solo de sus intuiciones. Frances Perkins, su secretaria de Estado de Trabajo, dijo de él: "Tenía fogonazos de conocimiento y comprensión casi clarividentes sobre una inmensa cantidad de asuntos que no parecían tener relación entre sí". Pero que esa capacidad de captar las cosas tuviera una aplicación práctica ya era otro asunto. Muchas veces arrancaba una medida y daba marcha atrás casi de inmediato, sin dejarle ocasión de demostrarse eficaz. Los historiadores de la economía todavía no se han puesto de acuerdo en si realmente la mejora de Estados Unidos fue debida a su influencia o si se produjo

por sí misma. Pero no hay duda de que FDR les dio a los estadounidenses la confianza de que venían mejores tiempos. Quizá su mayor logro fuera el de mantener la calma durante los momentos más críticos, la depresión y la gran tormenta que estaba a punto de desatarse sobre el mundo.

Como King, Roosevelt nunca temió rodearse de caracteres fuertes, y tenía además el talento de Lincoln para acabar ganándose a sus enemigos y crear alianzas que funcionaran. Huey Long, un populista del sur, dijo en cierta ocasión: "Uno entra ahí a ver a FDR con ganas de hacerlo trizas. Y sale silbando una canción". Poco después de la caída de Francia, en 1940, incorporó a su gabinete a dos destacados republicanos, Henry Stimson y Frank Knox, y los puso al mando del departamento de Guerra y de la Armada.

Otros nombramientos suyos se pueden tildar, por decirlo de forma suave, de incomprensibles: por ejemplo, designó como embajador en Londres a Joseph Kennedy, que era profundamente antibritánico; o le dio la embajada en Berlín, justo cuando los nazis llegaban al poder en Alemania, a William Dodd, un destacado historiador procedente del sur de Estados Unidos sin ninguna experiencia diplomática previa. Cuando, en 1933, su país estableció relaciones con la Unión Soviética, FDR eligió a William Bullitt, un hombre jactancioso que había sido defensor del nuevo régimen soviético desde 1919, cuando había pasado una semana en Rusia comiendo caviar y reuniéndose con los líderes bolcheviques. Bullitt estaba seguro de que iba a ser capaz él solo de forjar la amistad entre los dos países; entre otros movimientos diplomáticos, trató de enseñarles a los altos funcionarios soviéticos a jugar al béisbol, y les descubrió el polo a los soldados de caballería del ejército rojo. Ninguno de los dos deportes cuajó: uno de los rusos acabó desmayado en el suelo por el impacto de una bola de béisbol perdida, y la caballería se escapaba del campo llevándose la pelota. Los contactos de Bullitt con Maxim Litvinov, el responsable soviético de Asuntos Exteriores, fueron igualmente improductivos porque, según concluyó Bullitt, Litvinov era judío. En 1936, ya había perdido

todo el entusiasmo anterior y se había convertido en anticomunista acérrimo.

Al principio, comprensiblemente, FDR prestó menos atención a los asuntos exteriores, preocupado como estaba por los problemas internos. En general, tendía a ver la política internacional con el mismo enfoque que su antiguo jefe, Woodrow Wilson: consideraba que Estados Unidos y sus valores democráticos eran mejor ejemplo para el mundo que el comunismo soviético o las viejas potencias imperiales europeas. Respecto a Gran Bretaña, nunca dejó de tener una actitud ambivalente: no se fiaba de sus clases dirigentes, y tenía la peor opinión de su imperio. Como Wilson, creía que extender la democracia y la libertad de comercio serviría para establecer vínculos entre las naciones, y que el mundo se volvería mejor y más seguro con ello. En la década de 1920 fue un gran defensor de la Sociedad de Naciones, pero a principios de los años 30 ya contemplaba con ojos críticos la forma que iba adquiriendo. En un discurso pensado para llegar a los muchos estadounidenses que se oponían a esa institución, afirmó que no era más que una herramienta para los poderes europeos, que una vez más estaban dedicándose a sus jueguecitos cínicos. Cuando, a partir de 1945, llegó el momento de diseñar el mundo de nuevo, FDR se ocupó de que las Naciones Unidas arrancaran con buen pie, incluyendo tanto a Estados Unidos como a la Unión Soviética.

Como Wilson, Roosevelt se presentó a presidente con un programa electoral centrado en los asuntos internos más urgentes y, también al igual que su predecesor, hubiera preferido dedicarse de lleno a ellos y, en caso necesario, relacionarse con los vecinos más cercanos, pero en la década de 1930 el mundo estaba sufriendo unos cambios tan radicales y preocupantes que no le quedó otro remedio que interesarse cada vez más por lo que sucedía fuera de sus fronteras. Durante gran parte de esa década, su política exterior se fue desarrollando a trompicones. Es fácil criticar muchos de sus actos, como la decisión que tomó en 1933, en apariencia por puro impulso, de oponerse a estabilizar los tipos de cambio de las divisas. Dado el desacuerdo de Estados Unidos, el pacto fracasó y la crisis

económica internacional se agravó drásticamente. Sus muchos críticos de entonces y de ahora creen que podría haber hecho mucho más durante los años 30 para unir a las naciones democráticas en contra de las dictaduras. Y sin embargo, si hubiera forzado demasiado en este ámbito, habría corrido el riesgo de estimular los sentimientos aislacionistas de la ciudadanía estadounidense, y sobre todo los de los congresistas partidarios del aislacionismo, cuyos votos le eran necesarios para aprobar las medidas que demandaba la reactivación de la economía interna. Como el buen marino que era, sabía que estaba surcando unas aguas traicioneras, y que podía irse a pique en cualquier momento. El que finalmente saliera victorioso y al final de la gran depresión y de la Segunda Guerra Mundial su país siguiera unido y hubiera vuelto a confiar en sí mismo da fe de la capacidad y de la determinación de FDR.

Entre los años 1933 y 1936, los de su primer mandato presidencial, se ocupó sobre todo de los asuntos internos y de su *New Deal,* y parecía dispuesto a acomodar las directrices de su política exterior a las demandas de la opinión pública, muy poco partidaria de lo que George Washington llamaba "enredos". Aunque el término "aislacionismo" no empezó a formar parte del vocabulario político estadounidense hasta los años de la Primera Guerra Mundial, designaba una veta de pensamiento muy asentada y recurrente entre la ciudadanía de Estados Unidos. Los aislacionistas daban por sentada la superioridad moral de su país, le agradecían a la geografía el haberles colocado entre dos océanos, dándoles así grandes recursos y unas defensas bien reforzadas contra el mundo exterior, y tenían el convencimiento de que lo que sucedía fuera de sus fronteras (quizá con la excepción de los vecinos más cercanos por el sur y por el norte) no era asunto de Estados Unidos. Si el resto del mundo quería hacerse pedazos por culpa de sus rivalidades nacionales, allá ellos: su país no iba a hacer de policía. Los aislacionistas de la década de 1930 también se levantaron contra la participación de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, decidida poco antes: se habían perdido vidas americanas y recursos

americanos… y todo ¿para qué? Desde su punto de vista, los europeos habían conseguido meter a Estados Unidos en sus conflictos sangrientos, y por su parte Wilson había manipulado y defraudado al público estadounidense al declarar la guerra. El aislacionismo, alimentado con el trabajo de los historiadores y promovido por personajes destacados del país como Henry Ford o el gran aviador Charles Lindbergh, se ganó el apoyo de gran parte de la opinión pública y del congreso. Cuanto más desalentadora se veía la escena internacional durante la década de 1930 –con la invasión japonesa de Manchuria, y luego de la propia China en 1937, con la apropiación de Etiopía por parte de Mussolini, y con la política agresiva de Hitler en toda Europa–, más deseaban los estadounidenses mantenerse neutrales. Una de las primeras encuestas de opinión, en 1937, demostró que el 95% de los ciudadanos de ese país pensaba que Estados Unidos debía mantenerse al margen de cualquier guerra futura.

A partir del año 1935, el congreso quiso asegurarse de que ningún presidente pudiera usar sus poderes para meter al país en una guerra, aprobando una serie de leyes de neutralidad que, como medida principal, establecían el embargo del apoyo financiero o del envío de armas a los países en conflicto, y dictaban medidas para que un presidente no pudiera colar este tipo de suministros con el subterfugio de no reconocer la existencia de tal estado de guerra. El congreso también se hacía eco de la resistencia popular a incrementar el gasto en Defensa. Cuando FDR pidió un pequeño aumento de esa partida en 1935, queriendo establecerla en 1.100 millones de dólares (de un presupuesto total de 81.100 millones de dólares), se produjeron manifestaciones generalizadas. Un periódico influyente, *The Nation,* afirmó: "Estamos poniéndonos rápidamente al nivel de Hitler y Mussolini si nos inclinamos ante el Dios de la Guerra".

Sin embargo, durante aquel primer mandato FDR consiguió dar dos pasos importantes para ampliar la implicación estadounidense en el mundo. Reconoció la Unión Soviética, lo que dio pie a establecer relaciones diplomáticas, aunque fueran tormentosas, con

un futuro aliado. Y, más cerca de sus fronteras, inauguró una nueva era en las relaciones de Estados Unidos con sus vecinos latinoamericanos. La Política de Buena Vecindad establecía que Estados Unidos renunciaba al uso de la fuerza en la región y fomentaba la cooperación por el bien común de todos los países del hemisferio occidental. En la conferencia de Buenos Aires, en 1936, Roosevelt dio un discurso que se dirigía tanto a sus conciudadanos como a los delegados allí presentes: les advertía a las potencias extranjeras de que se encontrarían con la más feroz resistencia si trataban de interferir con occidente, pero a la vez puntualizaba que las guerras que se libraban en otros lugares del planeta representaban una amenaza para el nuevo mundo "de cien maneras".

En 1936, al comienzo de su segundo mandato presidencial, los sucesos mundiales parecían cada vez más amenazantes, pero FDR se sentía aún obligado a prestar atención a la opinión pública de su país y a continuar capeando los efectos de la gran depresión económica. En 1937 llegó a minar su propia posición al pelearse con el congreso, sin expectativas de ganar, intentando llenar el Tribunal Supremo de jueces favorables a su New Deal. Sin embargo, tanto entonces como ahora, y tanto fuera de Estados Unidos como dentro, sus críticos afirman que tendría que haberse ocupado de liderar la oposición de los países democráticos contra las dictaduras. Cuando Japón invadió China en 1937, la respuesta de FDR fue invitar al primer ministro británico, Neville Chamberlain, a visitar Estados Unidos para discutir el asunto. Chamberlain declinó la invitación, diciéndoles a sus colegas: "Siempre es mejor y menos peligroso no contar con *nada* de los americanos excepto palabras".

El gran temor constante de FDR era el de tomar decisiones o posturas que pudieran fracturar la coalición que lo mantenía en la presidencia. Y siempre tuvo presente el hecho de que muchos de sus compatriotas estaban en contra de todo lo que pudiera oler a confabulación con Gran Bretaña o con Francia.

Si hubiera acogido a más judíos refugiados, de los muchos que trataban de salir a la desesperada de Alemania y de Austria, se

hubiera enajenado a los demócratas del sur y a gran parte de sus ciudadanos, que no entendían por qué tenía que abrir sus puertas el país a más inmigrantes cuando aún había tantos estadounidenses en el paro. Este tipo de decisiones no fueron fáciles, y quizá no siempre sean defendibles. Igual que King en Canadá, FDR hizo de la unidad nacional su principio básico. Y sin embargo, como aseguran incluso los biógrafos que más lo admiran, Roosevelt hubiera podido usar más parte de su capital político para enfrentarse en serio con las amenazas que se iban solidificando, y podría haber intentado ganarse el apoyo de la opinión pública para luchar contra el congreso por conseguir que se ayudara de una forma más concreta a los países que sufrían la amenaza alemana. De hecho, hacia 1939 la opinión estadounidense estaba ya experimentando un marcado cambio, a medida que la situación se deterioraba en Europa y en Asia. Según una encuesta, por entonces ya eran el 37% de los estadounidenses los que apoyaban la ayuda a Gran Bretaña, Francia y Polonia, mientras el 30% seguía indeciso. Pero FDR, como mucho, estaba dispuesto a usar el cargo para educar a la ciudadanía en los peligros a los que se enfrentaba el mundo, y que podían llegar a amenazarlos a ellos. Y cuando pudo, sin arriesgar demasiado, se ocupó de ir movilizando a su país para que estuviera preparado.

En sus discursos, en las charlas radiofónicas junto a la chimenea y en sus ruedas de prensa, FDR era un maestro dejando caer ideas. Les insistía a sus compatriotas en que la geografía ya no les aseguraba el estar fuera de peligro como antes; los nuevos inventos de guerra aérea significaban que el mar ya no era una barrera segura, y los bombarderos de largo alcance tarde o temprano conseguirían llegar a su continente desde Europa o desde el lejano oriente. Y cuando provocaba una respuesta demasiado vehemente, reculaba con gran habilidad. En 1937 dio un famoso discurso en Chicago, la cuna de algunos de los más empecinados aislacionistas, advirtiendo contra algunos de los países más agresivos, que amenazaban la paz mundial y cometían atrocidades contra civiles inocentes. Aunque no mencionó a Japón, que estaba por entonces apoderándose de grandes franjas de territorio chino, ni a Alemania, que se iba

rearmando a toda velocidad, ni a Italia, que acababa de invadir Etiopía, la audiencia no debió de tener la menor duda de a quién se refería. Según explicó, la sociedad ponía en cuarentena a los enfermos para evitar que se expandieran las epidemias, y el mundo debía hacer lo mismo con las naciones peligrosas. Sin embargo, cuando los periodistas le preguntaron qué medidas tenía pensadas, dijo en tono ligero que simplemente estaba expresando "una actitud", y que ciertamente no pretendía hablar del uso de sanciones, "que es una palabra terrible".

Cuando en 1937 Japón invadió China, consiguió evitar la apelación a la Ley de Neutralidad y permitió que Estados Unidos les vendiera armas a los dos bandos, aunque en realidad su gobierno se inclinaba más hacia China. En diciembre de 1938, Estados Unidos les hizo a los nacionalistas chinos un préstamo, el primero de muchos, de veinticinco millones de dólares. Y en esa misma época las propias opiniones de FDR, como las de muchos de sus conciudadanos, se iban inclinando más en contra de Hitler y de sus aliados de la Italia fascista. En noviembre de 1938 la *Kristallnacht,* la "noche de los cristales rotos" en la que el gobierno ya bajo control nazi alentó las agresiones a los judíos y la destrucción de sus negocios, convenció a Roosevelt de que Hitler era un "chiflado" movido por las paranoias. A partir de ese momento, no dejó de buscar la forma de sortear y luego enmendar la Ley de Neutralidad. Para entonces, ya había firmado (en 1937) una orden ejecutiva por la que la política de embargo de armas sobre ambos bandos quedaba sustituida por otra de *cash and carry* [el que paga, se lo lleva], que le daba además al presidente una considerable libertad de criterio para decidir a quién le vendía Estados Unidos sus productos. FDR tenía la intención de que esa política ayudara a Gran Bretaña y a Francia antes que a Alemania o a Japón. En 1938, su gobierno consiguió que el congreso aprobara una Ley de Expansión Naval, y que el ejército y la armada actualizaran sus planes para la guerra con Japón, en caso de que llegara.

A partir de entonces, en sus discursos afirmaba claramente que estos acontecimientos en Europa y en Asia representaban una

colisión entre los valores de la democracia liberal y los del totalitarismo, y que lo que sucedía en otros países ponía en riesgo el propio *American way of life.* Como dijo en el discurso sobre el Estado de la Unión de 1939: "Las tormentas del extranjero son una amenaza directa a tres instituciones indispensables para los estadounidenses. La religión es la primera, y la fuente de las otras dos: la democracia y la buena fe". En abril de 1939, después de que Mussolini invadiera Albania con la mayor arrogancia, y Hitler rompiera las promesas hechas solo seis meses antes respecto a la integridad de lo que quedaba de Checoslovaquia, Roosevelt hizo referencia a las acciones de ambos comparándolas con las de los hunos y los vándalos. Y les exigió públicamente a Alemania y a Italia que prometieran no atacar a treinta y un países de Europa y oriente próximo, un pronunciamiento que fue recibido con abierto escarnio en Berlín y en Roma. FDR no se hacía ilusiones de que ni Alemania ni Italia le prometieran nada pero, como le dijo a King, "Si nos rechazan, el conflicto queda claro y eso les vendrá bien a la opinión pública de tu país y a la del mío".

El 1 de septiembre empezó la Segunda Guerra Mundial, con el ataque arbitrario de Alemania a Polonia. Gran Bretaña y Francia, que eran garantes de Polonia, respondieron declarándole la guerra a Alemania. Dos días después, FDR emitió una de sus charlas junto a la chimenea: "He dicho, no una vez –afirmó ante el pueblo estadounidense– sino muchas veces, que he visto la guerra y que odio la guerra. Lo digo y lo repito mil veces. Espero que Estados Unidos quede al margen de esta guerra. Creo que quedará al margen. Y les aseguro, y pueden creerme, que todos los esfuerzos que haga su gobierno estarán enfocados a ese objetivo". Sus palabras no les sirvieron de mucho ánimo a los aliados, excepto unas frases, casi al final: "Este país seguirá siendo un país neutral, pero yo no puedo pedirle a cada estadounidense que se mantenga neutral en sus ideas también. Incluso el que se mantiene neutral tiene derecho a darse cuenta de las cosas. Ni siquiera a quien se mantiene neutral puede pedírsele que cierre su mente o su conciencia".

De hecho, Roosevelt maniobró con rapidez para promulgar, pocas semanas más tarde, lo que se llamó, con gran sutileza, la Ley de Paz, en la que proponía revertir el embargo de armas sobre los combatientes y ampliar la política de *cash and carry*. Era la primera vez, en toda su presidencia, que él y sus seguidores se empleaban a fondo en un asunto de política internacional. Con ello consiguieron que la opinión pública se inclinara rápidamente del lado de los aliados; según una encuesta, el 84% de los estadounidenses estaba a favor de la victoria aliada. FDR movió todos los hilos para convencer a los congresistas y senadores y, cuando fue necesario, comprarse su adhesión ofreciéndoles cargos para las personas de su entorno o incentivos económicos que beneficiaran a su distrito. Desde el gobierno se animaba a los ciudadanos a hacerse oír. William Allen White, un veterano reportero de la prensa sensacionalista, abanderó con gran éxito una campaña para hacer presión. La ley quedó aprobada con una cómoda mayoría. Pero en los meses que siguieron hubo pocas ocasiones para sentirse cómodo.

En mayo de 1940, cuando la invasión alemana avanzaba por Francia con extraordinaria rapidez, FDR emitió otra de sus charlas junto a la chimenea. En ella, llamaba la atención sobre los horrores que estaba sufriendo la población civil en Francia y en Bélgica y les pedía a los estadounidenses que hicieran donativos a la Cruz Roja. Y a la vez, les lanzaba un desafío a los aislacionistas más recalcitrantes, de los que iban quedando ya pocos: "Para aquellos que han cerrado los ojos por una de estas muchas razones, para aquellos que no reconocen la posibilidad de que se esté acercando la tormenta… para todos ellos, estas dos semanas pasadas han roto muchas ilusiones. Se les ha roto la ilusión de que estamos alejados, aislados y, por tanto, de que no corremos esos peligros de los que no se salva ninguna otra nación".

Luego le pidió al congreso otra partida presupuestaria de 10.500 millones de dólares para armas, y aceptó la nominación para presentarse al tercer mandato presidencial, una decisión sin precedentes. También hizo una serie de gestiones decisivas para que se pudiera vender más material de guerra a Gran Bretaña, aunque

en aquellos primeros meses angustiosos no estaba claro que ese país, ni siquiera bajo el nuevo y vigoroso mandato de Winston Churchill, quisiera o pudiera continuar luchando. En agosto, Churchill ya había dejado claro, ante su pueblo y ante el resto del mundo, que no habría rendición. Además, daba la impresión de que la fuerza aérea alemana no iba a conseguir su objetivo de destruir las defensas aéreas británicas. FDR puso a prueba los límites de su poder: permitió que se produjeran contactos militares secretos entre los estadounidenses y los británicos y, apoyándose en su autoridad ejecutiva, firmó un pacto para entregarle barcos destructores estadounidenses a Gran Bretaña a cambio del derecho de uso a largo plazo de las bases británicas en América. (Y consiguió que la armada de su país declarara que tales destructores, perfectamente operativos, estaban obsoletos, para acallar posibles clamores políticos). Además, tomó diversas medidas para proteger el hemisferio occidental, firmando un tratado de defensa mutua con Canadá tras reunirse con King cerca de la frontera. Al año siguiente, en la casa de campo de Roosevelt en Hyde Park, se firmó un segundo acuerdo por el que Canadá y Estados Unidos integraban su fabricación de material de guerra.

Durante la campaña electoral, Roosevelt consiguió minar a los republicanos haciendo ante sus votantes la promesa de que "No mandaremos a nuestros chicos a ninguna guerra extranjera". Pero, muy a propósito, se olvidaba de terminar la frase, "…excepto en el caso de un ataque extranjero", tal como estaba en su programa electoral. Cuando uno de sus redactores de discursos le preguntó qué planes tenía, FDR le contestó: "Por supuesto, lucharemos si nos atacan". Una vez ganadas las elecciones, siguió dando pasos para ampliar la ayuda estadounidense a Gran Bretaña, que, ya muy escasa de fondos, no podía seguir acogiéndose a la política de *cash and carry*. ¿Qué sentido tiene –se preguntaba Roosevelt en una rueda de prensa que dio en diciembre de 1940, afirmando que ayudar a Gran Bretaña era la mejor forma de defender Estados Unidos– tener el equipamiento de guerra almacenado aquí en casa cuando se le podría estar dando buen uso al otro lado del Atlántico?

Porque no era el momento de preocuparse de cómo lo iban a pagar los británicos; tarde o temprano, lo pagarían o harían honor al préstamo. Él tenía la sospecha, dijo, de que casi todos los presentes en aquella rueda de prensa estaban de acuerdo con él: no era aquel el momento de preocuparse del dinero. "Olvidémonos –dijo– de esa bobada del símbolo del dólar". Y aplicó entonces una metáfora doméstica, de las que eran su especialidad: "Supongamos que se incendia la casa de mi vecino, y que yo, que estoy a cien o ciento cincuenta metros, tengo una buena manguera en el jardín. Si el tipo puede llevarse mi manguera y conectarla a su toma de agua, le estaría yo ayudando a apagar el fuego. Entonces, ¿qué hago? No voy a decirle, antes de que empiece: 'Oye, vecino, esa manguera me costó quince dólares; me tienes que dar esa cantidad si quieres usarla'. ¿Qué transacción es la que acuerdo con él? No quiero los quince dólares: lo que quiero es que apagues el fuego y que luego me devuelvas la manguera".

Un par de semanas más tarde, dejó entrever lo que estaba pensando, en el curso de otra de sus charlas junto a la chimenea. Empezó a hablar de la seguridad de los estadounidenses, y de sus hijos y nietos, alertando del peligro que se iba acercando a todos ellos. Los nazis y sus aliados estaban poniendo en riesgo su propia forma de vida y, si caía Gran Bretaña, Estados Unidos ya no podría contar con que el Atlántico hiciera de barrera para defenderse. Los nuevos bombarderos de largo alcance lo impedían. "El ancho de los mares ya no es el mismo que en los tiempos de la navegación a vela". Las islas Azores, que bien podían caer en manos alemanas, dijo, se hallaban más cerca del territorio continental estadounidense que Hawai. Y su país debía mirar por su propia defensa, pero también tenía el deber de emplearse a fondo por Gran Bretaña: "Debemos ser el gran arsenal de la democracia".

El paquete legislativo que luego presentó al congreso tenía otro título muy hábil: "Ley para la Promoción de la Defensa de Estados Unidos". El debate fue arduo y apasionado, pero al final FDR se impuso y la ley salió adelante por gran mayoría en marzo de 1941. Gracias a ella, el presidente disponía de amplios poderes para dar,

prestar o vender equipamiento de guerra a cualquier país cuya defensa fuera de necesidad vital para Estados Unidos. A lo largo de esa primavera, Roosevelt también fue ampliando el territorio que consideraba imprescindible para proteger el hemisferio occidental, que pasó a incluir las islas Azores y la mayor parte de Groenlandia e Islandia, de forma que su perímetro defensivo entraba de lleno en el Atlántico. En junio, cuando Alemania invadió la Unión Soviética, la ayuda estadounidense a Gran Bretaña se estrechó todavía más. FDR autorizó a la armada estadounidense para que estableciera contacto con los británicos sobre unos posibles convoyes atlánticos destinados a enviar suministros básicos a Gran Bretaña. En agosto, FDR y Churchill se reunieron por primera vez desde 1918, en las cercanías de la costa de Terranova, y acordaron sobre todo gracias a la insistencia de Roosevelt una serie de principios comunes, lo que llegaría a conocerse más adelante como la Carta del Atlántico. Al mes siguiente, un submarino alemán abrió fuego contra el *Greer,* un destructor estadounidense, cerca de Islandia. FDR utilizó este incidente, durante otra de sus charlas junto a la chimenea, para anunciar que las fuerzas estadounidenses no solo se defenderían a sí mismas en la parte del Atlántico que consideraban su perímetro de defensa, sino que además protegerían a los barcos mercantes que cruzaran esas aguas. Y, aunque no lo dijo específicamente, con esto ponía en marcha la responsabilidad compartida de los convoyes con los británicos y los canadienses. Tampoco mencionó que el *Greer,* junto con la fuerza aérea británica, había estado siguiéndole el rastro al submarino alemán ni que había sido el primero en disparar. Como dijo de sí mismo FDR al año siguiente, en tono desenfadado: "Puedo decir una cosa y su contraria, y además estoy perfectamente dispuesto a confundir y a no decir la verdad si eso ayuda a ganar la guerra".

El tiempo de los subterfugios se acabó el 7 de diciembre de 1941, cuando Japón atacó por sorpresa la base estadounidense de Pearl Harbor, en el Pacífico, uniendo a todo el pueblo americano en favor de la guerra. Unos pocos días después, Hitler despejó las dudas que aún pudieran quedar sobre la conveniencia de que Estados Unidos

entrara o no en aquel conflicto europeo declarándole la guerra a ese país, al que despreciaba por tener población "mestiza". Y para entonces Estados Unidos, gracias en gran parte a FDR, estaba preparada tanto en lo psicológico como en lo material para el gran enfrentamiento que se le venía encima. En ese momento, los ciudadanos estadounidenses sabían con mucha más claridad que cinco años antes qué es lo que estaba en juego.

En los años siguientes, FDR se creció a la altura del reto, brindándole a su país un liderazgo fuerte y motivador, y puso mucho de su parte para darle al mundo la forma que tomó tras la guerra. No es fácil imaginar que de sus adversarios republicanos en las elecciones presidenciales de 1936 y de 1940, Alf Landon y Wendell Willkie, se hubiera podido decir lo mismo. Y si el lector quiere manejar otras opciones aún más preocupantes, lea la novela de Philip Roth *La conjura contra América,* en la que Charles Lindbergh, el aviador antisemita y proalemán, llega a presidente en el año 1940. FDR asumió el cargo en un momento negro para Estados Unidos, más negro de lo que a veces se recuerda ahora. Hasta los comentaristas más ecuánimes hablaban de un posible levantamiento generalizado y violento de la población civil, incluso de una guerra. La gran depresión había dejado sin trabajo a uno de cada cuatro estadounidenses y había voces, algunas poderosas, argumentando que la democracia y el capitalismo ya no funcionaban, que hacían falta nuevos modelos de organización económica o política. El mundo de aquellos años brindaba todo tipo de ejemplos de sociedades que se desmembraban y de la emergencia de nuevos regímenes autoritarios. Sin FDR, Estados Unidos podía haber tomado cualquier otro rumbo. Y sin él, la Segunda Guerra Mundial hubiera ido por otros derroteros. Nuestro mundo, el mundo que conformaron las instituciones creadas a partir de 1945, en cuya creación fue fundamental el papel de FDR, sería también muy distinto.

Bismarck era un júnker prusiano con muchos de los valores y actitudes propios de su clase y de su época. Mientras que King y FDR

fueron ambos el producto de unos mundos liberales y democráticos, el primero provenía de la clase media en un lugar que formaba parte del imperio británico, y el segundo de las clases altas de uno de los países más poderosos del planeta. Y sin embargo, a pesar de todas sus disparidades, estos tres hombres tuvieron de su parte el tiempo y las circunstancias, y los tres estuvieron dispuestos a aprovechar la oportunidad cuando se les brindó, y compartían además la característica clave que los convertía en unos líderes tan eficaces: perseguían grandes objetivos, y poseían el talento, las habilidades y la fuerza de voluntad necesarios para no rendirse y para arrastrar con ellos a su país. Esto no significa que no cometieran errores. Los tres los cometieron, pero fueron capaces de aprender la lección y, lo que es más importante, supieron cuándo había que transigir. Y consiguieron así, casi siempre, evitar la trampa en la que caen con tanta facilidad muchos líderes poderosos: la de pensar que ellos siempre tienen razón.

II

LA ARROGANCIA

Durante mis años jóvenes, en Canadá, siempre había un momento, si se estaba hablando de los amigos o de los vecinos, en que alguien decía, en tono de censura: "Pero no se debe chismorrear". Y algo parecido –quizá por otras razones– ha venido sucediendo con la historia, donde también se tenía la sensación de que no hacía falta, o no era de buen gusto, interesarse por lo que habían hecho o habían dicho los individuos más destacados de cada época. Pero yo quiero chismorrear. Y hay todo un abanico extraordinario de personajes sobre los que contar chismorreos. ¿Quién sería capaz de inventarse a alguien como Catalina la Grande, o como su equivalente china, la emperatriz Wu? ¿O a exploradores del tipo de David Livingstone o de Alexander Mackenzie, que cruzaron continentes enteros a pie? Las personas del pasado, sus vidas y sus personalidades, son lo primero que me atrajo hacia la historia. Y, ciertamente, a todos nos gustan las historias.

Como a muchos, a mí me divierte oír las voces del pasado, sean las de los protagonistas o las de los observadores. Me gusta saber las pequeñas cosas de gente que vivió hace mucho: qué comían, cómo se vestían, a quién amaban y odiaban. Cuando era pequeña, me encantaban las cosas que contaban mis padres y abuelos sobre sus años mozos: que mi abuelo canadiense tenía que andar casi cinco kilómetros para llegar al colegio, a las afueras de Londres (Ontario), que el abuelo de Gales había ido a un internado en Inglaterra sin saber ni una palabra de inglés, que mi madre jugaba al aro en un parque de Londres, o las aventuras de mi padre en la armada canadiense durante la Segunda Guerra Mundial. Y me

gustaban también las historias de gente a la que no podría conocer nunca: tanto Samuel Pepys quejándose de lo aburridas que eran las amigas de su mujer como Michel de Montaigne analizando a fondo su propia psique nos recuerdan que esas personas que nos parecen tan distintas a nosotros, y que muchas veces tenían valores y formas de ver la vida completamente diferentes a los nuestros, experimentaban nuestras mismas emociones, desde el aburrimiento a la pasión pasando por la curiosidad.

Es posible que la influencia que ha tenido la economía sobre la historia, como sobre las demás ciencias sociales y las humanidades, sea la causa de que en ocasiones a los historiadores les incomode el papel que desempeñan la personalidad y las emociones en los sucesos. Yo soy de la opinión de que hay que prestar atención a ambos. Si en la década de 1930 hubiera estado al frente de Alemania otra persona que no fuera Hitler, ¿lo hubiera arriesgado todo ese hombre o mujer en una guerra contra Francia y Gran Bretaña, y luego contra la Unión Soviética y Estados Unidos? Si el militarismo japonés no hubiera estado tan obsesionado con que la amenaza de que Estados Unidos se volviera demasiado fuerte como para que ellos pudieran derrotarlo, ¿hubiera ido Japón a la guerra en 1941, cuando aún tenían posibilidades de salir vencedores? El miedo, el orgullo o la ira son emociones que crean actitudes y decisiones, tanto o quizá más que el cálculo racional.

Y esto nos lleva a las preguntas del tipo "Y si…". ¿Y si Hitler hubiera muerto en una trinchera durante la Primera Guerra Mundial? ¿Y si Winston Churchill hubiera resultado mortalmente herido cuando un vehículo lo atropelló en la Quinta Avenida neoyorquina en 1931? O ¿y si Stalin hubiera muerto durante la operación de apendicitis que sufrió en 1921? ¿Podemos de verdad analizar la historia del siglo xx sin colocar a ese tipo de personajes en algún lugar del relato? Llama la atención el que algunos historiadores, como Ian Kershaw o Stephen Kotkin, que empezaron investigando y escribiendo sobre los nazis o sobre la sociedad soviética, hayan pasado a escribir biografías de los dos hombres que sirvieron de eje a esas sociedades. Los expertos en ciencia política nunca se han mostrado

muy dispuestos a considerar el papel que desempeña el individuo, pero ya empiezan a aparecer artículos en sus revistas profesionales con títulos como "Elogiemos ahora a hombres famosos: que pase a escena otra vez el estadista".

En cuanto tratamos de evaluar el impacto de los individuos o de los sucesos aislados en la historia, estamos, aunque no nos demos cuenta, pensando en un desenlace alternativo a lo que ya sucedió. Imaginemos de qué otra forma podría haber salido todo en aquella mañana veraniega de junio de 1914 en Sarajevo. El heredero al trono austriaco, el archiduque Francisco Fernando, había cometido una tontería al visitar la ciudad bosnia. Muchos nacionalistas serbios, y entre ellos los que vivían en Bosnia, seguían aún indignados por que el imperio austrohúngaro se hubiera anexionado Bosnia, arrancándosela al imperio otomano, como había sucedido solo seis años antes. Su provincia, creían, pertenecía a Serbia. Y el 28 de junio era un día particularmente aciago para esa visita del archiduque, dado que era la fiesta nacional serbia, el día en que el país conmemoraba la gran derrota que sufrió en la batalla de Kosovo. Tampoco ayudaba el hecho de que la seguridad austriaca estuviera bastante descuidada, a pesar de las alertas sobre posibles conspiraciones de unas oscuras bandas terroristas. En aquella mañana, varios hombres jóvenes y decididos se habían apostado por toda la ciudad, armados de pistolas y bombas, esperando al archiduque. Uno de ellos incluso había conseguido arrojar un explosivo contra el cortejo a su llegada, pero sin acertarle a nadie. La policía, por su parte, había efectuado redadas de posibles asesinos, y los demás no se veían con valor para actuar. Solo uno –Gavrilo Princip– seguía lleno de energía, decidido a hacer algo. Princip estuvo primero dando vueltas por la calle principal, junto al río, esperando que le llegara la oportunidad de cumplir con su misión, y acabó sentándose a descansar junto a un famoso café de la ciudad. Sus oportunidades parecían escasas, hasta que de repente apareció el coche abierto del archiduque: el conductor se había equivocado de trayecto, y fue a dar a la callejuela donde estaba apostado Princip, que se puso en pie y disparó a quemarropa contra

la pareja imperial mientras el chófer trataba de dar marcha atrás. La muerte del archiduque se convirtió en la excusa que precisaba el gobierno austriaco para actuar contra Serbia, sometiéndola o destruyéndola. Y eso, por su parte, precipitó la decisión alemana de respaldar al imperio austrohúngaro, mientras Rusia hacía lo propio con Serbia. Si no llega a cometerse aquel asesinato, hubiera sido muy poco probable que Europa fuera a la guerra en 1914. Podría no haberse desencadenado nunca una guerra mundial. Nunca lo sabremos, pero podemos imaginárnoslo.

Las cosas que no sucedieron, los *contrafactuales,* son herramientas muy útiles para la historia porque nos ayudan a entender que una sola decisión o acción produce consecuencias. Julio César se enfrentó a su propio gobierno cuando decidió cruzar el Rubicón con sus tropas y dirigirse a Roma en el año 49 antes de Cristo. Ese río delimitaba la frontera entre la provincia que gobernaba él y los territorios italianos regidos directamente por Roma. Este acto de Julio César era traición, y se castigaba con la muerte o con el exilio. Pero triunfó, y eso supuso la muerte de la república de Roma y el nacimiento de la Roma imperial. En 1519, Hernán Cortés corrió un riesgo casi inimaginable al adentrarse en México. Tenía seiscientos soldados, quince jinetes y quince cañones, y con eso iba a enfrentarse a los reinos poderosos y bien armados del país. ¿Y si aquellos hombres se hubieran unido contra la diminuta banda de invasores, en vez de dejarse dividir y conquistar? Podría haber sido muy posible que México sobreviviera como estado independiente, igual que hizo Japón ante un reto parecido, la amenaza de invasión exterior de la década de 1860 y en el periodo de la restauración Meiji, cuando consiguió reformarse para hacerles frente a los extranjeros. La historia de Norteamérica hubiera sido muy diferente de haber existido una potencia indígena fuerte e independiente.

Los contrafactuales nos sirven para tener presente que en la historia las contingencias y los accidentes pesan. Pero, dicho esto, también hay que manejarlos con precaución. Si al pasado le cambiamos demasiadas cosas, las versiones alternativas de la

historia se van haciendo cada vez más implausibles. Y tampoco podemos esperar que ocurriera lo impensable, o siquiera lo improbable. Con la historia no podemos hacer aquello a lo que recurrían los antiguos dramaturgos griegos para resolver las situaciones imposibles, introducir el *deus ex machina*. Ni podemos contar con que los personajes del pasado piensen y reaccionen de una forma que no se corresponde con su carácter ni con su época. Por ejemplo, que la reina Isabel I de Inglaterra se hubiese comportado como una feminista del siglo XXI. Y cuando tratamos de entender por qué los personajes históricos hicieron lo que hicieran, tenemos el deber de evaluar siempre qué opciones plausibles, y propias de ellos, tenían ante sí.

Ahora quiero poner el punto de mira en cuatro personas que cambiaron la historia, al menos en mi opinión. Margaret Thatcher, Woodrow Wilson, Iósif Stalin y Adolf Hitler operaron, claro está, en contextos muy distintos. Los dos primeros fueron líderes democráticos, mientras que los otros dos eran dictadores de un tipo muy particular del siglo XX: no solo poseían un poder enorme sino que aspiraban a controlar a sus súbditos en cuerpo y mente. Hubo que inventar un nuevo término –totalitarismo– para distinguirlos de los dictadores de antes, que aspiraban a la obediencia antes que al consentimiento entusiasta.

Sin embargo, lo que los cuatro tienen en común es algo a lo que ya he hecho referencia antes, y es la ambición que los movía. Y, lo que es igualmente importante, todos tuvieron la suerte de vivir en una época de cambios, con las consecuentes oportunidades que ellos supieron aprovechar. Wilson llevó su Movimiento Progresista hasta la Casa Blanca en 1912, cuando millones de estadounidenses estaban deseando cambios y reformas. Thatcher captó muy bien el descontento generalizado de Gran Bretaña en la década de 1970 con el estado social y económico de su país –el desempleo, el estancamiento de la economía, y luego las huelgas paralizantes del invierno de 1978-1979– y lo aprovechó para hacerse con el liderazgo del partido conservador y desde ahí llegar a primera ministra. Stalin y Hitler aprovecharon el derrumbe y el descrédito del antiguo orden

tras la Primera Guerra Mundial y la gran depresión para presentarse a sí mismos como agentes de un cambio radical.

Los cuatro tenían también la convicción de estar en lo cierto, y de hablar en nombre de unas fuerzas mucho mayores, fueran estas las del pueblo, las de la raza o las del devenir de la historia. Como Bismarck, Mackenzie King y Franklin Delano Roosevelt, estos cuatro personajes tenían una visión clara y contundente del tipo de sociedad y de mundo que deseaban. Sin embargo, no estaban tan dispuestos a pactar para conseguir sus fines, y con el tiempo llegaron a convencerse de que solo ellos sabían lo que había que hacer. Por supuesto, no trato de sugerir con esto que Thatcher, Wilson, Stalin y Hitler fueran el mismo tipo de persona. Los dos primeros tuvieron que maniobrar dentro de los límites de las sociedades democráticas, las que disponen de una constitución, unos principios legales, una prensa libre y una serie de instituciones civiles sólidas. Wilson y Thatcher fueron capaces de exprimir todo el poder del que dispusieron, con entusiasmo y convencidos de estar en lo cierto, pero respetando esos límites y sin salirse de ellos. Sin embargo, Hitler y Stalin se encontraron con un poder ilimitado y, gracias a la tecnología moderna, también con los medios para ejercerlo de una forma mucho más amplia que los dictadores de antaño. Lo que me parece una característica común de los cuatro es que el poder y el éxito se les subieron a la cabeza. Cada uno a su modo fue presa de lo que los griegos llamaban la *hybris* –esa suprema arrogancia que lleva a los seres humanos a considerarse infalibles–, y ellos o su desdichado pueblo tuvieron que pagar las consecuencias.

De Woodrow Wilson, presidente de Estados Unidos desde 1912, dijo una vez el embajador francés en Washington que era "un hombre que, de haber vivido hace un par de siglos, hubiera sido el mayor tirano del mundo, porque no parece abrigar la menor sospecha de que pueda equivocarse alguna vez". Y Wilson, al contrario que Thatcher, estaba al mando de un país que iba en camino de

convertirse en la gran potencia mundial. En la época en que entró en política, justo antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, la economía estadounidense se expandía a toda velocidad, aumentaba la población, y durante el mandato del presidente Theodore Roosevelt había dado los primeros pasos en la construcción de una armada poderosa. La propia guerra tuvo el efecto de acelerar la transformación de Estados Unidos, convirtiéndolo en una potencia diplomática y militar de primer orden. Durante la Conferencia de Paz de París, en 1919, Wilson insistió en que se creara la Sociedad de Naciones, y sin embargo su carrera política acabó de forma oprobiosa cuando no consiguió que el congreso lo aprobara. Este fracaso, como veremos más adelante, fue en gran medida debido a sus defectos de carácter, a la tozudez que enseguida se convertía en una negativa a pactar, basada en la convicción de que él estaba absolutamente en lo cierto y sus oponentes absolutamente equivocados.

Wilson nació en Virginia, era hijo de un pastor presbiteriano, y sus primeros recuerdos fueron los de la guerra de Secesión. Aunque siempre creyó en mantener la Unión, fue sureño hasta el final, y en especial en su actitud hacia las razas. Su educación le dejó también una profunda fe cristiana, teñida de calvinismo y de la creencia en el pecado y en un dios severo. A pesar de todo esto, su infancia y sus primeros años fueron felices, con unos padres entregados que fomentaron sus estudios pero sin imponérselos, y que sintieron la misma alegría que él cuando el chico les dijo: "Me he dado cuenta de que tengo un intelecto y un cerebro de primera clase". Además, tenía ambición, no de dinero sino de dejar su impronta y de hacer el bien.

Wilson destacó en los estudios, primero en la universidad de Princeton y luego en la de Johns Hopkins, donde se doctoró. Al principio se inclinó por el derecho, pero luego fue derivando de forma natural hacia el mundo académico, donde también se mostró brillante. Con cuarenta y seis años era rector de Princeton, y desde ese puesto se dedicó a transformar lo que había sido una universidad masculina, elitista pero poco exigente, en una institución

académica de primer orden. También se ganó buena reputación como experto en ciencia política e historiador, además de gran orador. En 1910, ya la gente hablaba de él –y entre esa gente estaban los personajes más destacados del establishment demócrata– como posible candidato a gobernador de Nueva Jersey e incluso, con el tiempo, a la presidencia.

Wilson tenía el momento a su favor. El cambio de siglo fue una época de considerable agitación política y social a medida que el Movimiento Progresista –que atraía a republicanos como Theodore Roosevelt a la vez que a demócratas– se expandía, denunciando la corrupción en el gobierno, los monopolios y cárteles en los negocios y la desigualdad y pobreza en la sociedad estadounidense. El público quería líderes nuevos, no contaminados por el viejo orden, y Wilson, con su bien merecida fama de hombre recto, idealista y eficiente, encajaba a la perfección.

Ya cumplidos los cincuenta años, Wilson parecía un líder y hablaba como un líder. Resultaba atractivo (aunque más de uno le veía aspecto de enterrador), con un aire de dignidad y reserva. Ni la sencilla afabilidad ni la capacidad de hablar con desconocidos del presidente Roosevelt iban con él. Pero bajo su aspecto controlado había un hombre pasional, capaz de amar intensamente. Con su familia, sus pocos íntimos y las mujeres a las que amó, incluidas sus dos esposas, podía ser cariñoso y comprometido. Le gustaba leer en alto durante las veladas y contar chistes que él mismo reconocía como malos.

Pero también tenía defectos y un lado oscuro. Nunca le faltó coraje para luchar, pero en ocasiones no conseguía sus objetivos por exceso de rigidez. Edward House, un coronel que durante un tiempo fue uno de sus asesores de confianza, dijo, al parecer con admiración: "Cuando se plantea un problema, mantiene la mente completamente abierta y acepta todas las sugerencias o consejos que puedan ayudarlo a acertar con la decisión. Pero su receptividad solo dura el tiempo en que está sopesando la cuestión y preparándose para decidir. Una vez que toma la decisión, esta es definitiva y se acaban para siempre todos los consejos y

sugerencias. De ahí ya no se mueve". Durante sus últimos años en Princeton, se embarcó en una disputa complicada e innecesaria con muchos de sus colegas y con los alumnos sobre el proyecto de construir nuevas residencias para estudiantes. Si hubiera tenido en cuenta más opiniones, o hubiera mostrado más disposición para llegar a un acuerdo, podría haberse salido con la suya, al menos parcialmente. Pero, tal como sucedieron las cosas, sufrió una derrota inesperada que le costó mucho aceptar, tanto que llegó a plantearse la dimisión.

Trabajar con colegas fuertes no era lo suyo, ni entonces ni después. Y tampoco llevaba bien la oposición. En vez de contemporizar o de tratar de llevar a su terreno a los demás, los ignoraba. Si él estaba convencido de hallarse en lo cierto, como solía ser el caso, consideraba que quienes le llevaban la contraria lo hacían no solo por equivocación, sino por maldad. Toda su carrera estuvo jalonada de episodios en los que se sintió traicionado. En el conflicto de Princeton un amigo y colega suyo, Jack Hibben, se alineó con el otro bando. "Por qué habré sido –se preguntaba Wilson– tan ciego y tan imbécil como para apreciar a alguien que ha resultado ser un falso…". Nunca perdonó a Hibben ni le volvió a dirigir la palabra. Y lo mismo le hizo a House en 1919, porque sintió que le había traicionado al no hacer suficiente presión en favor del sueño de Wilson: una paz justa y un orden mundial nuevo. Y durante estos dos episodios, primero en Princeton y luego en 1919, Wilson sufrió un derrumbe, posiblemente un ictus, que le causó migrañas continuas, ceguera temporal en un ojo y desajustes emocionales.

Aquella derrota en Princeton le hizo pensar que era el momento de pasarse a la política, y aceptó enseguida cuando le propusieron presentarse al cargo de gobernador de Nueva Jersey. Hizo campaña con la promesa de un gobierno progresista, limpio y eficiente, que sería capaz de controlar incluso a las grandes empresas. Llegó al cargo en volandas, con un 54% del voto popular, y sus dos años de mandato estuvieron jalonados de reformas. En 1912 ya era para muchos, tanto demócratas como republicanos, el candidato obvio del

partido demócrata a la presidencia. Los republicanos andaban divididos internamente porque Theodore Roosevelt decidió descabalgarse de su partido para presentarse como líder del nuevo partido progresista. Así, aunque Wilson obtuvo solo el 43% del voto popular, tuvo mayoría de sobra para ganar las elecciones.

Ya como presidente, exhibió la misma energía y decisión que durante su etapa como gobernador, y además demostró ser un grandísimo comunicador; solo en el primer año, celebró más de sesenta ruedas de prensa. Durante su primera legislatura se centró en la política interior y en implementar una serie de medidas progresistas, como la bajada de los aranceles y la creación de la Reserva Federal y de la Comisión de Comercio Federal. En 1913 le confió a un amigo: "Hubiera sido una buena jugarreta del destino que mi gobierno hubiera tenido que dedicarse a los asuntos exteriores". Pero tampoco pudo olvidarse por completo del mundo que le rodeaba, al menos no de las zonas más cercanas a Estados Unidos.

Las opiniones de Wilson sobre la política extranjera eran claras y cargadas de superioridad moral: Estados Unidos era una fuerza del bien, y debía dar ejemplo al resto del mundo. Como dijo en cierta ocasión, durante una campaña, "Estados Unidos es una idea, un ideal, una visión". Y era capaz de promover ese ideal cuando hacía falta (incluso, aunque no siempre lo reconociera, para proteger los intereses de su país), interviniendo por la fuerza en los asuntos de los países vecinos. A un político británico le dijo: "Voy a enseñarles a las repúblicas sudamericanas cómo elegir a hombres buenos". Y cuando, con una excusa de lo más endeble, envió las tropas a México, defendió su decisión diciendo que era un servicio a la humanidad.

Al estallar la Primera Guerra Mundial en Europa, Wilson, como muchos estadounidenses, se quedó horrorizado: aquello era una locura, una regresión hacia la barbarie. Llegó a abandonar el lecho mortuorio de su primera mujer, que estaba agonizando, para ofrecerse como mediador. Al principio, se mostró convencido de que su país no tenía interés alguno, ni necesidad, de involucrarse en el

conflicto. Estados Unidos, dijo en una alocución al congreso en 1914, "debe ser neutral de hecho, tanto como de palabra, durante estos días que ponen a prueba el alma humana. Debemos ser imparciales de pensamiento y de acción…". Pero, a medida que la guerra progresaba, su país fue inclinándose hacia el bando aliado, y Wilson no se esforzó mucho en evitar esa deriva. Él personalmente, como un número significativo de sus compatriotas, se sentía más cercano a los aliados, en especial a Francia y Gran Bretaña, que eran democracias amigas. Los bancos estadounidenses hicieron préstamos cada vez más sustanciosos a los aliados, y las fábricas estadounidenses se beneficiaron de los encargos aliados. En febrero de 1917, cuando la primera revolución rusa derrocó el régimen autocrático zarista, con él cayó una de sus principales objeciones a los aliados. Al final, sin embargo, fue la locura de los alemanes lo que convenció a Wilson de que Estados Unidos debía entrar en la guerra: los submarinos alemanes estaban hundiendo barcos americanos y matando a ciudadanos americanos, y a principios de 1917 el gobierno alemán intentó persuadir a México para que atacara Estados Unidos. Eso fue la gota que colmó el vaso: Wilson se presentó ante el congreso y consiguió la declaración de guerra el 2 de abril.

Desde ese primer momento, Wilson tuvo claro que Estados Unidos entraba en la guerra en distintos términos, y con distintos objetivos, que los demás contendientes. A diferencia de los poderes imperiales europeos, Estados Unidos no buscaba nada para sí mismo, ni en términos de posesiones ni de compensación económica. (Como muchos de sus conciudadanos, Wilson se conformaba de sobra con ver que los negocios y las inversiones estadounidenses florecían en el resto del mundo). Y, para que no cupiera ninguna duda, el país nunca se refería a sí mismo como un aliado, sino como una "potencia asociada". Wilson tenía el objetivo de usar el poder estadounidense para conseguir el alto el fuego y destruir el militarismo alemán, que en su opinión, compartida por muchos, tenía la culpa de la guerra. Sin embargo, había que llegar a la paz sin victoria y, más aún, había que aprovechar aquella

oportunidad para construir una organización internacional donde los países se reunieran en una "comunidad de poder" superando el equilibrio de poderes antiguo y ya desacreditado. Wilson fue desarrollando su visión en una serie de discursos y declaraciones, en especial en sus famosos Catorce Puntos de enero de 1918, que sentaban las bases de un orden mundial nuevo, con una diplomacia renovada y abierta, libertad de comercio, desarme, respeto por la soberanía y la integridad nacional de cada país, y "autonomía" para las agrupaciones nacionales que aún no tenían su independencia. El eje que vertebraría y fortalecería todo esto sería una "asociación general de países": en otras palabras, la Sociedad de Naciones.

Estas palabras de Wilson tuvieron eco en un mundo que estaba harto de guerras. Cuando por fin acabó el conflicto, en noviembre de 1918, Wilson decidió asistir a la inminente conferencia de paz. Enormes multitudes acudieron a verlo y a recibirlo con entusiasmo en Europa. En el viaje de ida, ya le había dicho a la delegación estadounidense, como contó uno de sus integrantes, que "esos hombres con los que vamos a negociar no representan a sus propios países". Aquel recibimiento vino a confirmarle la creencia de que él entendía mejor a las masas del mundo, y que hablaba por ellos de una forma que no estaba al alcance de sus propios líderes; una suposición llamativa para venir de un demócrata, y además no del todo acertada. Mientras que muchos de esos que lo vitoreaban compartían su visión de un orden mundial mejor, a otros los motivaba la esperanza de que Wilson les brindara a ellos y a sus países alguna recompensa por lo que habían sufrido y castigara a sus enemigos. Aun así, Wilson siguió convencido de que solo él, de todos los estadistas mundiales reunidos en París y todos los políticos que se habían quedado en sus países, sabía lo que quería y necesitaba el mundo. Y esa convicción llegaría a destruir la oportunidad de que el congreso aprobase la creación de la Sociedad de Naciones.

En enero de 1919, al llegar a París, Wilson insistió en que el primer punto del orden del día antes de la conferencia debía ser la Sociedad de Naciones. Hecho eso, sería lo de menos el que la

conferencia tomara decisiones erróneas sobre asuntos como las fronteras o las compensaciones de guerra: ya vendría la nueva Sociedad a arreglarlas. Por desgracia, ya empezaban a acumularse los problemas para el futuro. En las elecciones de noviembre de 1918, convirtió la guerra y la paz próxima en asuntos partidistas al pedirles a sus seguidores que le mostraran su aprobación votando por un nuevo congreso de mayoría demócrata; esto enfureció comprensiblemente a los republicanos, que habían respaldado con lealtad el esfuerzo de guerra. Wilson, además, se negó a que la delegación estadounidense que acudió a la conferencia estuviera integrada por miembros de ambos partidos, cosa que podría haber hecho, por ejemplo, dándole un puesto en esa delegación al antiguo presidente William Taft, o a Elihu Root, que había desempeñado de forma honorable su cargo en dos gobiernos republicanos. Y, dado que el senado tenía que aprobar los posibles tratados, Wilson hubiera podido también nombrar al jefe de su comité de relaciones internacionales, Henry Cabot Lodge. Por el contrario, Wilson solo eligió para el comité a demócratas y a personas mediocres. Ese desaire, que fue como lo percibió Lodge, vino a aumentar la animosidad de un político poderoso que ya sentía poca confianza y poca simpatía por Wilson. (FDR tuvo el buen sentido de aprender una lección de esto, y siempre supo ganarse el apoyo de los republicanos para sus objetivos de paz).

Aunque algunos de los republicanos más recalcitrantes –los irreconciliables– hubieran querido no tomar parte alguna en la Sociedad de Naciones, muchos sí hubieran aceptado una institución que sirviera para salvaguardar el derecho de Estados Unidos a decidir cuándo entrar o no en guerra, o que aceptara que su país tenía una posición especial, la que define la doctrina Monroe ("América para los americanos") en sus relaciones con los países del hemisferio occidental. La opinión pública estadounidense, hasta donde era posible conocerla en aquellos días sin encuestas, también estaba a favor de algún tipo de sociedad internacional. Cuando una importante revista estadounidense les pidió a sus lectores que opinaran, más de dos tercios se mostró a favor. Sin embargo, Wilson

no se esforzó demasiado en ganarse a los moderados, y mucho menos a sus oponentes. Entre febrero y marzo de 1919, cuando volvió a Estados Unidos en una visita rápida, consiguió agraviar todavía más a Lodge dando un discurso apasionado a favor de la Sociedad de Naciones en Boston, que era el territorio natal de Lodge. Y se ganó las antipatías de muchos senadores, incluso de los que estaban a su favor, siempre celosos de sus dignidad, al distribuir copias del borrador del pacto para la creación de la Sociedad de Naciones sin darles a ellos la ocasión de revisarlo antes. En Washington, Wilson tampoco quiso dedicarse a convencer a sus correligionarios más vacilantes; ni siquiera se dignó hablar con un demócrata sureño por el que sentía desprecio. A instancias de House, convocó una cena para los principales senadores, entre ellos Lodge y otros miembros del Comité de Relaciones Exteriores, y fue un fracaso lamentable: Wilson, dijo uno de los asistentes, los trató "como una institutriz gélida que regaña a sus alumnos por no afanarse con las tareas en la escuela dominical". Wilson metió la pata hasta con el chiste agridulce que hizo delante de su primer nieto recién nacido: "Viéndole la boca abierta y los ojos cerrados, puedo predecir que de mayor será senador". Para entonces, ya estaba pensando en cómo conseguir que Estados Unidos se comprometiera en la creación de la Sociedad de Naciones sin contar para nada con el senado.

Al regresar a París, se enfrentó con House, que en su opinión estaba apoyando la Sociedad de forma excesivamente tibia. Y en abril sufrió otro de sus derrumbes físicos, que quizá fuera un ataque de la gripe que por entonces se estaba extendiendo, o un pequeño ictus; un aviso del ataque mucho más serio que llegaría cuatro meses después. Esa enfermedad, en cualquier caso, le dejó un tic facial permanente y tuvo el efecto secundario de volverlo más emocional, errático e irritable que antes, y aún más convencido de su razón y más tozudo.

El tratado de paz más importante, el que se había de firmar con Alemania, llevando el borrador de acuerdo para crear la Sociedad de Naciones como primeras cláusulas, se rubricó por fin el 28 de junio

de 1919. Wilson puso rumbo de inmediato hacia su país para empezar a luchar por que el senado lo aprobara. Tenía la firme decisión de no ceder en ninguna de sus cláusulas: si el senado decidía ejercer su derecho a hacerle enmiendas o adjuntarle "reservas" –cambios en los términos–, las rechazaría todas. Wilson hubiera podido reunir una coalición de sus propios demócratas junto con unos cuantos republicanos afines que solo pidieran cambiar unos matices no muy importantes, pero no quiso ni valorarlo. En julio, cuando presentó el texto ante el senado, lo hizo con un discurso desafiante. La Sociedad de Naciones, dijo, era "la única esperanza para la humanidad". Y colocó a los senadores ante un reto: "¿Nos atrevemos a rechazarlo, rompiéndole el corazón al mundo?". En agosto, compareció ante el comité de Lodge, que estaba celebrando una serie de vistas sobre el tratado, y su intervención estuvo jalonada de intercambios amargos. El propio Lodge seguía apoyando que se creara algo semejante a la Sociedad de Naciones, pero aducía que eso no tenía que estar incluido en el tratado de paz con Alemania, sino que habría que negociarlo más adelante, cuando las cosas se hubieran calmado un poco. Y sean cuales fueren los motivos de estas objeciones, en las que probablemente el odio que le profesaba a Wilson tenían su parte, no carecían de cierta razón.

Wilson decidió llevar ante el pueblo su batalla a favor del tratado, en la seguridad de que la gente estaría de su lado. El 3 de septiembre salió de Washington, embarcándose en una gira de tres semanas por el oeste del país, territorio de los "irreconciliables" más destacados. Todavía hacía mucho calor, y Wilson presentaba aspecto cansado y enfermo. Su segunda esposa, sus amigos y su médico le rogaron que no emprendiera aquel viaje agotador. "Haré de buena gana cualquier sacrificio para salvar el tratado", respondió él. A medida que iba acercándose a la costa oeste, dando dos o tres discursos cada día, mayor era la multitud que se acercaba a oírlo. El apoyo al tratado parecía estar aumentando, y sus colegas empezaron a abrigar esperanzas de que pudiera ser aprobado en el senado, si Wilson estaba dispuesto a aceptar unas pocas reservas

menores. En la noche del 25 de septiembre, sufrió un ataque gravísimo del que ya nunca se recuperó por completo. Como ya había sucedido en las batallas de Princeton y de París, había llegado a un estado emocional muy frágil y a una obcecación irracional. Desde el lecho de la enfermedad, en la Casa Blanca, siguió dando instrucciones para que no se aceptara ninguna cesión a propósito del tratado de paz.

Cuando Lodge presentó una moción para ratificar el tratado con las modificaciones que había acordado su comité, se vio derrotado por una combinación de republicanos irreconciliables y demócratas que aún seguían las órdenes de Wilson. En marzo de 1920, los moderados de ambos partidos hicieron un último intento de lograr que el tratado se aprobara con apenas unas mínimas reservas. Veintitrés demócratas desafiaron a Wilson votando a favor, pero estos votos, sumados a los de los republicanos moderados, no fueron suficientes para conseguir la aprobación. Estados Unidos firmó luego un tratado de paz por separado con Alemania, pero no se integró en la Sociedad de Naciones.

Las cosas hubieran salido de otro modo si Wilson hubiera sido otro tipo de persona. Ahora podemos imaginar qué hubiera sucedido en las décadas siguientes de haber existido una organización internacional más fuerte, capaz de enfrentarse a la Alemania de Hitler, a la Italia de Mussolini o al Japón del militarismo. Wilson le dejó al mundo una gran visión; es una pena que sus propios defectos le impidieran convertirla en realidad mientras vivió.

Igual que Wilson, Margaret Thatcher estaba, en su fuero interno, convencida de que veía con más claridad que nadie, una convicción irracional cimentada por una serie de acontecimientos. Igual que Wilson, Thatcher había llegado inesperadamente a ser la líder de su partido. Igual que él, había puesto en marcha una serie de reformas radicales que tuvieron gran impacto social. Y también ella, igual que Wilson, estuvo al mando de una victoria militar. Para Thatcher, la guerra de las Malvinas en 1982 fue tanto su momento cumbre como el que plantó las semillas de su caída futura. Convencida de que podía y debía ganar cualquier batalla, acabó adoptando y

manteniendo una política desastrosa, aun ante todo tipo de signos de aviso que le aconsejaban abandonarla. El asunto en cuestión no parecía crucial –cambiar el impuesto sobre la vivienda, con el que se financiaba la administración regional, por un impuesto per cápita que debían pagar todos los ciudadanos mayores de edad– pero, como veremos, fue el fin de su carrera.

Thatcher fue una primera ministra conservadora de lo más improbable: una *outsider,* al contrario que sus predecesores y al contrario, de hecho, que la gran mayoría de los diputados de su partido. Era mujer, en una formación dominada por los hombres. Y tuvo que bregar con sus propios correligionarios, además de con la oposición, para que la tomaran en serio. Al principio, cuando se ponía en pie y tomaba la palabra, los diputados laboristas más rasos le hacían burla, imitando sonidos "femeninos". Se enfrentó a todo ello trabajando más que nadie, y al cabo de los años llegó a causar asombro, e incluso a intimidar a muchos, con su dominio de los detalles. Otro factor añadido era que los *tories,* los miembros del partido conservador, procedían en su mayoría de la clase acomodada, mientras ella venía de la clase media-baja: su padre era tendero, y durante la infancia de Thatcher la familia vivía encima del establecimiento. Fue a un colegio público, mientras que la mayoría de los hombres *tories* se había educado en internados caros. En Oxford estudió químicas, mientras que la mayoría de sus colegas hacía carreras de humanidades. No tenía especial gusto por los viajes ni por los extranjeros, mientras que en su partido casi todos estaban acostumbrados desde pequeños a irse de vacaciones a otros países. A medida que fue consolidando su carrera, Thatcher pulió un poco su acento y se casó con un hombre de negocios de buena posición, pero al contrario que su predecesor, Edward Heath, que venía de un entorno similar al suyo, nunca quiso integrarse en la clase alta. De hecho, se jactaba de ser una *outsider,* y ello le sirvió para, siendo ya una fuerza de la naturaleza, reforzarse aún más. "Cada uno toma sus propias decisiones –decía–. No hace lo que hace o quiere lo que quiere porque lo hagan sus amigos".

Anthony King, un distinguido politólogo canadiense que se ha especializado en el estudio de la política británica, hizo este comentario: "Thatcher tuvo siempre el aire de quien se ha colado en la fiesta de una gente que no le caía bien". Y añadía que, como a otros políticos *outsiders* –Richard Nixon, digamos, o Stephen Harper–, esa situación le resultaba satisfactoria psicológicamente y a la vez constituía una buena táctica. Le permitía sentir cierta superioridad moral respecto a quienes la rodeaban, y al mismo tiempo saltarse sus reglas y sus convenciones. De hecho, según King, es posible que la actitud combativa de los *outsiders* sea calculada, una forma de ganar sus batallas. Thatcher podía ser encantadora si quería, pero nunca vaciló a la hora de levantar la voz o de dar un puñetazo en la mesa, ni ante sus correligionarios ni en las reuniones del Consejo Europeo. Ella misma decía, con orgullo: "He sido molesta por muchas razones".

Thatcher aplicó a su carrera política una serie de convicciones sencillas, pero muy firmes. Le impacientaba negociar de forma que todos se sintieran incluidos o a base de cesiones: de ahí, pensaba ella, venían todos los problemas de Gran Bretaña, de que los gobiernos, incluso los conservadores, habían hecho demasiadas concesiones a organismos no electos, como los sindicatos. En cierta ocasión hizo este comentario: "Los profetas del Antiguo Testamento no decían: 'Hermanos, alcancemos un consenso'. Decían: 'Esta es mi fe. Esto es lo que creo con toda mi alma'". En 1979, durante su primera campaña como líder del partido *tory,* declaró a un periodista que si resultaba elegida no tendría un gabinete pragmático ni de consenso: "El mío será un gobierno de convicciones".

"Thatcher no era una mujer de ideas –dijo uno de sus asesores más cercanos–, sino una mujer de creencias, que valen más que las ideas". Nunca fue una gran lectora, ni prestó mucha atención a los *think tanks:* se inclinaba más hacia su propio bagaje, y hacia la experiencia y las opiniones de unos pocos colegas de confianza. Valoraba enormemente algunas cualidades, como el ahorro, el trabajo y la fiabilidad, y su patriotismo era profundo. En cierta ocasión, almorzando con el historiador Andrew Roberts cuando ya se

había retirado, un camarero cometió el error de preguntarle si deseaba mostaza inglesa o francesa. "¡Inglesa!", dijo levantando la voz, como si no pudiera haber duda alguna.

De joven había contemplado cómo el socialismo, en su opinión, drenaba la iniciativa de un pueblo que en otros tiempos se había sentido orgulloso de sí mismo. El poder estatal había ido creciendo a expensas del individuo. Los sucesivos gobiernos habían interferido con la economía, gastando sin medida y asfixiando a las clases medias trabajadoras con un impuesto tras otro. Su propia biografía le brindaba un conocimiento instintivo del rencor que sentían ciertos colectivos, como los pequeños comerciantes, los empleados autónomos o los pensionistas, para quienes los *tories* les habían abandonado por culpa de la influencia de algunos moderados como Harold Macmillan, mientras que los laboristas siempre serían enemigos suyos. Ella misma dijo con orgullo en 1975, cuando se presentaba a líder del partido conservador: "Todas mis ideas sobre [Gran Bretaña] tomaron forma antes de que tuviera diecisiete o dieciocho años". Los años finales de la década de 1960 y primeros de la siguiente no habían sido clementes para con Inglaterra y Thatcher, como muchos del ala derecha del partido conservador, temía que la economía pudiera derrumbarse. Y sin embargo, como contó un hombre de negocios que habló en detalle con ella en 1976, Thatcher no tenía una prescripción política clara, más allá de la creencia de que la situación en ese momento era una vergüenza y había que hacer algo.

Tuvo de su parte la suerte y el momento adecuado. En general, ser una de las pocas mujeres de la cámara de los comunes constituía una desventaja, pero cuando Heath, entonces primer ministro, empezó a buscar a una mujer para su primer gobierno, Thatcher fue la opción obvia. Además, sacó partido de la desafección que sentían muchos *tories* hacia el liderazgo de Heath, que según ellos se había mostrado débil ante los sindicatos, especialmente los de los mineros más militantes, y los había conducido a la derrota del laborismo en 1974. Dentro del partido, empezaba a emerger una grupillo de partidarios radicales del libre

mercado, convencidos de que se debía revertir el poder del gobierno para devolvérselo a la sociedad, y Thatcher empezó a gravitar hacia ellos. El líder de este grupo emergente, Keith Joseph, no se decidió a disputarle a Heath el liderazgo del partido, y así fue cómo ella se encontró el camino libre. También le vino bien el que Heath no estuviera dispuesto a irse sin pelear, lo que les restaba oportunidades a los posibles sucesores más moderados. En 1975, Thatcher fue elegida líder del partido conservador.

Para entonces, ya había establecido los que iban a convertirse en sus rasgos clave: el pelo rubio cardado en forma de casco, los trajes y vestidos sencillos y bien cortados, el collar de perlas y el bolso imponente. Un productor de televisión la había asesorado para moderar el tono de voz de forma que no sonora chillona. Curiosamente, hombres de muy distintos entornos la consideraban bastante sexy: periodistas encallecidos, ministros jóvenes y rivales políticos. De ella dijo el presidente francés, François Mitterrand, con una frase que enseguida se hizo famosa, que tenía "los ojos de Calígula y la boca de Marilyn Monroe". También se dejó asesorar sobre sus discursos, que tendían a ser largos y enmarañados, y se convirtió en una maestra de la frase lapidaria. Incluso consiguió aprenderse de memoria unos cuantos chistes espontáneos, lo que tiene cierto mérito para quien carece de sentido del humor. Sus colaboradores llegaron a temer sus dobles sentidos inintencionados. En cierta ocasión, le dijo a un joven aprendiz: "¡Nunca he visto una herramienta de semejante tamaño!", y en otra le ofrecieron disparar un arma y rehusó diciendo: "¿No me dará por atrás?".

En el turbulento invierno de 1978-1979, el Invierno del Descontento, tuvo su siguiente golpe de suerte. Se produjeron una serie de huelgas de funcionarios, algunas con episodios violentos, que convencieron a muchos votantes de que había llegado el momento de pararles los pies a los sindicatos. Los laboristas, parecía claro, eran incapaces de hacerlo. Margaret Thatcher era una cara nueva, que prometía un nuevo comienzo. En las elecciones generales de 1979, los *tories* obtuvieron 339 escaños, contra los 269 de los laboristas. Desde la puerta del 10 de Downing Street,

Thatcher enunció una plegaria que se había aprendido cuidadosamente para la ocasión: "Allá donde haya discordia, llevemos la armonía". La ironía, como el humor, nunca fue lo suyo.

Los años iniciales de Thatcher como primera ministra no fueron fáciles. Desde luego, la oposición estaba gravemente fracturada, y en 1981 un grupito de disidentes se disgregó del partido laborista para crear un partido nuevo, de corte socialdemócrata. Pero aun así los sindicatos seguían desafiando al gobierno, la economía británica iba de mal en peor, y ni en su mismo partido confiaban del todo en ella. Un grupo de *tories* influyentes, algunos de ellos de su propio gobierno, se oponía frontalmente a los planes de Thatcher de restringir de forma tajante el gasto público, pero la negativa de este grupo –al que ella llamaba despectivamente "los húmedos"– solo sirvió para reforzar su decisión. Estaba convencida de saber lo que le convenía a Gran Bretaña, y no tenía la menor intención de cambiar de rumbo. "Dense ustedes la vuelta si lo desean –dijo con calma glacial ante el congreso de su partido en 1980–, pero aquí la señora no está por darse la vuelta". A las bases del partido les encantó la frase, pero en el país su popularidad se iba desplomando a medida que el paro aumentaba –los desempleados fueron un millón más en 1981– y los comercios fracasaban. A finales de ese año, una encuesta mostró que solo el 23% de los votantes creía que Thatcher estuviera haciendo un buen trabajo.

Lo que la salvó, y aseguró que resultara reelegida con una cómoda mayoría, volvió a ser la suerte, en este caso en forma de una guerra muy lejos de las costas británicas. A principios de abril de 1982, la junta militar que gobernaba Argentina invadió las islas Malvinas, cuya soberanía venía reclamando desde muchos años atrás. Los militares habían dado por supuesto que Gran Bretaña, teniendo en cuenta además que estaba gobernada por una mujer, no respondería. Pero Thatcher tomó una decisión desde el principio y no cambió más de idea: su país iba a recuperar las islas. Le hicieron una entrevista en televisión tras la partida de las fuerzas expedicionarias británicas, que habían sido enviadas hacia las Malvinas a toda velocidad, y le preguntaron qué sucedería si una vez

allí, al otro lado del Atlántico, fracasaban. "¿Fracasar…? El fracaso… es una posibilidad que no existe". Pero sí que existía, y también en esta ocasión la suerte desempeñó un papel. Los líderes argentinos eran débiles, estaban divididos y, como era el caso del líder de la junta militar, el general Galtieri, borrachos casi siempre. Las tropas no esperaban tener que luchar, y se hallaban muy mal equipadas; algunos proyectiles de los que impactaron contra los barcos británicos no llegaron ni a explotar. Thatcher mantuvo la calma y la decisión, y dejó meridianamente claro que no habría paz hasta que Argentina devolviera las islas. Para cuando acabó la guerra, con la victoria británica, el 14 de junio, la tasa de aprobación de Thatcher en las encuestas había subido al 51%, doblando la cifra de seis meses atrás.

El episodio de las islas Malvinas siempre fue para Thatcher el momento más significativo de su carrera, y un punto de inflexión en la historia británica de nuestros días. La disputa entre Argentina e Inglaterra por la posesión de las islas, una disputa eterna y ya encallecida, había subido de nivel repentinamente con la invasión. Y aunque muchos de sus propios asesores le dijeron a Thatcher que no le sería posible organizar un buen contraataque a tan larga distancia, ella hizo prevalecer su opinión. Jugó fuerte, y ganó no solo la guerra, sino también una gran victoria política, silenciando a los que en su propio partido dudaban de ella, y dejando incluso a sus oponentes impresionados y llenos de admiración. Para los ciudadanos, se convirtió en "nuestra Maggie", la prueba de que Gran Bretaña aún mandaba y era peligroso tirarle de la cola al león. En aquella victoria ante Argentina, como les dijo a los fieles de su partido en un discurso que pronunció en el hipódromo de Chentelham, ella veía el renacer de su país: "Hemos dejado de ser una nación en retroceso, y volvemos a sentirnos llenos de confianza, una confianza nacida en las batallas económicas que hemos librado en casa y que hemos puesto a prueba a trece mil kilómetros de distancia". La guerra de las Malvinas se convirtió en el baremo por el que ella medía sus propias acciones y decisiones, y las de los demás, y nunca perdonó a quienes no la habían apoyado entonces. Aquella

victoria, además, la convirtió en prácticamente invencible. Alan Clark, un ministro iconoclasta y encantador que era uno de sus más rendidos admiradores, le dijo a uno de sus íntimos poco después del fin de la guerra: "Ahora, la primera ministra tiene libertad de acción total. Ningún líder ha disfrutado de una libertad semejante desde Churchill, y ni siquiera a él le duró mucho". Al año siguiente, el partido conservador volvió a ganar las elecciones con una mayoría parlamentaria aún mayor.

Para entonces, la confianza de Thatcher en sí misma ya era inamovible. La guerra había demostrado, o así lo pensaba ella, que las cosas le salían mejor cuando actuaba según su propio criterio y sus corazonadas. Si ya antes tendía a considerarse infalible, a partir de entonces no tuvo la menor duda de serlo. Uno de sus ministros afirmó que la victoria "ha cimentado su convencimiento de que tiene razón en todo". Ahora era ella la que hablaba en el consejo de ministros sin dejar meter baza a nadie, en lugar de escuchar a su equipo. Presentaba medidas que ya había decidido aplicar y les exigía que las aprobaran. Reestructuró el gabinete, conservando solo a los suyos, los que le mostraban la necesaria sumisión. En general, como dicen los humanoides Borg de *Star Trek,* resistirse no servía de nada. "Tengo que imponerme yo", le dijo Thatcher en cierta ocasión a Nigel Lawson, su ministro de Hacienda. Llevarle la contraria solía tener como consecuencia que a uno lo consideraran uno de "los húmedos", o peor aún, "un traidor". A sus espaldas, la llamaban "Atila la una".*

Para cuando llegaron las siguientes elecciones generales, ya se notaban síntomas de que los ciudadanos empezaban a perder el entusiasmo por la señora Thatcher, y hasta por el propio thatcherismo. Según un estudio de opinión, se la percibía como "dura" e "insensible", y bajo su liderazgo el gobierno parecía ir a la deriva. Pero esto solo sirvió para que ella se reafirmara en su postura, y para cimentar su determinación de continuar con la gran tarea de rehacer Gran Bretaña o, como rezaba el título de un epígrafe de su autobiografía, "poner el mundo a derechas". Volvió a ganar los comicios de 1987, aunque su partido perdió veintiún

escaños, y se puso a trabajar con decisión y vigor renovados… y con la convicción de que era ella quien tenía la razón de su parte. Uno de sus objetivos era la educación: llevaba mucho tiempo convencida de que la enseñanza estaba dominada por profesores de izquierdas que promovían un currículo aguado y básicamente inútil. A ella le gustaba decir que la historia debía tratar de hechos, y no de lo que ella consideraba despectivamente tendencias, y debía centrarse en Gran Bretaña y no en el resto del mundo. Maniobró para liberar las escuelas públicas del control de los sindicatos y las administraciones locales, dos entes que en su opinión no merecían confianza alguna.

Con más ambición aún, decidió luego ocuparse de controlar a esos propios gobiernos locales, limitando las competencias de los ayuntamientos y sometiéndolos más estrechamente al control del gobierno central. Con eso conseguiría ponerle freno al gasto, que en su opinión era desorbitado, mejorando la eficiencia y anulando los centros de poder alternativos a Westminster. Uno de los instrumentos clave para todo ello sería un impuesto local de nuevo cuño: en vez de gravar el valor de las viviendas –lo que en el Reino Unido se llama "la tasa"–, cada adulto pagaría una tarifa plana, basada en el hecho de que todos disfrutan por igual de los servicios públicos. El gobierno Thatcher lo denominó "el impuesto a la comunidad", pero todo el resto de la gente empezó a llamarlo *poll tax* (impuesto al sufragio), como en otro tiempo se llamaba a los que imponía la realeza, para gran descontento popular.

Thatcher llevaba muchos años sosteniendo esta idea, desde antes de las elecciones de 1987, porque para ella tenía dos ventajas básicas: era simple, y les gustaría a muchos *tories* propietarios de viviendas que se quejaban amargamente cuando subía el valor de sus casas y aumentaba en consonancia la carga impositiva. En otros escaños marginales –los de Escocia, por ejemplo, donde los *tories* no estaban pasando su mejor momento–, una medida que recortara los impuestos sería, en opinión de Thatcher, bien recibida, y ayudaría a cosechar votos. Visto al cabo del tiempo, es posible que el gobierno de Thatcher hubiera sido capaz de sacar adelante el *poll tax* si hubieran optado por imponerlo gradualmente, a lo largo de varios

años, y quizá con un sistema de tramos, de forma que los más acomodados pagaran más que los pobres. Pero Margaret Thatcher no estaba de humor para cautelas. El congreso de su partido de 1987 mostró un entusiasmo aparentemente inflexible hacia ese impuesto paritario que se iba a imponer, por su parte lo antes posible. Y ella, que siempre tuvo tendencia a los grandes gestos teatrales, se mostró de acuerdo.

Las críticas y la oposición empezaron a calentarse. El *poll tax* sería caro de recaudar, era un paso atrás y además era injusto, ya que aumentaba la carga de los pobres. Heath, que nunca le había perdonado a Thatcher que lo apeara de su puesto, se preguntaba públicamente: "¿Vamos a cambiar la filosofía que ha mantenido nuestro partido durante más de un siglo?". Dentro de la propia formación iba creciendo la incomodidad. Entre 1988 y principios de 1990, varios estudios demostraron que con la nueva tasa muchos propietarios de viviendas pagarían más que con el antiguo impuesto sobre el patrimonio, entre ellos muchos votantes *tories* de ciertas circunscripciones clave. En Escocia, donde el *poll tax* se introdujo antes que en otras zonas, el apoyo a los *tories* disminuía a pasos agigantados, y hasta hoy sigue sin haber recuperado sus niveles anteriores. En 1990, el nuevo impuesto llegó a Inglaterra y Gales, dando pie a amplias protestas. Diecisiete millones de personas, solo en Inglaterra, se negaron a pagarlo, y en Londres tuvo lugar una manifestación masiva que provocó algunas de las peores escenas de violencia ciudadana de las que se tuviera memoria.

Thatcher se negó a dar marcha atrás, a pesar de que en 1989 las encuestas de opinión mostraron que se había convertido en la primera ministra británica más impopular desde que se empezaran a realizar este tipo de sondeos, en 1939. Mantener los principios, mostrar liderazgo, resistir… todo eso le había dado buenos frutos hasta entonces. Consiguió hacer caso omiso de casi todos los que osaron decirle que estaba cometiendo un grave error, y sobre un asunto que no merecía tanta discordia. Al final fue su muy sufrido e insultado secretario de Estado de Asuntos Exteriores, Geoffrey Howe, quien hizo estallar la crisis al presentar su dimisión. En la

carta que la acompañaba, hacía hincapié en que Thatcher mantenía una relación hostil e improductiva con el Consejo Europeo, pero fue una frase que pronunció en un discurso ante la cámara de los comunes, sobre la "imagen de pesadilla" que Thatcher tenía de la comunidad europea, lo que tocó la fibra del partido conservador, que para entonces ya estaba desesperado por evitar lo que percibían como una catástrofe inminente. Howe dijo en tono contundente que la primera ministra no escuchaba a nadie, y que su forma de afrontar los asuntos cruciales, en general sin pensarlos a fondo, ponía en peligro a su propio país. En noviembre de ese año, Margaret Thatcher estaba fuera, obligada a dimitir cuando se hizo evidente que su propio partido ya no la quería al frente. En 1991, durante una entrevista con *Vanity Fair,* insistía aún en que nunca había perdido unas elecciones, sino el voto de confianza de sus propios correligionarios, y se comparaba a sí misma con un cristal roto. Uno de sus ayudantes de confianza dijo: "No fue feliz ni un solo día tras ser apeada del cargo". Pero jamás mostró la menor señal de haber entendido qué parte de su caída había sido responsabilidad suya.

Tanto Wilson como Thatcher fueron líderes elegidos en las urnas y, aunque alcanzaron momentos de enorme poder, este siempre tuvo una duración limitada, y el contrapeso de los valores y las instituciones de una democracia constitucional. Pero el siglo XX también fue testigo de una serie de dictadores, a veces vitalicios, con un poder inmenso. Exceptuando a Atatürk, el creador de la Turquía moderna, es difícil pensar en alguno más que se autoimpusiera unos límites, o que admitiera la posibilidad de estar equivocado. El siglo XX (y quizá el XXI también) fue una época de ideologías que captaban a sus adeptos en cuerpo y mente. Tanto el marxismo como el fascismo o el nacionalismo étnico eran ideologías consideradas como la única verdad para sus creyentes. Y todas ellas exigían sacrificios para triunfar, y eran mucho más importantes y duraderas que el individuo. Los horrores del siglo XX se produjeron

por culpa de esas ideologías, combinadas con la industrialización, la ciencia, la tecnología y los medios de comunicación masivos, que hicieron posible la ingeniería de las sociedades y las mentes humanas… dando además la posibilidad de erradicar a las personas y pueblos que se interpusieran. Estos horrores no sucedieron solos, claro está: precisaron de una persona o de un colectivo que los desencadenara. Y así volvemos al papel del líder individual.

Veamos por ejemplo el caso de China. Si cuando los comunistas ganaron la guerra civil de 1949, haciéndose con el control del país, el líder del partido hubiera sido Deng Xioaping en vez de Mao Tse-Tung, sin duda Deng hubiera establecido el partido único como forma estatal. Pero lo que no es tan probable es que se hubiera cobrado el precio que tuvo que pagar China en los años siguientes: ni las precipitadas reformas agrarias de Mao ni la forma en que forzó la colectivización, con el resultado de millones de muertos, asesinados o de hambre; ni el Gran Salto Adelante, que destruyó gran parte de la economía china; ni la locura destructora que desató la Revolución Cultural. Cuando Mao murió y Deng tomó el poder, liberalizó la economía, hizo reformas y puso en marcha los grandes cambios que en lo sucesivo obraron la transformación pacífica de China.

Igual que Wilson y Thatcher, Stalin y Hitler tenían una visión de la sociedad, y la ambición y el deseo de ponerla en práctica. También ellos contaron con la suerte y las circunstancias a su favor. Hitler sobrevivió a la Primera Guerra Mundial, aunque resultó herido en las trincheras alemanas. Stalin consiguió escapar a la ejecución en la rusia zarista y sobrevivió a la guerra civil. Hitler podría haber visto el fin de su carrera tras su abortado intento de hacerse con el poder en Múnich en 1924, del que podría haber salido preso en lugar de convertido en un héroe. El final de Stalin pudo llegar al mismo tiempo, si los miembros más antiguos de lo que para entonces ya se conocía como el Partido Comunista hubieran sido plenamente conscientes de lo que Lenin dijo de él en una de sus últimas cartas. Stalin, aseguró el moribundo Lenin, había concentrado en sus manos un poder ilimitado: "No estoy seguro de que siempre sea capaz de

usar tal poder con la suficiente cautela". Y, en términos más condenatorios, instaba al partido a librarse de Stalin sustituyéndolo por alguien "más tolerante". Stalin consiguió que estas opiniones de Lenin nunca se hicieran públicas.

Hitler llegó al poder en medio de una situación muy turbulenta para Alemania, que había perdido la confianza en sí misma tras la derrota en la Primera Guerra Mundial, y se hallaba socialmente dividida entre izquierdistas y derechistas, y entre quienes aceptaban el gobierno de la república de Weimar y quienes no. Aun con todo esto, si no llega a producirse la gran depresión, que golpeó de forma especialmente violenta a Alemania, convenciendo a muchos ciudadanos de que hacían falta medidas nuevas y un líder fuerte y decidido, nunca hubiera conseguido el poder. Stalin tuvo su momento gracias al derrumbe del antiguo régimen durante la Primera Guerra Mundial, y gracias al triunfo de la revolución de los bolcheviques (que luego se darían el nombre de comunistas) en el otoño de 1917. Él, que hasta entonces había sido un revolucionario más, entró en el círculo de los poderosos al cargo de un gran país. Cuando el líder del partido, Vladimir Lenin, murió de repente a los cincuenta y cuatro años, sus compañeros no se ponían de acuerdo respecto a la sucesión, y Stalin tuvo la ocasión de ir maniobrando pacientemente entre ellos hasta consolidarse como líder.

Su forma de aferrarse al poder hizo que tanto Hitler como Stalin fueran cada vez menos permeables a las críticas o a los desacuerdos, y fomentó su convicción interna de que ellos veían por dónde iba el flujo de la historia con más claridad que nadie y eran infalibles. Estaban rodeados de seguidores que los adoraban y halagaban, y que no tenían la menor intención de jugarse el cuello diciéndole al gran líder algo con lo que no estuviera de acuerdo o no le gustara oír. El famoso arquitecto Albert Speer, el favorito de Hitler, afirmó tras la guerra: "Una cosa es innegable: todos lo que lo rodeaban o trabajaron estrechamente con él durante un largo periodo de tiempo estaban completamente sometidos a él y lo obedecían". En las grandes purgas de la década de 1930, muchos de los colaboradores más cercanos de Stalin perdieron a familiares: ni

uno osó quejarse. Viacheslav Mólotov tuvo que divorciarse de su esposa, que era judía, para demostrar su lealtad. Más adelante, a la mujer la arrestaron, y si sobrevivió fue probablemente gracias a la muerte de Stalin. (Luego, ella y Mólotov volvieron a casarse).

Ambos, Hitler y Stalin, perseveraron siempre en sus objetivos aunque se fueran viendo con total claridad sus desastrosas consecuencias. Sin embargo, y al contrario que Wilson y Thatcher, ellos no se limitaban a querer cambiar la sociedad; creían ser capaces de transformar al propio género humano. Y por el bien de su idea estaban dispuestos a sacrificar vidas, tantas como fuera necesario. Se contaron por millones los muertos a medida que Hitler se embarcaba en guerras contra cada vez más enemigos, persiguiendo su sueño de que la raza germana dominara el mundo. Y millones también murieron por culpa del proyecto de Stalin de crear la sociedad socialista perfecta. Como él mismo dijo durante el asedio a una ciudad clave en la guerra civil, a principios de la década de 1920, entre sus comunistas y la oposición, estaba dispuesto a sacrificar al 49% de los habitantes de aquella ciudad si podía salvar al otro 51%, "es decir, salvar la revolución". Ambos hombres, Hitler y Stalin, decidieron ignorar lo que estos planes suponían para su propio pueblo, y más aún lo que suponían para los demás. Stalin nunca visitó las zonas más azotadas por la hambruna de los años 30 en la Unión Soviética, y Hitler se negó a visitar las ciudades alemanas destrozadas por las bombas de la Segunda Guerra Mundial.

Me centraré ahora específicamente en las decisiones bélicas de Hitler –que dieron pie a la destrucción de su país, y de gran parte del mundo–, y en las colectivizaciones forzosas de las granjas soviéticas durante el Gran Terror que impuso Stalin durante los años 30, haciendo estragos en la economía de su país y dejándolo en una posición de gran debilidad frente a las potencias emergentes de Alemania y Japón. De no haber estado Hitler, es posible que Alemania hubiera tenido un gobierno de corte conservador y nacionalista, y que este hubiera intentado reconstruir el poder y el estatus del país, pasando por revisar los términos del tratado de

Versalles, pero desde luego podría haber optado por hacer todo esto usando medios pacíficos en lugar de la guerra. Incluso algunos líderes nazis como Hermann Goering o Heinrich Himmler podrían haber intentado conseguir sus objetivos de forma pacífica, o haberse conformado con algunas victorias parciales. En la Unión Soviética, otro líder quizá hubiera permitido la continuidad de la "nueva política económica" de Lenin, con su limitada forma de capitalismo, para ir consiguiendo luego derivar gradualmente hacia el socialismo. Pero ni Hitler ni Stalin eran capaces de hacer este tipo de concesiones.

La biografía, las creencias y la personalidad de estos dos hombres son por tanto claves para entender los hechos. Los primeros años de sus vidas fueron similares en ciertos aspectos, pero muy distintos en otros. Ambos tuvieron una infancia infeliz, con padres autoritarios, y se sentían más unidos a su madre. Stalin comía carne y bebía sin excesos, mientras que Hitler era vegetariano, no fumaba y apenas bebía. Stalin tuvo relaciones muy intensas con las mujeres, mientras que la vida sexual de Hitler, incluso la que tuvo con su amante Eva Braun, ha sido siempre un misterio. Ambos eran *outsiders* en el mundo al que deseaban pertenecer: Stalin era oriundo de Georgia, y siempre habló el ruso con acento de su región, mientras que Hitler era un austríaco que anhelaba formar parte de Alemania. Ambos resultaban, al menos al principio, muy torpes en sociedad, e incluso ordinarios. Hitler, según contó un alemán de clase alta en la década de 1920, tenía aspecto y modales de jefe de camareros; Stalin juraba como un arriero. Ambos sabían ser desagradables y brutales, pero también encantadores si querían, y tenían unos ojos muy expresivos: los de Hitler, muy grandes, eran azules, y los de Stalin color ámbar; como los de un tigre, dijo alguien. A Hitler le encantaba ser el centro de atención, incluso en reuniones sociales, dándose importancia, en perpetuo soliloquio, y subiendo la voz hasta casi gritar cuando se emocionaba. Stalin no tenía dotes de orador y prefería quedarse sentado en una esquina, callado, vestido con modestia y dando la impresión de no querer ser el centro. Tenía además gran capacidad de trabajo, mientras que Hitler era perezoso y chapucero.

A ambos los conformaban y movían unos impulsos muy parecidos –el dominio, la venganza o el odio–, pero con ideas bastante diferentes. Hitler, hasta la Primera Guerra Mundial, andaba sin rumbo y sin proyecto de vida por Viena, donde captó y abrazó las ideas racistas del darwinismo social que planeaban por entonces sobre Europa: la creencia de que la raza humana puede dividirse en especies separadas de cualidades disímiles, y que esas razas distintas estaban, por naturaleza, condenadas a luchar unas contra otras por la supervivencia, se convirtió en una certeza para él. Según Hitler, la raza alemana era la que coronaba el árbol de la evolución, y debía ser capaz de imponer su voluntad sobre los pueblos inferiores. Como dijo en un discurso que pronunció en la universidad de Erlangen en 1930, los alemanes tenían más derecho que los demás a luchar por el control del mundo y ganar. Nunca abrigó la menor duda sobre esta idea ni sobre su apasionado nacionalismo germano.

La visión de Stalin venía de otra fuente: las ideas socialistas, especialmente las de Marx, que achacaban todos los males del mundo al capitalismo. Stalin nunca vaciló en su concepto de que el socialismo –que definía de varias maneras, pero pasaba siempre por la propiedad compartida y la abolición de las clases sociales– iba a crear no solo una sociedad nueva y mejorada, sino una nueva naturaleza humana. Y creía que la historia se movía sin remedio en esa dirección, hacia esa Utopía. Una vez que se hubiera cambiado el entorno, el género humano se compondría de hombres y mujeres socialistas, que pensarían, sentirían y trabajarían de forma colectiva. En caso necesario, los enemigos del socialismo o los que se negaran a adaptarse –los integrantes de las clases medias y altas, o los campesinos que se aferraran a las ideas antiguas y perniciosas– tendrían que ser eliminados. Para Hitler, resultaba imposible cambiar los rasgos de las que él percibía como razas inferiores: sin embargo, sí se podían purificar y enderezar esas razas mediante la procreación selectiva, que pasaba por librarse de los menos aptos y de los seres inferiores. Tanto Stalin como Hitler consideraban estas ideas guía como certezas, y nunca cambiaron de opinión: para ellos, lo explicaban todo y lo justificaban todo.

Aunque ambos hombres dominaron su partido, y desde ahí todas las instituciones estatales, tenían también el objetivo de controlar la sociedad por entero. Para ello, aplicaron los métodos ya antiguos y bien probados de otros dictadores del pasado –la censura, la represión y la violencia–, pero a escala industrial y masiva. Mientras que la etapa del Terror en la revolución francesa duró menos de un año y mató a unas cuarenta y dos mil personas, la guerra de los comunistas contra el pueblo soviético se prolongó desde la revolución rusa hasta la muerte de Stalin, en 1953. En la época del Gran Terror de Stalin, entre los años 1934 y 1940, murieron fusiladas al menos un millón de personas. Y millones más acabaron en la cárcel o en los campos de trabajos forzosos –el gulag–, de los cuales muchos no volvieron. Aunque es imposible estimar las cifras exactas, Robert Conquest, el historiador que más ha estudiado el Gran Terror, cifra en diez millones los muertos del periodo. Los nazis mataron a diez mil conciudadanos suyos entre 1933 y 1939, y a partir de entonces la guerra le dio a Hitler la ocasión de asesinar a gente por toda Europa y a escala mucho mayor.

Los dictadores del siglo xx –entre los que se cuentan no solo Hitler y Stalin, sino una multitud de imitadores, desde Mao en China hasta Enver Hoxha en la diminuta Albania– aplicaron además las técnicas modernas del marketing, la persuasión y la mentira masivos. En 1940, cuando la Alemania nazi y la Unión Soviética se encontraron temporalmente en el mismo bando gracias al pacto de no agresión de 1939, un intérprete soviético tuvo que desplazarse a Berlín por trabajo, y vio allí muchas cosas que le recordaron a las de su tierra: "La misma visión del 'líder' como un ídolo, los mismos mítines y marchas masivas […] Una arquitectura ostentosa muy similar, las obras de arte de tema heroico como en nuestro realismo socialista […] un lavado de cerebro ideológico masivo". Ambos regímenes miraban el cristianismo con hostilidad, y sin embargo saquearon a placer su iconografía, elevando a sus líderes a figuras parecidas al mesías, que vivían austeramente, trabajaban sin descanso por su pueblo y tenían el poder de hacer milagros.

Tanto Hitler como Stalin permitieron y fomentaron el culto a su personalidad. El primero, como ha dicho Ian Kershaw, el más distinguido de sus biógrafos, prácticamente no tenía más vida que la política: desempeñar su papel como gran líder, el *führer,* ante un público lleno de admiración se convirtió en su esencia, en el reflejo que él veía de sí mismo. Stalin no era tan propenso a volverse un objeto de adoración, al menos durante sus primeros años en el poder, pero su íntimo colaborador Mólotov pensaba que con el tiempo llegó a disfrutar de los halagos en demasía. Para Stalin, este culto podía justificarse en términos marxistas: el partido era la vanguardia de la revolución porque poseía el monopolio de la verdad, pero en los momentos de crisis había que juntar todos los hilos en un mismo nudo… o en una sola mano.

Sin embargo, sería un error considerar al pueblo alemán o al soviético como unas masas inertes, que se dejaron llevar y traer por unos tipos con buenas dotes de comunicación situados en la cumbre. Ese culto a la personalidad en ambos países reflejaba los sentimientos reales, y el anhelo de un líder fuerte y decidido que volviera a encarrilar el mundo. Los alemanes y los soviéticos, como muchos otros pueblos europeos, habían visto desintegrarse la sociedad a su alrededor, dejándolos a la deriva tras la Primera Guerra Mundial, la revolución, los violentos conflictos civiles, abiertos en el caso de Rusia, y el derrumbe económico y social. Las antiguas instituciones, tan sólidas en apariencia, desde las monarquías hasta el estado, se habían volatilizado de repente dando paso a un mundo nuevo desconcertante y perturbador. Millones de alemanes y de soviéticos estaban psicológicamente dispuestos a aceptar un liderazgo fuerte y hasta dictatorial. Hitler y Stalin, precisamente porque no eran unos líderes convencionales, cuyas soluciones parecían en ese momento obsoletas e infructuosas, brindaban seguridad, inspiración, y la promesa de un amanecer nuevo. Sus seguidores los adoraban de forma acrítica, como adoran los niños a sus padres. Uno de los colaboradores más cercanos de Stalin lo llamaba Padre. Según se cuenta, las mujeres del chalet que tenía Hitler en las montañas de Berchtesgaden, en Baviera, se comían la

gravilla por donde él acababa de pisar. Cuando murió Stalin, en 1953, fue llorado en toda la Unión Soviética con genuina desolación.

Max Weber definió el gobierno carismático como aquel en el que lo que importa del líder no es el puesto que ostenta, sino su personalidad, y esto nos sirve para explicar el poder que alcanzaron estos dos hombres. Hitler, en particular, lo captó de forma instintiva. Ya en 1920 había declarado: "Necesitamos un dictador que sea un genio". Uno de los leit motivs tanto en sus escritos como en sus discursos era el hecho de que una sociedad fracturada le daba pie a alguien como él, "una personalidad superior", para hacerse con el poder. Siempre quiso que lo llamaran solo *führer,* y no canciller ni presidente, porque estos últimos términos sugerían que la persona que ostentara el cargo estaba sujeta a unos límites. Tanto él como Stalin usaron el terror a voluntad, pero no se puede decir que en esto estuvieran solos; dispusieron de muchos colaboradores ansiosos de participar. Kershaw cita a un miembro del partido nazi diciendo que toda persona en Alemania tenía el deber "de trabajar por el bien del *Führer* siguiendo las directrices que este marque". No tenían que esperar órdenes, sino anticiparse a ellas. Cuando Stalin impuso la colectivización forzosa a una población rural que no tenía el menor deseo de cumplirla, grupos de jóvenes comunistas bien dispuestos se desplazaron al campo desde sus ciudades y aldeas, dispuestos a hacer lo que fuera necesario, asesinatos incluidos, para complacer al líder.

La colectivización no tenía el menor sentido desde el punto de vista económico, y de hecho fue tan dañina para la economía soviética que todavía hoy no se ha recuperado del todo. Sin embargo, para Stalin y para quienes compartían sus opiniones, era una medida insoslayable si se quería construir la nueva sociedad socialista. Eso decía la teoría, y la teoría no podía estar equivocada: pensar lo contrario era cuestionar los mismos fundamentos del derecho de los comunistas a regir la Unión Soviética. Los atisbos capitalistas de la "nueva política económica", que en la década de 1920 brindó cierta recuperación a la economía, beneficiando a los granjeros de las zonas rurales, eran anatema para Stalin y sus

seguidores, un retroceso táctico en la ruta hacia el socialismo que amenazaba con posponer su logro indefinidamente. Además, desvanecida la esperanza de que la revolución se internacionalizara, se quedaba la Unión Soviética sola a cargo de construir el socialismo en un único país. Y el ladrillo básico de esta construcción, la amplia clase trabajadora industrial, aún no existía. De forma que, para forzar que la realidad se ajustara a la teoría, la Unión Soviética debía industrializarse, y eso requería capital y fuerza de trabajo, cosas ambas que podía brindar el campo, con la exportación de cereales y el abandono forzoso de las tierras por parte de los agricultores. Parece que Stalin dio por supuesto que la colectivización no solo eliminaría o reharía una clase que estaba siendo un obstáculo, sino que sería una política eficiente, que incrementaría mucho la producción de alimentos. Otro de sus motivos era el miedo a ese mundo capitalista y hostil que estaba esperando el momento de estrangular la revolución ayudando a la resistencia interna o invadiendo la Unión Soviética. La colectivización y la industrialización, en opinión de Stalin al menos, servirían al objetivo de reforzar la Unión Soviética contra sus muchos enemigos.

En 1928, cuando ya tenía sometidos a quienes se le oponían dentro del Partido Comunista, Stalin anunció un plan de choque para el desarrollo: el primer plan quinquenal. Los campesinos firmarían la entrega, voluntaria o no, de sus tierras a las granjas colectivas, y pasarían a ser obreros como los de una fábrica, o tendrían que emigrar a las ciudades. Stalin sentía particular animadversión hacia los campesinos, especialmente contra los más prósperos, los kulaks, quizá porque él procedía de este entorno. Todas las posesiones, fueran animales o aperos, pasarían a ser propiedad del estado, que a su vez se haría con toda la producción agrícola. Y nunca tuvo la menor vacilación al aplicar este plan, convencido de que iba a convertir el futuro en realidad, a pesar de que cada vez fuera saliendo más caro. ¿Hubieran procedido así sus oponentes? Nunca lo sabremos, pero es muy probable que hubieran dado marcha atrás, porque ninguno de ellos poseía la fuerza de voluntad de Stalin. Leon Trotski había permitido que lo expulsaran del partido y lo enviaran al

exilio; Nikólai Bujarin, a quien por un tiempo se había considerado el sucesor de Lenin, fracasó en las maniobras internas y llegó a admitir que Stalin se hiciera con el poder.

Entre 1928 y 1932, Stalin impuso la revolución forzosa del mundo rural. Algunos granjeros, cuyos ancestros habían sido siervos solo dos o tres generaciones antes, firmaron la entrega de sus tierras y se vieron atados a las nuevas granjas colectivas. Muchos intentaron resistirse, pero de nada les sirvieron sus pobres armas contra las del estado. Otros muchos quemaron las cosechas y mataron a los animales antes de entregárselos a las granjas colectivas. Se estima que en total murieron treinta y dos millones de cabezas de ganado de un total de setenta millones, más dos tercios de las ovejas y las cabras, y la mitad de los caballos. Stalin respondió enviando desde las ciudades a correligionarios y al ejército para hacer cumplir su voluntad. Además, purgó a los miembros de los estratos inferiores del partido en los pueblos, los que podrían ponerse de parte de los campesinos, y los sustituyó por cargos de las capitales y ciudades grandes, que llegaron a las aldeas movidos por la visión del futuro y la firme creencia de que estaban declarando la guerra a unos enemigos reales. En cada región hubo tribunales encargados de determinar quién era kulak o no (en muchas ocasiones, la diferencia estaba en poseer una vaca de más o de menos), y serlo equivalía en general a la pena de muerte. Unos cinco millones de hombres, mujeres y niños fueron enviados al gulag, donde se convirtieron en esclavos. Al cabo de los años, los deportados sumaban unos dieciocho millones, entre campesinos y demás enemigos del estado, procedentes de toda la Unión Soviética.

La producción agrícola cayó en picado, pero Stalin siguió insistiendo en que se cumplieran las cuotas de cereales y demás alimentos: exportar era "imperativo". Hacia 1931, el estado ya estaba expropiando las semillas de cereal, de forma que al año siguiente no habría cosecha que recoger. De todas partes llegaban noticias de hambrunas. En 1932, más de un millón de personas había muerto de hambre en Kazajistán. Ucrania, que gracias a su fértil tierra negra siempre había sido el granero de Rusia, sufrió

también un duro golpe: los pueblos se habían quedado vacíos, se venían cadáveres sin enterrar tirados en el suelo, niños huérfanos pedían limosna a lo largo de las vías del tren y algunos reportes hablaban de prácticas caníbales. Stalin, que al parecer sentía un odio particular contra Ucrania, llegó a convencerse de que cualquier problema que sucediera allí era culpa de la deslealtad de los comunistas ucranianos, aliados con los campesinos para sabotear su plan. Se quejó de que los que se morían de hambre en las aldeas de Ucrania estaban poniendo nerviosos a los demás con sus "lloriqueos", y de que además pretendían, estaba seguro, ayudar a Polonia, un enemigo de la Unión Soviética, a base de debilitar sus fronteras. En suma: eran también unos traidores. (Stalin mantuvo durante toda su vida el hábito de culpar a las potencias extranjeras, y a sus agentes saboteadores infiltrados en el país, de todo lo que saliera mal en la Unión Soviética). En 1933, descansó un poco de sus preocupaciones sobre un posible ataque externo firmando un pacto de no agresión con Japón y con Polonia, y esto le dio aún más alas para meter en vereda a la población rural. El gobierno declaró entonces que todos los alimentos pasaban a ser propiedad del estado. Hubo quien murió fusilado por el delito de recoger una patata podrida del campo, o por rebuscar entre la tierra granos de trigo.

Hasta donde se sabe, Stalin nunca dudó de lo que había hecho. Si acaso, se había vuelto aún más duro y reservado tras el suicidio de su segunda esposa, de la que según parece estuvo genuinamente enamorado, que se pegó un tiro en el otoño de 1932. Consideraba que las informaciones sobre hambrunas eran "cuentos de hadas", y afirmó que los que se estaban muriendo de hambre lo hacían a propósito, por ánimo de desacreditar la revolución. En 1934, declaró que su triunfo había sido arrollador. En palabras de uno de sus seguidores más cercanos, Stalin había puesto en práctica "la mayor revolución que haya conocido nunca la historia".

Tras haber impuesto su voluntad en el mundo rural, Stalin pasó entonces a centrarse en aquellas instituciones que aún disfrutaban de cierta autonomía: el propio Partido, el ejército, la policía estatal y

la NKVD, el Comisariado del Pueblo. El asesinato de un popular líder del partido en Leningrado (nombre con el que entonces se conocía San Petersburgo) le sirvió para empezar una serie de purgas sobre lo que según él eran miles, y posiblemente millones, de traidores y saboteadores infiltrados en las entrañas del estado. En sustitución del jefe de la NKVD colocó a Nikólai Yezhov, uno de sus fieles acérrimos, bajito y con instintos asesinos, y este desencadenó una serie de "investigaciones" para detener a cada vez más funcionarios y ciudadanos en general. En 1936, varios líderes comunistas que habían sido subordinados de confianza de Lenin y figuras clave de la revolución se vieron sometidos a juicios farsa, acusados de cargos absurdos y sin prueba alguna. Se decía que eran traidores desde el inicio, y que habían participado en conspiraciones para asesinar a Stalin. Un año después, en 1937, las acusaciones eran todavía más fantásticas, y terroríficas en su amplitud: Yezhov afirmaba haber descubierto una conspiración enorme y coordinada entre todas las instituciones públicas y toda la Unión Soviética con el objetivo de restaurar el capitalismo. Este complot ya había llevado a cabo algunos sabotajes masivos, entre ellos, y esto se destacaba con toda seriedad, la castración de algunos carneros de raza superior.

Según parece, Stalin estaba realmente convencido de que la revolución se veía amenazada tanto desde el exterior como desde dentro. Estos términos se los dictaba su posición ideológica, según la cual no se podía ver la lucha de clases sino como algo inevitable e infinito. Según las leyes de la historia, el capitalismo y los países capitalistas estaban destinados a intentar la destrucción del socialismo. En un teatral discurso que dio ante el comité central del Partido, Stalin se preguntaba: "¿Es que no está claro que mientras exista el cerco capitalista vamos a tener elementos destructores, espías, confusionistas y asesinos infiltrados entre los nuestros por los agentes de los estados extranjeros?". Y de ahí que, con el apoyo entusiasta de Yezhov, anunciara la política de "eliminación física y directa de la contrarrevolución". Brindando por el vigésimo aniversario de la revolución bolchevique, Stalin dijo: "Destruiremos sin piedad a cualquiera que, de obra o de pensamiento –isí, de

pensamiento!– amenace la unidad del estado socialista. Por la destrucción total de todos los enemigos, de ellos y de su ralea".

Las purgas subsiguientes no hicieron distingos entre la élite y el ciudadano común: de los ciento treinta y nueve miembros del comité central, noventa y ocho fueron fusilados, la misma suerte que corrieron cientos de miles de soviéticos a los que se consideró de clase o etnia incorrectas. Polacos, ucranianos, kulaks, hijos de kulaks, cualquiera que tuviera sentimientos religiosos… todos se convirtieron entonces en enemigos de la revolución. Hasta el propio Yezhov llegó a ser considerado uno de ellos. Las sedes de la NKVD en cada ciudad recibieron órdenes para cumplir cuotas de detenidos y ejecutados y, si no conseguían reunir suficientes nombres, pasaban a ser sospechosos de sabotaje y a pagar el precio correspondiente. Hubo ciudadanos soviéticos a los que entregaron sus vecinos o los omnipresentes informadores por el delito de haber contado un chiste sobre Stalin… o por no haber denunciado a quien contara el chiste. A finales de 1938, el comisariado del pueblo había ejercido su celo exterminador sobre 386.000 personas.

La cúpula superior de las fuerzas armadas quedó diezmada. El ministro de Defensa, el mariscal Mijaíl Tujachevski, uno de los grandes teóricos militares de su tiempo, fue acusado de conspirar con la Alemania de Hitler contra la Unión Soviética y fusilado en 1937 junto con otros siete generales de alto rango. En las purgas subsiguientes, resultaron detenidos treinta y cuatro mil militares, de los que murieron dos terceras partes, entre ellos tres mariscales, dieciséis generales, quince almirantes y doscientos sesenta y cuatro coroneles. En 1938, Stalin le preguntó en tono jovial a su nuevo ministro de Defensa: "Klim, ¿tiene usted todavía a algún lugarteniente capaz de hacerse cargo de las divisiones?". El mariscal Giorgi Zhúkov, que en la Segunda Guerra Mundial llegó a ser el general más destacado del bando soviético, dijo más adelante, hablando sobre Stalin: "Destruyó, destruyó todo el escalón superior del ejército. Llegamos a la guerra sin nuestro escalón superior. No quedó nadie".

Mientras Stalin se afanaba en aniquilar la agricultura y en matar o encarcelar a muchos de sus compatriotas más dotados, los enemigos de la Unión Soviética iban reforzándose. En Japón había llegado al poder un gobierno militar firmemente anticomunista, y en 1939 hubo una breve guerra, nunca declarada, entre la Unión Soviética y Japón en el lejano oriente, que acabó en un pacto de no agresión de cuya posible duración Stalin nunca estuvo muy seguro. En occidente, Alemania se estaba rearmando a toda velocidad, y maniobrando para dominar a sus países vecinos. Hitler no ocultaba su convicción de que el comunismo era un complot judío. En agosto de 1939, Alemania y la Unión Soviética firmaron un pacto de no agresión, también dudoso respecto a su posible duración. El siguiente y definitivo acto de locura de Stalin fue confiar en Hitler y negarse a darles crédito a los múltiples indicios de que Alemania estaba planeando su ataque en el verano de 1941. El régimen de Stalin estuvo a punto de derrumbarse, y en gran parte por culpa de la inflexible y obcecada decisión de continuar la política revolucionaria a su manera durante la década de 1930.

Igual que resulta inconcebible lo que sucedió en la Unión Soviética si uno no tiene en cuenta a Stalin, es imposible separar las políticas de la Alemania nazi de Hitler. Estos dos hombres consiguieron moldear y regir sus gobiernos de una forma tan personal que su país tomó un camino dictado por sus deseos y sus ideas. Y, al igual que el entorno de Stalin en el Partido Comunista lo subestimó hasta que fue demasiado tarde, subestimaron a Hitler los conservadores que lo auparon al puesto de canciller en 1933, sin entender que estaban tratando con un hombre cuyo ansia de poder no conocía límites, incluso aunque pasara por su propia destrucción. En 1940, un observador describió a Hitler como "el suicida potencial *par excellence.* No tiene atadura alguna más allá de su propio ego […] Está en la posición privilegiada de quien no ama nada ni a nadie más que a sí mismo […] Por eso puede arriesgarlo todo para conservar o

aumentar su propio poder [...], que es lo único que lo separa de una muerte fulminante".

En cuanto llegó al poder, Hitler empezó a moverse con presteza para eliminar la oposición y someter a su control todo el estado y la sociedad alemanes. Un mes después de su nombramiento, sucedió un incendio en el Reichstag que le vino muy bien para gobernar por decreto a partir de entonces. Él y el partido nazi dieron rápidamente los pasos para arrasar sin piedad a los demás partidos políticos, los sindicatos y el resto de instituciones capaces de hacerles frente. En 1934, durante la Noche de los Cuchillos Largos, Hitler azuzó a su policía secreta, la Gestapo, y a su cuerpo de seguridad más cercano contra los principales líderes antinazis y contra los propios paramilitares de su partido, cuyo líder había mostrado una independencia que él veía con muy malos ojos. Los muertos pudieron ser cientos, y miles los detenidos. Por fin, en 1938, dos escándalos fortuitos sirvieron para descabezar el escalón superior del ejército: primero, el ministro de Defensa contrajo matrimonio con una mujer mucho más joven y de pasado dudoso, y al cabo de pocos días entre las prostitutas de Berlín corría la voz (con razón) de que una de las suyas había conseguido prosperar en la vida. Además, circulaban rumores (estos, falsos) de que el jefe del ejército era homosexual. Ambos hombres se vieron forzados a dimitir, y Hitler anunció entonces que se haría cargo personalmente de las fuerzas armadas, emprendiendo una reestructuración que defenestró a gran parte del alto mando. Los militares, que hasta entonces habían considerado a Hitler como un cabo venido a más al que podrían manipular sin problemas, consintieron en silencio. Y aunque dentro del ejército siempre hubo preocupación por la absurda política de Hitler en asuntos internacionales –acariciando de vez en cuando el sueño de desalojarlo del poder–, al final lo seguirían en su carrera criminal hasta la catástrofe definitiva de Alemania.

Igual que Stalin aceptaba como una verdad inapelable la existencia de la lucha de clases que recorría toda la historia, Hitler creía en la lucha racial. En la cosmovisión de Stalin, los capitalistas

conspiraban contra el socialismo; para Hitler eran las razas inferiores, en especial los judíos, las que solo pensaban en destruir la raza alemana. Los puntos de vista de Hitler, como los de Stalin, eran aterradoramente simples, y servían para explicarlo –y justificarlo– casi todo. En 1920, Hitler dijo en un discurso: "El impacto de los judíos nunca amainará, ni acabará el envenenamiento del pueblo mientras el agente causal, el judío, no desaparezca de entre nosotros". Nunca cambió de idea. El resto de sus objetivos y pensamientos clave también quedaron fijados desde muy joven: la necesidad de eliminar a los miembros más débiles de la raza germana –los afectados por taras físicas o mentales–, y el imperativo de darle espacio al inexorable avance del pueblo alemán entregándole un terreno adecuado donde vivir, su *Lebensraum,* que llegado el momento tendría derecho a arrebatarle a otros pueblos menos merecedores de él, como el polaco, el ucraniano o el ruso. La Segunda Guerra Mundial le dio la posibilidad de cumplir con todo ello: una vez conquistado el terreno, pudo organizar los campos de exterminio en la región oriental y poner en marcha en su forma definitiva la Solución Final para matar a todos los judíos de Europa. En Alemania, la guerra le dio al estado germano la oportunidad de practicar la eutanasia con sus propios ciudadanos, incluidos los que habían sufrido heridas de guerra. Y también le fue posible practicar la limpieza étnica en los territorios conquistados a Polonia y la Unión Soviética para librarlos de sus habitantes oriundos y hacerles sitio a los colonos alemanes.

La guerra, para Hitler, no era solo una herramienta en manos del pueblo alemán: era la expresión más alta y más noble de su lucha por la supervivencia. Él mismo había participado con gran emoción en la Primera Guerra Mundial y sintió como una humillación atroz el que ese conflicto acabara con la derrota germana y la firma del tratado de Versalles. Puso toda su determinación en revertir ese resultado y ese pacto, decidido a no conformarme con menos que una guerra de revancha contra los enemigos de Alemania. Desde el momento en que llegó al poder, le dio prioridad a un programa de rearme a gran escala, y a librarse de lo que él consideraba las

cadenas del tratado de Versalles, cuyos términos desafió abiertamente estableciendo unas fuerzas aéreas y el servicio militar obligatorio, al tiempo que aumentaba sensiblemente el tamaño del ejército. En 1936, sus tropas ocuparon la Renania, que era zona desmilitarizada según Versalles, y en Alemania la gran mayoría se mostró de acuerdo, mientras que el resto del mundo permanecía de brazos cruzados. Fue en este momento, sostiene Ian Kershaw, cuando Hitler se convirtió en el más acérrimo creyente de su propio credo. En un discurso que dio en Múnich, dijo: "Mis pasos recorren, con la seguridad de un sonámbulo, el camino que me ha puesto delante la providencia". La *hybris,* la arrogancia, había hecho presa firmemente en él.

Los éxitos se iban acumulando. En marzo de 1938, Austria quedó anexionada con Alemania, y de nuevo en este último país hubo un júbilo generalizado, y silencio en el resto del mundo. En el verano de ese mismo año, Hitler empezó a fijarse en la vecina Checoslovaquia, a la que le exigió que le entregara los Sudetes, un territorio de mayoría germanoparlante. Los checos pidieron ayuda a Gran Bretaña y a Francia, y finalmente, en el último minuto y cuando Hitler estaba dispuesto a declarar la guerra incluso sin el apoyo de sus generales, las dos potencias convencieron a Checoslovaquia de que entregara los Sudetes durante una reunión que se celebró en Múnich en el mes de septiembre. Hitler había conseguido salir vencedor sin derramar una sola gota de sangre, pero le enfurecía no haber conseguido su guerra, y siempre consideró los acuerdos de Múnich como uno de sus grandes errores. Además, le preocupaba que el pueblo alemán no hubiera demostrado durante aquellos días el ánimo y el entusiasmo guerreros que hubieran sido de esperar. En una reunión con periodistas y directores de medios alemanes habló de la necesidad de preparar a los ciudadanos para que "la voz interior del pueblo empiece poco a poco a pedir a gritos el uso de la fuerza".

Para entonces, los planes estaban ya bien avanzados. Hitler preveía una serie de guerras, cada una de las cuales serviría como trampolín para la siguiente. Empezaría con Gran Bretaña y Francia,

para pasar a la Unión Soviética, a continuación a Estados Unidos, que en su opinión era el país que por su posición geoestratégica más amenazaba el dominio planetario de Alemania, y finalmente al resto del mundo. Tenía ya bien pensadas las ventajas que iba a brindarle cada una de esas victorias. En Europa, Alemania se anexionaría aquellos territorios que ya estuvieran ocupados por los pueblos de origen germano: Alsacia y Lorena, Bélgica, los Países Bajos y quizá el norte de Francia y los países escandinavos. Los países del sur de Europa pasarían a ser satélites de Alemania o de Italia, su nación aliada. En la región oriental, los montes Urales harían de línea divisoria entre el Imperio Germánico y el japonés, también aliado, que además se encargaría de momento de controlar toda Asia. África quedaría dividida en tres partes, con Italia al mando del norte, Alemania controlando gran parte del territorio subsahariano, y posiblemente Sudáfrica, un país amigo, al cargo de la zona sur. Los detalles ya no los tenía tan claros en lo referente al largo plazo, cuando se hubiera producido la derrota de Estados Unidos, pero contaba con la posibilidad de tener que combatir en algún momento contra Japón.

Esos nuevos territorios que se iban a adquirir por el este se repoblarían con alemanes, a los que se les entregarían granjas, tras matar o expulsar a las personas que vivieran allí, aunque a algunos se les podría perdonar la vida para que sirvieran como mano de obra barata o esclava, pero a cambio de ser esterilizados. En octubre de 1939, poco después de iniciarse la Segunda Guerra Mundial, Hitler nombró a Heinrich Himmler como Comisario Político del Reich para el Fortalecimiento de la Reserva Étnica Alemana, encargándolo de llevar a la práctica esos planes.

La guerra en sí empezó como Hitler deseaba. A finales del verano, él y Stalin firmaron su pacto de no agresión, que incluía un acuerdo secreto para dividirse los países que los separaban. Una vez neutralizada la Unión Soviética según su conveniencia, Hitler maniobró rápidamente para invadir Polonia a principios de septiembre. Y aunque Gran Bretaña y Francia le declararon la guerra a Alemania, no pudieron sino quedarse mirando cómo arrasaban

Polonia, primero Alemania y luego la Unión Soviética. Esta rápida victoria sobre Polonia reafirmó a Hitler en su convicción –ya poco necesitada de confirmaciones– de que él sabía más que sus generales. Como dijo en un discurso ante unos doscientos militares de alto rango en ese mes de noviembre: "Debo, con toda humildad, describir mi persona como irremplazable. Ni un militar ni un civil podrían tomar mi lugar […] Yo golpearé sin capitular. El destino del Reich depende solo de mí".

En la primavera del año siguiente, Hitler dio la orden de invadir Francia, y seis meses más tarde los franceses capitularon mientras que los británicos, bajo el liderazgo de Churchill, se resistían a firmar la paz; Hitler, sin mucho entusiasmo, dio orden de invadir Inglaterra. Hermann Goering, que estaba al mando del ejército del aire, sugirió bombardear Gran Bretaña a modo de preludio, e incluso con el objetivo de someterla, y Hitler aceptó con entusiasmo. Por entonces, ya estaba concentrándose en su siguiente gran enemigo, la Unión Soviética y, en cualquier caso, pensó que una campaña de bombardeo contra Gran Bretaña sería mucho más sencilla que una invasión por mar. Sus generales no veían con muy buenos ojos una guerra en dos frentes, pero Hitler hizo caso omiso de todas las objeciones: en cuanto se rindiera la Unión Soviética, Gran Bretaña no tendría más opción que seguir su ejemplo. Y pasó por alto las pruebas de que el presidente Franklin Delano Roosevelt estaba posicionando lentamente su país al lado de Gran Bretaña y de que los británicos no daban muestra alguna de ir a pedir la paz.

El 22 de junio de 1941, Hitler invadió la Unión Soviética. Y aunque sus tropas arrasaron a las rusas, que estaban mal equipadas, y avanzaron cientos de kilómetros en dirección este, no consiguieron llegar a sus objetivos, entre los que estaban Leningrado y Moscú, antes de que empezara a nevar. Se dice que varios generales alemanes escribieron a sus libreros de Berlín pidiendo que les enviaran las memorias de los generales napoleónicos en 1812, cuando los ejércitos franceses sufrieron los rigores de Rusia. Las tropas soviéticas entonces reunieron fuerzas y lucharon a base de obstinación hasta conseguir la retirada, mientras los partisanos

hostigaban las líneas de avituallamiento cada vez más extensas de los alemanes. Y aunque por entonces esto no se vio de forma evidente, la invasión de la Unión Soviética fue el primer paso de la caída de Hitler.

Su segundo gran error llegó en diciembre de ese año, cuando Japón, su aliado, atacó Estados Unidos en Pearl Harbor, provocando que este país entrara en la guerra con Asia armado de todos sus efectivos y recursos. Sin embargo, Estados Unidos al principio no se implicó militarmente con Europa, y es posible que nunca lo hubiera hecho si Hitler no hubiera cometido la bravuconería de declararle la guerra.

A finales de 1943, Hitler empezaba a darse cuenta de que era posible que Alemania no lograra la gran victoria que él había tenido en mente… al menos no en ese momento. Entonces, puso sus anhelos en hacer las paces por separado con la Unión Soviética, e incluso solo con Estados Unidos y Gran Bretaña, lo que le dejaría en libertad de vérselas solo con un enemigo de cada vez. En la primavera de 1945, aunque los ejércitos aliados se acercaban ya a Berlín tanto por el este como por el oeste, todavía esperaba que se produjese un milagro, y además dio órdenes de destruir todas las infraestructuras alemanas para hacer más lento el avance. Cuando Speer le hizo notar que esta decisión perjudicaría de forma terrible al pueblo alemán, Hitler le contestó que estarían condenados igualmente si se perdía la guerra, y que en ese caso mejor les sería no sobrevivir. En abril de 1945, por fin la realidad de la completa derrota de Alemania consiguió abrirse paso hasta su búnker, y el día 30 de ese mes Hitler se suicidó. La guerra, dijo en su último testamento político, sería recordada "como la más gloriosa y valiente demostración del propósito vital de una nación".

Los cuatro líderes de los que he hablado aquí –Wilson, Thatcher, Hitler y Stalin– vivieron en una época que les brindó grandes oportunidades, y los cuatro mostraron la energía interior y el convencimiento que les permitió aprovecharlas. Sus éxitos cimentaron su autoestima hasta volverla inamovible, y a partir de ese punto se lanzaron hacia adelante sin flaquear. Los griegos creían

que la *hybris* solía encontrar su castigo con un vuelco dramático de la suerte. Wilson y Thatcher pagaron su deuda con la humillación de una derrota política. Hitler se suicidó cuando fue evidente que sus sueños de dominar el mundo habían quedado en nada. Stalin fue el único de los cuatro que no pagó el precio de la *hybris* mientras vivió. Pero si hay una vida en el más allá, quizá haya visto el final de todo lo que quiso construir con el derrumbe mundial del comunismo, el final de la Unión Soviética y el desmantelamiento de su imperio en la Europa oriental.

* *Attila the Hen,* con un juego de palabras entre *hun* [huno] y *hen* [gallina, o peyorativamente mujer].

III
LA OSADÍA

El 1 de diciembre de 1783, cuatro de los más destacados aristócratas de Francia se unieron al cortejo que acompañó un globo aerostático enorme, alegremente pintado a rayas rojas y amarillas, hasta el jardín de las Tullerías, en el centro de París, desde donde iba a ser lanzado. Una multitud enorme, casi medio millón de personas, muchas de las cuales habían contribuido a sufragar la fabricación del globo, contempló el momento en que el doctor Alexandre Charles, junto con su ayudante Nicolas-Louis Robert, se subía a la cesta de mimbre llena de lastres y abrigos de pieles y provista con un tentempié de fiambre de pollo y champagne; luego se soltaron las amarras y el globo ascendió hacia los cielos. "¿Para qué sirve un globo aerostático?", le preguntó alguien a Benjamin Franklin, que se hallaba entre el público. "¿Y para qué sirve un recién nacido?", fue la respuesta.

Aunque los hermanos Montgolfier ya habían hecho experimentos con globos de aire caliente, este vuelo fue el primero con tripulación humana y propulsión por hidrógeno, un combustible más eficiente. El globo surcó los aires en dirección noroeste y fue a posarse en las afueras de París, a unos cuarenta kilómetros. Robert se bajó entonces para aligerar la carga, y Charles volvió a despegar, ascendiendo hasta los tres mil metros, donde se quedó asombrado contemplando la puesta de sol por segunda vez en el mismo día. Cuando empezaron a dolerle los oídos, puso de nuevo rumbo a tierra firme. "Nada –dijo tiempo después– podrá nunca igualar el momento de completo regocijo que inundó todo mi cuerpo en el momento del despegue. Sentí que nos elevábamos lejos de la tierra y de todos sus

conflictos y persecuciones para siempre. Y no fue solo un sentimiento delicioso, sino una especie de éxtasis físico [...] Ante mi acompañante, monsieur Roberts, exclamé: 'iHe terminado con la tierra. A partir de ahora, nuestro sitio es el cielo!'".

La siguiente década contempló docenas de globos tripulados cruzando los cielos de Europa y Norteamérica. En 1785 se consiguió por primera vez cruzar el canal de La Mancha (y se produjo la primera muerte en otro intento). Cuatro años más tarde, Jeanne-Geneviève Garnerin fue, que se sepa, la primera mujer que saltó en paracaídas desde un globo. Dos décadas más tarde, Sophie Blanchard ostentaba el puesto de Aeronauta Real bajo la nueva monarquía restaurada en Francia. Sophie, una mujercita frágil e intrépida, a la que también había admirado mucho Napoleón, era famosa por sus travesías en solitario durante aquellos años, llevando ceñidos vestidos blancos y unos maravillosos sombreros decorados con plumas de colores, mientras hacía acrobacias y lanzaba fuegos artificiales. Blanchard murió en 1819, en el curso de una de estas espectaculares exhibiciones, al incendiarse el hidrógeno del globo en el que volaba, provocando que el aparato cayese en picado. Los vuelos en globo han continuado hasta hoy, a despecho de todos los peligros.

A veces, los osados solo arriesgan su propia vida, pero en otras ocasiones lo que está en juego es mucho más. En el año 1940, Winston Churchill llegó al cargo de primer ministro británico en un momento en que estaba en duda la propia supervivencia de su pueblo. El 10 de mayo, salió en vehículo del palacio de Buckingham, donde acababa de jurar el cargo, y le dijo a su guardaespaldas: "Confío en que no sea demasiado tarde. Temo mucho que ya lo sea. Solo nos queda dar lo mejor de nosotros mismos". Y ciertamente, la situación era lúgubre: las tropas alemanas estaban arrasando Francia, abriendo cuñas entre los ejércitos aliados. Las fuerzas belgas se estaban desmoronando, y cada vez parecía más evidente que los franceses iban perdiendo el deseo de luchar. Los británicos y algunos franceses se estaban retirando hacia los puertos de mar, y hacia el 20 de mayo los británicos ya estaban planeando una

evacuación masiva desde el puerto de Dunkerque, donde por entonces se agolpaban más de trescientos mil hombres, cuyo rescate no se daba por seguro. Dentro de su país, Churchill se enfrentaba con un gabinete dividido entre quienes creían que había que sondear a Hitler sobre unas posibles condiciones de paz y quienes estaban en contra. La opinión de Churchill era que no merecía la pena, ya que estarían negociando desde una posición de debilidad. "Es ocioso pensar que fuéramos a obtener mejores condiciones si continuamos luchando, aun cuando seamos derrotados, que las que se nos presentan ahora", dijo ante sus hombres.

Sabiendo de Hitler lo que ahora sabemos, Churchill hizo bien en optar por seguir combatiendo. Pero lo que no podía saber el entonces primer ministro, aunque quizá lo sospechara, es que Hitler estaba decidido a conseguir la derrota y sumisión absolutas de los británicos. Pero la decisión aún estuvo dos días pendiente de que el gobierno se manifestara. Neville Chamberlain, el antecesor de Churchill, y lord Halifax, su ministro de Asuntos Exteriores, estaban a favor de tenderle una mano a Alemania a través de los italianos. Churchill consiguió convencer a Chamberlain para que se pusiera de su parte, dejando solo a Halifax. El 28 de mayo, dijo ante su consejo de ministros: "Por eso seguiremos adelante y lucharemos, aquí o en cualquier otro lugar, y si al fin nuestra larga historia en esta isla está condenada a terminar, es mejor que termine no con una rendición, sino con nuestra muerte sobre el campo de batalla". Churchill no tenía la certeza de que ni él ni Gran Bretaña fueran a sobrevivir; según le dijo a uno de sus ayudantes de confianza, no le hubiera extrañado nada estar muerto al cabo de tres meses. Sin embargo, como se demostró muy bien en su larga carrera política, Churchill daba lo mejor de sí mismo cuando lo tenía todo en contra.

Imaginemos por un momento una versión alternativa de la historia. Si Gran Bretaña hubiera llegado a un acuerdo con Alemania, el dominio de Hitler sobre Europa habría llegado a ser prácticamente indisputable. Es probable que Alemania hubiera atacado entonces la Unión Soviética –eso era parte del plan a largo plazo de Hitler–, pero

no hubiera habido aviación británica capaz de bombardear Alemania, ni suministros británicos para las fuerzas soviéticas, ni ningún aliado ya en Europa o en el extremo oriente capaz de ayudar a Estados Unidos contra las potencias del eje. Más aun: no hubiera habido una Gran Bretaña independiente que pudiera servir de base para la invasión de Europa en 1944. Nuestro mundo hubiera sido ciertamente muy distinto.

¿Qué es lo que hace que unas personas sean más osadas que otras? ¿Que algunos se lancen a los cielos o al espacio exterior; que se suban a las montañas o se metan en cuevas oscuras del subsuelo; que arriesguen la vida en deportes extremos? Porque además esta osadía no es privativa de algunas profesiones en particular. La historia nos brinda numerosos ejemplos de inventores y científicos –Alexander Graham Bell o Marie Curie– que pusieron en riesgo su futuro y su felicidad por su trabajo, o de empresarios que se jugaron todo lo que tenían por una inversión puntual. Quienes se dedican a investigar el mapa genético de los seres humanos van siendo cada vez más capaces de aislar genes que se relacionan con características determinadas, por ejemplo la propensión a la felicidad, a la violencia… o a correr riesgos. Sin embargo, los científicos aducen cada vez más a menudo que el entorno desempeña un papel crucial a la hora de poner en marcha ciertos rasgos que en otras condiciones podrían quedarse inactivos. El profesor Tim Spector, del King's College de Londres, que se ha especializado en el estudio de los gemelos idénticos, cree que el entorno puede ser más importante incluso que los genes en lo que respecta al desarrollo de la personalidad. Hasta hoy, el veredicto científico sigue en suspenso.

Cuando se trata de establecer las características de las personas arriesgadas, casi siempre aparece entre ellas la curiosidad –qué hay más allá del horizonte, por ejemplo–, y la decisión de averiguar las cosas. La resistencia obstinada también suele ser de ayuda. Pensemos en los primeros aventureros marinos europeos, que se echaron al mar sin cartas de navegación y sin saber si se acabarían cayendo o no por el borde del mundo. Esos hombres, a bordo de

unas embarcaciones que hoy nos parecen imposibles, por pequeñas y frágiles, se enfrentaron a las tormentas, las privaciones, las enfermedades y las costas a menudo hostiles del otro extremo del mundo. Y a los navegantes los siguieron unos exploradores que luego se cruzaron de extremo a extremo y a pie las Américas o África, abriéndose paso por bosques tupidos, atravesando planicies inmensas, bajando ríos torrenciales o atravesando pasos de montaña elevados.

Las primeras expediciones del mundo exterior al Everest en la década de 1920 trataban de acercase a una montaña que para ellos era un misterio casi completo: no se sabía ni cómo llegar hasta ella ni se conocía su estructura. Las primeras dos expediciones no pudieron ser sino de reconocimiento, cruzando un Tíbet prácticamente ignoto, con sus valles profundos, sus mesetas y sus altos desfiladeros. Todo, desde el equipo hasta los víveres, había que llevarlo a lomos de caballos o mulos o, al llegar a las altitudes superiores, a hombros de porteadores de la zona o de los miembros de la expedición. Aquellos hombres perseveraron durante meses, con los pies doloridos, respirando mal, debilitados muchas veces por las fiebres o la disentería, sin dejar de buscar la ruta hacia el Everest. Por fin, lo consiguió Oliver Wheeler, un joven topógrafo canadiense, que halló el camino que permitía subir al collado norte por debajo de la cima. Wheeler, que tenía mucha experiencia como montañero por haber crecido en las Rocosas canadienses, pasó gran parte del tiempo alejado del resto de la expedición, tratando de hacer el mapa de los trescientos kilómetros cuadrados que rodean el Everest, subiéndose a un pico tras otro para colocar sus puntos de observación y tomar fotografías que le permitieran elaborar el mapa. Él y sus porteadores, cargados hasta los topes, acamparon muchas veces en altitudes superiores a los seis mil metros, rodeados de vientos enfurecidos, mientras la lluvia, el granizo, la nieve o las rocas que caían desde lo alto se estrellaban alrededor de las tiendas. Gran parte de los demás miembros de la expedición eran británicos, supervivientes de la Gran Guerra que acababa de terminar. George Mallory, el alpinista más destacado de la generación de preguerra,

había dejado en casa a su mujer y a su hijo. Le escribió la última carta a su amada Ruth el 24 de mayo de 1924, desde una tienda de campaña en los altos del Everest: "La vela está a punto de apagarse y tengo que detenerme aquí. Querida, te mando el mejor deseo posible, el de que acaben tus preocupaciones antes de que recibas esta carta, con las mejores noticias, que también serán las más rápidas. Las posibilidades contra nosotros son de cincuenta a uno, pero haremos todavía una intentona y defenderemos el orgullo". El 9 de junio, desde abajo vieron por última vez a Mallory y a su acompañante, el joven Sandy Irvine, a unos doscientos metros en vertical bajo la cumbre, y al parecer subiendo. Nunca sabremos si lo consiguieron. El cadáver momificado de Mallory se encontró en 1999.

A Mallory le preguntaron una vez por qué quería subir al Everest y respondió: "Porque está ahí". Los científicos se enfrentan a retos distintos, pero la curiosidad y la motivación de encontrar una respuesta son las mismas. El doctor Barry Marshall, de Perth, en la costa oeste de Australia, era un especialista en medicina interna como otros muchos cuando en la década de 1980 llegó a la convicción de que las úlceras de estómago, y por consiguiente la mayor parte de los cánceres estomacales, estaban causados por bacterias. Por entonces, la profesión médica en general defendía que los causaban ciertos factores como el estrés, el exceso de alcohol o los alimentos muy especiados, y se solía prescribir a los pacientes, como se había hecho durante décadas, que se tomaran la vida con calma y se trataran con antiácidos, haciendo dieta blanda y bebiendo mucha leche. Los demás remedios pasaban por los antidepresivos y la cirugía para extirpar partes del estómago. Pero, si Marshall estaba en lo cierto, las úlceras se curarían con un ciclo de antibióticos, y había ya algunas pruebas que sustentaban esta opinión. El establishment médico mantenía el mayor escepticismo, al igual que las compañías farmacéuticas, a las que les iba muy bien con sus antiácidos y sus antidepresivos. Marshall no consiguió mucho apoyo para hacer un ensayo clínico y, por razones éticas, tampoco podía

poner a prueba su teoría con pacientes sanos. Así que lo hizo consigo mismo.

Marshall ingirió una mezcla hecha de bacterias encontradas en el estómago de pacientes ulcerosos. Según recuerda, el estómago empezó a hacerle unos ruiditos ligeros. Al cabo de cinco días, tenía vómitos frecuentes, se sentía agotado y había perdido el apetito. Otros cinco días más tarde, se sometió a una biopsia de estómago, y se vio que las bacterias sospechosas habían proliferado y que él sufría una grave inflamación y gastritis, que son la causa subyacente del cáncer de estómago. Llegado a este punto, le habló del experimento a su mujer, que como era de esperar se puso furiosa, pero le permitió continuar sin tomar antibióticos durante otro par de días. En cuanto empezó a tratarse con estos fármacos, comenzó a recuperarse. En 2005, cuando su teoría ya se aceptaba generalizadamente, ganó el premio Nobel de Medicina. Da confianza saber que ahora está trabajando en una vacuna contra la gripe.

Las personas arriesgadas suelen ser a la vez optimistas, convencidas de que esta vez el aeroplano que han construido será capaz de despegar o de que la nueva empresa que han fundado funcionará. Un periodista británico destinado en Hong Kong le preguntó en cierta ocasión a un hombre de allí por qué seguía yendo al casino si las posibilidades de ganar eran tan bajas. El hombre se mostró en total desacuerdo con esa opinión: la cosa estaba al 50-50, porque o bien perdía o bien ganaba. También la edad influye en el deseo de correr riesgos o no: los jóvenes tienden a sentirse inmortales, o al menos a sentir que habrá muchas segundas oportunidades, mientras que los mayores ya saben que no es así. Cuando yo era joven, me subía en las montañas rusas; ahora, no lo haría por nadie, ni por todo el oro del mundo. Soy demasiado consciente de que algo podría salir mal.

Pero no todas las personas que tienden a correr riesgos lo hacen por inconsciencia del peligro. Más bien es al contrario: casi todos entienden y deciden aceptar la posibilidad del fracaso, de los problemas y hasta de los desastres que pueden causarse a sí mismos, a su familia o a la sociedad. Y sin embargo, para ellos el

reto y la esperanza de salir airosos merecen la pena; saber que pueden fracasar, e incluso morir, le añade interés a la empresa. En cierta ocasión entrevisté a un general canadiense sobre el mantenimiento de la paz. El hombre era agudo y reflexivo, pero lo que más me impresionó fue algo que me dijo cuando ya había apagado la grabadora. Pocos soldados, dijo, lo admitirán nunca en público, pero si les gusta el oficio es entre otras cosas por la emoción que brinda saber que pueden matarte. Una emoción parecida, siguió, a la que uno experimenta conduciendo una moto de carreras o haciendo *puenting*.

Lord Reith, el creador y director durante muchos años de la British Broadcasting Corporation, fue bastante sincero en sus memorias hablando del tiempo que pasó en el frente occidental durante la Primera Guerra Mundial. Reith estaba al cargo de una unidad de transporte, que no es una tarea tan rutinaria como suena: él y sus hombres tenían que conducir los convoyes cargados de suministros hasta el frente, atravesando carreteras llenas de metralletas y artillería enemigas. Pero a él le parecía de lo más emocionante y se sintió muy feliz. "Es interesante cruzar un campo de remolachas sabiendo que en cualquier momento uno puede dejar de andar por la razón más concluyente que hay", comentaba. Cuando cayó gravemente herido y fue repatriado a Gran Bretaña, sintió sobre todo ira, y la impaciencia de regresar al frente. En una carta a su familia afirmaba: "Estoy tan asqueado que no encuentro palabras. Me había adaptado tan bien, y me gustaba el trabajo y todo lo demás". Y añadía: "He estropeado el uniforme bueno". (Estas memorias no se publicaron hasta la década de 1960, quizá porque no encajaban entre la literatura antibelicista que por aquellos días gustaba cada vez más, la de escritores como Siegfried Sasoon o Wilfred Owen).

Pero, por una razón o por otra, hay personas que buscan el riesgo voluntariamente, pero a otros se les presenta muy en contra de su deseo, y puede que se sorprendan de lo bien que se manejan con él. Libussa Fritz-Krockow venía de una vieja familia de hacendados de la Pomerania, que por entonces pertenecía a Alemania oriental (y hoy,

gracias a los azares de la guerra, está en Polonia). Se casó, en la última de las bodas que se celebraron al viejo estilo júnker en la finca familiar, en el verano de 1944, cuando ya los aliados se desplegaban en dirección a Alemania tras haber desembarcado en Normandía, y los ejércitos soviéticos se aproximaban desde el este. Las familias antiguas como la suya siempre habían enviado a sus hombres al ejército prusiano, animado por unos valores viriles y marciales como la disciplina, el orden, la obediencia a los superiores y al estado y la disposición al propio sacrificio. Valores que le iban a servir de poco para lo que les esperaba.

En su autobiografía *The Hour of Women* [La hora de las mujeres], Fritz-Krockow cuenta cómo aprendió a lidiar con los soldados rusos de la ocupación, a sobornar a oficiales, a conseguir artículos de primera necesidad y a robar comida. Ella y su madre se hicieron cargo de toda la familia, que por entonces incluía a su hija recién nacida, aliviando de la responsabilidad a su padrastro, un hombre que se derrumbó al ver que su mundo se hacía pedazos. Los varones de su entorno, contaba sin amargura, eran valientes y estaban dispuestos a morir en la batalla. "Pero cuando se trataba de agachar la cabeza y ponerse a gatas para sacar unas espinacas y no morirse de hambre –cuando no había espacio para el honor ni para el deber–, ahí es donde fallaban. Esas tareas nos las dejaban a nosotras". Tras un viaje atroz cruzando una y otra vez las fronteras de la Alemania ocupada, consiguió que su grupito de mujeres, compuesto por ella, su hija recién nacida y su madre, llegaran sanas y salvas a la zona occidental. Allí se enteró de que su padrastro, al que estaba muy unida, se hallaba en un campo de la zona rusa, así que emprendió de nuevo el viaje en dirección este cruzando la frontera. Al llegar al campo en cuestión, inspeccionó los alrededores y encontró un punto ciego para los vigilantes rusos donde la valla estaba hecha solo de listones de madera. Por entre las grietas y con susurros consiguió llamar la atención de un prisionero que pasaba y le encargó que buscara a su padrastro y le diera el mensaje de que tenía que acudir a reunirse con ella en aquel punto cuando se hiciera de noche. Mientras tanto, consiguió encontrar una barra que podía

usar de palanca y se dispuso a esperar la hora de la cita. Para su consternación, su padrastro se negó a llevar a cabo del plan de fuga: le parecía demasiado difícil, demasiado peligroso, y no tenía la intención de arriesgar la vida. Solo consiguió convencerlo cuando le dijo que sin la ayuda de él no sabía qué hacer ni adónde ir.

A veces las personas corren riesgos porque lo exige el honor o porque no tienen la intención o la capacidad de valorar otras opciones. Muchos de los generales que estaban al mando de los ejércitos europeos sabían de sobra que se iba haciendo evidente la dificultad (y el coste) cada vez mayor de organizar el ataque a una posición bien defendida ante los cambios en la tecnología. Las guerras que tenían lugar por entonces en el mundo –la de Secesión estadounidense, o la más reciente guerra Ruso-Japonesa de 1904-1905–, como las que sucedían en la propia Europa, por ejemplo las guerras de los Balcanes en 1912 y 1913, demostraban las consecuencias de la potencia cada vez mayor de las armas de fuego. Juntando la artillería de largo alcance, las nuevas ametralladoras y los rifles de infantería más fiables y rápidos de disparar, se creaba una zona de fuego mortal, a menudo de más de mil metros de longitud, por la que en teoría tenían que avanzar los atacantes. Y sin embargo, los hombres que diseñaban los planes de guerra seguían dando por supuesto que sus tropas irían a la ofensiva cuando estallara el conflicto, con la esperanza de que unos soldados bien entrenados y motivados, si sobrepasaban en número al enemigo, serían capaces de derrotarlo y conseguir victorias decisivas. En cualquier caso, para los altos cargos militares resultaba impensable presentarse ante los civiles diciendo que ya no podían garantizarles la victoria. Cuando llegó la crisis de 1914, estos hombres estaban en la misma posición que el jugador que tiene que apostar a todo o nada. Y además, el honor lo exigía. El jefe del alto estado mayor austríaco le escribió a su amante: "La lucha va a ser inútil, pero hay que emprenderla, porque una monarquía tan antigua, y un ejército tan glorioso, no pueden hundirse en la ignominia".

Fomentar los riesgos puede ser un valor de grupo, como lo fue para los estados mayores de la época previa a la Primera Guerra

Mundial. Entre los historiadores se ha debatido mucho si la propagación del protestantismo, con su insistencia en la responsabilidad de cada individuo y sus incentivos al trabajo y a la vida austera, dio pie al auge del capitalismo. En los últimos años, algunos analistas agudos como Gillian Tett, Michael Lewis y Andrew Sorkin han querido explicar la crisis económica de 2008 basándose en los valores de los banqueros implicados, entre los cuales la norma era arriesgar cada vez más, y la cautela se consideraba cobardía (y además, no generaba recompensa en forma de bonus). Muchos de los gestores que diseñaban y ponían en el mercado unos instrumentos financieros cada vez más peligrosos eran como hermandades (y además casi todos eran hombres). En el Morgan Guaranty de Londres, por ejemplo, la unidad especial que se encargaba de los *credit default swaps* (permutas de incumplimiento crediticio), un producto complicado y de altísima rentabilidad, estaba compuesta por hombres muy bien pagados que presumían de no parecerse al resto de los empleados del banco. "Teníamos ese sentido de ser especiales, de estar aparte de todos los demás, de ser un equipito pequeño y muy unido", declaró uno de ellos. Y a medida que iban consiguiendo éxitos, y remuneraciones, ellos y otros muchos llegaron a creer que nunca les tocaría perder.

También sucede a la inversa: puede haber colectivos cuyos valores inciten a no correr riesgos. Entre los investigadores existe hace mucho la discusión de si la civilización china clásica, tan centrada en la armonía y en la cultura literaria, militaba contra la innovación. Por citar solo un ejemplo, hubo una vez un funcionario que inventó una bomba de aire capaz de ventilar el interior de las minas –gracias a la cual era posible excavar a más profundidad–, y recibió las alabanzas del emperador no por su invento, sino por el poema que escribió explicando cómo funcionaba. ¿Es posible que esta diferencia de valores explique por qué en Gran Bretaña prendió la revolución industrial y en China, a pesar de todos sus avances tecnológicos previos, no? En nuestro propio siglo, la innovación se considera una de las claves, quizá la principal, de la salud económica a largo plazo. Unos investigadores de la Concordia University de

Montreal publicaron un estudio interesante en 2015 a partir de una sesión de "tormenta de ideas" que habían hecho entre unos grupos de alumnos canadienses y otros de Taiwán. Ambos tenían que proponer respuestas creativas a una serie de problemas; por ejemplo, ¿qué utilidad práctica tendría un segundo dedo pulgar? Los alumnos canadienses, a quienes se considera productos de una cultura más individualista, brindaron el doble de ideas que los taiwaneses, y además demostraron estar más dispuestos a defender sus propuestas y a criticar las ajenas que sus homólogos de Taiwán, provenientes de una cultura más colectivista. (Pero, en lo que se refiere a la calidad de las ideas, el equipo asiático logró una puntuación algo más alta, lo que nos lleva a preguntarnos qué es exactamente lo que podemos concluir de este estudio).

Es posible que algunos ejemplos extraídos de la historia nos sirvan cuando necesitamos encontrar respuestas. Quiero analizar ahora a varias personas de distintas épocas y sociedades que, cada uno a su manera, corrieron grandes riesgos, y con ello cambiaron la sociedad que los rodeaba y quizá incluso la nuestra. Max Aitken fue un empresario que contribuyó a cambiar el mundo canadiense de los negocios en los años previos a la Primera Guerra Mundial y que llegó a desempeñar un papel importante en la vida pública de Gran Bretaña. Richard Nixon visitó Pekín en 1972, corriendo con ello un gran riesgo político e incluso personal. Esta visita de Nixon marcó el final de la larga etapa de frialdad en las relaciones entre Estados Unidos y China, y el comienzo de unos tiempos nuevos. Y Samuel de Champlain, el gran explorador, no solo amplió el conocimiento que tenían los europeos sobre el nuevo mundo, sino que estableció el primer asentamiento francés permanente en el Canadá.

Los canadienses, cuando se comparan con la gente de Estados Unidos, suelen quedarse preocupados pensando que no son tan individualistas como debieran. Nos preguntamos a veces: ¿dónde está el Bill Gates de Canadá, o el Steve Jobs, o el Henry Ford? ¿Es que los canadienses somos demasiado cautos? En los discursos de

Stephen Harper, el primer ministro, siempre aparece el tema de que los canadienses, de hecho, tienen gran talento como emprendedores, aunque también señala que el gobierno contribuye mucho al fomento de la innovación y las iniciativas de riesgo. En 2011, Harper anunció el Año del Emprendedor, "para despertar la conciencia de los ciudadanos sobre la importancia de los emprendedores en la economía canadiense y rendir homenaje a su impulso y dedicación". Roger Martin, que dirigió durante muchos años la Rotman School of Management en la universidad de Toronto, ha dedicado gran parte de su carrera a fomentar entre sus conciudadanos el pensamiento audaz, escribiendo docenas de artículos y libros como *Playing to Win: How Strategy Really Works* [Jugar para ganar: así funciona de verdad la estrategia]. ¿Deberían estar preocupados los canadienses con la idea de que en cierta forma están perdiendo la carrera por el éxito con otros países?

Es posible que la historia nos pueda tranquilizar un poco. Hoy apenas nos acordamos de él, pero Max Aitken, a quien se conoce más por su título de los últimos años, lord Beaverbrook, fue uno de los emprendedores canadienses más importantes y prósperos. Apostó muy fuerte en los negocios, en la política y en el sector de la prensa escrita, y llegó a ganar fortuna, poder e influencia tanto en su país como en el Reino Unido. Beaverbrook venía de un entorno que era más bien todo lo contrario al camino de las grandes fortunas. Aunque más adelante relataba una infancia de pobreza que tuvo que pasar descalzo, lo cierto es que su familia vivía con relativa comodidad para su época (y que, si Beaverbrook iba sin zapatos, era por decisión suya). Su padre era un párroco presbiteriano que tenía la esperanza de enviar a sus hijos varones a la universidad para conseguir colocaciones respetables. Una vida que no era para Max.

Nacido en 1879, Max fue un chico flaco parecido a otros muchos, de grandes orejas y sonrisa abierta, y de mayor sería bajito y más bien feo. "Un buda pícaro", dijo de él uno de sus biógrafos. De pequeño, fue muy nervioso e impaciente con las rutinas, y eso no cambió nunca. En 1922 dijo: "No hay nada peor que lo predecible". Era listo pero no le gustaba ir a la escuela, faltaba a clases y sacaba

malas notas. Tampoco le gustaba obedecer, y se enfrentó con sus padres muy a menudo. Su madre, que tenía mucho más carácter que el padre, le pegaba, pero nunca consiguió hacer cambiar al chico. Cuando las cosas se ponían feas en el hogar, Beaverbrook se escapaba, a veces para ir a esconderse a casa de algún vecino comprensivo. Siempre tuvo la capacidad de hacer amigos útiles, primero porque sin duda era muy simpático, pero también porque tenía la capacidad de analizar correctamente a los demás, tanto en sus puntos fuertes como en los débiles. Desde muy pronto demostró tener interés en los negocios y olfato para las oportunidades. Por ejemplo, se hizo cargo de una extensa ruta de reparto de periódicos y subcontrató a otros para que hicieran las entregas. A la edad de catorce años pidió que le dejaran usar la imprenta de un periódico de su localidad, donde por entonces tenía un empleo, y lanzó su propio diario, aunque no duró mucho, a pesar de que ofreció un premio a los mejores artículos para fomentar la circulación. El periódico fue una de sus pocas aventuras empresariales fracasadas, y tuvo que cerrarlo tras publicar tres números.

A la edad de dieciséis años dejó para siempre los estudios y, con la ayuda de uno de sus primeros patrocinadores –que luego llegaría a primer ministro de Canadá, R. B. Bennett–, consiguió ser contratado como pasante de abogado y aprendiz en Chatham, una ciudad pequeña de New Brunswick. La abogacía lo aburrió igual que la escuela, y desempeñó sus tareas con tan poco interés que lo despidieron al cabo de un año. Entonces se fue a Halifax, capital de Nueva Escocia y centro de negocios de las provincias marítimas canadienses, y pasó una temporada sobreviviendo apenas a base de vender seguros de puerta en puerta. Cuando se cansó también de eso, puso rumbo en dirección oeste, hacia Calgary, donde estaba instalado Bennett por entonces con un próspero bufete y lanzándose a la carrera política. Bennett no pudo o no quiso contratarlo en su despacho, así que Beaverbrook se dedicó a diversas aventuras empresariales a pequeña escala, entre ellas una bolera. Intentó ganar dinero vendiéndoles carne a los peones que trabajaban en la construcción del ferrocarril, pero el género se echó a perder y tuvo

que irse de la ciudad sin pagar las deudas. Para entonces tenía veinte años y no había triunfado en nada, pero buscaba con ahínco el éxito y todas las cosas buenas que podía brindarle la vida, desde el dinero hasta las mujeres.

De vuelta en las provincias marítimas, Beaverbrook experimentó lo que más adelante describió como "una conversión". Decidió, según decía, dejar de perder el tiempo. Iba a dejar el juego –al menos, el de las cartas– y dedicarse a trabajar y a ahorrar. Eligió un buen momento, cuando Canadá estaba progresando, y además él tenía las cualidades necesarias para aprovecharlo, entre ellas la ambición implacable y el buen ojo para los negocios. En la década de 1890 el país estaba en plena expansión, y había campo de sobra para un emprendedor audaz, tanto en las minas como en las fábricas o en el ámbito financiero. Beaverbrook, lleno de fuerza de voluntad, empezó por vender paquetes de bonos a algunas de las empresas de servicios que iban surgiendo, pero enseguida se dio cuenta de que el dinero estaba en ser el promotor que suscribiera todo el negocio de las nuevas acciones o bonos. Tuvo entonces otro golpe de suerte, el de caerle en gracia a John Stairs, un hombre de negocios muy próspero y respetado de Halifax. Beaverbrook, según dice la leyenda, se presentó en la oficina de Stairs diciéndole a todo el mundo que había sido contratado como asistente personal. Sea verdad esto o no, lo cierto es que a Stairs le impresionaron la audacia y las habilidades de Beaverbrook, y permitió a aquel joven participar en sus empresas, que por entonces iban viento en popa.

Beaverbrook había encontrado por fin su oficio. Demostró una habilidad formidable como negociante y empezó a poner los cimientos de su enorme fortuna. En 1903 se convirtió en uno de los fundadores de la Royal Securities Corporation, una empresa de corredores de comercio que iba a tener una importancia decisiva en la creación de los grandes emporios económicos canadienses, entre ellos la Montreal Engineering Company y la controvertida Canada Cement Company. Beaverbrook tenía talento también para seleccionar trabajadores buenos y competentes, pero nunca fue fácil trabajar con él. Aunque podía ser encantador si quería, y zalamero

hasta la exageración con quienes le interesaban, a sus subordinados los aterrorizaba. Le sacaba de quicio el despilfarro de cualquier tipo, y una de sus manías era vigilar el uso del material de oficina; dedicó siempre mucha energía a conseguir que las compañías de tren le devolvieran el importe de un billete de vuelta si no lo había usado. Sin embargo, fue bastante generoso con su familia, aunque los visitó muy pocas veces.

A medida que iba ascendiendo en la sociedad canadiense, Beaverbrook se buscó un sastre propio, aprendió a jugar al golf y se hizo socio de los clubes más respetables. En 1906 se casó con Gladys Drury, una joven pelirroja, que le superaba algo en altura y mucho en atractivo, proveniente de una familia distinguida de Halifax. En su autobiografía escribió un párrafo, que finalmente eliminó de la versión publicada, donde afirmaba que solo se había casado porque había llegado a un punto, en su vida y en su carrera profesional, en el que una esposa era lo que se esperaba y lo que convenía. "Y de ahí que contrajera el que me pareció el mejor matrimonio. No diré que creo haberle hecho la vida a ella la vida más fácil, pero desde luego sí más interesante y más emocionante". Drury fue buena esposa: le fue fiel, crio a sus hijos y se ocupó de llevar las casas familiares, que iban siendo cada vez más imponentes. Además, no se quejó cuando Beaverbrook empezó a demostrar tanta capacidad de seducción para las mujeres como de convicción para los negocios y la política. Muchas lo hallaban irresistible, desde actrices hasta las damas más bellas de su círculo social, y es posible que incluso la hermana pequeña de su esposa. Beaverbrook las deslumbraba y divertía, y además se mostraba espléndido, regalándoles abrigos de pieles y diamantes. Sin embargo, cuando Gladys murió repentinamente, a la edad de treinta y nueve años, de un tumor cerebral, Beaverbrook se sintió –durante un tiempo– abrumado de pena y quizá de culpabilidad. (Por otra parte, se ocupó de quemar con mucho cuidado todos los papeles de ella).

En 1907, Beaverbrook era millonario, en una época en la que esto aún resultaba una rareza, y seguía aumentando su fortuna con una

empresa arriesgada tras otra. Así lo contaba años después, en un tratado titulado *Éxito* que escribió: "Analiza tu balance de pérdidas y ganancias antes de lanzarte a la conquista del mundo de las finanzas, y luego lánzate… si es que el balance justifica el empeño". Dicho así, parece más simple de lo que fue. En aquellos tiempos previos a la Primera Guerra Mundial, Beaverbrook se vio muchas veces al borde del éxito o del fracaso, en una montaña rusa de emociones que iban del éxtasis a la depresión. Fue siempre profundamente hipocondriaco, pero es verdad que sufrió verdadero dolor físico por culpa de los esfuerzos excesivos que se imponía. A medida que algún trato se acercaba al momento crítico, empezaba a padecer insomnio, pesadillas y molestias digestivas. Una vez cerrado un acuerdo ventajoso, se derrumbaba. Y tendía a perder el interés en una nueva empresa suya en cuanto había conseguido crearla; a partir de este momento, prefería llevarse las ganancias y destinarlas a algún reto nuevo.

Por entonces, las reglas de los negocios en Canadá eran menos estrictas que ahora, pero Beaverbrook aun así las forzaba y llevaba al límite. Sus presentaciones escritas de los nuevos negocios eran obras de arte, pero muchas veces tenían poco contacto con la realidad. Sus empresas solían emitir bonos destinados a la venta pública por un valor muy superior al de las propiedades que las respaldaban. También era experto en manipular al alza el precio de las acciones, y en conseguir que sus socios fueran los primeros en llevarse los beneficios. Sin embargo, lo que le brindó la fama fue su capacidad de integrar empresas –en un solo año llevó a cabo tres fusiones de compañías inmensas–, y salir de todas ellas más rico aún que antes. Sus muchos enemigos, entre ellos numerosos exsocios, aseguraban que esto lo conseguía a expensas de quienes se asociaban con él.

Sir Sanford Fleming, un respetadísimo y ya anciano empresario e inventor, acusó públicamente a Beaverbrook de haber robado millones de dólares de la empresa Canada Cement, la corporación que resultó de una de las últimas grandes fusiones que hizo Beaverbrook entre empresas pequeñas. Esta afirmación, que tuvo

una gran resonancia pública, quizá estuviera basada en cargos injustos (y además Beaverbrook no había hecho nada que no hicieran muchos otros empresarios respetados de aquellos años), pero se difundió en una época en que empezaba a cundir el desprecio hacia los negociantes rapaces y sin escrúpulos, y Beaverbrook llegó a encarnar toda la maldad del capitalismo frente a los Western Farmers, una poderosa organización rural, que sentía gran rencor hacia los banqueros poderosos del este, o frente a los partidarios de las reformas progresistas de todo el país. Un historiador canadiense que ha estudiado a fondo la carrera profesional de Beaverbrook en el país llegó a esta conclusión: "Aunque muchas veces recurrió a engaños y tretas para arañar el mayor beneficio posible en cada transacción, nunca actuó de forma delictiva ni fraudulenta".

Beaverbrook ya no conseguiría nunca despegarse de esos rumores sobre sus negocios turbios, aunque llegó a ser un personaje influyente y respetado tanto en Canadá como en Gran Bretaña. En ocasiones, intentó enfrentarse directamente con las acusaciones; por ejemplo, le dijo en 1911 a su nuevo amigo Winston Churchill: "Debe usted saber que contra mí existe una objeción. Yo he creado todas las grandes empresas de Canadá, y ninguna de ellas es una mala empresa, pero los Western Farmers me atacan con frecuencia, y muchas veces de forma muy ofensiva". Churchill, a quien le divertía Beaverbrook, aceptó su palabra, pero no todo el mundo era tan indulgente; Clementine, la mujer de Churchill, en cierta ocasión le pidió a su marido que "exorcizara a ese geniecillo de la botella". Y el líder laborista de esa época, J. H. Thomas, comentó en cierta ocasión: "Max Aitken salió de Newcastle, en New Brunswick. Newcastle se le quedaba pequeño, así que se fue a Halifax. Pero también Halifax se le quedaba pequeño, así que se fue a Montreal. Montreal se le quedaba pequeño, así que se fue a Londres. Y como hasta Londres se le queda pequeño, ahora puede irse al infierno". Mucha gente, a lo largo de la extensa carrera profesional de Beaverbrook, llegó a la conclusión de que era una mala persona, que experimentaba un regocijo malsano haciendo daño a los demás. El

general Alan Brooke, asesor militar en jefe de Churchill durante la Segunda Guerra Mundial, dijo: "Cuanto más lo veía, menos me gustaba y menos me fiaba de él. Un genio del mal que ejercía la peor de las influencias sobre Winston". Es muy posible que Beaverbrook sospechara esta antipatía de Brooke, pero seguramente le importó muy poco. Como muchos adictos al riesgo, Churchill entre ellos, se preocupaba muy poco de lo que pensaran los demás.

En 1910, Beaverbrook decidió probar cómo era la vida en Londres, y su mujer lo siguió. Por entonces solo tenía treinta y un años, pero poseía mucho dinero y valor a espuertas. Irse a vivir a Londres era lo más natural para una persona ambiciosa de las colonias: era el corazón del mayor imperio del mundo, y brindaba grandes oportunidades de riqueza, poder e influencia. De estas tres cosas, Beaverbrook tenía en abundancia la primera, pero estaba ansioso de las otras dos, y en Canadá ya apenas le quedaban retos (además, sus compatriotas tenían cada vez peor opinión de sus tejemanejes). Alquiló un piso en Londres, hizo un poco de turismo sin mucho interés, encontrándolo bastante aburrido, y compró la firma automovilística Rolls-Royce por puro impulso. Siguió manejando desde allí sus negocios canadienses (abriendo una oficina en Londres para Royal Securities), pero cada vez se iba sintiendo más atraído por los mundos de la política y el periodismo.

Beaverbrook se abrió paso en la sociedad británica a base de encanto con una rapidez impresionante. Gracias a sus primeros conocidos amplió enseguida su círculo con personas muy variadas, entre ellas Rudyard Kipling, que se hizo amigo suyo, o Bonar Law, que ya era un político conservador destacado, y que fue quien lo convenció para que se presentara candidato a diputado en el otoño de 1910. Los conservadores no tenían en absoluto asegurado el escaño en cuestión, cercano a Manchester, y mucho menos aún si el aspirante era un joven casi desconocido y recién llegado de las colonias. Beaverbrook se lanzó a ello como si se tratara de una de sus aventuras de negocios, sin escatimar recursos y organizando su campaña al detalle. En la pequeña localidad de Ashton-under-Lyne no se había visto nada igual: la campaña de Beaverbrook dividió a

todo el electorado en distritos, y a cada uno le asignó un encargado de pedir el voto casa por casa. En su folleto de campaña, Beaverbrook jugaba con los datos para quedar bien, como era típico en él: por ejemplo, aseguraba allí que había estudiado derecho. Sabía que la oratoria no era lo suyo, así que la mayor parte de las alocuciones públicas las hizo su mujer. Ganó por 196 votos de diferencia, y así quedó inaugurada su breve carrera política como cargo electo.

Los inicios no fueron prometedores. A Beaverbrook le interesaba poco el trabajo de diputado y muy rara vez tomaba la palabra. Y, como era de esperar en él, le costó acostumbrarse a la disciplina del partido: sus superiores tenían que recordarle el deber de presentarse en la cámara. Sin embargo, no se sabe muy bien por qué, lo nombraron caballero (en Canadá, sus enemigos decían que quizá lo había conseguido por las grandes donaciones que entregó al partido conservador). Al mismo tiempo, se estaba ya embarcando en una carrera paralela como magnate del periodismo. En 1911 realizó su primera inversión en *The Daily Express,* un periódico que poco después sería suyo, y que usó para hacer campaña sobre sus causas favoritas, desde su iniciativa a favor del libre comercio, Empire Free Trade, hasta el activismo por la paz en la década de 1930.

En ese mismo año 1911, Beaverbrook se hallaba en una de sus situaciones favoritas, en mitad de una negociación compleja y disputada, pero esta vez no en los negocios sino en la política. La dimisión de Arthur Balfour había dejado libre el puesto de líder del partido conservador, y Beaverbrook apoyó a su íntimo amigo Bonar Law frente a los demás aspirantes. Law no estaba muy seguro de presentarse, y estuvo a punto de renunciar incluso, por miedo de dañar a su partido con su candidatura. Gran parte del trabajo de Beaverbrook tuvo que dedicarse a que Law no cejara, mientras mantenía una activa campaña soterrada, intentando que pareciera espontánea, para conseguir el apoyo de la prensa. Llevaba solo un año en Londres, y Beaverbrook ya tenía la satisfacción de haberse convertido en un poder en la sombra; finalmente, los otros dos candidatos se retiraron de la carrera y Bonar Law se convirtió en el

nuevo líder del partido conservador. El secretario de Balfour, en una carta privada, hablaba de Beaverbrook como "ese pequeño aventurero canadiense", que había manipulado el proceso entre bambalinas de manera solapada. No sería la última vez en que alguien le hiciera una acusación de este estilo durante los años siguientes, y con razón. En la gran crisis política de 1916, cuando Henry Asquith se vio obligado a dimitir como primer ministro por su mala gestión durante la guerra, para ser reemplazado por David Lloyd George, Beaverbrook desempeñó un papel importante (aunque quizá no tan crucial como luego contaba) tanto en la caída en desgracia de Asquith como en la unión de Bonar Law y Lloyd George para conseguir que este último se ganara el apoyo de los conservadores para su gobierno de coalición. Lloyd George recompensó a Beaverbrook con un título, y un año más tarde le dio un puesto en su gabinete como ministro de Información.

En 1922, cuando le tocó a Lloyd George el turno de caer en desgracia, Beaverbrook consiguió precipitar la caída de su gobierno y propiciar el regreso de un gobierno de signo conservador, con Bonar Law como primer ministro. Pero Law murió en 1924, y Beaverbrook no volvió a disfrutar nunca de una capacidad de influencia como la que había tenido hasta entonces. Todavía tuvo mucho peso en la vida y en la política británicas, desde luego, y a través de su amplio círculo de amigos y su cuadra de periódicos –a *The Daily Express* se le habían sumado ya *The Sunday Express* y *The Evening Standard*– seguía agitando la escena. En 1929 intentó derrocar al sucesor de Law, Stanley Baldwin, en el liderazgo del partido conservador, lo que propició un famoso comentario de Baldwin sobre quienes aspiran al "poder sin responsabilidad: la prerrogativa de la ramera en todas las épocas". Baldwin nunca le perdonó a Beaverbrook aquella intentona, y durante gran parte de la década de 1930 lo condenó a permanecer en los márgenes del poder.

Al llegar la Segunda Guerra Mundial, y con ella el ascenso de Winston Churchill al puesto de primer ministro, Beaverbrook volvió a verse en el cogollo. Churchill, que había recibido ataques desde los periódicos de Beaverbrook por su postura firme contra Alemania

antes de la guerra, fue más clemente con él que Baldwin y lo nombró ministro de Producción Aeronáutica. Beaverbrook se dedicó a la tarea con su vigor habitual (aunque el general Brooke opinaba, y no era el único, que sus métodos eran un caos) y contribuyó a levantarle el ánimo a Churchill durante los días más negros de la guerra. Pero seguía siendo incapaz de resistirse a una buena intriga, y hasta llegó a hacerse ilusiones de suplantar a Churchill. En los años de posguerra, Beaverbrook continuó siendo un agitador, haciendo campaña por ejemplo en contra de la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común, pero su influencia ya no era lo que había sido. Murió en 1964 en su inmensa mansión de Surrey. Había recorrido un largo camino desde la casa parroquial de New Brunswick, dejando a su paso muchos enemigos, algunos amigos, y numerosos cambios.

Para Beaverbrook, los negocios eran el ámbito en el que podía arriesgar su fortuna y su reputación, pero la política era un juego al que podía apostar o no, según decidiera. Los políticos profesionales corren otros riesgos, y se dedican a una tarea de la que pueden ser despedidos de un día para otro, como le pasó a Bismarck con su monarca y a Margaret Thatcher con sus compañeros de partido. En los regímenes democráticos, los políticos tienen que vivir sabiendo que los votantes pueden rechazarlos cada vez que hay elecciones.

Richard Nixon fue, en ciertos aspectos, un político de lo más improbable, especialmente en una época donde la imagen ya era un factor importante. En sus famosos debates con John F. Kennedy siempre acababa sudoroso y dando cierta impresión de falsedad, aunque tuviera los mejores argumentos. No tenía gracia para hacerles caricias a los bebés ni para darles palmadas en la espalda a los desconocidos. "A mí no me sale de forma natural el ser un tipo colega –le dijo una vez con pesar a un periodista–. No soy capaz de soltarme delante de los demás". Cuando intentaba que los visitantes se sintieran a gusto, en general conseguía lo contrario, y cuando intentaba contar un chiste casi nunca le salía. Uno de sus ayudantes

más experimentados dijo: "Este hombre carece por completo de encanto personal, y no tiene el menor sentido de la distancia adecuada que se mantiene en las relaciones humanas". Nixon le tenía envidia a Kennedy, contemporáneo y predecesor suyo, por muchas cosas, entre ellas su aire informal y relajado, su amplia sonrisa con el pelo en desorden, y la facilidad con la que jugaba al balón o botaba su barca desde Hyannis Port. Nixon no hubiera sido capaz de ninguna de esas cosas. En cierta ocasión, estando en California, salió a dar un paseo por la playa, de forma espontánea según se dijo, y a los periodistas se les escapaba la risa viéndolo con unos zapatos de piel bien lustrosos y pantalón de vestir. Su equipo lo convenció de que debería tener perro para mejorar su imagen, pero al animal no había forma de convencerlo para acercarse a su amo a menos que le dejasen un rastro de galletitas hasta él. Nixon, como había hecho Kennedy antes, trató de brindarle estilo y dignidad a su cargo, pero tampoco eso le salió bien. Tras visitar al presidente francés Charles de Gaulle ordenó que les hicieran a los guardias de la Casa Blanca unos uniformes nuevos en color blanco y dorado. A la prensa le parecieron de lo más propios para una opereta y de los uniformes no se volvió a saber nada, aunque algunas prendas llegaron a verse en un concierto de rock.

Sin embargo, Nixon estaba hecho para la política en muchos otros aspectos importantes. Era un hombre muy ambicioso, y jugador por naturaleza; de hecho, de joven había estado destinado en el Pacífico con el ejército durante la Segunda Guerra Mundial y allí había ganado mucho dinero al póker. Aunque le encantaba exagerar los inmensos riesgos a los que se había enfrentado en su vida, también creía que los obstáculos se superan con determinación y fuerza de voluntad. En cierta ocasión le dijo a un viejo amigo: "Si eres más o menos inteligente, y si tienes dentro la rabia y las fuerzas necesarias, llegas a aprender que las actitudes se cambian a base de excelencia, a base de actuar con valentía personal, mientras que los que ya lo tienen todo se quedan ahí sentados sobre su gordo trasero". En la universidad, se apuntó al equipo de fútbol americano, aunque era demasiado bajito para el juego. "Tenía que derribar al

enanito ese para hacer la vuelta –recordaba un jugador mucho más corpulento que él hablando de los entrenamientos–. Y hay que ver cómo aguantaba". Una de las películas favoritas de Nixon, ya bien adentrado en su carrera política, era (junto con *La vuelta al mundo en ochenta días) Patton,* un largometraje de 1970 que cuenta la historia de este general de la Segunda Guerra Mundial, un *outsider* directo y resolutivo que, el detalle es importante, suele ser quien está al mando y quien tiene razón, mientras los que lo rodean pierden la cabeza y se rinden antes de tiempo.

Pero nada de esto le evitaba a Nixon el verse también como una víctima infortunada. Antes de ser presidente, en un viaje por Asia, le dijo a un diplomático que le esperaba en el aeropuerto de Saigón que seguramente el vuelo llegaría retrasado. "Si algo puede pasarme a mí, me pasa". Y le pasaron muchas cosas malas durante su carrera, culminando con el escándalo Watergate. Hoy todavía lo recordamos, sin embargo, por sus logros, en especial la apertura hacia China.

En 1952, el general Dwight Eisenhower aceptó que el joven senador Nixon se presentara con él como candidato a la vicepresidencia, aunque lo conocía muy poco. Durante la campaña de las elecciones presidenciales, Nixon estuvo a punto de verse apeado del puesto porque empezaron a circular rumores sobre unos fondos ilegales y secretos con los que se había financiado durante su etapa en el senado. Eisenhower mantuvo un silencio muy sospechoso, pero desde el olimpo se filtró el rumor de que los principales asesores del general querían que su aspirante a vicepresidente dimitiera. Sin embargo, como nadie se lo pidió directamente, Nixon aguantó, y salió ante el público a pronunciar el que llegaría a conocerse como "el discurso del perrito Checkers". Fue una de las mejores actuaciones de su vida: habló de su familia, y de las estrecheces que pasaban para vivir de su sueldo. Pat no tenía lujos ni estolas de visón, dijo, sino un sensato y republicano abrigo de paño. Y sí, añadió, un donante le había regalado una mascota, el perrito Checkers, pero no tenía la menor intención de devolverlo porque sus hijas, que aún eran pequeñas, lo querían mucho. El

discurso fue un gran éxito, y Nixon llegó al cargo de vicepresidente después de que el partido republicano ganara aquellas elecciones.

Eisenhower ya no se podía librar de él, pero nunca llegó a tenerle simpatía ni confianza. Nixon trató siempre de integrarse en el círculo de íntimos del presidente, pero no lo logró ni cuando empezó a jugar al golf y a pescar con caña, dos deportes que no le encajaban nada a alguien de naturaleza tan torpe como la suya. En 1956, Eisenhower dejó caer que quizá Nixon podría desempeñar un puesto de gobierno y dejar que otra persona se presentara a la vicepresidencia, pero Nixon volvió a negarse: su objetivo era llegar a presidente, y creía que desde la vicepresidencia tendría un trampolín mejor. Eisenhower no insistió, pero llegado el momento no hizo nada por favorecer que Nixon consiguiera la candidatura. Ya en 1960, cuando alguien le preguntó al presidente saliente Eisenhower cuál había sido la mayor contribución de Nixon a su gobierno, respondió: "Si me deja pensarlo una semana, le diré alguna". Kennedy ganó aquellas elecciones por el margen más estrecho posible, y Nixon trató de empezar a organizar su vuelta presentándose a gobernador de California en 1962, pero sufrió otra vez una derrota humillante. En una charla con periodistas, rabioso y errático, dijo esta famosa frase: "Ya no tendrán a Nixon para darle patadas, caballeros, porque esta es mi última rueda de prensa".

Pero, por supuesto, no fue así, porque Nixon no fue capaz de abandonar la política y, aunque empezó a trabajar en un bufete de Nueva York, siguió persiguiendo el objetivo de llegar a presidente, dando charlas por todo el país y viajando al extranjero para mantenerse al tanto de la situación internacional. En 1968, aquel hombre al que tantos habían dado por imposible fue elegido presidente. Hoy el mandato de Nixon se nos presenta cegado por los recuerdos de Vietnam, Camboya, Chile y sobre todo del escándalo Watergate, cuando intentó abusar de su poder presidencial para obstruir la justicia. Pero también tuvo sus éxitos, entre ellos el logro de cierta distensión con la Unión Soviética y, quizá lo más importante, el restablecimiento de las relaciones entre Estados Unidos y la República Popular China.

Ahora que estos dos países tienen una relación normal, aunque con sus tiranteces puntuales, nos resulta difícil recordar hasta qué punto era distinta la situación en 1968, cuando prácticamente no se trataban desde la llegada de los comunistas al poder en 1949. La guerra de Corea, que empezó en 1950 y acabó con una tregua en 1953, enfrentó directamente a las dos potencias, y en el camino de la paz se interpusieron desde entonces los recuerdos de ese conflicto y de los miles de muertos que sufrieron los dos bandos. El abismo que los separaba parecía infranqueable, jalonado por los insultos y acusaciones que se lanzaban mutuamente. Estados Unidos se obstinó en seguir reconociendo a los nacionalistas de Taiwán como un gobierno legítimo sobre toda China, y Mao y su gobierno comunista se mostraban firmemente alineados con el bloque soviético.

El partido republicano había adoptado una posición de hostilidad inamovible hacia lo que llamaban "la China roja", acusando a los demócratas de haber entregado el país a los comunistas y de mostrarse, en general, blandos hacia el comunismo; de hecho, Nixon había sido de las voces más audibles en este coro. En los primeros días de su carrera, había conseguido difamar a su oponente demócrata, Helen Gahagan Douglas, diciendo de ella que "va de rosa hasta en la ropa interior". Y en el congreso, se había mostrado de lo más dispuesto a la "caza de rojos", aunque nunca llegó a los extremos de su correligionario, el senador Joe McCarthy. Durante el famoso "debate de la cocina" de 1959, cuando Nixon visitó la American National Exhibition en Moscú, se ganó muchos comentarios de encomio por llevar al mandatario ruso Nikita Jruschov hasta una reproducción a escala real de una cocina estadounidense.

Y sin embargo, había otro Nixon: el internacionalista que creía que Estados Unidos debía vincularse al mundo, incluso a las potencias que representaban valores muy distintos a los de su propio país. Creía que Estados Unidos debía haberse integrado en la Sociedad de Naciones, y apoyó su entrada en las Naciones Unidas tras la Segunda Guerra Mundial. Creía que el plan Marshall para la

reconstrucción de Europa había sido una iniciativa no solo benéfica sino favorable para los intereses de su país, al igual que el compromiso estadounidense con la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte). Cuando juró el cargo, en 1969, sabía que no estaba obligado a sentir simpatía hacia los soviéticos, pero estaba dispuesto a trabajar con ellos para controlar el tráfico de armas y establecer un entendimiento, o al menos relajar las tensiones.

En lo que concierne a China, Nixon llevaba ya años pensando que había que sacarla de su "amargo aislamiento" y volver a integrarla en la comunidad internacional; eso era lo que le convenía al orden mundial y, factor básico, a Estados Unidos. También creía Nixon, y en esto se equivocaba como veremos, que podría sacar a su país del lodazal en el que se había metido en Vietnam, una pesadilla carísima y cada vez más impopular, si conseguía que China, que era el principal apoyo financiero y logístico de los comunistas vietnamitas, accediera a presionar a estos últimos para que firmaran la paz con Estados Unidos. También veía (correctamente, en este caso) que la reconciliación entre China y Estados Unidos sería un golpe para el liderazgo de la Unión Soviética, y forzaría a este último país a ser más razonable en la negociación sobre el control de armas, que se hallaba en fase de estancamiento. Y por encima de todo, el establecer relaciones tanto con China como con la Unión Soviética serviría para recuperar el protagonismo de Estados Unidos en los asuntos internacionales, en un momento en que su prestigio y credibilidad estaban en entredicho por el asunto de Vietnam.

Nada más asumir el cargo, Nixon empezó a hablar de establecer contactos con el gobierno de Pekín, e incluso de reconocerlo, para enorme sorpresa de Henry Kissinger, que era entonces el jefe del consejo de Seguridad Nacional. Pero, como todos los jugadores duchos, Nixon había calculado muy bien su baza: había sostenido una postura tan claramente anticomunista hasta entonces que resultaba mucho menos vulnerable que un presidente demócrata, al que se hubiera acusado de debilidad. El *lobby* chino, que en tiempos había sido un grupo poderoso y con buenos contactos, y que se oponía con firmeza a cualquier tipo de pacto con Mao y su gobierno,

iba perdiendo fuerza a medida que el paso del tiempo se llevaba a muchos de sus miembros más destacados. La joven generación estadounidense ya no compartía aquella antipatía visceral hacia los comunistas y, a fin de cuentas, el país llevaba ya años haciendo tratos comerciales con la Unión Soviética. Nixon contaba con que la opinión pública más conservadora confiara en él sabiendo que sería capaz de manejar a los chinos con la misma firmeza y eficacia, mientras que los progresistas estarían de su parte si sus decisiones fueran a favor de un mundo más pacífico. Y así, con el beneplácito esta vez de Henry Kissinger, Estados Unidos puso en marcha una serie de contactos ultrasecretos con Pakistán y Rumanía, países ambos que tenían buena relación con China.

Nixon acertó con el momento. Los chinos, y sobre todo Mao, que era el personaje crucial y el que aún tomaba las decisiones importantes, se estaban sintiendo especialmente solos y carentes de amigos a principios de la década de 1970. Se hallaban en malas relaciones con casi todos los países vecinos, excepto con dos pequeños, Corea del Norte y Vietnam del Norte, ninguno de los cuales era un socio fiable; no tenían ningún tipo de tratos con Japón ni con Taiwán y con la India la relación era abiertamente mala, tras la guerra que ambos países habían librado en 1960. Pero lo que más preocupaba a la cúpula de Pekín era la hostilidad cada vez mayor que estaba mostrando la superpotencia soviética contra su frontera norte; China y la Unión Soviética habían roto pública y espectacularmente a principios de la década de 1960, y desde entonces los soviéticos habían seguido incrementando sus destacamentos militares en el lejano oriente, mientras que Mao hablaba sin ambages de que el pueblo chino estaba siempre dispuesto a librar una guerra de guerrillas contra los invasores. En 1969 hubo choques armados entre soldados soviéticos y chinos a lo largo de la frontera común, y en Moscú llegó a hablarse de un ataque nuclear preventivo contra China. Los líderes de este último país empezaron a oír rumores de un posible ataque por sorpresa, y todo ello propició un giro radical en las ideas de Mao: empezó a pensar que había llegado el momento de limar asperezas con

Estados Unidos. Y el cambio de opinión de Mao llevó al cambio de opinión de China.

Nixon no podía saber nada de todo esto, y sin embargo los estadounidenses estaban al tanto de las tensiones entre chinos y soviéticos, de modo que aún corría el riesgo de hacer el ridículo públicamente si llegaban a conocerse sus cuidadosas tentativas de hacer contacto con Pekín o si estas caían en saco roto. Durante gran parte del año 1970 y los primeros meses de 1971 se produjo un complicado intercambio de mensajes secretos, y se fueron dando pistas cada vez más claras en público de que ambos bandos estaban relajando su actitud. Nixon dejó de referirse a la "China roja" y empezó a hablar de "la república popular", y en abril de 1971 el equipo chino de ping-pong, que había acudido a un torneo internacional en Japón, invitó de repente al equipo americano a visitar China para celebrar un campeonato amistoso. (Los chinos incluso se dejaron ganar por los americanos, que eran muy inferiores a ellos). El 2 de junio, tras otro intercambio de mensajes secretos y más gestos públicos de buena voluntad, en Washington se recibió una cordial invitación de Zhou Enlai, el primer ministro chino, para que Nixon enviara a Kissinger a China con el objetivo de discutir una posible visita del propio Nixon. Fue, y así lo declararon ambos hombres más tarde, como visitar la cara oculta de la luna. China se había separado por completo del resto del mundo, en especial tras los grandes movimientos sociales que siguieron a la revolución cultural de la década de 1960, y en Pekín solo se permitía la estancia de un puñado de periodistas extranjeros, siempre bajo estrechas restricciones; los estadounidenses tenían prohibido visitar el país desde 1949.

La visita, que Kissinger efectuó en julio de aquel año, se guardó en alto secreto hasta que la delegación estadounidense emprendió sin problemas el viaje de vuelta. Nixon y Kissinger siempre defendieron su carácter secreto, con el razonable argumento de que era imprescindible para el buen manejo de unas negociaciones muy delicadas que había que hurtar a la mirada desaprobadora del público, de forma que los partidarios de la línea dura no tuvieran la

oportunidad de organizarse en contra. Además, abrigaban la esperanza de que no se enterase el departamento de Estado, por el que ambos sentían gran desprecio, y llevarse ellos las medallas de haber conseguido aquel increíble logro que les garantizaría un lugar en la historia. Es posible que lo hicieran todo pensando en sí mismos, pero tuvieron valor. Viajar a China era peligroso en distintos aspectos: el primero, que resultaba difícil prever la reacción de la opinión pública estadounidense y las de sus países aliados; además, no había forma de adivinar qué harían los chinos. ¿Tratarían a Kissinger de forma humillante y lo despacharían con cajas destempladas? A fin de cuentas, aún pocos años antes China parecía estar atravesando una fase de locura, y Mao azuzaba a los jóvenes estudiantes (autoorganizados con el nombre de la Guardia Roja) a torturar y asesinar a las figuras de autoridad, tanto en las fábricas como en el partido, las escuelas o las universidades. Los extranjeros, o cualquier ciudadano chino con contactos fuera de su país, eran el objetivo de ataques particularmente ponzoñosos y se consideraban enemigos del pueblo chino. Una horda vociferante de guardias rojos había entrado en la sede de la misión británica en Pekín, saqueándola y prendiéndole fuego después, y golpearon a los diplomáticos soviéticos y a sus familias, obligándolos a arrodillarse ante el retrato de Mao. La visita de Kissinger fue como la seda, pero los riesgos seguían ahí de cara a la visita de Nixon, que se fijó para febrero de 1972. Como ahora sabemos, entre la cúpula comunista de China hubo voces de oposición ante la idea de limar asperezas con el Gran Satán, como solían llamar entonces a Estados Unidos. En septiembre de 1971, el ministro de Defensa Lin Biao desapareció de repente en circunstancias misteriosas que nunca se han aclarado. Una teoría que ha ido ganando fuerza desde entonces es que estaba conspirando contra Mao, entre otras cosas por su progresiva reconciliación con Estados Unidos.

En 1972, cuando Nixon se subió al avión presidencial a las afueras de Washington, daba la impresión de no temer por su integridad física en China, quizá porque aún no se sabía mucho del asunto de Lin Biao. Lo que les preocupaba a Nixon y a sus asesores era que

aún no tenían noticias de Pekín confirmándoles la reunión con Mao. Si el presidente estadounidense –y peor aún, el primero que visitaba China– volvía sin haberse entrevistado con su líder más poderoso quedaría como un idiota, y además como un hombre débil; los numerosos enemigos de Estados Unidos en el extranjero se iban a morir de risa. Cuando por fin la delegación estadounidense aterrizó en Pekín, Zhou Enlai, que había acudido a recibirlos en el aeropuerto, les dio evasivas sobre la posible reunión. Pero lo que los americanos no sabían, entre las muchas cosas que no sabían de China por entonces, es que a principios de 1972 Mao se hallaba gravemente enfermo, y que no estaba claro en absoluto que estuviera en condiciones de saludar a sus visitantes. Su equipo médico se afanó todo lo posible en los cuidados, y para cuando Nixon llegó Mao ya podía incorporarse solo y dar unos pocos pasos. Sin embargo, era el propio Mao el que tenía que tomar la decisión de recibir a Nixon o no. En la tarde de su llegada, cuando los estadounidenses estaban acomodándose en su alojamiento, Zhou recibió de repente una llamada de Mao: vería a Nixon en ese mismo momento. Y, para alarma de todo el resto de la delegación americana, servicios secretos incluidos, Nixon, feliz y aliviado, arrastrando a Kissinger con él, corrió a subirse a una limusina china y se fue a ver a Mao sin perder un segundo. Aquella reunión fue trascendental no por lo que se dijo –las frases de ambos son notablemente banales–, sino por el hecho de que se celebrara. Fue el símbolo de que empezaba una relación nueva, y una revolución en los asuntos internacionales.

Aquella visita tardó varios años en dar frutos. Nixon tuvo que dejar el cargo en 1974 por culpa del escándalo Watergate, y su sucesor, Gerald Ford, no mostró especial interés en seguir promoviendo la normalización de las relaciones; por parte de China, la muerte de Mao en 1976 dio paso a una prolongada batalla por el poder. China y Estados Unidos no establecieron relaciones diplomáticas en firme hasta 1979, y tuvo que llegar la década de 1980 para que el lento goteo de intercambios comerciales y de viajes de ciudadanos empezara a convertirse en el flujo inmenso que

es hoy. De no haber sido por la determinación y la obstinada iniciativa de Nixon, ¿hubiera ocurrido esto? Algunos dirán que era inevitable que las dos grandes potencias arreglaran sus conflictos, porque ambos salían ganando mucho con ello, pero lo mismo podría decirse entonces de Irán y Estados Unidos, y sin embargo hace ya casi cuarenta años que cortaron relaciones, un periodo de tiempo mucho más largo que el de la congelación entre China y Estados Unidos. Yo creo que si no llega a ser por Nixon no se hubiera producido ese deshielo aún en muchos años, y es posible que ni siquiera hoy. Nixon se fue a la tumba pensando que la apertura hacia China había sido su logro más destacable, aunque se viera ensombrecido, quizá para siempre, por el Watergate, "esa tontería, una tontería de asunto".

Desde los espartanos hasta las tribus urbanas de hoy, y desde los asentamientos mineros hasta los puertos de pesca de todo el planeta, siempre ha habido ciertos grupos que priman el valor incluso ante los peligros de muerte. Cerca de Nueva Delhi hay un club nocturno cuyos porteros de seguridad vienen de un pueblo cercano donde han luchado mucho para proteger sus hogares de los invasores; los jóvenes de esa localidad se entrenan desde pequeños en la lucha, y oyen los relatos épicos de la tradición hindú. En Prusia y en Alemania la clase de los júnkers hacendados, de la que procedía Bismarck y que dominaba entonces los escalones superiores del ejército, criaba a sus hijos para que fueran valientes y sufridos. Manfred von Nostitz, un amigo mío de la universidad de Toronto que es descendiente de Bismarck, aún recuerda los últimos tiempos de un mundo hoy desaparecido. Durante la Segunda Guerra Mundial, él era un niño muy pequeño, que vivía en la finca de los Bismarck, en la zona oriental de Alemania. Su bisabuela, a la que él y sus primos tenían que llamar *Excellenz,* les obligó a todos los chicos a aprender cómo usar los cubiertos con las dos manos. De mayores, les dijo, seréis soldados y puede que perdáis un brazo, pero siempre necesitaréis comer con educación. A medida que las

tropas soviéticas se acercaban, la mujer empezó a hacer sus preparativos, negándose a abandonar la casa con el resto de su familia y los trabajadores de la finca: dio órdenes para que cavaran su tumba dentro de la propiedad, porque cuando llegaran los soviéticos "ya no quedará nadie para hacer esa tarea", y mató a sus queridos perros con su propio rifle de caza. Luego se quedó allí esperando a que llegara el comandante soviético para mostrarle la casa, y hecho esto se suicidó.

Hasta la Primera Guerra Mundial, las autoridades militares de toda Europa veían con buenos ojos la costumbre de enfrentarse en duelo, porque la consideraban una forma de fomentar las necesarias cualidades militares. Así protestó un ministro de la Guerra prusiano ante el jefe de gobierno cuando oyó rumores de que se iba a considerar ilegal esa práctica: "Las raíces del duelo están integradas en nuestro código de honor, y crecen a partir de él. El código de honor es un tesoro valioso y, para el cuerpo de oficiales, irremplazable". A los británicos los miraban con desdén porque hacía ya tiempo que consideraban ilegales los duelos, pero las clases altas inglesas compartían muchas de las características de sus homólogos al otro lado del Canal. Julian Grenfell, originario de una vieja familia de aristócratas, escribió a su casa en 1914, después de su primera experiencia en el combate: "Me *encanta* la guerra. Es como una gran excursión campestre, pero al contrario que las excursiones tiene un objetivo. Nunca he estado tan bien ni tan contento". Murió al año siguiente, y dos meses más tarde lo siguió su hermano menor. En las maravillosas novelas de Molly Keane, que nació en una familia de terratenientes angloprotestantes, los hombres salían a cazar con jauría e iban a la guerra con el mismo temerario abandono. Este tipo de actitudes nos sirven para explicar que tanta gente, antes de la Primera Guerra Mundial, pensara que el conflicto iba a ser emocionante, y que saldrían victoriosos de él.

En la geografía, igual que en la cultura, puede albergarse un espíritu aventurero. Quienes viven en zonas costeras tienen tendencia, desde los tiempos de los fenicios, a mirar a lo lejos. No es de extrañar que los grandes exploradores marinos del renacimiento

procedieran de Génova o de Venecia, de las costas portuguesas o de las islas británicas. Los animaban la curiosidad y la ambición: si eran capaces de encontrar una ruta marina rápida que los llevara a Asia podrían traer de allí unas riquezas que venderían con gran beneficio en Europa. Y aunque Colón tuvo hasta el final la confianza de que estaba a punto de llegar a Asia yendo en dirección oeste, los que siguieron sus huellas, como Cortés o Pizarro, ya se dieron cuenta de que también había riquezas más cercanas que las de Asia. Los conquistadores, a base de arrojo, suerte y falta de escrúpulos, derribaron grandes imperios, saquearon sus minas de oro y de plata y esclavizaron a sus pueblos. La ambición, que en tiempos se consideraba un vicio, pasó a ser en el renacimiento europeo una virtud: el siglo XVI fue testigo de ese giro en el pensamiento.

Hay sociedades que, por su carácter, dan más o menos pie a los individuos capaces de correr riesgos, pero analizándolas a lo largo del tiempo se pueden detectar ciertos trazos comunes a este tipo de personas. Por supuesto, la ambición, pero también la capacidad de ver oportunidades donde los demás solo veríamos obstáculos insalvables. Y sin duda también conviene tener determinación y aguante, como Churchill, cuando hay que afrontar revolcones o fracasos. Y por último, no hay que subestimar el poder de la mera perseverancia.

Samuel de Champlain, que fue explorador, etnógrafo, botánico, cartógrafo y colonizador, cruzó el Atlántico unas veintisiete veces entre 1599 y 1635. Partiendo de la costa de Francia, generalmente a finales del invierno, Champlain y su tripulación le plantaron cara al océano, en unos barcos no mayores que dos autobuses urbanos de hoy puestos en fila. Se toparon con tormentas brutales (en 1603, una duró diecisiete días), icebergs como colosos y nieblas densas, todo ello en unas aguas desconocidas y de las que apenas había cartas de navegación. En más de una ocasión, los viajes de Champlain estuvieron a punto de acabar con el barco encallado en algún banco invisible o estrellado contra unos acantilados. Pero exploró al detalle las costas de América del norte y consiguió abrirse paso hasta el gran río San Lorenzo, de camino a lo que luego serían

las ciudades de Quebec y Montreal. También allí los peligros eran enormes: los rápidos, las corrientes peligrosas y los pueblos autóctonos, que podrían ser hostiles o no, además de los saqueadores británicos.

Y luego estaba la inmensidad del continente en sí. Champlain debió de soñar con los mares inalcanzables y con una China no demasiado lejana, pero nadie sabía, ni siquiera sus guías indios, qué había tras el lejano horizonte. Dedicarse a explorar implicaba el riesgo de toparse con animales peligrosos o con tribus hostiles. El terreno en sí los ponía a prueba de forma constante: bosques impenetrables y confusos, lagos y ríos que parecían encaminarlos hacia otros territorios inexplorados, clima extremo con veranos de calor angustioso y nubes de mosquitos o de moscas negras que rodeaban a los viajeros, y largos inviernos de nieve y escasez de víveres. Champlain recorrió cientos de kilómetros atravesando América en canoa y a pie. Aprendió a vadear los rápidos, o a sortearlos con la carga a cuestas. En cierta ocasión, cuando estaba ayudando a remontar un tramo peligroso del río Ottawa con las canoas a remolque, perdió el control de su embarcación y fue arrastrado por las aguas embravecidas y llenas de rocas. La soga que llevaba atada a la muñeca estuvo a punto de romperse. "Llamé a Dios a gritos –escribió más adelante– y empecé a tirar de mi canoa hacia mí, cuando me la devolvió un torbellino como suele suceder en los rápidos […] Estuve en un tris de perder la vida". El viaje de vuelta por mar hacia Francia en el otoño tenía también sus peligros, a medida que el tiempo se iba volviendo invernal, pero quedarse a pasar la estación fría en América del norte implicaba la posibilidad de morir de hambre y de alguna enfermedad segura.

El primer invierno de la colonia que estableció en Quebec, el de 1608-1609, estuvo a punto de acabar con ellos. Ese año el frío empezó pronto, con nevadas desde mediados de noviembre. Los ríos y los lagos se congelaron y la temperatura era bajísima, pero cayó menos nieve de lo normal: esto no era una bendición, sino un desastre, porque los colonos no pudieron hacer barreras de nieve contra las paredes de sus casas para protegerlas, y los indios, de

quienes dependían los franceses para ayudarles a cazar, encontraban muy difícil desplazarse con calzado de nieve por los riscos congelados. El cuadro era aún peor porque en ese otoño la pesca de anguilas y la caza de castores se habían dado mal. Los indios innu, desesperados y famélicos, les suplicaban a los franceses algo de comer, y Champlain les daba lo que podía, pero a medida que iba avanzando el invierno los víveres empezaron a escasear seriamente. Los colonos fueron cayendo víctimas de la disentería o el escorbuto. Para cuando llegó la primavera, solo quedaban ocho hombres de los veintiocho que habían llegado allí. Pero Champlain no pensó en ningún momento en desistir.

Este hombre extraordinario podría haber tenido una carrera profesional llena de éxitos sin haber puesto un pie fuera de Francia, pero por el contrario eligió dedicar su vida a la exploración, y a conseguir su sueño de establecer una colonia francesa en América del norte. En 1613, escribió esto en un libro que le dedicó a la poderosa reina madre de Francia: "MADAM. Entre las artes más útiles y admirables siempre ha destacado para mí la de la navegación, por cuanto más azarosa y más acuciada por peligros innumerables y naufragios, más la aprecio y la exalto por encima de todas las demás, y por cuanto no se ajusta a quienes se hallen faltos de valor y decisión. Por mediación de este arte, adquirimos el conocimiento de territorios, regiones y reinos diversos, y por mediación de ese conocimiento atraemos y llevamos hasta nuestro país riquezas de todo tipo; y por su mediación se derrocan la idolatría y el paganismo y la cristiandad queda proclamada en todos los confines de la tierra". La vida y la carrera de Champlain son parte importante del complejo encuentro entre el viejo mundo y el nuevo, y de la historia de Nueva Francia, que contribuyó a darle forma a la nación moderna que es Canadá.

Del aspecto de Champlain no sabemos nada muy seguro. El retrato que durante mucho tiempo se consideró que era el suyo resultó pertenecer a un famoso estafador, y se pintó en el siglo XIX. La única imagen en la que es posible que aparezca es un grabado de una batalla en la que Champlain y sus aliados hurones luchan contra

los indios iroqueses, en lo que hoy se conoce como el lago Champlain, en la zona noroeste de Estados Unidos. En este grabado se ve a lo lejos la figura de un hombre europeo, posiblemente tomada de un boceto hecho por el propio Champlain: un hombre con barba, casco y el pecho tapado por una coraza, que dispara una primitiva arma de fuego. Pero, viendo que en la imagen se aprecian también unas palmeras, no es fácil confiar en su veracidad.

Tampoco tenemos muchos detalles de los primeros años de vida de Champlain. Sabemos que nació hacia el año 1570 en el suroeste de Francia, que por entonces era una región profundamente protestante, y es posible que algunos de sus familiares profesaran este credo, pero los padres de Champlain eran católicos. Las tensiones entre estas dos ramas del cristianismo ya habían provocado la guerra civil en 1562, de la que aún quedaban brasas y en la que se cometieron verdaderas atrocidades por parte de los dos bandos, durante toda la infancia de Champlain. En 1598, llegó la paz cuando el rey Enrique IV abandonó públicamente la fe protestante en favor de la católica, proclamando a la vez la tolerancia religiosa para con los protestantes. A resultas de esta experiencia Champlain, según aduce su biógrafo más reciente, llegó a desarrollar un firme compromiso en favor del entendimiento y la tolerancia entre los pueblos de religión y cultura diferentes. Él era profundamente creyente, pero tenía la esperanza y el convencimiento de que las gentes que fuera a encontrar en el nuevo mundo se harían cristianas por su propia voluntad.

El descubrimiento del nuevo mundo por parte de Colón en 1492 había hecho tambalearse muchas creencias básicas de los europeos. No solo se dieron cuenta enseguida de que las Américas eran mucho más extensas de lo que habían pensado al principio, sino que estaban llenas de pueblos autóctonos, casi todos con costumbres, religiones y códigos sociales muy distintos. Esto dio pie a un largo debate, aún intenso por los años en que Champlain llegó a la edad adulta, sobre si aquellos americanos eran parte de la misma raza humana que los europeos. (Hoy tendríamos la misma sensación de sorpresa e incertidumbre si se encontrara vida en otro planeta). En

Europa, las reacciones al descubrimiento de esta gente hasta entonces desconocida adoptaron dos formas: o bien se trataba de unos salvajes nobles e inocentes que vivían en armonía entre sí y con la naturaleza, o bien de unas criaturas bestiales carentes de sentido moral y entregadas a una vida licenciosa de sexo y horrores como el canibalismo. Y, en cualquiera de los dos casos, había que convertirlos a la fe cristiana.

Con el tiempo, llegó a surgir un tercer punto de vista, paradójicamente amparado por la presencia de los misioneros que se fueron a vivir entre estos pueblos indígenas y aprendieron su idioma: la de que los nativos americanos tenían sociedades tan complejas en todo como las europeas, con sus propias estructuras, sus propios valores y sus religiones propias. Incluso Hernán Cortés, que destruyó el imperio azteca, se vio movido a comentar: "Solo diré que esta gente vive casi como en España, y en la misma armonía y orden que allí, y considerando que son bárbaros y que están tan alejados del conocimiento de Dios y aislados de todas las naciones civilizadas, es verdaderamente notable comprobar lo que han conseguido en todos los órdenes…". El escritor francés Montaigne publicó en 1588 su ensayo "De los vehículos", en el que se burla de los europeos que creen sin fundamento alguno que ellos merecen conquistar a estos pueblos recién descubiertos. Dice Montaigne que los aztecas no son inferiores en nada a la civilización superior, sino que "en cuanto a la devoción, observancia de las leyes, bondad, liberalidad, lealtad y franqueza, buenos servicios nos prestó el no tener tantas como ellos: esa ventaja los perdió, vendiéndolos y traicionándolos".

Da la impresión de que Champlain llegó a tener sobre las sociedades nativas de las Américas una opinión que estaba a medio camino entre el entendimiento y casi la admiración, junto con el deseo ferviente de que quisieran convertirse al cristianismo. En su primer viaje al nuevo mundo, que realizó en 1599, puso rumbo al sur, hacia el Caribe y Centroamérica, y allí hizo el que sería el primero de sus minuciosos y realistas mapas del continente. También tomó notas muy detalladas de todo lo que veía, como luego

sería costumbre en él. De camino hacia la capital de México, se quedó impresionado por la belleza del entorno: "Contemplé maravillado los grandes palmerales, los cedros, los laureles, los naranjos y limoneros, los sabales, las guayabas, los aguacates, el marfil, las maderas del Brasil y de Campeche…". Hizo listas sobre muchas variedades de pájaros y sobre las cosechas que cultivaba la gente de allí, anotando que tomaban una bebida nutritiva hecha a base de semillas de cacao con miel y especias y que fabricaban un aceite curativo para los cortes en la piel a partir del árbol de la robinia. Se fijó en algunas costumbres y creencias "de lo más ridículas", pero también fue muy crítico con los malos tratos que infligían los españoles a sus nuevos súbditos, y con la severidad de la inquisición. Con el tiempo, creía él, España tendría que autorizar la libertad de culto.

El interés de Champlain enseguida se dirigió al norte, hacia la región que hoy es la costa este de Estados Unidos y las Provincias Marítimas de Canadá, un territorio que aún no había sido explorado ni reclamado por ningún país en su totalidad. Entre 1604 y 1607, Champlain reconoció y cartografió gran parte de la costa de la actual Nueva Escocia, bajando hasta cabo Cod. Pero cada vez estaba más convencido de que el río San Lorenzo era la puerta que llevaba tanto a Asia como a la futura potencia de Francia en el nuevo mundo. Los mercaderes franceses e ingleses ya estaban haciendo viajes cada año remontando el río hasta mitad de camino para adquirir allí las pieles de castor que los sombrereros de Londres y París usaban en sus confecciones más lujosas. A Champlain el comercio le interesaba muy poco: su objetivo principal era encontrar tierras y recursos que los franceses pudieran cultivar en sus asentamientos, y adonde pudieran llevar misioneros que convirtieran a los pueblos indígenas. Además, tenía la esperanza de hallar una ruta hacia Asia y sus tesoros. Y así se dedicó, como dijo un amigo suyo que escribió sobre él, "a viajar más lejos aún, a convertir a las gentes y a descubrir el oriente, fuera desde el norte o desde el sur, para llegar a la China". Nunca llegó a hallar esa ruta hacia Asia, aunque interrogaba a todos los nativos que se encontraba tierras adentro para saber si se habían

topado alguna vez con otro mar. De esta larga búsqueda de Champlain queda el recuerdo del nombre que les dio a unos rápidos cercanos a Montreal: Lachine (China en francés).

Champlain acertó con el momento para explorar Nueva Francia y crear un asentamiento allí: el gobierno de su país estaba por entonces tomándose en serio tanto la construcción de una armada como la de las colonias. Y Champlain se las arregló, año tras año, para encontrar financiación que le permitiera hacer el viaje. A medida que se iba abriendo camino en dirección oeste aguas arriba del San Lorenzo, buscaba lugares adecuados para establecer asentamientos y dibujaba con todo detalle sus mapas, decorando el marco del papel con las frutas y verduras del nuevo mundo. En sus muchos textos publicados, Champlain se deshacía en elogios sobre las grandes promesas que brindaban aquellos vastos territorios cuya propiedad nadie se había arrogado aún. Cuando en 1603 vio por primera vez lo que sería el emplazamiento de la futura Quebec, se maravilló de sus frondosos bosques, sus viñedos y sus frutales. Estaba seguro de que aquel terreno brindaría ricas cosechas y hasta tuvo la sospecha de que en la pizarra de aquella zona se podían encontrar diamantes. De camino a Montreal, aún más al norte siguiendo el río, anotó: "Hay grandes cantidades de uvas, peras, avellanas, cerezas, grosellas y bayas silvestres. También tienen ciertas raíces, del tamaño de una nuez, que recuerdan el sabor de las trufas y que son muy buenas tanto asadas como hervidas". Champlain, que era de por sí buen jardinero, soñaba con crear una agricultura boyante gracias a "el ingenio y la habilidad del hombre". Y si, como creía, el San Lorenzo resultaba ser la ruta hacia Asia, los franceses podrían hacer una fortuna cobrando peajes y entonces serían capaces de financiar otros asentamientos. En 1618, detalló su visión de una serie de colonias prósperas, que se enriquecían sin parar gracias a la madera, las pieles, la minería y la agricultura. Tenía la esperanza de que algún día hubiera una gran ciudad al norte del asentamiento de Quebec, una ciudad llamada Ludovica en honor al rey Luis XIII.

Aunque Champlain no vivió para ver su Ludovica ni las grandes ciudades que crecerían en las orillas del San Lorenzo, sí que llegó a instalar las colonias de la que partió luego todo lo demás. Fue un gestor muy capaz, y un líder que consiguió convencer al gobierno para que enviara financiación, e incluso intimidar a los comerciantes para que contribuyeran a su vez. Inspiraba a los suyos para enfrentarse a los retos del clima canadiense y las amenazas de los bandidos holandeses e ingleses o los ataques de los indios iroqueses. Durante el invierno de 1606, en la primera de las colonias francesas en Acadia, la actual Nueva Escocia, Champlain consiguió mantener los ánimos cuando empezaron a escasear los víveres inventándose una Compañía del Buen Humor que animaba a los colonos a competir entre ellos en la caza y pesca para conseguir un festín que compartieran todos. En cierta ocasión, dijo que un buen líder "debe ser tolerante según la ocasión, y cortés incluso con sus enemigos, concediéndoles los derechos que les correspondan. Además, no debe practicar la crueldad ni la venganza, como hacen quienes están habituados a las conductas inhumanas, mostrándose como bárbaros en lugar de como cristianos, sino que por el contrario debe usar sus prerrogativas con cortesía y moderación, siendo así estimado por todos, incluso por sus enemigos, que le pagarán con honores y respeto".

Champlain ejerció de diplomático en todas partes, no solo ante la corte francesa. Para conseguir sus sueños, que pasaban por explorar un inmenso territorio desconocido y sobrevivir en él, siempre confió sobre todo en desarrollar buenas relaciones con los indios. Ni el propio Champlain ni las diminutas colonias iniciales que fundó hubieran sobrevivido a aquellos inviernos largos y crueles sin los víveres de los indios. También descubrió que tenía que manejarse dentro de una complicada trama de alianzas y enemistades. Hizo un primer contacto con un grupo al que los franceses llamaban los montagnais, hablantes del algonquin, que vivían en los alrededores del río Saguenay, un afluente que desemboca en el río San Lorenzo todavía en su zona más ancha. Aguas arriba había otras tribus también de idioma algonquin y, al norte del lago Ontario, unos

aliados de estos últimos, la confederación de las tribus hurones. Enfrentada a esta coalición informal estaba la confederación iroquesa, formada por cinco naciones, que tenían bajo su control toda la región al sur del lago Ontario, más las tierras entre este lago y el Erie, junto con gran parte de las rutas comerciales que llevaban hacia el oeste. Los franceses tenían que tomar partido entre estos dos bandos, y en 1603 se decantaron por los indios a los que ya conocían en vez de por los iroqueses, a los que se habían acercado menos. Y aunque Champlain hizo algunos intentos de ponerse en contacto con el otro bando, y en ocasiones incluso pareció que iba a conseguir un alto el fuego, siempre volvía a estallar la guerra, con los franceses firmemente del lado iroqués. En ese único retrato de Champlain que nos ha llegado, se le ve disparando su arma en la guerra, integrado en el bando de los iroqueses.

Aunque tenía por costumbre volver a Francia hacia el otoño, en algunas ocasiones Champlain se quedó a pasar el invierno en Canadá. Algunas de sus primeras reacciones ante los pueblos indígenas de América reflejaban los sesgos de su época: según su juicio, los indios carecían de leyes y de religión como tales, y anhelaba el momento en que se convirtieran a la fe cristiana. Sin embargo, nunca dio por supuesto que fueran inferiores a los europeos ni en capacidad ni en potencial. En 1603, cuando tuvo sus primeros encuentros con los montagnais, escribió que basaban su subsistencia en la caza y la pesca pero, añadió, "tengo la certeza de que si alguien les mostrase cómo cultivar la tierra aprenderían con gran rapidez, porque son sensatos e inteligentes, y siempre prestos a responder a cualquier cuestión que se les plantee". Champlain y los misioneros se enzarzaron en discusiones con los jefes tribales, y se vieron en aprietos a veces para explicarles las ventajas de su fe: "En ocasiones no podían comprender lo que tratábamos de decirles -escribió-. No siempre se trataba de asuntos que pudieran plasmarse en palabras". Los indios apuntaron que quizá los franceses podrían llevarse allí a sus familias y quedarse a vivir con ellos para mostrarles con el ejemplo lo que significaba ser cristiano. "Y esto –escribió Champlain– me pareció de lo más sensato".

Champlain se acercó desde el primer momento a los indios con curiosidad y con la mente abierta, y con el tiempo llegó a comprender bien su estructura social y a hacer amigos entre ellos. En el invierno de 1615-1616 vivió con la tribu de los hurones, y no por decisión suya, sino porque los indios decidieron forzarlo a permanecer con ellos tras el fin de una campaña de otoño contra los iroqueses, en parte por tenerlo a modo de seguro contra otros ataques, y en parte para pedirle consejos. "En vista de que no podía hacer nada –escribió él–, no me quedó sino resignarme a tener paciencia". Y aprovechó la oportunidad para estudiar la flora y fauna del entorno y "los modales, las costumbres, las formas de vida y el modo en que hacen las asambleas" de sus anfitriones.

A lo largo de los muchos años que pasó en Nueva Francia, Champlain presenció numerosas reuniones ceremoniales de los indios, y se sorprendió de ver cómo funcionaba su gobierno: "Normalmente toman las decisiones por el voto de la mayoría, pero en ocasiones se someten a lo que diga alguna persona por la que sientan especial respeto". ¿Se le ocurriría alguna vez comparar esto con la autocracia de su país? También desarrolló buen criterio para tratar a los indios como individuos, y no como meros estereotipos. En uno de los relatos de sus viajes, escribió: "En la mayoría de los casos, son personas alegres y de buen talante, aunque algunos se muestran bastante hoscos. Tanto los hombres como las mujeres son fuertes y de buena constitución. Muchas mujeres y niñas son atractivas y con hermosa figura, piel clara y rasgos uniformes". Tomaba notas detalladas de sus costumbres, por ejemplo de cómo, cuando un bando se preparaba para la batalla, las mujeres se despojaban de sus ropas por completo y se dirigían bailando hacia las canoas, donde se golpeaban unas a otras con los remos. "Pero se cuidaban bien, me fijé, de no hacerse daño y de protegerse contra los golpes de las demás". Describió las costumbres nupciales, las de la crianza y las de los entierros, anotando muchos detalles sobre las ropas y ornamentos que usaban los indios. A los de la tribu ottawa les dio el sobrenombre de "Pelos Altos" por la forma en que se peinaban los hombres: "Se lo cardan y colocan con más cuidado que

una cortesana francesa con todos sus polvos y sus rizadores. Son un pueblo de físico muy atractivo y van casi desnudos, armados solo con palos. Para decorarse el cuerpo se salpican la piel y se pintan el rostro con colores fuertes, se hacen agujeros en las fosas nasales y se cuelgan pendientes de las orejas. He hecho amigos entre ellos, llegando a conocer bastante bien a algunos".

Da la impresión de que esta amistad fue genuina por ambas partes. En mayo de 1633, cuando Champlain volvió al asentamiento que había establecido en Quebec tras varios años de ausencia (la región había caído bajo poder inglés durante una temporada), se acercó un gran grupo de indios montagnais en sus canoas para verle. Champlain les señaló los trabajos de construcción que se estaban haciendo, entre ellos un fuerte, diciéndoles: "Cuando la casa grande esté terminada, nuestros jóvenes se casarán con vuestras hijas, y a partir de entonces seremos un solo pueblo". En ese mismo verano, un poco más adelante, entre quinientos y seiscientos indios hurones aparecieron río abajo para darle la bienvenida a Champlain y llevarle regalos, incluidos unos grandes hatos de valiosas vestimentas hechas con pieles de castor. Un jesuita presenció un encuentro de gobierno en el que participó Champlain junto con unos cincuenta o sesenta jefes indios; el misionero anotó que todos aquellos líderes, uno tras otro, se habían levantado para expresar su alegría por el retorno de Champlain y que "todos estaban allí para calentarse a su fuego". Por desgracia, y aunque él nunca lo supo, Champlain y sus colonos también habían llevado hasta allí las enfermedades europeas que luego dejarían tan terrible huella entre los nativos. En la epidemia de viruela de la década de 1630 murieron dos tercios de los indios de la confederación de los hurones.

En 1635, Champlain sufrió un ataque muy serio y empezó a prepararse para la muerte, que le llegó en el día de navidad de ese año. La población de Quebec al completo asistió a su funeral, y más tarde llegó una delegación de indios hurones con valiosos abalorios, que les presentaron con la esperanza de que los franceses "puedan secar sus lágrimas y tragarse con más facilidad la pena que han sufrido por la muerte de Monsieur de Champlain". Los asentamientos

que fundó a lo largo del río San Lorenzo, como Quebec y Montreal, estaban por fin prosperando y empezaban a ser autosuficientes. En 1633, Champlain había llevado con él a ciento cincuenta colonos, y en los años siguientes continuaron llegando por cientos y luego por miles. Entre 1630 y 1680 desembarcaron allí más de mil mujeres francesas; de ellas descienden, según ciertas estimaciones, más de dos tercios de los franceses que llevan largo tiempo establecidos en Norteamérica. Aunque en el momento de su muerte Champlain no podía saberlo, había conseguido poner los cimientos de la presencia francesa en Canadá.

Como sabemos, a veces el que se arriesga gana, pero esa no es ni mucho menos la única motivación de quienes corren riesgos. La curiosidad, la ambición o la determinación llevan a ciertas personas a arriesgarse incluso cuando las posibilidades están abrumadoramente en su contra. También ayuda el tener muy poco en cuenta las convenciones o el punto de vista de los demás. Por encima del todo, las personas osadas están dispuestas a aceptar los sacrificios, e incluso el fracaso, mientras que otros preferimos quedarnos cómodamente en nuestra casa. En *El Señor de los Anillos,* los hobbits están tan contentos con el pequeño mundo cotidiano y casero de su Comarca; la mayoría de ellos no quiere saber nada del mundo exterior, de sus peligros ni de sus emociones. Y sin embargo, ¿dónde estaríamos de no ser por esas personas que se arriesgan en la ciencia, en la política o en los negocios? Sea la simple curiosidad, el deseo de aventura, la codicia o la ambición lo que los mueve, son ellos los hombres y las mujeres que hacen que el mundo siga adelante.

IV
LA CURIOSIDAD

En 1841, una joven inglesa de buena cuna le escribía a su madre: "Debido a alguna peculiaridad de mi sistema nervioso, tengo una percepción de algunas cosas que ningún otro posee [...], una percepción intuitiva de cosas ocultas a los ojos, los oídos y los sentidos normales. Esto, por sí solo, me daría poca ventaja en cuanto a los descubrimientos, pero en segundo lugar está mi inmensa facilidad para el razonamiento, y mi capacidad de concentración". Ada Lovelace provenía de un entorno complicado. Su madre, que era profundamente religiosa, se había casado con el poeta Lord Byron, romántico y maldito, inmenso poeta pero un paria en la sociedad. Según parece, fue un matrimonio por amor (aunque no debió de estorbar que la gran fortuna de ella estuviera a la altura de las grandes deudas de él), pero para cuando nació Ada ya estaban separados. Lady Byron decidió hacer lo posible por contrarrestar la peligrosa herencia paterna sobre Ada y encaminó a su hija hacia el estudio de las matemáticas, esperando que desarrollara así una faceta racional y calmada. A la chica le apasionó la materia desde muy pronto.

Aunque también Ada se casó, con el joven que más tarde sería conde de Lovelace, consiguió combinar el papel de esposa y madre con el uso del cerebro. Tuvo la buena suerte de conocer a Charles Babbage, matemático e inventor brillante, en el año 1832, cuando ella tenía diecisiete, y enseguida se hicieron íntimos amigos. Babbage había dedicado gran parte de su vida a construir calculadoras automáticas y en la década de 1840, cuando Ada buscaba algo en que ocupar su tiempo, estaba intentando crear lo

que él llamaba la Máquina Analítica, un proto-ordenador, que mediante unas tarjetas perforadas sería capaz de llevar a cabo operaciones matemáticas complejas. En la visión de Babbage, la máquina tenía un procesador central, *software* y memoria RAM, un siglo antes de que todo esto se hiciera realidad, pero la tecnología de su época no estaba suficientemente desarrollada como para construirla. A Ada le fascinó el proyecto y, dando un salto de imaginación extraordinario, vio por su parte que la Máquina Analítica podría ser capaz de hacer más que matemáticas: "El aparato puede manejar y combinar sus cantidades numéricas exactamente igual que si fueran letras o cualquier otro tipo de símbolos genéricos". Y fue todavía más allá, concibiendo que un día podrían construirse máquinas capaces de tareas como la composición de música. Le escribió a Babbage: "Si crees que merece la pena darme uso y que yo puedo ser capaz, mi cabeza es tuya". Ambos trabajaron juntos durante varios años, a lo largo de los cuales Ada escribió las instrucciones para programar la Máquina Analítica de forma que pudiera realizar cálculos. En otras palabras, escribió el primer *software* de la historia. En 1980, el departamento de Defensa de Estados Unidos le dio su nombre a un lenguaje informático.

Cuando empecé a recopilar una lista de personajes históricos que hubieran destacado por poseer un grado extraordinario de curiosidad, me sorprendió darme cuenta de que la mayoría de los nombres eran femeninos. Y esto, creo yo, no es porque las mujeres sean más curiosas por naturaleza, sino porque muy a menudo se han topado con grandes dificultades para seguir un camino propio. A lo largo de la historia, las mujeres han tenido que enfrentarse a unas convenciones muy rígidas sobre lo que se espera de ellas y lo que no. Las primeras que fueron a la facultad de Medicina se encontraron con profesores que se negaban a darles clase, o que trataban de horrorizarlas para que abandonaran los estudios. A las mujeres británicas que se fueron a la India junto a sus maridos cuando este país formaba parte del imperio británico se les recordaba cada poco que tenían que comportarse de forma que no ofendieran al Raj: no debían mostrar un interés demasiado intenso

hacia el arte o las costumbres indios, ni hacia los indios en sí. Las intrépidas viajeras que exploraron África o el cercano oriente se enfrentaron a la reprobación de las demás mujeres, y muchas veces a los miedos de los hombres que viajaban con ellas. La ambición femenina casi nunca se ha fomentado por parte de la sociedad. Y de mujeres como la reina Isabel I, como Catalina la Grande o como la emperatriz Wu, que por nacimiento o por matrimonio llegaron a ejercer un poder inmenso, siempre se sugería de alguna forma que tenían algo imperfecto y hasta monstruoso. Isabel llevó el sobrenombre de "la reina virgen", es decir, que no estaba realizada como mujer, mientras que de Catalina y de la emperatriz Wu se contaba que tenían un apetito sexual desaforado, y que agotaban y desechaban a un amante tras otro... como lo hubiera hecho un mandatario varón. Las cosas han cambiado, por supuesto, pero quizá no tanto como queremos creer a veces. Nadie diría de un político que es "chillón", como llamaban tantas veces a Margaret Thatcher, y todavía llaman a Hillary Clinton. En el mundo de los negocios, ellas son "dominantes", mientras que ellos son "enérgicos".

Y sin embargo las mujeres, sobre todo en las sociedades más avanzadas, tienen ahora más opciones de carrera que sus madres o sus abuelas. Ya no tenemos que oír que les falta cabeza o vigor para los negocios o para el derecho, o que no tienen fuerza suficiente para ser bomberas o guías de montaña. Y cuando lo oímos, preguntamos de dónde ha salido el cavernícola que lo dice. Hoy se considera una asignatura seria el estudio del presente y el pasado de las mujeres, y además desde diferentes perspectivas, como la sociológica o la económica. Cuando yo era alumna de la universidad de Toronto, en la década de 1960, no existía la historia de las mujeres (como tampoco la de los aborígenes, ni la de los negros, ni la de los gays, y tampoco demasiada de la clase obrera). En el índice de temas de los libros de texto, pocas veces encontramos la entrada "mujeres". Y dado que las preguntas que le planteamos a la historia suelen ser un reflejo de lo que nos interesa del presente, tuvo que llegar la década de 1970, con el súbito despegue de los movimientos de mujeres, para que los historiadores, o historiadoras en muchos

casos, empezaran a estudiar las vidas de ellas a lo largo de los siglos.

Esto planteaba muchas dificultades, porque casi siempre fueron hombres los que guardaron los testimonios del pasado, y eran muchas menos las voces femeninas disponibles, y cada vez menos cuanto más se remonta uno en el tiempo. Por supuesto, hay algunas: las maravillosas cartas sobre la sociedad parisiense o la vida en la corte de Luis XIV que escribió en el siglo XVII Madame de Sévigné, una dama elegante y bien relacionada, para diversión de su adorada hija; o, en la antigüedad, los poemas de Safo. En el siglo XII, la abadesa Hildegarda de Bingen, que fundó y dirigió varios conventos en los alrededores del Rin, escribió copiosamente sobre teología, pero también sobre botánica y medicina, y los amantes malditos Eloísa y Abelardo mantuvieron correspondencia después de la gran desgracia que se abatió sobre ellos. Abelardo era uno de los principales filósofos de Europa: estudiantes de todos los países acudían a París para asistir a sus clases. Eloísa, más joven que él, era muy inteligente y, cosa muy rara para una mujer en su época, había estudiado. Se conocieron en casa de un tío de ella y se enamoraron; Eloísa se quedó embarazada y se casaron, manteniendo el matrimonio en secreto para no poner en peligro la carrera de él. Pero el tío de Eloísa, furioso, hizo castrar a Abelardo y los internó a ambos por la fuerza en distintos monasterios. En sus cartas, la pareja discute de lenguaje, de teología y de ética, y algunos investigadores de hoy defienden que Eloísa no solo escribió las cartas que se le atribuyen sino que fue por derecho propio una pensadora importante y ejerció gran influencia intelectual sobre Abelardo. A mí me gustaría además pensar que esta apasionada afirmación de amor es también genuina: "Si Augusto, emperador del mundo entero, quisiera honrarme con el matrimonio y me diera la posesión de por vida de toda la tierra, sería para mí más honroso y preferiría ser tu ramera que su emperatriz". Dos siglos más tarde, una mujer inglesa ya mayor y de mente abierta, Margery Kempe, dictó unas memorias en las que contaba su búsqueda espiritual y

sus aventuras como peregrina por tierra santa dejando en casa a su familia (tenía catorce hijos).

Los historiadores también se han dado cuenta de que a veces pueden usar otras fuentes para profundizar en la historia de las mujeres y rellenar los huecos. Por ejemplo, las diferentes representaciones de la virgen María y el niño Jesús en la pintura y la escultura a lo largo de los siglos nos hablan de la maternidad en cada época. También se han usado las actas de juicios antiguos, sean sobre delitos o sobre disputas de propiedad, para analizar el matrimonio y la consideración de las mujeres. En la literatura popular se encuentran otros matices: por ejemplo, el hecho de que en la civilización china clásica se escribieran tantos relatos y poemas sobre madres y suegras dominantes nos da una buena base para pensar que las mujeres chinas no eran seres dóciles que se sometían al dominio del varón como se esperaba de ellas. Para escribir mi primer libro, yo intenté conocer la vida de las mujeres británicas durante el Raj, y tuve la suerte de contar con muchas autobiografías y cartas escritas por ellas, pero también con los archivos del gobierno indio, donde encontré que a los altos funcionarios les preocupaba que las europeas no pudieran acceder a buenas escuelas, o a unos cuidados médicos de calidad, o su mal comportamiento, al menos según los estándares oficiales, lo que podía referirse a que hubiera misioneras predicando en mitad de los mercados o a que algunas se casaran con hombres indios. Leí tratados de ginecólogos que les enseñaban a las mujeres cómo mantener la salud y la pureza en el peligroso entorno de la India, guías para el ama de casa en ese país y muchas más novelas de las que soy capaz de recordar.

Gracias a la explosión de la historia de las mujeres, ahora tenemos mucho más conocimiento y aprecio de cómo han trabajado dentro de los límites y restricciones que les imponía la época, o su clase, o el lugar en el que vivieron, consiguiendo a pesar de todo hacerse un hueco donde pudieran ser ellas mismas y profundizar en sus intereses. Igual que las personas adictas al riesgo de las que se habla en el capítulo anterior, aquellas mujeres poseían determinación

y aguante, y quiero fijarme especialmente aquí en su curiosidad y en sus ganas de saber más sobre la gente, los lugares, la flora y la fauna, o el pasado. Mujeres abiertas a ideas y experiencias nuevas, por extrañas o complicadas que pudieran ser. Por ejemplo, Fanny Parkes, que recorrió gran parte de la India en la primera mitad del siglo XIX, dijo en cierta ocasión, tras presenciar cómo un grupo de fervorosos creyentes indios se colgaban de unos ganchos que se habían clavado en el cuerpo: "Me sentí asqueadísima, pero también me pareció de lo más fascinante".

A medida que el imperio británico se iba expandiendo y organizándose en una serie de colonias fijas, durante los siglos XVIII y XIX, las mujeres de las islas británicas se encontraron yéndose a vivir a todos los confines del mundo junto con sus maridos. Desde allí escribían largas cartas a la familia, y muchas de ellas publicaron sus memorias, con títulos como *Un claro entre la maleza* o *Travesía por Cachemira,* la mayoría de los cuales se quedaron en las estanterías sin que nadie los leyera, como ecos de un mundo que se evaporaba. Pero no deberíamos ver a sus autoras como unos personajes curiosos en tintes sepia y con ropas ridículas: fueron mujeres de carne y hueso, que se enfrentaron a unos retos que la mayoría encontraríamos insuperables, surcando los mares en embarcaciones precarias, recorriendo kilómetros a caballo o en carruajes primitivos, dando a luz a sus hijos con, en el mejor de los casos, una atención muy rudimentaria, cayendo víctimas de enfermedades como el tifus o el cólera antes de que se inventaran los antibióticos o sufriendo las picaduras de las avispas y los mordiscos de los perros rabiosos. Y sin embargo, conseguían mantener el sentido del humor y tomarse un interés activo por su nuevo entorno.

"Acostumbrada a la vida muelle –escribió la anónima autora de las *Cartas canadienses* a principios de la década de 1790, sobre una de estas mujeres–, se resigna con buen humor a los inevitables inconvenientes de una colonia recién fundada". Elizabeth Simcoe era

heredera de una fortuna considerable, incluyendo una finca y una enorme y cómoda casa solariega, en la región occidental de Inglaterra, y a los veinticinco años ya era madre de seis hijos. Tenía solo dieciséis cuando se enamoró de un coronel, John Graves Simcoe, mucho mayor que ella, y se casaron. Ya a esa edad Elizabeth era una mujer con carácter.

Su marido había luchado contra los americanos en la revolución de las Trece Colonias, y la experiencia reforzó sus ideas conservadoras más que nunca, dejándole un profundo odio hacia cualquier tipo de revolución, fuera la americana o, a partir de 1789, la francesa.

En 1790 fue nombrado teniente gobernador de la recién inaugurada colonia del Alto Canadá, un cargo menos vistoso de lo que sugiere el nombre, ya que la población de esa colonia rondaba los diez mil individuos, en granjas y pueblos muy dispersos alrededor de los lagos y los ríos. (La población del Bajo Canadá, por el contrario, alcanzaba las 150.000 personas, y contaba con las ciudades ya bien asentadas de Quebec y Montreal). Muchos de los habitantes del Alto Canadá eran casi recién llegados, lealistas refugiados provenientes de Estados Unidos, y Simcoe animaría a muchos miles más a mudarse allí con la promesa de regalarles tierras de cultivo. A lo largo de las siguientes décadas, el entorno fue haciéndose menos salvaje, a medida que se despejaban terrenos, se instalaban granjas y se iban poniendo los cimientos de lo que luego sería la próspera provincia de Ontario. Sin embargo, también se enfrentaban a la amenaza muy real que venía desde el sur: era perfectamente posible que los estadounidenses se unieran a la Francia revolucionaria contra Gran Bretaña, y Simcoe no tenía sino una reducida tropa a su disposición.

A instancias de su marido, Elizabeth Simcoe dejó en casa a sus cuatro hijos mayores, al cuidado de familiares y amigos; se resignó a la idea de que eso era lo mejor para los estudios de los chicos, con la tranquilidad de que una amiga suya de confianza se iba a encargar de velar por ellos. Desde la lejanía, agradecía ávidamente cualquier pequeña noticia que le llegara de ellos, y les mandaba

muchos consejos y recomendaciones nerviosas y detalladas sobre la vida diaria. Los dos hijos más pequeños, el menor de solo tres meses, junto con el servicio, viajaron a Canadá con el matrimonio Simcoe. Entre el montón de equipaje había ropa para los niños, juguetes, vestidos de fiesta, ropa blanca, vajilla, sillas plegables, cunas, mosquiteras, sus queridos materiales de dibujo y una "casa" de lona que había comprado a los herederos del explorador James Cook. El nombramiento de Simcoe llegó con retraso, así que no pudieron embarcarse hasta finales del mes de septiembre, que ya era tarde para una travesía en términos de seguridad. Casi desde el primer día se encontraron con tiempo tormentoso. La mujer escribió: "Me hacen bastante gracia las dificultades que nos encontramos para cenar, porque, por más cuidado que pongamos, los platos acaban de acá para allá por toda la sala". A veces la situación era tan complicada que no se podía ni cocinar, y se alimentaban de biscotes. Las escotillas no cerraban bien y entraba agua, dejando a los viajeros empapados y muertos de frío. El bebé estaba lleno de magulladuras por los golpes que se daba con el vaivén del barco. El 14 de octubre se toparon con una galerna especialmente violenta, que los rodeó durante varios días. Las olas eran "como montañas", escribió ella, y cuando se atrevió a salir a cubierta tuvo que agarrarse a un cañón; además hubo que aguantar al sobrecargo del barco, que se dedicó a contarles, con notable deleite y todo tipo de detalles horribles, que ese mismo día era el aniversario de los otros dos naufragios que había sufrido. "El relato de tales peripecias rodeados de un tiempo tan malo no me resultó nada divertido", escribió ella. Pero se entretuvo aprendiendo un himno nuevo y copiando dibujos de barcos.

A finales de ese mes tocaron tierra firme en Nueva Escocia, y allí contrataron a un guía, imprescindible para seguir el curso del río San Lorenzo. Para entonces ya hacía frío, y las cuerdas se congelaban a medida que el barco remontaba el río entre la nieve y la niebla. El 11 de noviembre llegaron por fin a Quebec, la ciudad donde iban a pasar el invierno. A ella se le cayó el alma a los pies al verla –"qué pueblo de aspecto tan deprimente"–, pero al poco de desembarcar

se integró con entusiasmo en la activa vida social de Quebec. Aquel invierno se le pasó muy pronto entre los bailes, los conciertos, las excursiones y las visitas. Cruzó el río San Lorenzo helado a bordo de una carriola, que es como llamaban allí a los trineos: "El panorama del río –escribía a finales de febrero– es ahora de lo más animado. Mucha gente patinando, carriolas a toda velocidad (como las llevan los canadienses) y cabañas de madera instaladas sobre el hielo, en las que se venden helados, pasteles y licores, y tienen hasta hornillos para cocinar".

En primavera, con pocas ganas pero con la determinación que siempre tuvo por aprovechar las situaciones lo mejor que se pudiera, puso rumbo a la colonia de su marido. Y, en uno de esos súbitos cambios de clima que los canadienses conocemos tan bien, se vio en junio en Montreal en medio de una ola de calor, y en sus cartas mencionaba con buen humor que un guardia había dicho: "Entre este sitio y el infierno no hay más que un pliego de papel de envolver". El grupo siguió viajando río arriba en barco y a pie, o a caballo por la orilla en los lugares donde la corriente formaba rápidos demasiado violentos. Elizabeth durmió en granjas, en pensiones, en tiendas, tumbada sobre sus baúles y en cierta ocasión encima de una mesa, porque la cama le pareció muy sucia. A principios de julio llegaron a la principal ciudad del Alto Canadá, Kingston, que constaba de unas cincuenta casas hechas de madera, en unas calles enfangadas y salpicadas con los tocones de los árboles aún recién cortados. Y aunque se había pensado en Kingston para ser la capital de la región, a Simcoe le pareció demasiado llana y además demasiado pegada a la frontera estadounidense como para que fuera fácil defenderla.

El grupo puso entonces rumbo al suroeste, cruzando el lago Ontario a bordo de una goleta armada del gobierno, con destino a Niágara, en la boca del río del mismo nombre, donde el lago Erie desagua en el lago Ontario. Simcoe decidió llamarlo Newark, que le pareció un nombre más civilizado, pero no había mucha civilización por allí quitando unas veinte cabañas de troncos y unos pocos edificios ruinosos del gobierno, a los que se les daba el pretencioso

nombre del Patio de la Marina. Pasaron el verano en tiendas de campaña, y ella se construyó con maderos un cenador al aire libre, donde se sentaba por el día a escribir cartas, recibir a las visitas o ayudar a su marido. "Es una mujer tímida, que habla poco –escribió sobre ella el duque de Rochefoucauld-Liancourt, un aristócrata francés exiliado que andaba de viaje por Norteamérica–, pero tiene buen criterio, es atractiva y de buen trato, y cumple al dedillo con sus deberes de madre y esposa. En este segundo respecto, llega incluso a hacer para su marido la labor de secretaria privada. Y su talento para el dibujo, que concentra por entero en realizar mapas y planos, la convierte en un activo muy útil para el gobernador". (Elizabeth fue menos amable, sin embargo, y escribió en su diario sobre el duque y su grupo: "Tienen un aspecto completamente democrático y sucio").

El matrimonio Simcoe pasó ese invierno en su casa de lona, que tenía dos habitaciones empapeladas y estufas. Uno de esos cuartos era dormitorio y zona de recibir a los huéspedes, y el otro era el de los niños. En enero, dio a luz allí a una niña, y poco después se quedó sola cuando su marido partió hacia el sur con un grupito de hombres, en dirección a Detroit, ya en la frontera con Estados Unidos. Ella les quitaba importancia a los peligros que podían acecharla, ya fuera por el tiempo, la rudeza del país o los estadounidenses: "Estoy tan convencida –afirmaba– de que el viaje le hará un buen servicio al gobierno que me alegra mucho que lo haya emprendido". Y ella tenía tantas cosas que hacer, según le contó a una amiga, que el tiempo se le iba a pasar volando. La muerte inesperada del bebé, al año siguiente, fue una de las pocas ocasiones en que se permitió caer en el abatimiento: "El recuerdo de haber perdido a una criatura tan prometedora –le escribió a una de sus mejores amigas inglesas– debe ser un dolor de los que no se olvidan pronto".

Pero la mayor tiempo Elizabeth mantuvo la determinación y el buen humor, incluso cuando una picadura de insecto le dejó un brazo rígido, cuando se declaró un fuego en su cocina de madera y la vajilla de porcelana quedó destrozada, cuando se cayó al agua un

baúl lleno de vestidos suyos o cuando tuvo que mudarse a Quebec con los niños durante el invierno de 1794-1795, porque la guerra con Estados Unidos parecía inminente. Tampoco da la impresión de que la vida social fuera fácil en un entorno tan reducido e íntimo con el del Alto Canadá, donde cada movimiento suyo era analizado y se traducía en chismorreos. De ella decían que estaba inmiscuyéndose en las labores del gobierno. "Qué pena que el gobernador no viniera solo, porque a la gente no parece gustarle mucho el gobierno faldero", criticaba Hannah Jarvis, la esposa de un oficial, a la que parecía molestarle todo lo que hacía Elizabeth Simcoe; le afeaba el haber faltado a dos bailes comunitarios, por ejemplo, "el primero por el nacimiento de su hija, y el segundo por unas fiebres *según se dijo*". Cuando el coronel Simcoe decidió, con razones perfectamente sensatas, establecer la nueva capital de la colonia en York, un buen puerto en la orilla norte del lago Ontario, Hannah Jarvis volvió a la carga: "A todo el mundo le horroriza York, pero no hay nada que hacer, a la Señora le gusta el sitio, y entonces tiene que gustarle a todo el mundo. El dinero es un dios al que *mucha gente* adora".

Elizabeth Simcoe tenía su propio círculo de amistades y unos intereses propios más que suficientes para no aburrirse. Como a tantos habitantes de Canadá, en aquella época y siempre, la abrumaba la inmensidad y la majestuosidad del paisaje. Ella misma decía tener "ojo para lo pintoresco", y le sobraban motivos para pintar, en papel y en tablillas de madera, viendo las cataratas del Niágara ("la visión más impresionante que te puedas imaginar") o a su hijo pequeño, Frank. Contaba con deleite que había visto hacer azúcar de arce en primavera, o que había atravesado una nube de mariposas mientras daba un paseo en verano. En cierta ocasión, fue al bosque al atardecer poco después de que se declarara allí un incendio: el humo había espantado a los mosquitos y de los árboles aún salían pequeñas llamaradas, "un poco como en el bosque encantado de Tasso".

Cuando el gobierno se instaló en York, no había en la ciudad apenas nada más que unas pocas granjas. Los hombres de Simcoe realizaron expediciones, abrieron caminos y empezaron a hacer

claros en la espesura. Hoy, dos siglos más tarde, los rascacielos de Toronto ocupan el lugar donde se levantaban unos bosques tupidos. Desde su casa de lona, ahora instalada en un alto del actual Fort York, Elizabeth Simcoe exploró su nuevo entorno: las aves acuáticas dejaban oír sus gritos fantasmales desde las aguas cristalinas, los ciervos ramoneaban por el bosque, y las aves de caza y los pájaros migratorios volaban sobre sus cabezas. Paseó por robledales y amplias praderas, por la orilla del mar y por el istmo que unía las islas del extremo oriental de Toronto con tierra firme. Vio saltar a los peces y contempló a los indios pescando con arpón a la luz de las antorchas. Recorrió a caballo las riberas del río que desemboca en el lago Ontario, y vio la parte baja de un curso de agua "que se va a llamar el río Don" bordeada de juncos y llena de patos silvestres y mirlos de alas rojas. Cuando se encontró la orilla este bloqueada por troncos de árboles, se subió a un bote de remos y bajó el río hasta llegar a unos acantilados de color blanco. "Eran tan bonitos que hablamos de construirnos allí una residencia de verano y llamarlo Scarborough". Y así lo hicieron: levantaron una casa de troncos "en plan templo griego" con unos enormes maderos de pino blanco a modo de columnas para el pórtico. Sin embargo, le dieron el nombre de Castle Frank, por su hijo. Hoy no queda sino el nombre... que es el de una estación de metro.

La curiosidad de Elizabeth no tenía fin; aseteaba a preguntas a sus visitantes, como hizo con Alexander Mackenzie, que acababa de cruzar el continente en dirección al Pacífico. Anotaba los detalles sorprendentes de los animales desconocidos que encontraba, fueran alces o zorrillos. Los mapaches, escribió en una carta para Inglaterra, "se parecen a los zorros, pero son unos animales gordísimos con una cola muy peluda". Hacía listas de árboles y de plantas. "Te mando unas semillas de *Podophyllum* –le escribió a una amiga–, que creo que es la planta más bonita que he visto en mi vida". También recopilaba los remedios que se usaban allí: algunas plantas eran buenas para la tos, había una infusión para el dolor de cabeza, el sasafrás bajaba la fiebre y las raíces hervidas de cierta variedad de viburnum calmaban los achaques de estómago. Probaba

con fruición las comidas nuevas: sandía, arándanos o maíz autóctono. Los indios le regalaron un pastel de arándanos secos, que le recordó a las pastillas de regaliz negro, aunque le supo demasiado ahumado. La carne de oso no le gustaba mucho, pero el mapache con salsa de menta le parecía sabroso, y la ardilla negra "tan buena como un conejo joven". En invierno, asaba venado a la brasa, y encontraba el pescado blanco del lago Ontario "de lo más exquisito; a todos nos pareció mejor que ningún otro pescado fresco o de mar". Después de una fiesta, contaba muy orgullosa que había servido "unas tortuguitas cortadas y aliñadas como ostras en conchas de vieira que tuvieron gran éxito en la cena".

Como muchos europeos, se sentía muy intrigada y gratamente impresionada por los indios, igual que le había sucedido a Champlain dos siglos antes, y no estaba predispuesta a verlos como extraños, sino como iguales, seres humanos cuyos valores y costumbres merecían tanto respeto como los suyos propios. Contaba que celebraban largos conciliábulos: "He visto algunas traducciones de sus discursos y están llenos de sentimientos nobles y bien expresados, destacando su confianza en el Gran Espíritu". Muchos de aquellos indios le recordaban a los antiguos griegos y romanos, por su aspecto "de personajes como los que pintaban los maestros antiguos". Los de la tribu de los ojibway le parecían especialmente atractivos, "y tienen un estilo superior a nadie que yo haya visto". Joseph Brant, el distinguido líder de los iroqueses, que desplazó a su pueblo hacia el norte cuando las colonias estadounidenses declararon su independencia, cenaba con ella de vez en cuando. También llegó a disfrutar de los viajes en canoa: "Ver una canoa de madera manejada con esa facilidad y compostura inexpresables tan características de los indios es la cosa más bonita que te puedas imaginar".

En 1796, el matrimonio Simcoe abandonó Canadá para no regresar. Cuando volvió a ver Inglaterra por primera vez, escribió ella, "los campos me parecían tan fríos y húmedos, tan faltos de alegría, tan infelices y necesitados de nuestro brillante sol canadiense...". La familia se retiró a vivir en su finca, con los arcos y

flechas y canoas que se habían traído desde allí. En invierno, si había nieve suficiente, salían por los alrededores con su trineo canadiense. Simcoe murió en 1806, pero su mujer vivió hasta 1850 y siempre, según se contaba, mantuvo la curiosidad por las noticias que llegaran desde Canadá.

Los retos a los que se enfrentaban las mujeres del imperio británico, fuera en Nueva Zelanda o en la Colonia del Cabo, en Terranova o en Ceilán, eran casi siempre los mismos: adaptarse a un entorno nuevo, aguantar las enfermedades o la nostalgia del hogar, encontrar la forma de llevar la casa y de entretener las horas libres. India, la joya de la corona del imperio, planteaba todos esos retos y muchos más: un país enorme, antiquísimo, lleno de complicaciones, con multitud de pueblos y religiones distintos.

La presencia británica en la India se remonta a la primera reina Isabel. Lo que había empezado siendo una compañía comercial había ido convirtiéndose, a lo largo de los siglos, en un gobierno, el Raj, que cada vez controlaba una extensión mayor del subcontinente. Sin embargo, hasta el siglo XIX la Compañía Británica de las Indias Orientales solo fue un potencia rodeada de otras. Los británicos que iban allí, incluidas las mujeres, eran casi siempre aventureros (o cosas peores), y se veían obligados a abrirse paso en la sociedad de allí, favorecidos por el hecho de que llegaban desde una Europa que no era todavía la Europa dominante y autosatisfecha de finales del siglo XIX, sino la Europa de la ilustración, que se abría a las demás civilizaciones con curiosidad, no juzgándolas. Sir William Jones, que fue juez del tribunal supremo de Calcuta en la década de 1780, y un distinguido estudioso del sánscrito, no era el único que defendía que Asia era "la cuna de la ciencia". Maria Graham, que recorrió a conciencia la India durante la primera década del siglo XIX, escribió en sus memorias con tintes encomiásticos que "en los libros antiguos de los hindúes encontramos por todas partes las máximas de esa moral pura y profunda que se basa en la consideración del hombre como un ser racional y social". Elizabeth Plowden, cuyo

marido servía a las órdenes del gobernante del estado de Awadh, que aún era independiente en la década de 1780, vivió durante una temporada en la cosmopolita ciudad de Lucknow, entre una mezcla de hindúes, musulmanes y cristianos. Asistía con frecuencia a los juicios, estudió los idiomas persa e indostánico y se aficionó con entusiasmo a la música india.

Los indios y los británicos entablaron amistad con frecuencia, y no era inusual que un inglés se casara con una mujer india (aunque lo contrario sí era mucho más raro). Tampoco se consideraban ilegítimos los hijos de tales uniones, como luego llegaría a suceder. Todavía en 1848, cuando la joven Emily Metcalfe fue a vivir con su padre en Delhi, donde él estaba destinado como residente (en otras palabras, jefe de los oficiales británicos), él la llevó a visitar a sus amigos, entre los cuales había mucha mezcla de razas. Emily hablaba en tono humorístico (pero quiero pensar que no condescendiente) de dos hermanas ya mayores y muy regordetas, Mrs Foster y Mrs Fuller, ataviadas con unos vestidos blancos de algodón "con hechuras como las de los camisones", que eran "de piel muy oscura y hablaban inglés con un acento de lo más curioso". Eran, añadía, "dos viejas damas excelentes, y sus hijos e hijas tenían muy buenas relaciones con el ejército británico en la India". Hacia la segunda mitad del siglo XIX, cuando los ingleses ya habían consolidado su gobierno por encima del de los indios, la mezcla de ambas razas ya no resultaba tan sencilla. Unos se consideraban superiores, y los otros sentían incomodidad o rencor: mala base para las relaciones cordiales, y menos aún para la amistad igualitaria.

Fanny Parkes, una mujer hermosa y llena de energía (aunque llegó a ser muy robusta en la mediana edad), tuvo la suerte de llegar a Calcuta en 1822, una época de transición, cuando aún había gobernantes indios poderosos e independientes. Al principio, Parkes sintió bastante desprecio hacia el país y su gente: en su diario escribió que las frutas indias eran insípidas, y las canciones que cantaban "muy raras". Durante sus primeros años allí, los indios solo aparecen en sus escritos como criados problemáticos o personajes pintorescos: un fakir o unas niñas bailarinas. Poco a poco, su

curiosidad natural la empujó a mirar con más atención, y al cabo de cuatro años en Calcuta cayó en la cuenta de que nunca había conocido a ninguna mujer de allí excepto las criadas o las dependientas, así que pidió que la invitaran a visitar la *zenana,* las dependencias de las mujeres, en casa de un hindú rico. Y aunque las señoras a las que conoció en aquella ocasión no le parecieron especialmente interesantes, fue la primera de muchas visitas semejantes. Con el tiempo, a medida que se iba familiarizando con el país y aprendiendo las lenguas, pasó de ver a las mujeres indias como curiosidades a hacer amigas entre ellas.

Su marido, que es un personaje borroso en sus diarios, consiguió entonces un cargo en el norte, y pasaron diez años entre Allahabad y Kanpur. Allí ella se defendió con gran aplomo del calor asfixiante del verano, de las fiebres, de los terremotos, las plagas de langostas, las serpientes del cuarto de baño o las termitas que se comieron un armario entero lleno de ropa blanca. La India ya no le parecía nada aburrida, y empezó a apreciar su belleza recorriendo las zonas rurales a caballo. Era una mujer muy sociable que se integró bien en la pequeña comunidad británica de esas ciudades, pero también empezó a relacionarse con indios: jugaba al ajedrez con un mandatario de Kanpur y visitaba las zenanas. Frecuentó mucho a la exreina de Gwalior: se presentaba en su casa con la tienda de campaña y acampaba en el jardín durante semanas cada vez, para pasar el tiempo charlando con ella y con su corte femenina, a la que divertía mucho enseñando a montar a caballo de lado y probando los caballos de la reina ataviada con el vestido de las mujeres maratha. En una de estas visitas, antes de irse escribió: "He pasado tantas horas felices, entretenida en la contemplación de la vida y las costumbres de los nativos, y contemplando sus ceremonias religiosas". En una visita a Delhi, donde vivían los últimos supervivientes del antiguo gran imperio mogol, conoció a una anciana princesa de ese reino que pasaba sus últimos días rodeada del esplendor decadente de su palacio. Parkes sintió angustia viendo "la pobreza descorazonadora de los descendientes de aquellos emperadores", y recibió con una reverencia una sencilla corona de

flores, según escribió, "con el mismo respeto que si hubiera sido la reina del universo".

Los diarios de Fanny Parkes están llenos de detalles vívidos, porque le interesaba todo lo que iba encontrando, fueran los colores de los ropajes indios, las joyas de las mujeres, los elefantes peleando, la caza del tigre, los acróbatas y malabaristas que se acercaban a su bungalow o los festivales y celebraciones religiosas. Pero si algo convierte sus diarios en una lectura más interesante que cualquier relato de viajes es que tenía muy buen instinto de antropóloga, y quería entender las demás sociedades desde su interior. Presenció las ceremonias anuales del Muharram –cuando los musulmanes, especialmente los chiíes, conmemoran y lamentan la muerte de Huseín, el nieto del profeta–, y luego explicó el simbolismo de cada uno de sus gestos. En Allahabad visitó la gran feria anual, donde se reunían los peregrinos para celebrar los *pooja,* sus rezos rituales, y sumergirse en las aguas del río Ganges, y estudió las creencias que sustentaban esta celebración y las diferencias entre los muchos santones que acudían a ella. Se animó a profundizar en la mitología hindú después de asistir a una representación de la gran obra épica de esta cultura, la *Ramlila*. Y se aplicó tan a fondo al estudio de las costumbres y creencias de los hindúes que, según contaba, sus amigas se reían de ella diciendo: "Cualquier día te encontramos en el río con los *pooja".* También estudió el Corán, aprendió los idiomas persa e indostaní y llegó a conocer bien la historia de la India.

Su actitud entusiasta, sin embargo, no era incompatible con criticar las prácticas que le parecían injustas. Se quedó horrorizada viendo cómo obligaban a una mujer viuda a tirarse a la pira funeraria del marido muerto, para que los parientes pudieran hacerse con toda la herencia, según su opinión, y citó las escrituras hindúes que respaldaban sus objeciones a esta costumbre. Creía que los británicos acertaban al prohibir el *sati,* pero les recordaba a sus lectores que la India no era el único país en el que las mujeres recibían un trato indigno: "En el mundo entero se considera a las mujeres como polvo en la balanza, cuando se ponen sus intereses

en relación con los de los hombres, y por eso me alegra profundamente que no se vayan a quemar más viudas para que todas sus propiedades pasen directamente a los hijos varones del finado".

En sus paseos mañaneros, Fanny Parkes recogía plantas y flores, y siguió la costumbre del país de plantar un *ficus religiosa,* el "árbol sagrado", cerca de su bungalow, además de decorar una avenida con árboles nim, porque tenían fama de hacer el aire más saludable. Según uno de los proverbios del país que le gustaba recopilar, y que quizá creyera a su vez, el acto de plantar estos árboles acercaba un paso más hacia el cielo a quien lo realizaba. Para entonces, las danzas indias ya le parecían de lo más elegantes, y "muy bonita" su música. Tomó lecciones para tocar el sitar, y describía a las mujeres indias vestidas con sari como "notablemente elegantes", mientras que las europeas, por contra, le resultaban incómodas y desgarbadas, con aquellos corsés que las hacían parecer "tan rígidas como una langosta dentro de su coraza". También llegó a desarrollar el gusto por la comida india y en cierta ocasión, cuando fue a pasar unos días con su gran amigo el coronel William Linneo Gardner (el segundo nombre le fue impuesto por su padrino, el famoso botánico sueco), le pidió que sirviera solo platos de la India, porque le resultaban mucho más interesantes que la comida de estilo europeo. Probó el *pan,* una mezcla de hojas y nueces de betel con especias que en la India se usa como digestivo, y lo encontró "muy refrescante". Una vez, cuando sufría dolor de cabeza, tomó el opio que le ofreció una amiga india, y al instante se encontró mucho mejor, "y además no paraba de hablar", observó.

En Kanpur se subió a una barca de remos en el Ganges para disfrutar del "país de las hadas" en que se convertía el río por la noche durante el festival anual Diwali: "En cada templo, en cada *ghat,* y en todos los escalones que bajan hacia el agua, se colocan miles de lamparitas, desde los cimientos hasta los pináculos más altos, bordeando las construcciones con líneas de luz". Escribe además que nunca hubiera imaginado que "la estación de Kanpur, que tiene un aspecto tan deprimente, pudiera albergar tanta

belleza". Cada vez apreciaba más la variedad y la hermosura de la arquitectura india, y se quedó desolada cuando el gobernador general propuso vender el Taj Mahal por su mármol y sus piedras preciosas: "¿Vender el mausoleo que se erigió para una emperatriz, que es una de las maravillas del mundo por su belleza extraordinaria?". Eso sería, añadió, como si el gobierno británico vendiera la maravillosa capilla de la abadía de Westminster donde está enterrado Enrique VII.

Fanny Parkes pasó mucho tiempo viajando sola con sus criados. "¡Cuántas maravillas hay para deleite de la vista en este mundo precioso y brillante!", exclamaba. "Yendo de aquí para allá con una buena tienda y un buen árabe una podría ser feliz para siempre en la India". Es posible que tuviera alguna otra razón para disfrutar de sus aventuras.

Emily Eden, hermana de lord Auckland, que fue gobernador general a finales de la década de 1830, hablaba de las explicaciones de Parkes sobre sus viajes: "Tiene un marido que siempre se vuelve loco durante la estación fría, así que según ella es su deber para consigo misma el dejarlo solo y andar viajando por ahí". (A Emily y a su hermana, que también se llamaba Fanny, Parkes les parecía bastante pesada, porque se empeñó en seguir la ruta del gobernador general por las provincias indias del norte y en instalarse con su tienda en el campamento de ellos).

Allí donde iba Fanny Parkes, buscaba siempre los monumentos de la zona: mezquitas, templos, tumbas, fuertes en ruinas o palacios. Se quedó deslumbrada al contemplar el gran alminar Qutb en Delhi, que le pareció especialmente espectacular por la noche: "No conseguía apartar los ojos de él; los ornamentos, con toda la belleza que tienen durante el día, así ensombrecidos por el edificio, le daban más grandeza al conjunto. Dimos un paseo bajo las columnatas, en la maravillosa arcada del patio, y muy a regañadientes nos volvimos a las tiendas". Se empleó a fondo con sus artículos de dibujo, y la primera edición de sus diarios está llena de ilustraciones hechas por ella. Le encantó una escena que vio en la ribera del Ganges, "un perfecto conjunto de templos indios apiñados entre sí". Y comenta

con alivio que "no hay europeos por aquí... donde residen europeos, se estropea el lugar". En cierta ocasión, navegó río arriba por el Ganges para ver el Taj Mahal, que le pareció todavía más maravilloso de lo que esperaba. Llegó allí durante el Eid, la festividad que marca el final del Ramadán, y según escribió las multitudes vestidas con alegres ropajes le añadían todavía más belleza al paisaje, "mientras que el ojo de buen gusto se aparta, asqueado y ofendido, de las absurdos sombreros redondos y las vestimentas rígidas de los caballeros europeos, y de los tocados igualmente feos y los vestidos sin gracia de las damas inglesas". Le espantó ver que los europeos celebraban bailes en la explanada de mármol que está enfrente del Taj Mahal.

Fue en este viaje cuando conoció al hombre –"un compañero amable, correcto, caballeroso, educado y divertido"– que se iba a convertir en su gran amigo, y a través de él a su media familia india. El coronel Gardner era hijo de un oficial del ejército británico, y su madre descendía de una familia estadounidense de raigambre. Sus padres se habían situado con el bando británico en la guerra de Independencia y, al terminar el conflicto, se unieron a los lealistas que tuvieron que exiliarse por el mundo. William, que entonces tenía trece años, ingresó en el ejército británico, pero pocos años más tarde llegó a la India como oficial. Ya no volvió nunca. En cierta ocasión, mientras intentaba poner paz en una compleja disputa sobre la herencia de un príncipe indio, se topó con "los ojos negros más hermosos del mundo", mirándolo desde el rostro de una mujer sentada con su *purdah*. Llevado sin más por la fuerza de aquella mirada, pidió a la mujer en matrimonio y se ganó como fiel esposa a quien resultó ser una joven y preciosa princesa india. Ambos vivieron felices durante muchos años, hasta la muerte de él; ella solo le sobrevivió durante un mes. A sus hijos los llamaron con una mezcla de nombres indios y británicos, pero su educación fue sobre todo la de la India. Fanny Parkes se quedó encantada cuando la invitaron a pasar una temporada en la finca del coronel Gardner, cerca de Agra, y a la boda de una de sus nietas con un príncipe mogol. También en

esta ocasión describió al detalle todo lo que vio, desde los trajes nupciales hasta los rituales en sí.

En 1839, Parkes dejó la India. De vuelta en Inglaterra, su decepción se hace eco de la de Elizabeth Simcoe: "Al tomar tierra todo me pareció mezquino y miserable, en especial las casas, que se construyen con pizarra y se forran con esa misma pizarra por los lados... no es de extrañar que al llegar me sintiera tan espantada". Se llevó en el equipaje todos los objetos indios que pudo, las "curiosidades" de las que estaba tan orgullosa, entre ellas su colección de ídolos hindúes. Como ella decía con orgullo, no había nada ni parecido en el British Museum, y "en cuanto a Ganesh, ¡nunca han contemplado uno como el mío, ni en sueños!". Cuando publicó sus diarios, les puso como prefacio una invocación a ese dios con cabeza de elefante, que es el patrón de las artes y las ciencias.

Fanny Parkes, y los hombres como Gardner y sir Thomas Metcalfe, con su narguilé y su intenso amor hacia Delhi (poseía una preciosa colección de dibujos hechos por artistas indios de sus edificios, monumentos y gentes), fueron los últimos de un antiguo orden que estaba desapareciendo a toda velocidad. El abismo que separaba a los gobernantes de sus gobernados se iba acrecentando, y se hacía difícil encontrar la forma de salvarlo. Se ha dicho que esto sucedió por culpa de las mujeres británicas, cada vez más numerosas en la India gracias a los barcos de vapor y al canal de Suez, pero creo que esa afirmación es injusta. A medida que Gran Bretaña y Europa iban adueñándose del mundo a través de sus imperios, declarados o implícitos, su gente empezó a confundir el poder –que era temporal, como luego se demostró– con la superioridad palmaria, fuera en lo científico y lo tecnológico o en la moral y las costumbres. Gran Bretaña estaba a su vez en pleno proceso de cambio: se iba volviendo más tradicional, más puritana, y menos tolerante para con las demás culturas. Fanny Parkes miraba con escepticismo el fervor que despertó de repente la religión evangélica entre el personal de la Compañía de las Indias Orientales: "En Calcutta se están

celebrando continuamente unas reuniones religiosas frecuentadas por gente a la que nunca se le había ocurrido rezar, y que ahora rezan para que les suban el sueldo". Y sin embargo, la influencia del cristianismo evangélico era real e iba a más, acompañada por un desdén cada vez más acusado hacia las demás religiones, que se consideraban cosa de bárbaros, y por el anhelo misionario de convertir a esa gente que vivía sumida en la oscuridad.

Hacia la mitad del siglo XIX, los británicos que trabajaban en la India para el gobierno del Raj eran funcionarios circunspectos y sentenciosos, muy distintos de sus predecesores aventureros y juerguistas. Además, los nuevos estaban convencidos de que tenían derecho a gobernar la India por el propio bien del país. En general, aquellos hombres tenían muy poco interés en mezclarse con los indios, y desde que la Compañía de las Indias Orientales perdió por fin el control del país en 1858, el gobierno indio prohibió tajantemente que sus trabajadores contrajeran matrimonio con mujeres indias. Los británicos fueron viéndose cada vez más como la casta dominante, que por razones de prestigio debía mantener las distancias respecto de sus súbditos. Y eso sirvió para definir a su vez las expectativas sobre el comportamiento de las mujeres. En una novela de Maud Diver, una escritora angloindia muy popular, el héroe, oficial del ejército, le grita a su mujer, mientras ambos están en una lancha precaria en mitad de un río lleno de rápidos: "¡Recuerda que eres una mujer británica en una embarcación llena de nativos y que nuestras mujeres *no son cobardes!*". En la actitud de los hombres británicos que estaban en la India hacia sus mujeres latía siempre de fondo el temor de que se mostraran imperfectas o débiles, capaces incluso de caer rendidas ante los atractivos de los hombres indios. O que estos últimos pudieran alzarse y atacar a los británicos, como ya habían hecho en 1857, y violar a sus mujeres.

El motín de ese año, que ahora los nacionalistas indios consideran la primera de sus guerras de independencia, fue iniciado por un sector del propio ejército de la Compañía de las Indias Orientales, con el apoyo de los indios que se oponían al dominio británico y que hicieron tambalearse el Raj. Los ingleses consiguieron restaurar el

orden, pero nunca olvidaron a los hombres pasados a cuchillo por los de su propio bando, ni a las mujeres y niños a los que habían arrojado a los pozos o perseguido campo a través. Aunque se reinstauró el orden, los británicos ya no volvieron a pasar por alto el que los indios eran muchos y ellos muy pocos. Cuando se realizó el primer censo general de todo el país en 1881, se vio que de una población total de doscientos cincuenta millones de personas, solo ciento cuarenta y cinco mil eran europeas. De vez en cuando, sobre todo cuando se acercaba el aniversario del motín, corrían rumores entre la comunidad británica de que algo se estaba preparando, o de que estaban apareciendo carteles en los bazares animando a los indios a violar a las europeas.

Pero en general los retos afectaban más a la vida diaria: por ejemplo, el de comportarse con la dignidad y contención necesarias. El Raj no fomentaba que las mujeres británicas se implicaran en ninguna tarea social con los indios; eso podría rebajarlas a los ojos de los hombres del país y, lo que no era menos importante, crear problemas si se hería su sensibilidad. La comunidad británica también se ocupó de no dar pie a que se pudiera pensar que sus mujeres eran inmorales o fáciles. Había gran preocupación por los nuevos medios, como la fotografía y el cine, y cuando Maud Allan, una artista del *music hall* famosa por su interpretación de la danza de los siete velos, quiso hacer un tour por la India en los días previos a la Primera Guerra Mundial, hubo todo un diluvio de peticiones al gobierno indio, por parte de hombres y mujeres, para que no se le permitiera. (El gobierno, por su parte, se mostró comprensivo con la demanda, pero incapaz de imponerse).

A pesar de todo, había mujeres británicas, quizá menos que en otros tiempos, que aguantaron todas esas presiones sin conformarse y que establecieron vínculos con la India y con los indios. Algunas habían llegado allí como misioneras, profesoras o personal sanitario, para trabajar específicamente con la gente del país. Y luego había un puñadito de ellas aún más radicales, que decidieron abjurar por completo de su propio país, como la hija de un almirante inglés que solo usaba vestidos indios y entró al servicio del Mahatma Gandhi.

La mayoría, sin embargo, conseguía nadar entre dos aguas. Flora Annie Steel, que estaba casada con un funcionario del Indian Civil Service, hizo numerosas amistades en la India y, cuando volvió al país para recoger documentación destinada a su gran novela sobre el motín de 1857, prefirió alojarse entre ellos antes que con los británicos. Annette Akroyd llegó al país en la década de 1870 para trabajar con un grupo de indios progresistas en la educación de las mujeres y, aunque tiempo después se casó con Henry Beveridge, también empleado del Indian Civil Service, siempre se negó a formar parte de aquella sociedad que era como una rueda infinita y prefirió dedicarse a aprender bengalí y persa. Gracias a su traducción llegó por primera vez a los lectores anglosajones la maravillosa autobiografía de Babur, el primer emperador mogol de la India. (El hijo de Annette, William, fue años después el padre del estado del bienestar británico).

Ya en los últimos años del Raj, durante la Segunda Guerra Mundial, Ursula Graham Bower se encontró en la frontera entre la India y Birmania, al mando de un grupo de exploradores del país, encargada de recoger y pasar información sobre los japoneses. La revista *Time* la describió, con razón, como una mujer que parecía una actriz de película, y provenía de una familia británica bien relacionada; ella había llegado a la India en la década de 1930 para visitar a una amiga y a su hermano, que tenía un cargo en el Indian Civil Service por la región noriental. Estando allí, fueron de excursión a una zona montañosa cercana a Kohima, la capital de la provincia, y cuando vio por primera vez al pueblo de los naga, y el paisaje montañoso a lo lejos, a Ursula le sucedió algo: "El panorama me atrajo como no recuerdo que lo hubiera hecho ninguna otra cosa antes, con una fuerza que trascendía el cuerpo, un poder que no era de este mundo". Sintió que volvía a integrarse en un mundo del que inexplicablemente se había desgajado.

La comunidad británica de esa región y gran parte de los oficiales pensaron que se había vuelto loca por querer vivir en aquellos montes ella sola, pero Ursula no los tuvo en cuenta. Se hizo fotógrafa y antropóloga, con el estímulo de los estudiosos británicos,

y se dedicó a registrar la vida y las costumbres de los naga. Esos pueblos tribales, como los llamaba el gobierno, tenían fama de ser salvajes e inaccesibles, e incluso de cortar cabezas, pero ella se fue ganando poco a poco su confianza y con el tiempo incluso su amistad, entre otras cosas gracias a que puso un pequeño dispensario pero sobre todo, creo yo, porque se le notaba que sentía aprecio y confianza hacia ellos. Algunos incluso la veían como la reencarnación de una diosa de su pueblo.

En 1942, cuando las tropas japonesas arrasaban Asia y cruzaban Birmania en dirección a la India, a Ursula le pidieron que guiara a un grupo compuesto de líderes tribales de la zona, encargado de recoger información muy útil para la guerra. Su contribución fue valiosísima, y ayudó al ejército británico a prepararse para la gran ofensiva japonesa de 1944 contra Kohima. Si esta ciudad hubiera llegado a caer, hubieran quedado cortadas las cruciales rutas de suministros que partían de la India para liberar China bajo Chiang Kai-shek, y es más que posible que este último hubiera firmado la paz. También la India habría quedado amenazada y, como esperaban los japoneses, habrían surgido movimientos nacionalistas en contra de los británicos. Ursula Graham Bower y su grupo les brindaron a los británicos parte de la información que su mando necesitaba desesperadamente: el tamaño de las fuerzas japonesas, su disposición y su equipamiento. (Los japoneses se lo pagaron con el halago de ponerle precio a su cabeza). Cuando acabó la guerra, Ursula recibió diversos honores, entre ellos la medalla en memoria de Lawrence de Arabia. Para entonces ya había conocido a su futuro marido, un inglés tan poco convencional y tan amante de las montañas como ella. La pareja se casó en Shillong, pero tuvo que repetir la ceremonia bajo los ritos naga para que sus amigos de las tribus acabaran por fin aprobando la unión.

Entre los grandes aventureros de los siglos XIX y XX hay muchas mujeres, quizá porque se hallaban ya curtidas y reforzadas tras superar los obstáculos que les ponía la sociedad en razón de su sexo. Pensemos en Gertrude Bell, apodada "la reina del desierto", que recorrió gran parte de los actuales Siria e Irak en los años

previos a la Primera Guerra Mundial, cuando estos países aún formaban parte del imperio otomano; o en Dervla Murphy, que viajó en bicicleta desde la India hasta Europa ella sola en la década de 1960 (y todavía vivió muchas más aventuras desde entonces); o en Dorothy Carrington, hija de un destacado general británico, que se fue a vivir a Córcega en la década de 1950, explorando la isla y sus rincones más ignotos cuando aún era osado y peligroso hacerlo; o en Freya Stark, que realizó grandes viajes por oriente próximo y Afganistán, cruzando este país y luego Irán a bordo de un Land Rover cuando tenía setenta y muchos años, y luego visitó Annapurna a caballo bien cumplidos los ochenta. Curiosamente, estas intrépidas mujeres no siempre han sido muy feministas: cuando cumplió setenta años, Freya Stark invitó solo a hombres a la cena de celebración, y Gertrude Bell por su parte se oponía al voto femenino y despreciaba a la mayor parte de las mujeres que había conocido: "Qué pena –exclamó en cierta ocasión, bien alto, frente a una novia el día de la boda– que unos jóvenes ingleses tan prometedores vayan y se casen con estas chicas tan bobas".

Y aunque algunas de estas viajeras se conformaban con explorar y observar, otras, como la propia Gertrude Bell, se implicaron apasionadamente en los asuntos de esos otros mundos con los que se encontraban, en su caso el del medio oriente árabe. Bell había pasado allí mucho tiempo en los años previos a la Primera Guerra Mundial, gracias a su padre, que era rico y tolerante, y llegó a conocer a muchas personas clave tanto entre los árabes como entre los británicos, por ejemplo a T. E. Lawrence, que junto con ella tendría un papel destacado en la creación del nuevo mapa de la región en la posguerra. Las autoridades mostraron buen criterio al reconocerle a Gertrude Bell su excepcional conocimiento y su experiencia, y en 1915 le dieron un puesto en los servicios de inteligencia del ejército británico. Bell era una mujer muy inteligente, segura de sí misma y de carácter dominante; su esperanza era que se crearan unos estados árabes nuevos a partir de los restos del naufragio del imperio otomano, y uno en particular, muy grande y con su centro en Mesopotamia, en las tierras que separan los ríos

Tigris y Éufrates. En parte, lo consiguió: siendo prácticamente la única mujer que tomó parte en los acuerdos de paz que pusieron fin a la guerra, hizo campaña entre los mandatarios de París y desempeñó un papel importante en la creación de lo que luego sería Irak ("el país bien fundado"). Redactó gran parte de la constitución de la nueva nación sobre una tablilla de madera en Bagdad, y eligió personalmente a su nuevo gobernante, Faisal, el príncipe hachemí que había luchado en el bando de Lawrence contra los otomanos durante la revuelta de los árabes. Pero no consiguió todo lo que anhelaba: la fundación de ese nuevo país no sirvió para contener el movimiento nacionalista árabe ni para reforzar la influencia británica sobre ese pueblo como ella esperaba. De hecho, más bien sucedió al contrario: los nacionalistas árabes fueron viendo cada vez más a los británicos como sus principales oponentes, y Faisal demostró tener criterio propio. Poco a poco, fue dejando a Bell de lado, y en 1926 ella se suicidó. En los últimos años, hemos redescubierto a esta mujer gracias a varias biografías nuevas, y a una película, *La reina del desierto,* que protagoniza Nicole Kidman.

También Edith Durham se hallaba en París cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, y también ella hizo presión entre los estadistas mundiales a favor de un rincón del mundo que conocía bien y amaba, pero nadie la escuchó como sí escucharon a Gertrude Bell. Edith Durham no tenía los mismos contactos, ni la influencia ni el glamour. Además, la causa que se había buscado no era el oriente próximo, con su petróleo y su gran valor estratégico, sino un país balcánico pequeño y pobre, Albania. Y aunque también se ha escrito una biografía sobre ella, y se la menciona algunas veces en las historias de los Balcanes, no es probable que se ruede nunca una película sobre su vida. Ella y su causa resultan menos importantes, en suma, aunque como personaje sea igual de fascinante.

Edith Durham, como Bell, se saltó las convenciones y las expectativas de su familia y arrostró los peligros de viajar por una parte del mundo que les resultaba ignota a casi todos los foráneos.

Los Balcanes (en los que se suele incluir la franja montañosa que se extiende en dirección sur desde Serbia, Rumanía y Bulgaria hasta el mar Egeo) ocupan el flanco sureste de Europa, pero se trataba de una zona muy atrasada y mal comunicada, donde los viajeros no se animaban a entrar. Y, dado que sus gentes estaban desde el siglo XVI sometidas al dominio del imperio otomano, se las consideraba distintas, algo extraterrestres. Tuvo que llegar el siglo XIX para que poco a poco las naciones balcánicas fueran liberándose del poderío otomano y empezaran a modernizarse, y fue entonces cuando se enteraron de su existencia los demás europeos, entre ellos Edith Durham. Como le había sucedido a Bell con el oriente, Durham se enamoró de la cultura de esos países y se dedicó por entero a estudiar a esas gentes que iba descubriendo, y a ayudarles en lo posible.

Durham, como muchos exploradores (Gertrude Bell incluida) era valiente, cabezota, leal para con sus amigos, y tenía un carácter exasperante. Por desgracia para ella estuvo locamente enamorada de un hombre al que ella no le interesaba nada, y de un pueblo, el albanés, al que nunca pudo ayudar tanto como hubiera deseado. En una fotografía de juventud se la ve como una mujer muy atractiva, con un perfil precioso, la boca sensual y la melena espesa y oscura, pero de mayor ya no tenía tan buen aspecto. Tampoco es que le diera mayor importancia: al contrario que a Gertrude Bell, que siempre iba a la última moda de Londres, a Edith Durham le bastaba con ponerse lo primero que encontrara a mano y le sirviera. Aubrey Herbert, el hijo menor del conde de Carnarvon, la conoció en el verano de 1913, cuando ambos se dedicaban a labores de ayuda humanitaria con los refugiados balcánicos, y se la describió así en una carta a su esposa: "Lleva el pelo corto como un hombre, y tiene acento *cockney* y una mirada que parece desnudarte; es una mujer lista, agresiva y competitiva, pero lo cierto es que ha hecho mucho por esta gente". Aquel joven y carismático aristócrata (en él se inspiró el escritor John Buchan para el personaje del héroe en su novela *Los treinta y nueve escalones)* y aquella señora inglesa de mediana edad y malos modos llegarían a desarrollar a pesar de todo

un respeto mutuo y una especie de amistad, cooperando por el bien de los albaneses.

Edith Durham nació en Londres en 1863, dentro de una respetable familia de clase media; fue la mayor de nueve hermanos, todos los cuales, por alguna razón, tuvieron la oportunidad de estudiar menos ella. Edith hizo sus pinitos artísticos, pero sus hermanos varones estudiaron medicina o ingeniería, y dos de sus hermanas fueron al Girton College de Cambridge. Parece que cuando el padre, que era un cirujano prestigioso, murió de repente, la familia decidió que Edith era la más indicada para quedarse en el hogar familiar y cuidar de su madre, que para entonces ya no se valía por sí misma. Según contó más tarde, Edith se sentía atrapada: "Veía ante mis ojos el futuro como una sucesión infinita de años grises y monótonos, sin esperanza de escapar". Se iba sintiendo cada vez más deprimida, y en 1900 se derrumbó. El médico le recomendó viajar para evadirse, y la familia acordó que debía pasar dos meses al año alejada de su madre. Pero no debieron de esperarse que Edith eligiera para su recuperación un destino como los Balcanes, la zona más anárquica y turbulenta de Europa.

Según parece, si se fue allí fue entre otras cosas por una especie de bravuconería desesperada –"una bala hubiera sido una vía de escape"–, pero sobre todo porque la región le pareció exótica, misteriosa y apasionante, como el escenario de una época histórica mucho más remota. Además, representaba un enorme contraste con su vida londinense, tan formal y asfixiante. Y aunque se quedó un poco decepcionada al contemplar por primera vez las costas dálmatas, donde los austriacos habían impuesto su ley y orden, afanándose en llevar hasta allí los grandes placeres de la civilización, como el alcantarillado y la planificación urbanística, enseguida descubrió el paisaje montañoso de Montenegro, "una desolación tan completa, una naturaleza virgen tan despojada", y luego el del norte de Albania, alto y remoto. La canción que cita al principio de su libro más conocido, *Alta Albania,* recoge toda la fascinación que ejercieron los Balcanes sobre ella:

Ay, ya estamos otra vez en los Balcanes,
ya vuelven la felicidad y el dolor.
Y si quema, o si sopla, o si nieva, qué:
ya estamos otra vez en los Balcanes.
Otra vez aquí, donde el más rápido puede mañana
estar muerto, con una bala en el corazón o en el cerebro.
Otra vez aquí, donde las pasiones son veloces y rojas.
¡Ay, ya estamos otra vez en los Balcanes!

Para cuando murió su madre, en 1906, dejándola por fin libre de pasarse en los Balcanes todo el tiempo que quisiera, Edith Durham ya se había ganado fama de viajera formidable y de ser una de las principales expertas en la región como escritora. Recorrió todas las demás partes europeas del imperio otomano, como Macedonia o la zona rural de Albania, las provincias austriacas de Bosnia-Herzegovina y los estados independientes de Serbia y Montenegro, muchas veces sola, con la única compañía de un guía. En algunos de esos lugares fue la primera persona extranjera, y desde luego la primera mujer, que visitaba algunas iglesias o monasterios remotos. Y nunca le molestaron, e incluso le gustaban, las incomodidades ni los peligros de andar recorriendo aquellos caminos llenos de barro a lomos de una mula. Durmió en sembrados, en graneros o en posadas sucias, y se tomaba muy poco en serio los relatos de bandidos o de campesinos hostiles. En uno de sus libros escribió, en tono ligero: "A pesar de todo lo salvajes que son los albaneses, siempre me han dicho que jamás atacan a las mujeres". Y allí donde iba la rodeaban multitudes de curiosos que la aseteaban a preguntas: ¿por qué no estaba casada? ¿Era de verdad prima del rey de Inglaterra?

Aunque su primer libro trataba sobre Serbia, en realidad nunca les tuvo gran simpatía a los ciudadanos de ese país, que al contrario que los guapos "gigantes" de Montenegro le parecían bajitos, poco atractivos y además aburridos, siempre bebiendo vasos de agua. En 1904 consiguió visitar Macedonia, donde dirigió un hospital y estuvo al cargo de las labores de ayuda humanitaria para los albaneses

refugiados que habían sido salvajemente expulsados de sus tierras tras una rebelión abortada contra los otomanos. Al final, los macedonios le resultaron de lo más irritantes, y le ponían furiosa sus supersticiones. Durante un tiempo su país balcánico favorito fue Montenegro, y llegó a hacerse amiga de su rey, Nicolás, un anciano taimado con el que se sentaba a charlar durante horas en su palacete, aunque lamentaba los detalles modernos que iban apareciendo por allí, como el alumbrado eléctrico en la avenida principal de Cetinje, la capital, o la fundación de un periódico. "Ahora Montenegro será menos feliz", dijo. Para ella, los países balcánicos más felices eran los que tenían menos diarios.

Hacia 1911 ya había abierto los ojos respecto al rey Nicolás, y sospechaba que estaba intentando incrementar el poder y las tierras de su dinastía. Después de que los otomanos sofocaran de la forma más brutal una rebelión en Kosovo, Durham trabajó en Montenegro prestando ayuda a la iniciativa humanitaria de los aliados para llevar alimentos y ropa a los refugiados, casi todos albaneses. Cosió camisas y fabricó zapatos en su habitación de hotel, que en verano empezó a apestar a cuero mal curtido. Se quedó espantada cuando se vio que Nicolás estaba dispuesto a abandonar a los refugiados y a hacerse con todo el territorio albanés posible arrebatándoselo a los otomanos. En el curso de las guerras balcánicas de 1912-1913 llegó a odiar al rey y a sus súbditos por las crueldades que cometieron contra los albaneses. Según un testigo, lo que la hizo cambiar de opinión para siempre fue ver a un guerrero montenegrino que llevaba en su bolsa, a modo de botín de guerra, sesenta narices humanas. A partir de entonces, dedicó sus desvelos y su intensa energía a la causa de la independencia de Albania.

Los albaneses como pueblo ya le habían interesado desde la época de sus primeros viajes a los Balcanes. En 1900 había visto las montañas del norte del país a lo lejos, sintiendo el anhelo de ir a conocerlas. Al año siguiente, se unió a un grupo de franceses que estaban de viaje en dirección a Scutari, la actual Üsküdar, cruzando el lago Ocrida. Scutari tenía entonces importancia como ciudad comercial, pero pocos extranjeros la habían visitado. Al atracar el

barco en el que llegó allí, los franceses desaparecieron y con solo un niño pequeño a modo de guía ella tuvo que ponerse a recorrer las calles de la localidad buscando un hotel. "No te podrías hacer una idea de lo que era aquella multitud rabiosa de salvajes", escribió, tras encontrarse en mitad de aquellos montañeses feroces "armados hasta los dientes con unos magníficas armas de plata", y con las mujeres cristianas de la localidad vestidas "de blanco y carmesí, con multitud de monedas, botones de plata y bordados". Todo la dejó abrumada: "Aquellos harapos indescriptibles, la sordidez y la belleza, los montones de pieles recién desolladas tostándose a pleno sol, el estrépito de las bestias de carga al paso, las cabras, el ganado, las carretas de bueyes y el polvo". Todo le encantó.

En 1904 tuvo por fin la oportunidad de hacer una larga expedición subiendo las montañas del norte de Albania. Esta vez su solitario acompañante fue un cristiano albanés que iba repartiendo biblias, lo cual era una actividad potencialmente peligrosa en un país que aún formaba parte del imperio otomano, y donde la mayoría de los propios albaneses aún eran musulmanes. "Yo soy la primera inglesa que recuerdan aquí los vivos –dijo muy orgullosa tras visitar cierta localidad–, y muy pocos extranjeros, del país que sea, han estado antes". Los albaneses le dispensaron una acogida muy cálida, pensando que sería rica y poderosa, y ella les correspondió con un afecto cada vez mayor. La fascinaron aquellos pueblos remotos, con una forma de vida que se conservaba desde hacía siglos, especialmente en lo que ella denominaba la Alta Albania. Y llegó a sentir el mismo rencor que ellos, los habitantes ilirios originales de los Balcanes, por haber sido desplazados al cabo de los siglos a causa del avance de los eslavos. Se dedicó entonces a intentar explicar la situación de estas personas al mundo exterior, esperando recabar apoyos para la causa de la independencia de Albania respecto al imperio otomano. También ella se temía, como los primeros nacionalistas albaneses, que los estados balcánicos ya independientes de Serbia, Grecia y Montenegro iban a arrogarse para sí los territorios donde vivían los de Albania a medida que el imperio otomano fuera perdiendo cada vez más su poderío.

En 1908, Edith Durham hizo una serie de viajes por las zonas montañosas para recabar material destinado al libro que luego publicaría con el título *Alta Albania* y que contenía, casi por primera vez, una historia del país, junto con un serio trabajo de etnografía, analizando las tribus, los mitos y las costumbres de aquella zona. La obra está ilustrada con fotografías hechas por ella y con sus bocetos en los que se ve la gente y sus vestimentas, e incluso los distintos cortes de pelo que usan los hombres. También se extiende explicando los distintos tatuajes que lucen las mujeres, según cree ella siguiendo una antigua costumbre irilia, y trata de explicarse la acendrada práctica de las reyertas familiares. El libro despertó bastante controversia: hubo quien la acusó de exagerar la brutalidad de la vida en los Balcanes y quien pensó que no mostraba la debida desaprobación. Según una reseña: "Hay, casi en cada página, relatos sobre hombres a los que disparan, o que están a punto de disparar, o de hombres que se regodean narrando los asesinatos que cuentan en su haber. Miss Durham parece compartir esta exaltación del asesinato".

Pero ella no se desanimó. Sentía cada vez más profundamente que su destino estaba en ayudar a los albaneses, que para ella eran personajes románticos, los sempiternos perdedores, un pueblo sin amigos, con demasiados enemigos, con demasiadas divisiones internas, y con unas tierras que todos sus vecinos codiciaban. Y sin embargo, los albaneses, partidos entre los cristianos y los musulmanes, entre los del norte y los del sur, y separados por las rivalidades entre familias, eran incapaces de unir su voz: a Durham esto la hacía sentir furiosa y descorazonada, y se temía que estas disensiones internas acabaran por entregar a los albaneses a manos de sus predadores vecinos. Le resultaba muy gratificante que la llamaran "la reina de Albania" y la acogieran con tantas reverencias allí donde iba, así que se puso como objetivo el liberar a los albaneses del dominio otomano y conseguirles un país para ellos mismos. Se daba cuenta de que la mezcla de población en los Balcanes hacía muy difícil el delimitar las fronteras, pero quería

pensar que esas nacionalidades y religiones serían capaces de unir sus esfuerzos.

Edith Durham se alió entonces con Aubrey Herbert y fundaron la Anglo-Albanian Society. En 1912, cuando la primera guerra de los Balcanes desplazó a miles de albaneses hacia Grecia, Serbia y Montenegro, la extraña pareja empezó a mover hilos en Londres a favor de la independencia de Albania. Y cuando las grandes potencias, que tenían sus propias razones para ello, se mostraron de acuerdo con la iniciativa, la Anglo-Albanian Society siguió con sus llamamientos para conseguir que Grecia no le arrebatara a Albania más terreno en su región sur.

En 1914, el estallido de la Primera Guerra Mundial obligó a Edith Durham a volver a Inglaterra. Ya en el barco, a punto de zarpar desde el puerto albanés de Vlorë, se sintió completamente sola entre los demás pasajeros. "Hacía años que no estaba entre una multitud de ingleses –escribió–, y me parecieron una raza extranjera". Al llegar a su país, se deprimió viendo que Inglaterra luchaba en el mismo bando que Serbia, el país que odiaba. Dedicó los años de la guerra a escribir su libro *Veinte años de embrollo en los Balcanes,* para explicarles la región a los extranjeros. Al acabar la guerra, ella y Herbert hicieron todo lo posible para defender los intereses de Albania en los acuerdos de paz. Exigieron, sin conseguirlo, que se les permitiera a unos representantes albaneses viajar a París para hablar ante la conferencia de paz. Tuvieron más suerte en otra de sus demandas, la de que se admitiera a Albania en la Sociedad de Naciones.

En 1921, con la salud muy deteriorada por los largos años de duros viajes, Edith Durham visitó Albania por última vez. Allí la recibieron calurosamente y vio algunos lugares a los que les habían puesto su nombre, pero sintió también tristeza: no le gustaban los muchos signos de cambio que se veían, ni los muchos extranjeros que ahora vivían y trabajaban en el país. "Con forasteros allí, Albania no parece Albania", escribió. Ya no regresó nunca. Siguió trabajando por el país cuanto pudo durante el resto de su vida, pero en los reducidos círculos británicos donde había algún interés hacia ese

país cada vez la veían más como una cascarrabias, una persona descolgada del resto de la opinión pública británica. Murió en 1944, pensando con optimismo que el final de la guerra traería consigo mejores tiempos para Albania. Tuvo la suerte de no ver la larga agonía que sufrió el país bajo la mano de hierro de uno de los dictadores más terribles y estrafalarios del comunismo.

Con motivo de la muerte de Edith Durham, el rey exiliado Zog de Albania, al que ella nunca le había tenido ninguna simpatía, le brindó un epitafio generoso: "Los albaneses nunca han olvidado, y nunca olvidarán, a esta dama inglesa. El eco de su muerte se oye de cumbre a cumbre en las montañas que conoció tan bien". Durante el periodo comunista, los dirigentes hicieron que cayera en el olvido, pero al llegar de nuevo la democracia, en la década de 1990, volvió a recordarse su nombre, y ahora vuelve a verse en las calles y en las escuelas de Albania.

Si la historia es una casa, se trata de una casa en la que se tienen bien a la vista, colgados en las paredes, los retratos de algunos antepasados, mientras que otros quedan relegados a los trasteros y las buhardillas llenas de polvo. Hoy recordamos a Gertrude Bell porque contribuyó a dar forma a Irak y al oriente próximo de nuestros días, aunque ahora ese legado se esté haciendo añicos. Edith Durham tuvo un papel menor en la emergencia de la Albania independiente en 1912, y con eso se ha ganado su humilde lugar en la historia reciente de los Balcanes. La curiosidad, la osadía, el deseo de explorar unos mundos extraños, son cualidades admirables que sin embargo no garantizan por sí mismas la fama a largo plazo. Elizabeth Simcoe estaba casi completamente olvidada en Canadá hasta que en la década de 1960 se volvió a descubrir y publicar su diario; la sociedad canadiense no había conservado su recuerdo. La autobiografía de Fanny Parkes, que se editó en 1850, estuvo descatalogada hasta la década de 1970, y no la conocía sino un grupito de gente, como yo misma, que estudiaba la historia de los británicos en la India. Y sin embargo, lo que todas ellas hicieron,

quedara para la posteridad o no, fue dar testimonio de sí mismas y de los mundos en los que se movieron. Nos llaman la atención desde el pasado y tratan de recordarnos que fueron seres humanos iguales que nosotros, y gracias al legado de sus escritos nos permiten escribir historia.

V

OBSERVADORES

El 17 de mayo de 1824, un grupo de hombres se reunió alrededor de la chimenea, en la sala de juntas de la casa editorial de John Murray. La empresa, que aún existe, era por entonces relativamente nueva, pero ya tenía buena fama de publicar a autores notables, entre ellos Jane Austen y sir Walter Scott. También eran los editores del famoso Lord Byron, cuyas memorias eran el objeto de la reunión en aquel día primaveral. Byron, que ya había tenido que irse de Inglaterra por culpa de sus despilfarros, había pergeñado a toda prisa el manuscrito unos pocos años antes, "en mi mejor y feroz estilo Caravaggio", y después se lo había enviado a su amigo Thomas Moore para que se lo custodiara. Y este tenía que decidir ahora qué hacer con el texto, ya que Byron había muerto a principios de ese mes, en Messolonghi, durante una tregua de la guerra de Independencia de Grecia.

Moore y alguno de los otros habían leído ya la autobiografía. En opinión de lady Caroline Lamb, una de las muchas amantes de Byron, "no vale gran cosa: es un simple cuaderno de notas". Lord John Russell, un destacado político liberal, pensaba que las descripciones de Byron sobre su juventud y sobre el tiempo que había pasado en Grecia estaban "admirablemente escritas", aunque reconocía que "hay tres o cuatro páginas demasiado groseras o indiscretas para publicarlas". Esto, el carácter obsceno y el posible escándalo, era lo que le preocupaba a John Hobhouse, íntimo amigo de Byron y aspirante a poeta a su vez. Pero mientras la reputación de Byron había ido de mal en peor, Hobhouse había llegado a parlamentario y ocupaba una posición cada día más respetable. Es

posible que estuviera preocupado por que la publicación del libro le perjudicara, o quizá que le guardara rencor a Byron por haber llegado a mucho más que él como poeta. Tiempo después, Hobhouse escribió: "Una vez superado el primer acceso de pena, decidí darme toda la prisa posible para cumplir con mi deber: preservar lo único que quedaba de mi querido amigo, su fama". Y sabía que tenía de su parte a dos mujeres de fuerte carácter: Annabella, la esposa de Byron, de quien se hallaba separado; y la hermanastra del escritor, Augusta Leigh, que según creía todo el mundo había tenido una aventura con él. Ambas habían enviado a un representante a la reunión. Moore venía sosteniendo la opinión de que se debían conservar las memorias, aunque las guardaran a buen recaudo durante unos años, pero ya nadie se puso de su parte: John Murray cedió bajo la presión de los familiares y amigos de Byron, así que Moore tuvo que quedarse mirando cómo arrancaban las hojas del manuscrito y las tiraban a la chimenea. Los biógrafos, los historiadores de la literatura y los amantes de la narrativa lujuriosa siguen lamentando la pérdida de ese libro hasta hoy.

Existen en la historia muchos ejemplos similares de testimonios que se destruyeron o que fueron cuidadosamente cribados y corregidos, bien para salvar la reputación de alguien muerto o para no crearles problemas a los vivos. La hermana de Jane Austen quemó las cartas de la escritora, nunca se ha sabido bien por qué. La viuda de otro famoso calavera, el gran explorador sir Richard Burton, afirmó que su difunto marido se le había aparecido ante la chimenea, en 1891, justo cuando ella se estaba preguntando qué hacer con sus papeles, que entre otras muchas cosas contenían unas descripciones muy gráficas de las prácticas sexuales que había presenciado durante sus exploraciones por oriente próximo y la India. "¡Quémalos!", le dijo la visión, y así lo hizo ella. El poeta Ted Hughes destruyó el último diario de Sylvia Plath porque no quería que sus hijos pudieran leerlo. Thomas Hardy echó al fuego los que él llamaba los "diarios diabólicos" de su primera mujer, y a la segunda le dictó su propia biografía, que debía publicarse a su muerte como si fuera obra de ella. El gobierno chino requisó las memorias que

escribió la tristemente famosa Madame Mao durante sus últimos años, que pasó en la cárcel, y no se sabe qué se ha hecho de ellas. A veces los archivos y bibliotecas –la memoria colectiva de un pueblo– se convierten en objetivo deliberado durante una guerra. Cuando estalló el conflicto en Yugoslavia, durante la década de 1990, los nacionalistas serbios bombardearon la biblioteca nacional de Bosnia en Sarajevo. Testigos presenciales me contaron que vieron manuscritos otomanos de valor incalculable volando por los aires antes de desintegrarse, convertidos en ceniza, ante sus ojos.

Los ratones, las hormigas, el fuego y las inundaciones destruyen tantos archivos como los seres humanos. Cuando se empezaron a imprimir los libros y los periódicos en papel de pulpa se consiguió venderlos con un precio accesible a las capas más pobres de la sociedad (haciendo ricos a los barones madereros canadienses), pero desde entonces son una preocupación constante para los archiveros. Yo he consultado en algunas bibliotecas periódicos del siglo XIX con las páginas amarillentas que se me iban desintegrando entre los dedos. Y hasta cuando los lotes de papeles personales valiosos llegan a conservarse, a veces los encargados de custodiarlos, que suelen ser de la familia, restringen el acceso a ellos o se niegan a dejar que nadie los vea. Durante muchos años el nieto de James Joyce, Stephen, mantuvo una agresiva campaña destinada a controlar todo lo escrito por su abuelo, incluso su obra ya publicada. Demandó o amenazó con demandar a los biógrafos o críticos literarios que pretendieran citar un texto de Joyce; tampoco podían incluirse textos suyos en antologías, y ha sido prácticamente imposible adaptar sus escritos al teatro o siquiera leerlos en público. Y dejó horrorizado al público de un congreso de expertos, en Venecia, anunciando con gran orgullo que había destruido todas las cartas que él y su mujer habían recibido de Lucia, la problemática y triste hija de Joyce. Cuando gran parte de los derechos de este escritor pasaron a dominio público, en 2012, hubo un suspiro de alivio colectivo.

En otras ocasiones, por suerte para la posteridad, hay albaceas, como los de Mackenzie King, que pasan por alto los deseos expresos

del fallecido. La historia de Canadá sería mucho menos rica si los diarios de King se hubieran volatilizado. Y, para equilibrar la triste lista de los testimonios que se destruyeron, o que simplemente desaparecieron sin dejar rastro, tenemos algunos ejemplos de los que se salvaron o aparecieron por pura buena suerte. En 1967, un catedrático estadounidense fue a una villa cerca de Florencia para visitar a un barón italiano y preguntarle si sería posible que tuviera algún documento perteneciente a su tío abuelo Sidney Sonnino, que fue ministro de Asuntos Exteriores de Italia durante gran parte de la Primera Guerra Mundial y los primeros años de la posguerra. El barón le ofreció al profesor una copa de chianti y le dijo que quizá pudieran mirar en un armario que tenían arrumbado. Allí dentro aparecieron catorce baúles viejos que resultaron contener la correspondencia oficial de Sidney Sonnino, además de sus diarios, cartas y otros escritos. Paul Mantoux, el jefe de los intérpretes franceses en la conferencia de Paz de París, desobedeció las órdenes y conservó el registro completo de las conversaciones entre los cuatro principales estadistas del mundo: el presidente estadounidense Woodrow Wilson, Georges Clemenceau, David Lloyd George y Vittorio Orlando, primeros ministros respectivamente de Francia, Gran Bretaña e Italia. Mantoux hizo dos copias y las depositó en el ministerio de Asuntos Exteriores francés, pero allí acabaron entre el montón de documentos que se quemó en el patio del Quai d'Orsay durante el avance de los alemanes hacia París en 1940. El propio Mantoux huyó en dirección sur, junto con gran parte del gobierno francés, dejando la tercera y última copia en su casa. Tiempo después consiguió que un amigo fuera allí para recuperarla y esconderla en los sótanos de la facultad de Derecho, donde estuvo hasta la liberación de París. Si no tuviéramos hoy esa transcripción de las conversaciones de 1919, no entenderíamos las negociaciones que cambiaron el mundo del siglo xx.

El material a partir del que se construye el pasado por parte de los historiadores se ha vuelto cada vez más ecléctico: ahora usamos los hallazgos de la arqueología, la biología o la antropología. Leemos las inscripciones y las efigies de las tumbas, las monedas o los

cuadros. Analizamos las actas de los tribunales, de la hacienda o del gobierno. Y para los episodios históricos más recientes nos servimos de todo tipo de fuentes, desde los periódicos hasta las películas pasando por Twitter. Y sin embargo, seguimos necesitando las voces individuales, que nos den el sentimiento y la textura del pasado, y la descripción y las historias de su gente: lo que la historiadora estadounidense Barbara Tuchman llamó en cierta ocasión "el detalle corroborativo", el que nos fija un momento o a una persona. Lo que recogen este tipo de observadores, muchas veces sin intención de hacerlo, nos brinda un conocimiento mucho más profundo de los valores y las ideas aceptadas en un momento, clase, familia o lugar determinados. Muchos de los grandes observadores de la historia, como el duc de Saint-Simon en la corte de Luis XIV, asistían a los hechos desde una posición lateral, mientras que otros –el emperador de los mogoles Babur, por ejemplo– cambiaron la historia. Lo que tienen todos en común es una curiosidad insaciable sobre el mundo y sus habitantes, el ojo avizor para los detalles significativos, la capacidad de ver lo absurdo en gran parte de los asuntos humanos, el sentido de la ironía y, sí, la afición al chismorreo. Y, como factor crucial, la decisión de tomar nota de lo que vieron. Sin sus testimonios escritos nuestro conocimiento del pasado sería mucho más pobre. (Y yo debo confesar que siempre hay algo muy placentero en hacer lo que en la vida cotidiana uno no debe: leer las cartas y los diarios privados de los demás, en nombre de la investigación).

Los mejores diarios y autobiografías son muchas veces los que escribieron los personajes menores, los que no tienen tantas cuentas que ajustar como los poderosos, y que además posiblemente se preocupen menos por lo que la posteridad piense de ellos. Según parece, Samuel Pepys, un funcionario inglés que empezó a escribir su diario en 1660, nunca tuvo la intención de que nadie lo leyera, y habla de sí mismo y de su vida diaria sin el menor pudor, detallando y describiendo todo tipo de cosas: sus sentimientos, sus

enfermedades, sus comidas, sus ropas, amigos, sirvientes, esposa y gato. En ocasiones bebe demasiado, discute con su mujer y se porta mal con los amigos. O se siente culpable por sus infidelidades, pero las comete. Es testigo además del final de la Commonwealth y de la restauración de la monarquía. Toma nota de los rumores que hay en la corte y está muy atento a quién sube y quién baja en el gobierno. En 1665, cuando Londres sufre el último gran ataque de la peste, él está allí, y también al año siguiente, cuando el gran incendio reduce a cenizas buena parte de la ciudad. Sin los diarios de Pepys, no tendríamos nunca un retrato tan completo de la vida durante el reinado de Carlos II. Y no hubiéramos podido conocer nunca a este ser humano tan fascinante, tan irritante y tan lleno de encanto.

Una generación más tarde, y al otro lado del Canal, el duc de Saint-Simon se dedicó a recoger pormenorizadamente los chismorreos de la corte de Luis XIV. Su extensa autobiografía resulta poco amable y hasta amarga en muchos momentos, pero nos brinda un relato incomparable de cómo se vivía entonces en el nuevo palacio de Versalles, entre los rumores incesantes sobre quién tenía en cada momento el favor del rey Sol y quién no. Allí sucedían discusiones absurdas sobre las prelaciones, sobre quién tenía derecho a sentarse en presencia del rey o quién podía encargarse de pasar la limosnera durante la misa. Saint-Simon observó muy de cerca al propio rey y a quienes lo rodeaban. Le parecía encantadora la princesita de Saboya a la que habían llevado a Francia con doce años para casarla con el nieto y heredero de Luis (aunque el rey estipuló magnánimamente que no se consumara el matrimonio hasta un par de años después), y escribió sobre ella: "Era de apariencia corriente, con una frente saltona incompatible con la belleza, la nariz insignificante, y una boca gruesa y sensual, pero el perfil de su melena y sus cejas castañas estaba bien delineado, y tenía los ojos más bonitos y expresivos del mundo. Los pocos dientes que le quedaban a la princesa estaban muy estropeados, pero ella era la primera en destacarlo y en reírse de ello". A Saint-Simon le hizo mucha gracia verla en la recámara del rey, charlando alegremente con él y con sus ayudantes, mientras su antigua niñera le levantaba

el vestido por detrás para ponerle una lavativa. Cuando la princesa enfermó y murió de repente, también tomó nota de los rumores que corrían sobre un posible envenenamiento.

Saint-Simon odiaba a Luis XIV y se deleitaba en detallar sus muchos actos de egoísmo, por ejemplo cuando en cierta ocasión se empeñó en que su nieta preferida lo acompañara a hacer una excursión a pesar de que la joven estaba teniendo un embarazo con muchas molestias. Cuando perdió el hijo, según escribió Saint-Simon, el rey no mostró ningún síntoma de arrepentimiento, como era característico en él. A Saint-Simon también le espantaba Versalles, por incómodo e insalubre: "Belleza y fealdad, amplitud y mezquindad, todo en grosera mezcolanza". En sus notas aparecen cortesanos que orinan en los pasillos y una duquesa desesperada aliviándose en una capilla. Saint-Simon también se dio cuenta de que Luis había usado Versalles y su magnificencia para castrar a la aristocracia y someterla: "Ha utilizado estos medios de forma deliberada y ha conseguido que todos sean más pobres, porque hizo que el lujo se viera como algo que todos merecen". Y avisaba de que la competencia por gastar dinero en lujos innecesarios era como una plaga que se estaba extendiendo desde Versalles a toda Francia. "Este cáncer, que sigue vivo por culpa de los escalafones, el orgullo, e incluso de los buenos modales, y que se alimenta de la estupidez de los superiores, está teniendo consecuencias incalculables que no llevarán sino a la ruina y al desastre general".

Las autobiografías y los diarios sirven también a modo de correctivo de los estereotipos que todos nos creamos aunque no nos demos cuenta. En occidente, podemos desarrollar una visión muy particular de las cruzadas, hecha a la medida de las novelas y películas más populares: unos caballeros nobles que parten hacia el oriente para recuperar los lugares sagrados de la cristiandad de manos de los bárbaros musulmanes, y esta visión acaba por influir en nuestras ideas sobre el oriente próximo de hoy. Pero uno ve una imagen muy distinta cuando lee *Las cruzadas vistas por los árabes,* un librito

maravilloso de Amin Maalouf, o las memorias de Anna Comnena, que nació en 1083 y era hija del emperador de Bizancio. En los textos de Comnena vemos a las gentes de Constantinopla y del Mediterráneo oriental llenos de desprecio y consternación ante la llegada de aquellos occidentales brutos, pendencieros y codiciosos, que parecían mucho más dispuestos al saqueo y al pillaje que a la religiosidad, y que tenían un concepto totalmente primitivo de la medicina o la higiene personal.

Al acercarnos a las exquisitas miniaturas que son los retratos escritos por Babur, el primer emperador mogol de la India, lo primero que nos llama la atención es lo exótico: los hombres barbudos de turbante enjoyado y collares de perlas, sentados en un trono de mármol, tumbados en un palanquín o a lomos de su caballo, a veces con un halcón en la muñeca. Pero Babur a la vez nos dejó una forma de penetrar esa superficie rutilante para descubrir a un ser humano complicado e interesante.

Babur, nacido en 1483, fue un príncipe menor de Asia central que, tras muchas peripecias, fundó su reino en Kabul y luego, en 1526, llegó a emperador de la India, siendo el primero de una dinastía que perduró hasta 1857. En su autobiografía relata tanto su complicada trayectoria como sus propias reacciones y reflexiones, sin esconder tampoco los momentos de desánimo, cuando pensó en dejarlo todo y huir muy lejos. "Vistas todas las dificultades –se dice a sí mismo–, sería mejor irme solo mientras siga vivo [...] aunque sea a la otra esquina del mundo". Y sin embargo, volvía a la carga una y otra vez: "Cuando uno alberga la pretensión de mandar y el deseo de la conquista, no puede quedarse sentado, viendo cómo las cosas se tuercen sin cesar". Y se dice a sí mismo que al final la perseverancia tendrá sus frutos: "Es importante, cuando llega la oportunidad, no dejar que se pierda la determinación. Luego no sirve de nada lamentarse". Y sabemos que esto era lo que pensaba, y lo que formulaba con estas mismas palabras, porque, a pesar de que nadie lo hacía en su época ni su posición social, Babur escribió sus memorias.

Por desgracia, el texto de estas memorias no está completo. Tiene huecos de varios años, ya que en el curso de sus muchos y complicados vagabundeos se le perdió el equipaje, o se lo robaron, más de una vez, y además es posible que su hijo Humayun perdiera más trozos del manuscrito cuando ya el padre había muerto. En cualquier caso, lo que queda es extraordinario, no solo como texto, sino por el mero hecho de que se escribiera. En estas memorias vemos un mundo lleno de interconexiones e influencias: los guerreros de Asia central, hablando en turco, que se diseminan en todas direcciones; los de habla persa hacia el oriente, los de Afganistán arrasando por donde pasan de camino hacia la India, y en medio de todos ellos siempre los mercaderes, los artistas y los intelectuales. El propio Babur, con sus hombres y muchas veces con sus familiares, recorrió grandes distancias, desde Samarcanda hasta Herat y Kabul, y al final hasta Delhi, donde fundó la dinastía mogola. De ahí que su autobiografía sea un testimonio impagable sobre los mogoles y sobre los pueblos que conquistaron. Pero lo que más abunda en ellas, sin embargo, son las observaciones intensamente personales, los pensamientos y los puntos de vista de un guerrero, poeta y hombre, que consiguen llegarnos a pesar de los siglos de distancia. Ni en la época en que se escribieron ni durante muchos años después existió nada similar al *Baburnama,* que es como se conoce su libro. Y no se me ocurre ningún gobernante occidental que haya escrito una autobiografía similar.

Babur, como muchos otros memorialistas, declaraba no tener cuentas que ajustar con nadie: lo único que hacía era anotar lo que veía y lo que experimentaba. "No escribo esto a modo de queja –recalca–; he escrito solo la verdad. Y lo que he escrito no tiene la intención de dejarme bien a mí: solo he recogido con exactitud lo que sucedió. Y dado que en esta historia he tenido la intención expresa de escribir la verdad sobre cada asunto y de dejar testimonio solo de la realidad de cada suceso, he recogido por tanto todo lo bueno y lo malo que vi en el padre y el hermano, y he recogido el hecho cierto de todo defecto y de toda virtud de un pariente o un desconocido. Que el lector me disculpe; que el oyente

no me pida cuentas". De hecho, Babur también habla por extenso de sus propias reacciones, de sus gustos y disgustos. Y anota sus momentos de duda y sus accesos de melancolía. Por ejemplo, cuando en cierta ocasión está a punto de morir en una tormenta de nieve, yendo de Herat a Kabul, escribe un poema: "¿Se me ha ahorrado alguna crueldad o maltrato del destino? / ¿Tiene mi dolorido corazón aún alguna pena o sufrimiento que conocer?". Más ocasionalmente, también expresa vergüenza o remordimientos: en sus últimos años, dice que ojalá no hubiera escrito versos tontos y obscenos, o se pregunta si por culpa de ellos sufre de una grave fiebre que le hace escupir sangre: "¿Qué haré contigo, oh lengua? Por tu culpa sangran mis entrañas / No hay gracia que permita escribir versos humorísticos sin que unos sean falsos y otros obscenos / Si no quieres acabar en la hoguera por este delito, pon rumbo a otros parajes".

Babur también presume a veces, hablando de sus batallas y de sus hazañas físicas, o de sus míticas fiestas alcohólicas. Siendo un guerrero que pasó gran parte de su vida enfrentándose a los enemigos, tomó nota detallada de cada una de sus batallas, escaramuzas y partidas de asalto (puntualizando con orgullo que nunca cruzó la línea de atacar a sus propios pueblos). En sus escritos, trata de analizar qué fue lo que salió mal o bien, y reflexiona sobre los fallos, admitiendo por ejemplo que de joven cometió el error de permitirles a sus hombres saquear una ciudad recién conquistada, enajenándose así a sus habitantes sin la menor necesidad, cuando ya tenía suficientes enemigos: "¡Cuánto rencor y trifulcas provocó esta orden, dada sin la necesaria reflexión!".

El padre de Babur era mongol (término que en la India se convirtió en mogol), uno de los muchos descendientes de Tamerlán. La familia poseía unas tierras no muy extensas en lo que hoy es Uzbekistán, al este de Samarcanda, en el exuberante y fértil valle de Ferganá. Babur pintó un retrato muy vívido de su padre: "Era corto de estatura, con barba redonda y rostro carnoso, y estaba gordo. Llevaba la túnica tan ceñida que, para atarse las cintas, tenía que meter el estómago y muchas veces, cuando luego se dejaba ir, las

cintas acababan rompiéndose. Era un hombre poco ceremonioso, tanto en su vestimenta como en su modo de hablar". El padre murió siendo Babur aún niño, en un accidente absurdo mientras cuidaba de sus palomas, a las que adoraba: tenía el palomar instalado en la fachada de su fortaleza, a bastante altura, y súbitamente la estructura cedió y el hombre se estrelló contra una quebrada del terreno que había debajo. Babur no se resiste a hacer un agudo juego de palabras en el original túrquico, y escribe que su padre "se convirtió en halcón", que es también una metáfora de la muerte.

Así se vio Babur convertido en gobernante a los doce años, rodeado de predadores –muchos de ellos, sus propios parientes timúridas, incluido su hermanastro– que esperaban el momento de arrebatarle la herencia. Babur se pasó los diez años siguientes yendo de acá para allá, tratando de buscar un lugar seguro donde instalarse. Tomó Samarcanda en dos ocasiones, pero en ambas tuvo que irse por la fuerza. A veces, junto con su menguante banda de partidarios, estuvo cerca de morirse de hambre. Tiempo después escribió: "Tuve el pensamiento de que ir vagando de monte en monte, sin casa ni hogar, no tiene nada de recomendable". Esta posición de debilidad le resultaba humillante, y le causaba gran amargura el tener que tragarse los insultos que recibía: "Menos mi alma / ningún amigo fiel encuentro. / Menos mi corazón / ningún confidente hallo", escribió en uno de sus primeros poemas, y concluía: "Babur, enséñate / a vivir sin amor".

En 1502, un tío suyo de Taskent lo acogió por piedad, pero allí se encontró tratado como lo que era, un pariente pobre: "Soporté muchas penalidades y desgracias. Carecía de reino sobre el que reinar, y de esperanza de tenerlo". Entonces decidió escaparse a China, aunque el impulso no le duró mucho: "Desde mi niñez abrigaba el deseo de ir a Catay, pero dado que tenía que gobernar, entre otros obstáculos, nunca me fue posible". Al final venció su carácter y decidió, persiguiendo su objetivo a largo plazo, hacerse con un reino propio.

Babur estuvo siempre, durante toda su larga vida, muy orgulloso de su linaje (descendía tanto de Tamerlán como de Gengis Khan),

pero en su autobiografía se ve que se tomaba con bastante laxitud la etiqueta. Ciertamente, se fija cuando no lo reciben como es debido: cuando un primo suyo se levanta al verle entrar "como si le pesaran las piernas", y uno de sus ayudantes lo agarra por el cinturón para que él no se precipite. Sin embargo, en cierta ocasión en que otros dos primos suyos no salen a la entrada del campo para darle la bienvenida, como hubieran debido, se limita a anotar: "Probablemente no se acercaron por sufrir de resaca, tras haber gozado del relajo y el placer, y no por arrogancia ni intención de ofender". Cuando le sirven una comida con las debidas formas, siguiendo la tradición, lo anota encantado, pero añade: "Si un ancestro ha fijado una norma buena, es necesario actuar de acuerdo con ella; sin embargo, si el precedente es malo, hay que sustituirlo por otro bueno".

Cuando sus parientes conspiraban en su contra, como sucedía a menudo, Babur tendía a disculparlos por el bien de la familia, pero pasados sus años jóvenes tuvo siempre buen cuidado de no confiar mucho en ellos. Adoraba a su madre y la trataba con gran respeto, aunque no siempre la obedeció: por ejemplo, la mujer le había arreglado un matrimonio cuando él tenía diecisiete años, y Babur no sentía el menor entusiasmo por la novia. Una vez al mes, se queja, "me llevaba a visitarla con toda la ceremonia de un sobrecargo militar". Pero es posible que parte del problema viniera de que Babur se había enamorado perdidamente de un chico ("Me hice muy desgraciado por él"). Babur le escribió versos al objeto de su pasión, pero cuando tuvo la oportunidad de conocerlo "pasé tanta vergüenza que no fui capaz de mirarlo a la cara, y mucho menos de hablarle con soltura".

En sus últimos años, Babur tuvo varias esposas e hijos. Se sentía muy orgulloso del mayor de los varones, Humayun, que fue buen guerrero y un gestor competente, pero también le daba muchas preocupaciones. En una carta que le escribió tras la conquista de la India, le decía a Humayun que tenía que consultar más y aceptar consejos: "En la tarea del reinado no es conveniente buscar la soledad". También les encontraba defectos a las cartas de su hijo:

"Aunque tu letra puede leerse con dificultad, resulta excesivamente complicada. ¿Cuándo se ha visto que la prosa se escriba convirtiéndola en un enigma?". Además, la ortografía del chico dejaba mucho que desear. Y otra de sus preocupaciones era que Humayun pudiera estar poniendo los ojos sobre Kabul con deseo de apropiársela mientras aún estaba en poder de Babur: "Kabul es mi talismán", le advirtió.

En su autobiografía vemos también a un hombre que encontraba tiempo para disfrutar cazando, escribiendo poesía y haciendo jardines. Babur era un enamorado de la belleza, tanto la natural como la artística o la de las personas. En 1519 se fue de excursión tres días a los montes cercanos a Kabul para ver los colores del otoño. Le encantaba Herat, que visitó por primera vez en 1504: "Una ciudad fabulosa [...] en la que están siempre dispuestos y a la mano todos los instrumentos del placer y el jolgorio, todos los medios para el entretenimiento y la diversión". Disfrutaba probando sabores y sensaciones nuevos. De una variedad de melón que probó en una ciudad cercana a Samarcanda dice que tenía "la piel amarilla tan suave como un guante de cuero, unas semillas como las de las manzanas, y la pulpa de cuatro dedos de grosor; era increíblemente delicioso". También le gustaban las bromas pesadas: en cierta ocasión, le hizo comer a uno de sus acompañantes un trozo de calabaza amarga diciéndole que era una manzana riquísima: "Hasta la noche no consiguió quitarse el mal sabor de boca".

Cuando tomó Kabul y los territorios que la rodean, en 1504, Babur anotó con placer que su nuevo reino tenía un clima excelente, y tomó abundantes notas sobre las frutas de esa zona, los árboles y los animales. Hizo una lista de las variedades de tulipán que se daban, plantó frutales y diseñó jardines de recreo. Sentía además mucha curiosidad por ese nuevo pueblo que ahora estaba bajo su dominio: sus costumbres, sus oficios y habilidades, cómo cazaban, cómo cultivaban la tierra, cómo atrapaban los pájaros o cómo echaban hierbas en el agua, durante el otoño, para drogar a los peces. También criticó su falta de obediencia formal a las tradiciones islámicas, y su culto a las supersticiones propias. Cuando se enteró

de que los parroquianos de un pequeño santuario tenían un truco para que pareciera que la construcción se movía, les prohibió seguir haciéndolo bajo pena de muerte.

Aunque al principio Babur se resistió, por razones religiosas, a probar el alcohol, al cabo descubrió "el deleite y el placer de estar borracho". Algunas de sus juergas alcohólicas duraban días, y muchas empezaban en un barco, en el río, para acabar en tierra firme. También tomaba un narcótico no muy fuerte que él llamaba *majun,* y que al parecer era un derivado del cannabis. Cuenta cómo ingirió una dosis grande la primera vez en que salió a explorar el Punyab, y cómo se sentó en un monte, contemplando el panorama que tenía ante los ojos: "Qué raros parecían los campos y las flores bajo su efecto. En algunos sitios no brotaban sino flores moradas, y en otros solo flores amarillas. Y en otros sitios salían las dos, como motas doradas". En otra ocasión se tomó algo todavía más fuerte, quizá opio, y se vio incapaz de salir de la tienda para celebrar una reunión. Al final de su vida, escribía melancólicamente: "No sé si hoy me produciría la mitad del efecto".

Aunque se daba cuenta de que el alcohol y las drogas no mezclan bien, no dejó de tomarlos juntos. Con la competitividad que lo caracterizaba, presume en sus memorias de lo mucho que se ha emborrachado. Hay un episodio en el que sale de una fiesta y se sube al caballo: "Tomé una antorcha y, venciéndome primero para un lado y luego para el otro, dejé que el caballo galopara a rienda suelta por la ribera del río y hasta el campamento. Debía de estar verdaderamente borracho". No recordaba ni una palabra, añadía muy satisfecho, "excepto que al llegar a la tienda vomité mucho". Algunas veces sentía remordimientos, como musulmán creyente, por tomar alcohol y sucumbir a los excesos, pero siempre encontraba la forma de justificarse, por ejemplo con esto que escribió en 1520: "Como había prometido dejar de beber al cumplir los cuarenta, y solo faltaba un año para mi cuarentena, la ansiedad me hacía beber de más". De hecho, no lo dejó hasta siete años más tarde, y eso por razones políticas, como tantas otras decisiones suyas.

Babur era capaz de sentir mucha ira, pero tendía a perdonar a la gente enseguida. Mostró una generosidad notable con sus enemigos; en cierta ocasión llega a Kabul, muerto de hambre y cubierto de harapos, un cabecilla que se había rebelado contra él y Babur escribe: "Ahora que sentía la humillación de sus hechos pasados, y la vergüenza de haberse comportado de tal modo, lleno de consternación, yo por mi parte no lo reprendí en modo alguno sino que lo recibí con afecto y alivié sus sufrimientos". Esa generosidad fue buena política, porque le servía para demostrar a los demás que era mejor ponerse de parte de Babur que unirse a sus enemigos.

Pero por otra parte podía ser brutal sin darle mayor importancia, y el lector se sobresalta al darse cuenta de que sus valores son muy distintos a veces de los nuestros. Él y sus aliados se enviaban cabezas cortadas para comunicarse una victoria, y en cierta ocasión, tras ganar una batalla, menciona como si tal cosa: "Se erigió una torre con los cráneos de los afganos muertos", antes de pasar a describir con admiración un precioso lago que había en el entorno. Cuando unos bandidos afganos lo pusieron en aprietos, dice que "varios fueron empalados para que sirvieran de ejemplo". En otro pasaje, sus tropas toman una fortaleza en la parte oriental de Afganistán, y comenta: "Dado que aquel era un pueblo rebelde, y que las costumbres de los infieles se habían extendido entre ellos, y que la religión del islam estaba allí perdida, los hombres fueron masacrados y sus mujeres y niños tomados como cautivos". Cuando la madre del depuesto sultán de Delhi intenta envenenarlo, sobornando a unos sirvientes suyos, Babur despacha rápidamente a los culpables: "Di orden de que despedazaran al catador, y que al cocinero lo despellejaran vivo. A una de las dos mujeres la hice arrojar bajo las patas de los elefantes, y la otra murió de un tiro".

Babur hubiera querido establecer su reinado en los territorios que tiempo atrás habían estado bajo el dominio de sus ancestros mogoles, los que hoy ocupan las repúblicas centroasiáticas, pero él y sus belicosos parientes timúridas se enfrentaban por entonces a un oponente terrible en la persona del poderoso líder Shaybani Jan, que

había conseguido unir a las tribus uzbecas antes dispersas para constituir un ejército formidable. Babur consideraba a este hombre, al que llamaba "Ajenjo", un patán inculto y analfabeto. El tal Ajenjo tomó la ciudad de Herat en 1507, aunque por poco tiempo, y allí según Babur hizo el ridículo intentando darles lecciones a los mulás sobre la interpretación del Corán o corrigiendo la caligrafía y las ilustraciones de los principales artistas de aquella ciudad sofisticada y culta. "Y por si fuera poco, cada tantos días pergeñaba unos poemas insípidos y los hacía recitar desde el púlpito y colgar en el mercado para recibir los elogio de la población". Admite que Ajenjo rezaba cinco veces al día y que se sabía el Corán de memoria, "pero de igual forma decía y hacía todo tipo de estupideces, imbecilidades, insensateces y paganismos".

A pesar de todo, Ajenjo y los uzbecos consolidaron su dominio de Asia central, y eso, junto con la nueva amenaza que venía del oeste en forma de los safávidas de Persia, hizo que Babur se fuera hacia el sur, rumbo a Afganistán. "El enemigo era fuerte y nosotros débiles –dijo–. No existían ni la posibilidad de llegar a acuerdos ni el margen para resistirse a ellos". Tras establecer su reino en Kabul, tuvo que tomar una decisión: extender su reinado hacia el noreste de Afganistán o moverse en dirección sur, hacia la India, esa tierra que él llamaba el Indostán. Esto último fue lo que más lo tentó: en 1519 cruzó el río Indo (en lo que hoy es Pakistán) por primera vez y se adentró en las ricas llanuras habitadas del subcontinente. En aquella ocasión, se contentó con recaudar un botín, pero estaba ya empezando a exigir y recibir tributos de los pueblos que vivían entre Kabul y el Indo.

En 1525, estaba ya en condiciones de intentar el asalto sin cuartel contra la mayor potencia del noroeste de la India, el sultanato afgano de Delhi; así, armado con mosquetes y cañones que había conseguido de los turcos otomanos, emprendió el camino hacia la India. Al principio, los enemigos se rieron de sus nuevas armas, pero enseguida se dieron cuenta de su capacidad asesina. Paso a paso, como él cuenta, Babur y sus hombres fueron eliminando a los subordinados del sultán de Delhi y derrotando a todos los ejércitos

que se enviaban a luchar contra ellos. En la primavera de 1526 consiguió una victoria decisiva en Panipat, al norte de Delhi, y quedó así abierta la vía para entrar en esa ciudad. Las tropas de Babur tomaron primero Delhi y luego Agra, en el sur, y él se proclamó emperador del Indostán. Entre el botín que recogieron sus ejércitos, Humayin encontró un diamante de gran tamaño que le entregó a su padre, y este se lo devolvió como regalo. Luego, siguiendo una ruta de lo más accidentada, la piedra que llegó a conocerse como el diamante Koh-i-Noor acabó formando parte de las joyas de la corona británica.

Al cabo de un año, gran parte de los hombres de Babur estaban a disgusto, echando de menos su hogar: odiaban el calor de aquella meseta en verano y suspiraban por las brisas de Kabul. Y aunque Babur sentía también esa añoranza, no estaba todavía dispuesto a renunciar a sus conquistas, y animó a sus hombres a quedarse allí. "¿Qué nos empuja ahora a tirar por la borda, sin razón alguna, unos territorios que hemos tomado a tan alto coste? ¿Vamos a volver a Kabul y dejarnos caer allí en la miseria?". Y cuando las fuerzas de Rajput, hostiles y nutridas, se iban reagrupando por el sur y el oeste de Agra, Babur rompió solemnemente todos sus cálices de oro y de plata y anunció con toda pompa que renunciaba para siempre al alcohol, exhortando a sus hombres a imitarlo y a jurar sobre el Corán que se dedicarían a la sagrada lucha islámica. "Era un plan realmente bueno –escribió Babur–, y tuvo un efecto propagandístico muy favorable sobre amigos y enemigos". (Sin embargo, sí seguía permitiéndose tomar drogas).

Las tropas de Babur lograron otra victoria crucial sobre los rajput en febrero de 1527, también en esta ocasión gracias a la ventaja que les daban sus armas. Poco después, un astrólogo que había predicho que la cosa acabaría en desastre se presentó para felicitar a Babur: "Yo lo maldije en los términos más categóricos y me quedé muy a gusto". Pero, dado que aquel hombre le había prestado buenos servicios en otros momentos anteriores, lo despachó también con una buena suma de dinero.

Al nuevo emperador de la India, aunque él no lo sabía, le quedaban entonces solo dos años de vida, durante los que siguió trabajando en sus memorias y añadiendo observaciones detalladas sobre su nuevo reino: "Es un país extraño. En comparación con el nuestro, es otro mundo". Y compara casi todas las cosas, desde la flora y la fauna hasta las gentes, con su bienamado Afganistán y el Asia central, comparaciones en las que casi siempre la India sale perdiendo. Las ciudades y pueblos indios son "muy desagradables", y la tierra "plana como un tablero" en casi todas partes. La humedad durante la estación lluviosa le espantaba, y echaba a perder las armas de los arqueros. Admitía, sin embargo, que los pavos reales eran preciosos, y que el elefante es "un animal inmenso e inteligente". Le llaman la atención los loros que consiguen aprender a hablar, aunque en su opinión es una pena que los de una especie roja, que son muy bonitos, tengan una voz "tan espantosa y chillona, que suena como si frotaras un trozo de porcelana rota por una bandeja de bronce". Describe con gran detalle las frutas (aunque, quitando los mangos, la mayor parte de ellas le parecen insípidas) y las flores (le gustan los hibiscos y las adelfas). En conclusión, su balance no es nada positivo: "El Indostán es un lugar carente de encanto. No hay belleza en su gente, ni gracia para el contacto social, ni talento poético o entendimiento, ni etiqueta, nobleza ni virilidad. Las artes manuales no tienen armonía ni simetría. Tampoco poseen aquí buenos caballos, ni carne, ni uvas, ni melones ni otras frutas. No hay hielo, ni agua fría, ni buena comida o pan en el mercado. No existen los baños ni las madrasas". Se consolaba diseñando unos jardines simétricos como era debido, con estanques y agua corriente. Y apunta que "uno de los aspectos agradables del Indostán es que es un país grande, con mucho oro y dinero".

Las memorias acaban de repente. Babur, que venía quejándose cada vez más de su mala salud, murió a finales de 1530. La leyenda dice que su hijo Humayun estaba por entonces gravemente enfermo, y que Babur, dando vueltas alrededor de la cabecera de su cama, le pidió a Dios que se lo llevara a él en lugar del hijo. Según se cuenta,

Humayun se recuperó a la vez que el padre caía enfermo y moría. Humayun y sus sucesores hicieron copiar el libro de memorias a los mejores calígrafos, e ilustrarlo con unas miniaturas maravillosas. En el siglo XIX Annette Beveridge, una de esas mujeres intrépidas y curiosas de las que he hablado antes, lo tradujo al inglés. Y esa traducción suya ha sido actualizada más adelante, de forma que hoy podemos asomarnos a la mente, y al mundo, de un hombre extraordinario.

Aunque los primeros tiempos de los colonos europeos en Canadá no son tan remotos como los de Babur –mi propio abuelo canadiense todavía le oyó contar a su abuelo que la familia había tenido que abrir el claro para construir su casa cerca de Londres, Ontario, a mediados del siglo XIX– hoy nos pueden sonar igual de lejanos. Quedan por suerte los relatos de Simcoe, que conoció Toronto cuando se estaban construyendo allí las primeras casas, o el de las intrépidas hermanas Catharine Parr Traill y Susanna Moodie, que pasaron de la relativa comodidad de una existencia británica de clase media a una colonia en mitad de la espesura, y gracias a ellos captamos lo que debía de ser la vida allí antes de que hubiera vehículos, o medicina en el sentido moderno, o una red de seguridad social, con una vividez que no nos darían nunca los análisis sociales más detallados con sus gráficos y sus estadísticas. Un poco más cerca en el tiempo, la autobiografía de la líder feminista canadiense Nellie McClung nos lleva de viaje con su familia en tren, en barco y en coche de caballos desde Ontario hasta los territorios vírgenes de las praderas. Su primera casa fue una choza de troncos con el techo de paja, en la que durante las noches se colaba el viento por las rendijas de los muros y oían el aullido de los coyotes. Al cabo de dos años, los vecinos se unieron para construirles una vivienda nueva y a prueba de inclemencias. Al llegar la primavera, su madre plantó unas semillas de arce que se había traído desde Ontario y acotó los parterres rodeándolos de huesos de búfalo, que eran lo único que quedaba de las inmensas manadas de estos animales que poco

antes habían exterminado los cazadores. En los veranos, las praderas antes vírgenes se teñían del color dorado del trigo. Durante los largos inviernos, veían danzar la aurora boreal en el cielo nocturno, y la nieve rodeaba la casa dejándolos atrapados.

Para mí, la vida diaria en Quebec, donde los asentamientos europeos habían empezado con Samuel de Champlain a principios del siglo XVII, está condensada en dos autobiografías: la primera es la de Robert de Roquebrune, y la segunda la del gran historiador Marcel Trudel. Estos dos hombres provenían de clases sociales muy distintas: Roquebrune de una familia antigua y señorial, con su gran mansión familiar de piedra construida en el siglo XVII, y Trudel de un entorno mucho más humilde, de artesanos, cazadores y granjeros, pero ambos nos dejaron un testimonio muy vívido de un mundo que hoy nos resulta todavía más lejano que el de los colonos de aquellas praderas.

"Mi infancia en Canadá –escribe Roquebrune– transcurrió en un mundo que ha desaparecido. Durante esos años entre 1890 y 1905 vivimos como en otro universo completamente distinto, alejado del nuestro no solo en el tiempo, sino también en la apariencia de las cosas, en la forma de pensar de las personas y en su forma de actuar. El mundo de mi infancia ha desaparecido tan por completo, y nos es ahora tan ajeno, que apenas consigo recordarlo". La familia de Roquebrune vivía a poco más de tres kilómetros de la carretera que llevaba a Montreal, de la animación del comercio y la industria de allí, pero era como si habitaran en una isla: llevaban una existencia muy sencilla, abasteciéndose básicamente de su propia tierra, y en invierno se desplazaban con aquellos trineos tirados por caballos que tanto habían deleitado a Elizabeth Simcoe. Sentían un enorme orgullo por sus antepasados, cuyos retratos –los hombres, de levita o en uniforme y con peluca empolvada, las mujeres vestidas de seda– colgaban en las paredes. Sus relaciones sociales eran básicamente las que mantenían con sus vecinos, aunque muy de vez en cuando recibían la visita de algún pariente desde Montreal o Quebec trayéndoles noticias del mundo exterior. Aquella vida, idílica para los niños y para su madre, llegó a su fin cuando el padre

fue nombrado para un cargo oficial y tuvieron que irse todos a vivir a Quebec. La casa solariega se puso a la venta y años después la destruyó un incendio.

Trudel, nacido en 1917, pertenecía a la siguiente generación, y provenía de la zona rural de Quebec, bastante al norte del río San Lorenzo, donde las novedades llegaron más tarde que en el sur. Para la gente que vivía allí, la vida era mejor al viejo estilo, mientras que el mundo moderno les parecía exótico y lleno de peligros, sobre todo de tipo espiritual. A pesar de que los británicos habían conquistado Nueva Francia en 1759, el *ancien régime* seguía vertebrando una sociedad jerárquica y conservadora, en la que se respetaba profundamente la autoridad, especialmente la eclesiástica. Trudel recuerda en su libro a las mujeres de aquella época vistiendo faldas con miriñaque y crinolinas, y a los hombres con unos zapatos con alzas que se llamaban "zapatos franceses". Aún se usaban los pesos y medidas antiguos, los que se acostumbraban tiempo atrás en París y, como anotaba Trudel, "había que ser católico practicante para existir en la vida civil". La iglesia debía reconocer y legalizar los nacimientos, los matrimonios y las muertes. Las parejas se casaban según las leyes antiguas, y las propiedades de la mujer pasaban a ser gestionadas únicamente por su marido, su "amo y señor". La parroquia era el centro espiritual y social de la comunidad, y se cumplían a rajatabla las normas que iban imponiendo los sucesivos obispos: uno de ellos, por ejemplo, prohibió los bailes en 1691 y declaró que la obra *Tartufo* no podía representarse; de hecho, no se puso en escena en Quebec hasta 1952.

También la educación seguía las normas del *ancien régime,* con una estricta separación entre chicos y chicas. El hermano mayor de Trudel se hizo sacerdote, y el propio Marcel estuvo en el seminario, donde los alumnos vestían un uniforme similar a las sotanas del siglo XVII y estudiaban los clásicos en griego y en latín. El sueño de Trudel era ser profesor universitario, lo que por aquella época solía implicar también tomar los hábitos. Pero, tras el primer curso en el seminario superior, se dio cuenta de que no tenía vocación, así que

se pasó a la universidad de Laval con la intención de doctorarse allí, lo que también le permitiría impartir clases.

Bajo la superficie de aquella sociedad que parecía congelada en sus modos franceses, empezaban a agitarse ideas y conceptos nuevos. El propio Trudel contribuyó a romper barreras respecto a lo que la iglesia permitía que se estudiara o se escribiera. Con el apoyo de un tío suyo, obispo, de mentalidad más liberal, consiguió que las autoridades eclesiásticas le permitieran escribir sobre la influencia de Voltaire en la literatura francesa del Canadá. Gracias a esta dispensa especial pudo leer la obra de Voltaire, que se guardaba bajo siete llaves en la biblioteca de la universidad, y en 1946 fue capaz de publicar su tesis. Luego, continuó su carrera investigando sobre la fundación y el crecimiento de Nueva Francia, y volvió a tentar los límites al escribir, por ejemplo, sobre un sacerdote francés católico que se convirtió a la fe presbiteriana. En 1962, empezó a presidir una nueva formación que apoyaba la separación de la iglesia y el estado en Quebec, y eso, para la jerarquía eclesiástica, fue la gota que colmó el vaso: la universidad de Laval lo degradó y tres años más tarde se trasladó a vivir y a dar clases en una universidad de Ottawa. La iglesia seguía luchando, y perdiendo, una batalla por el retroceso, por el viejo orden que los cambios políticos, sociales e intelectuales estaban en vías de erosionar. En palabras de Trudel: "El hombre de mi generación, por tanto, nacía y crecía en una prolongación del antiguo régimen. Y de repente, sin previo aviso, se veía inmerso en otro tipo de sociedad: fue un proceso que se produjo en la década de 1960 con la 'revolución tranquila' de Quebec". En una década, desapareció un modo de vida que llevaba vigente más de trescientos años.

Tener buen ojo para los detalles es una característica útil para un observador, igual que el sentido de lo absurdo, incluso, o quizá especialmente, si va acompañado de un toque de malicia. En sus diarios, Charles Ritchie, un elegante y estirado diplomático canadiense, no deja títere con cabeza, empezando por sí mismo.

Ritchie se crio en otro Canadá distinto a aquel de los primeros colonos o de los franceses tradicionalistas de Quebec: el suyo era el mundo confortable de Halifax, donde las familias antiguas solo se relacionaban entre ellas, y donde se consideraba que la metrópolis era Londres, antes que Toronto o Montreal. Él participaba de su esnobismo, y dividía el mundo entre aquellos a quienes se podía invitar a tomar el té y a quienes no por ser demasiado "nuevos".

Ritchie adoraba a su madre, que le consentía todo, pero también anhelaba el momento de irse de casa. Soñaba con entrar en Oxford y convertirse en un hombre locamente, incluso peligrosamente, sofisticado. Pero, como "no carecía por completo de inteligencia", según él mismo se describía, se daba perfecta cuenta de sus defectos. "Quiero ser atractivo y galante y seguro de mí mismo –escribió en uno de sus primeros diarios–, pero soy anguloso, narizotas, estrecho de pecho y llevo gafas". Le preocupa pensar que la gente se está riendo de él. Se enamora sin parar de chicas inalcanzables. Y anota, con detalles, que tiene lo que sus profesores llaman pensamientos impuros, "pero no sé si eso es un vicio o no". Admira a los visitantes que llegan de Gran Bretaña con sus ropas elegantes, su aire cosmopolita y su confianza en sí mismos.

A finales de la década de 1920 consiguió su deseo de entrar en la universidad de Oxford, donde se fue integrando sin esfuerzo con los alumnos también novatos más frívolos y acomodados. Acumuló facturas de sus sastres y se excedió con el juego y con la bebida. Gracias a una mujer complaciente de las inmediaciones, descubrió los placeres del sexo. Y relata una memorable velada en la que varios amigos se dedican a pegar tiros al aire con un rifle en dirección a la transitada carretera que pasa bajo sus ventanas. Para espanto de todos, uno de los disparos impacta contra una mujer que pasa por allí y que resulta ser concejala del ayuntamiento. Podría haber supuesto el final de la carrera de Ritchie, pero en el Oxford de aquellos tiempos este era el tipo de asunto que se podía silenciar.

En 1934, ya bien superada su torpe adolescencia, Ritchie se incorporó al recién fundado departamento de Asuntos Exteriores de Canadá. En 1939, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, lo

destinaron a Londres, donde permaneció hasta el final de la guerra, en 1945. En sus diarios muestra la vida de Londres durante el gran bombardeo alemán, el Blitz: "Tenemos ya el oído aguzado para el sonido del peligro: el murmullo amenazante que llega del cielo, el largo silbido que parece una inspiración contenida mientras cae la bomba". Londres, anota, está cada vez más deteriorada: a las casas se les ha caído la pintura, y se ven los agujeros del impacto de los proyectiles. En el otoño de 1940, durante la peor época del Blitz, un día sale de un cine, se encuentra con que todo Piccadilly, el corazón mismo de Londres, está en llamas, y confiesa sentir una extraña excitación: "Cosas que se nos olvidarán cuando esto haya pasado: el ir a tientas por la oscuridad, durante un apagón, tratando de acertar con la llave de casa, mientras llueven alrededor, sobre la acera, trozos de metralla, esa metralla que parece moverse con el aire al pairo, como los copos de nieve, jugueteando, y suena como un cascabel cuando toca el suelo". Al final, su propio piso sufrió uno de los impactos, y a Ritchie le fastidió mucho perder sus trajes caros y sus libros. Como muchas personas en Londres, no dejaba de preguntarse cuándo llegaría la invasión de los alemanes y más adelante, cuando la guerra daba sus últimos coletazos, si los aliados serían capaces de ganar.

La guerra era un asunto muy serio, pero él disfrutó de una vida social de lo más animada, con fines de semana, cenas y almuerzos en compañía de "princesas rumanas rococó y diletantes barrocos". A la gente, Ritchie le parecía encantador y divertido, y llegó a ser amigo, entre otros, de los Sacheverell Sitwell, de la princesa Callimachi de Rumanía ("alegre [...] y con aspecto de lagartija"), de Miriam Rothschild y del archiduque Roberto de Austria. Pasó la navidad con la duquesa de Westminster y cenó con David Cecil. Fue a fiestas con Nancy Mitford y conoció a su hermana Unity Mitford, tan ferviente admiradora de Hitler que intentó suicidarse cuando se declaró la guerra. Durante un almuerzo, oyó a T. S. Eliot criticar con maldad a otro escritor: "El acoso a la presa, la muerte, limpia e inapelable, el deshuesamiento, el chasquido de los labios relamiéndose al acabar el festín".

También por entonces se embarcó en una aventura sentimental que duraría más de treinta años con la conocida escritora Elizabeth Bowen. Ella era un poco mayor que Ritchie, estaba casada, y se movía cómodamente entre el mundo literario de Londres y la endogámica sociedad de la aristocracia angloirlandesa, en la recientemente independizada Irlanda. Al verla por primera vez, Ritchie tuvo sus reservas: "Bien vestida, de mediana edad y con aire de ser la esposa más o menos cosmopolita de un catedrático, con un rostro fino e inteligente, ojos despiertos y lengua malvada e ingeniosa". Al cabo de medio año, ya estaba obsesionado con ella: "Desnuda, se vuelve poética, implacable y joven". La acompañó a pasar unos pocos días en el amado hogar familiar irlandés de ella, Bowen's Court, y fueron allí muy felices, pero el amorío entre ambos se iba haciendo cada día más difícil y desgraciado. Elizabeth no tenía la menor intención de abandonar a su marido y Ritchie le fue infiel en repetidas ocasiones. Además, llegó a sentir que dependía demasiado de ella; según anotó en su diario: "No quiero más conversaciones profundas y embarazosas, acompañadas de whisky escocés, sobre mis sentimientos. Ya no soy ningún adolescente". Y al tiempo que trataba de alejarse de Elizabeth decidió, egoísta y quizá incluso cínicamente, que lo que necesitaba por el bien de su carrera era casarse, y así lo hizo en 1948. Él y Elizabeth aún consiguieron seguir viéndose de vez en cuando, pero a partir de entonces se comunicaron casi siempre por carta. Bowen se volcaba cuando le escribía, y en esas misivas están algunos de sus mejores textos. Por desgracia, y de nuevo por egoísmo de Ritchie, él las censuró sin piedad antes de morir, cortando o arrancando páginas enteras, e incluso destruyó del todo algunas misivas de ella, y casi todas las de él. Es posible que, mientras vivían, fuera ella quien le expresaba más amor, pero al morir Elizabeth él escribió: "Daría todo lo que tengo por volver a hablar con ella, aunque solo fuera una hora. Si alguna vez creyó amarme más que yo a ella, ahora tiene la revancha".

Elizabeth Simcoe, Susanna Moodie, Catharine Parr Traill, Nellie McClung, Robert de Roquebrune, Marcel Trudel y Charles Ritchie: todos ellos escribieron sobre un Canadá propio. El mundo de los

colonos que se afanaron por despejar los bosques de Ontario o por conquistar las planicies está muy alejado de la sociedad bien asentada de la parte francesa de Canadá, o de la elegancia anglófila de Halifax. Y sin embargo también tienen aspectos en común: el choque entre el viejo mundo europeo y el nuevo, el desafío que supone el país en sí, la evolución gradual y casi siempre pacífica de un grupo de colonias hasta convertirse en una nación, o la búsqueda de lo que es ser canadiense. Las historias de estos hombres y mujeres de Canadá le brindan color y profundidad al inmenso lienzo de su historia, a medida que se crea lentamente.

Al contrario que a Ritchie, al conde Harry Kessler, uno de los principales diaristas de los siglos XIX y XX, no se le hubiera ocurrido cortar extractos de su testimonio. Pero cuando murió en Mallorca, exiliado de la Alemania nazi, los diarios que llevaba escribiendo más de cincuenta años se volatilizaron junto con los pocos efectos personales que le quedaban. En 1983, sin embargo, venció el alquiler de una caja de seguridad de un banco mallorquín y allí aparecieron los diarios, intactos. En ellos se nos brinda un relato extraordinario y lleno de detalles de un periodo turbulento y cambiante de la historia europea. Cuando Kessler empezó a escribirlos con doce años, en 1880, la reina Victoria se sentaba en el trono del mayor imperio del mundo y la armada británica dominaba los mares. Alemania e Italia, como Canadá, eran países nuevos y el primero se estaba convirtiendo a toda prisa en el motor económico de Europa. Casi todos los países europeos, con unas pocas excepciones como Suiza y Francia, eran monarquías, y los estratos superiores de la sociedad estaban dominados por la aristocracia terrateniente, que copaba la iglesia y el ejército. El imperio austrohúngaro tenía bajo su control aún toda Centroeuropa y el imperio otomano seguía dominando el mundo árabe a la vez que una parte de los Balcanes y la actual Turquía.

El continente, en conjunto, era la zona más poderosa, importante y próspera del mundo, gran parte del cual, fuera en África o en el

lejano oriente, pertenecía a alguno de los imperios europeos. No había ningún país que pudiera considerarse una primera potencia fuera de este continente: Japón estaba empezando a modernizarse, mientras que China daba la impresión de ir a partirse en pedazos. Estados Unidos estaba recuperándose de la guerra de Secesión, y no tenía lo que podamos llamar un ejército, y poco más que unos retazos de armada. La sociedad europea estaba cambiando a toda velocidad bajo el impacto de las revoluciones científica e industrial, y por la expansión del capitalismo y los movimientos políticos, entre ellos el liberalismo y el socialismo. Y sin embargo aún muchísimos europeos vivían al modo tradicional, apegados a los valores del pasado.

Para cuando Kessler murió, en 1937, Europa se había empobrecido, malgastando además las vidas de millones de hombres en una guerra de larga duración. El viejo orden social y político había quedado dañado, y en algunos países hecho añicos. La revolución había derribado el régimen zarista, y en su lugar regía, en lo que ahora se llamaba la Unión Soviética, un movimiento político nuevo en forma de bolchevismo. El imperio austrohúngaro había desaparecido del mapa, dejándole sitio a una miríada de estados étnicos menores que estaban en perpetua disputa entre sí y con los vecinos. Tampoco el imperio otomano existía ya: habían emergido otros países, entre ellos Turquía e Irak. Alemania había sufrido su propia revolución, y la monarquía se había visto suplantada por un régimen liberal y democrático que, a su vez, quedó derrocado por la revolución nazi en 1933. Restaban aún los imperios europeos, pero cada vez sometidos a más peligros: desde dentro, por los movimientos nacionalistas y, desde fuera, por las nuevas potencias, como Japón, que se estaba mostrando muy agresivo, o Estados Unidos, que iba ganando fuerza. Durante sus años de vida, Kessler presenció y registró todas estas cruciales turbulencias políticas, pero hizo mucho más que eso: experimentó la muerte del antiguo orden y el complicado nacimiento del nuevo, el choque del modernismo contra la tradición. Entró en contacto con las ideas nuevas que generaban algunos pensadores como Nietzsche o Einstein, vio los

estilos nuevos de la pintura y la escultura, y escuchó las formas musicales que llegaban.

Kessler estaba en una posición excepcional para observar todos estos cambios radicales. Era inteligente, perspicaz, curioso, y estaba siempre ávido de gente nueva y de nuevas experiencias. Además, disponía de los mejores contactos: su padre era un rico banquero alemán, que en 1870 recibió un título nobiliario de manos del primer emperador de ese país, y su madre una mujer hermosa de origen angloirlandés (siempre hubo rumores, negados por la familia, de que Alice, la madre de Kessler, había sido la amante del emperador); tenía primos por toda Europa, y posiblemente incluso en lugares más lejanos, porque uno de los abuelos de Alice se había casado con una mujer de la realeza persa. El chico, que hizo parte de sus estudios en Inglaterra y parte en Alemania, creció defendiéndose perfectamente en varios idiomas, y se sentía como pez en el agua en los círculos de la clase alta de distintos países europeos. Y sin embargo, al contrario que muchos otros de su mundo, era un entusiasta de las artes y siempre estaba atento a las novedades en ideas y en estilos, tanto a las europeas como a las del resto del mundo. Por ejemplo, cuando visitó Japón por primera vez, se quedó impresionado por la economía de recursos con la que dibujaban y pintaban los artistas japoneses. Los occidentales, declaró, añadían demasiados detalles.

Kessler era un hombre atildado y elegante, de manos pequeñas y muy cuidadas, siempre vestido con gran corrección y de maneras impecables. El compositor ruso Nicolas Nabokov lo describió como "mitad diplomático y mitad oficial prusiano". También era muy snob, y enseguida condenaba la vulgaridad allí donde la veía, que era en casi todas partes. En Berlín, durante un baile de la gran corte, según él la emperatriz parecía "una intrusa barata", con un vestido dorado y un ceñidor rojo. Era muy consciente de su pertenencia a la nobleza alemana y muchas veces podía hacerse eco de los prejuicios de los suyos, como el antisemitismo. En 1902, escribió en su diario que le causaban repulsión los judíos, por su notable mezcla de cobardía y deseo de poder. También hacía en ocasiones comentarios bastante

estúpidos, y muy propios de la época, sobre que las razas humanas eran distintas en aspectos fundamentales. Los judíos y los franceses, declaraba en otra entrada del diario, vivían bajo el dominio de la razón y tenían por tanto una existencia emocional muy pobre, al contrario que los suyos, que eran los prusianos, los ingleses o los griegos. Sin embargo, a lo largo de su vida tuvo muchos íntimos amigos judíos, y en sus últimos años ya veía las cosas de otra forma. En la turbulenta década de 1920 oyó a un viejo amigo suyo afirmar que la principal tarea a la que debía dedicarse Alemania era la de arrancar de raíz el espíritu judío, y Kessler le preguntó con énfasis qué espíritu iba a quedarles entonces.

Kessler poseía a la vez una energía infatigable y una gran capacidad para la vida social. Asistió a los estrenos e inauguraciones de los principales eventos artísticos de su época, y se pasaba la vida almorzando, cenando o bebiendo con una diversidad de personas extraordinaria. Durante toda su vida cruzó con facilidad las barreras sociales y políticas. Siendo homosexual en una época en que eso se veía con desaprobación, como mínimo, se daba cuenta mejor que nadie de la injusticia y la crueldad de las convenciones sociales. Y es posible que sus amoríos con jóvenes de clase obrera le ayudaran a abrir los ojos sobre las dificultades a las que estos se enfrentaban en la vida. Con el paso de los años fue acercándose gradualmente a la izquierda; tanto que, hacia los años 20, le llamaban el Conde Rojo.

La agenda de Kessler contenía más de diez mil nombres. Auguste Rodin, Friedrich Nietzsche, Guillermo II, Henry Asquith, Cosima Wagner, Gustav Mahler, Isadora Duncan, George Bernard Shaw, Gustav Krupp, Otto von Bismarck, Erich Ludendorff, sir Ernest Cassel, William Morris... no es fácil hallar a alguna personalidad de las élites culturales, políticas o financieras europeas entre las décadas de 1880 y 1930 a quien él no conociera. Abro su diario al azar y encuentro una anotación de la preguerra en la que cuenta que ha tomado el té con los pintores Pierre Bonnard y Édouard Vuillard y que luego ha cenado con Pierre-Auguste Renoir. Se hizo amigo del joven poeta vienés Hugo von Hofmannsthal y le sugirió un argumento para lo que luego sería la ópera de Richard Strauss *Der*

Rosenkavalier. Pasó unas vacaciones con el escultor Aristede Maillol, estuvo de charla con Rainer Maria Rilke sobre poesía, e intercambió opiniones con el canciller alemán Theobald von Bethmann-Hollweg sobre el triste estado de las relaciones de su país con Gran Bretaña.

"A veces parecía alemán, a veces inglés, a veces francés, de tan europeo que era por carácter –escribió Thomas Mann tras la muerte de Kessler–. En verdad, su hogar era el arte". Kessler conversó sobre cómo pintar la luz y la sombra con Claude Monet, sobre cómo reflejar los movimientos del cuerpo con Edgar Degas, y sobre el objetivo del arte con el joven George Grosz. Edvard Munch, otro conocido suyo, pintó su retrato. Y en cierta ocasión Kessler creó un decorado para un ballet y convenció a Strauss para que compusiera la música; Léon Bakst diseñó el vestuario y la escenografía, y Sergei Diaghilev lo puso en escena con sus Ballets Rusos.

En ocasiones, la madre de Kessler se preocupaba por su vida de despilfarro: tenía pisos en Berlín y en París y casa en Weimar, además de sus proyectos artísticos caros y sus compras compulsivas de cuadros, dibujos y esculturas. (En su colección había obras de Van Gogh, Seurat, Maillol, Cézanne y Gauguin). Sin embargo, y hasta la Primera Guerra Mundial, llevó una vida privilegiada y libre, en el mismo corazón del continente más poderoso de la tierra, sin necesidad de trabajar y pudiendo elegir a qué dedicarse. En el aspecto artístico, como muchos de los principales intelectuales y artistas de su tiempo, Kessler era un radical, y deseaba derrocar todas las formas y convenciones antiguas para dar paso a un arte más puro y funcional, despojado de ornamentaciones superfluas. Además, creía que a la sociedad europea le había llegado ya hacía mucho la hora de cambiar. Escribió: "Algo muy grande, la Europa antigua, cosmopolita, todavía predominantemente agraria y feudal, el mundo de las mujeres hermosas, de los reyes galantes y de las componendas dinásticas, la Europa del siglo XVIII y de la Santa Alianza, envejecía y perdía fuerzas, agonizante; y algo nuevo, joven, lleno de energía y todavía imposible de imaginar asomaba en el horizonte". Kessler, como tantos de sus coetáneos, estaba fascinado por Nietzsche, al que consideraba un genio en su lucha por destacar

la importancia del individuo frente a la marea aplastante de la sociedad. El llamamiento de Nietzsche a repensar las bases morales e intelectuales de la civilización europea era problemático, preocupante, y representaba la promesa de un mundo todavía desconocido y peligroso. Kessler creía (y no se equivocaba) que había grandes cambios en el horizonte, pero tenía la esperanza de que la cultura sirviera de puente hacia esa Europa nueva y reformada.

Así, se involucró por completo con los principales movimientos artísticos nuevos de los años de preguerra, y no solo en términos estéticos –aunque estos siempre tuvieron gran importancia para él–, sino porque sentía que las nuevas formas artísticas darían pie a la creación de las nuevas sociedades. Su gran oportunidad llegó cuando le pidieron que asesorara al ducado de Weimar sobre la regeneración de su vida artística. Kessler, con la ayuda del arquitecto belga del movimiento moderno Henry van de Velde, contribuyó a la fundación de una escuela de Artes y Oficios que sería la precursora de la influyentísima escuela de la Bauhaus en los años 20 y 30. El propio Kessler ocupó el cargo de director del cercano museo de arte, decidido a librarse de lo que consideraba un montón de quincalla pasada y carente de inspiración, convirtiendo el museo en un muestrario del diseño moderno y funcional para educación de los ciudadanos de Weimar. Organizó una gran exposición de postimpresionistas franceses e invitó a sus amigos, André Gide y el vanguardista escenógrafo Gordon Craig entre ellos, a pasar allí temporadas como artistas visitantes. Al mismo tiempo, Kessler se vio envuelto en la gran discusión que dividía por entonces el mundo artístico alemán, entre los partidarios de la tradición, respaldados por el káiser Guillermo II en persona, y los modernistas, participando en la fundación de una asociación de artistas de ámbito nacional que estaban enfrentándose a las convenciones y al control del establishment sobre el arte. Según Kessler: "El objetivo final era liberarse de todas las restricciones artísticas, la liberación del arte, la absoluta tolerancia por parte del estado".

Esto ya le pareció demasiado al káiser, que tenía un carácter muy voluble y veía todas las expresiones del modernismo como basura; y desde luego, le pareció más que demasiado a la ensimismada ciudad de Weimar y a su archiduque. Kessler fue cordialmente invitado a dejar el puesto tras una disputa que se produjo por una exposición de dibujos de Rodin en la que se veían bailarines desnudos, que para los enemigos de Kessler eran imágenes excesivamente sexuales. Como él no tenía la menor intención de retractarse de sus posturas en favor de la causa modernista, siguió apoyando el movimiento y las innovaciones artísticas. Hasta 1914 fue el mecenas de varios de los pintores más jóvenes que estaban empezando a desarrollar lo que luego se llamó el expresionismo alemán.

También se apasionó por la danza moderna, y se hizo seguidor entusiasta de la bailarina experimental estadounidense Ruth St. Denis, que estaba desarrollando sus nuevas creaciones inspirándose en la mitología egipcia y la hindú. En 1906, Kessler escribió: "Nunca había visto un arte con semejante irradiación externa, como las flores a punto de brotar, color verde pálido bajo el cielo recién pintado de abril, como vi en sus movimientos entonces". Por el contrario, al principio Isadora Duncan le pareció excesivamente sentimental e intensa (luego cambió de opinión). Se fue acercando cada vez más a Diaghilev y a sus Ballets Rusos, y se quedó deslumbrado por un joven prometedor: Vaslav Nijinski. Cuando lo conoció por primera vez, a Kessler le impresionó ver que aquel bailarín parecía mucho más bajito que en el escenario: "El rostro es estrecho y con rasgos mongoles, los ojos torcidos pero muy grandes y con un color castaño intenso, italiano". Asistió al sensacional estreno de *La consagración de la primavera,* que bailó Nijinski en París en 1913, y se adhirió por completo a aquella visión de lo que podía ser la danza: "Algo salvaje y nuevo, no-arte y arte a la vez. Algo que asuela todas las formas mientras emergen otras desde el caos". Entre el público, muchos pensaron de otra forma y la representación estuvo salpicada de gritos, silbidos, discusiones a voces y hasta algún puñetazo. Kessler anotó que, a las tres de la

madrugada, acabó en un taxi dando vueltas por París con Diaghilev, Nijinski, Bakst y Jean Cocteau.

La era de Europa, y de Kessler, acabó de repente en el verano de 1914, con el estallido de la Primera Guerra Mundial. Al principio, él se dejó contagiar por la ola de patriotismo que recorrió Alemania (y de hecho, también las demás grandes potencias). El 3 de agosto, cuando las tropas alemanas se dirigían ya hacia Bélgica, escribió que había un estado de ánimo de tranquila confianza: "Uno sabe que la guerra será espantosa y que quizá suframos algún revés puntual, pero confía en que las buenas cualidades del carácter alemán –el sentido del deber, la seriedad, la obstinación– nos lleven finalmente a la victoria. Todo el mundo tiene la certeza de que esta guerra ha de resultar en el dominio alemán sobre el mundo o en su ruina". Estaba de acuerdo con que el ejército alemán tomara medidas muy severas contra Bélgica, entre ellas los fusilamientos ejemplares a civiles de ese país, o el incendio de sus ciudades. Y pensaba que los belgas se lo estaban ganando, por resistirse: "Por culpa de la población de Bélgica, esto ya es mucho más cruel y bárbaro que la guerra de 1870, y peor incluso que las guerras napoleónicas". Kessler estaba en la ciudad de Namur cuando ardió: "El brillo, las rociadas de chispazos; es terrible y magnífico". Estaba a favor de que Alemania se anexionara Bélgica y, por la época en que lo llamaron a filas para dirigirse al frente oriental, compartía el grandioso sueño de un gran imperio germánico que incluiría grandes franjas del territorio de Rusia. Contempló con aprobación cómo Ludendorff y su camarada el general Paul von Hindenburg ganaban capacidad de control sobre las tareas de guerra, instaurando lo que hacia 1916 era ya virtualmente una dictadura militar que imponía por la fuerza medidas desastrosas, como la reanudación de los ataques con submarinos sobre barcos neutrales. Esto último fue lo que provocó que Estados Unidos entrara en la guerra, uniéndose al bando aliado, en la primavera de 1917. En el diario, Kessler pinta a Ludendorff como un hombre talentoso, energético e inteligente, y a Hindenburg por su parte como una figura paternal, que da una sensación de seguridad maravillosa.

Todo este fervor inicial de Kessler fue menguando a medida que la guerra se prolongaba, y llegó a desesperarse por el mal que le estaba causando el conflicto a Alemania y a la sociedad europea en general. Cuando, en noviembre de 1918, Alemania capituló ante los aliados, depositó entonces sus esperanzas en la revolución de las clases trabajadoras, que podría ser la que diera paso a una época nueva y más democrática. Y también, como patriota alemán, tenía el anhelo de que esa revolución consiguiera que los vencedores trataran mejor a su país. En los confusos tiempos de la posguerra, al tiempo que el nuevo gobierno socialista trataba de establecer el orden en Berlín, Kessler accedió a ser nombrado como primer embajador de Alemania en un país recién fundado: Polonia (ya conocía al líder polaco, Józef Pilsudski). Y trató de llegar a un acuerdo con Polonia, pero se vio obstaculizado tanto por la desconfianza de los polacos ante las posibles intenciones de Alemania como por las absurdas exigencias del alto mando alemán. En diciembre de 1919 regresó a Berlín, a tiempo de contemplar cómo los comunistas del país trataban de hacerse con el poder. En su diario describe a las multitudes ondeando la bandera roja del comunismo y a los socialistas organizando contramanifestaciones. Vio peleas callejeras y a los soldados maniobrando para hacerse con las zonas claves y restaurar el orden. Los días y las noches transcurrían bajo el sonido de las ametralladoras, el fuego de artillería y la explosión de las granadas. Y sin embargo, el metro seguía en funcionamiento, y los cafés abrían cada día, ajenos al conflicto. Kessler se asoma a uno: "La orquesta estaba tocando, las mesas estaban llenas, y la cigarrera les mostraba a los clientes la misma sonrisa cautivadora de los días soleados y pacíficos". En el patio exterior de la comisaría central, una orquesta leal al gobierno interpretó *Lohengrin* tras haberse producido allí una lucha sin cuartel: la multitud, observa Kessler, acude tanto por la música como por contemplar los daños. Como a muchos berlineses, a él también le espantó la crueldad de las represalias que sufrieron los revolucionarios, cuyos líderes fueron asesinados, pero sintió a la vez alivio de ver que se recuperaba el orden.

En los años 20, fue testigo privilegiado del confuso enfrentamiento entre las fuerzas del liberalismo y la democracia constitucional contra sus enemigos, tanto de derechas como de izquierdas, por el futuro de Alemania. Su amigo Walter Rathenau, que era un gran empresario e intelectual y que en 1922 asumió el cargo de ministro de Asuntos Exteriores en Alemania, despreciaba a sus colegas, que le parecían carentes de personalidad, y le dijo a Kessler que el bolchevismo era "un sistema espléndido", que dominaría el mundo del siglo XXI. Anota Kessler que la conversación de Rathenau le pareció estéril, y su estado de ánimo "una mezcla de amargura y soberbia", pero se quedó horrorizado por el asesinato de Rathenau a manos de unos terroristas de extrema derecha. Él mismo iba perdiendo amigos, a medida que se acercaba a la izquierda, entre su círculo de clase alta, que empezaba a gravitar hacia el nazismo. Y aunque nunca se afilió formalmente al partido socialista, cada vez sentía más afinidad hacia sus políticas, y fue un gran defensor de la república de Weimar, entre cuyos dirigentes hizo nuevos amigos, como Gustav Stresemann, ministro de Asuntos Exteriores entre 1923 y 1929, y figura clave que contribuyó a reforzar la república y a darle peso de nuevo a Alemania en la escena internacional. El propio Kessler se esforzó en apoyo de la coalición liberal que gobernaba en su país y del orden internacional pacífico en el extranjero, acudiendo, por ejemplo, a reuniones de pacifistas europeos junto a su buen amigo Albert Einstein. En 1924, escribió: "Y ahora llega por fin mi último objetivo en la vida: contribuir, como primera medida y de una forma práctica, a la forja de una Europa unida. Hasta la guerra, lo intenté en el muy endeble y frágil nivel de la cultura". Pero, siendo como él era, siguió fascinado por todo lo nuevo: anota con placer que ha conocido a Josephine Baker en una fiesta privada donde bailó para los invitados "vestida solo con un mandil rosa al estilo moro" y que le pareció una mujer cautivadora, "pero casi antierótica".

A finales de esa decada, Kessler presenciaba horrorizado el avance de los nazis. Creía que la joven generación, tanto de izquierdas como de derechas, estaba cometiendo el error de buscar

una salida cayendo en algún tipo de creencia, una disciplina que le pudiera dar sentido y estructura a sus vidas. Tras la muerte de Stresemann, en 1929, ya no hubo ningún líder alemán con la capacidad ni el deseo de ponerse a la altura de Hitler. Los de derechas, alrededor del presidente Hindenburg, que cada día se encontraba más frágil de salud, estaban dejando que los nazis infringieran la ley, y en un acto de locura le dieron a Hitler la oportunidad de llegar a canciller a principios de 1933. Kessler no se creyó ni por un instante que el incendio del Reichtag, al mes siguiente, fuera accidental; lo vio, con razón, como la oportunidad que necesitaban los nazis para consolidar su dominio del estado y la sociedad alemanes. En marzo de ese año se fue a París, en principio de visita, pero estando allí recibió un aviso para que no regresara. Mandó a buscar sus efectos personales, pero se enteró entonces de que su criado se había vuelto seguidor de los nazis y no solo lo había denunciado sino que le había robado sus pertenencias. "En ocasiones –escribió Kessler– me parece estar en mitad de una pesadilla de la que me despertaré de repente". Y en abril de ese año anotó en el diario: "Ha empezado el abominable boicot a los judíos. Qué criminal muestra de demencia [...] No sabe uno decir qué sentimiento prevalece, si el asco o la compasión por estos seres descerebrados y malignos". Él siguió con su vida: visitaba a los amigos, leía, trabajaba en su autobiografía y asistía al teatro y a conciertos. Pero ya nada fue lo mismo: "Ahora tengo todo el rato la conciencia de un dolor sordo que late como el redoble de un bajo".

El dinero empezaba a escasearle, y su fiel hermana, que llevaba años financiándolo, ya no podía permitirse ayudarle tanto. Pasó un tiempo viviendo en Mallorca –allí fue donde dejó los diarios en la caja de seguridad de un banco–, pero su salud se iba deteriorando rápidamente, y en 1935 regresó a Francia, con la esperanza de que allí pudieran curarlo. Y aunque mejoró algo por un tiempo, el estallido de la Guerra Civil española en 1936 le hizo imposible regresar a Mallorca. Vivió durante sus últimos meses en una pensión provinciana francesa y murió en noviembre de 1937. Pocos asistieron a su funeral, y su muerte pasó casi inadvertida para la prensa.

Si no se hubieran conservado sus diarios, el conde Harry Kessler sería recordado hoy, en caso de que alguien lo recordara, como un personaje menor, situado en los márgenes de los círculos artísticos y con un papel poco importante en la política alemana. Por el contrario, en él hemos descubierto a un testigo presencial, infatigable y perspicaz, de algunos de los sucesos más importantes de la historia moderna de Europa.

Por la misma época en que la salud de Kessler se iba apagando y dejaba de escribir, otro alemán estaba en plena creación de su propio y notable diario, mucho más sombrío que el de Kessler pero escrito con la misma perspicacia y aguda percepción de las flaquezas y las rarezas humanas. Victor Klemperer, que había nacido en una familia judía culta y asimilada (el director de orquesta Otto Klemperer era primo suyo), primero intentó hacer carrera en el periodismo pero acabó como profesor de lenguas romances en la ciudad de Dresde. Aunque él se tomaba muy en serio sus artículos académicos, hoy se le recuerda por su diario, que nos brinda un relato detallado de lo que fue la vida en la Alemania de los años 30, a medida que se iba consolidando el poder de los nazis, y luego en los 40 durante la guerra de Hitler. Klemperer estaba casado con una mujer aria, de forma que bajo las dementes normas burocráticas nazis no tenía que ser enviado a los campos. Por el contrario, él y su mujer tuvieron que irse a vivir a una casa especialmente habilitada para parejas mixtas.

Las traducciones que hay al inglés de sus diarios empiezan en 1933, cuando los nazis llegan al poder. Klemperer se queja, como hará hasta el final de su texto, de su mala salud: se nota cansadísimo, aletargado y deprimido. Sufre un achaque tras otro, y vive en el temor constante de que el corazón, o los ojos, o los riñones, están a punto de fallarle: está seguro, y lo repite constantemente, de que no vivirá para ver el final del Tercer Reich. Y sin embargo, sigue investigando y escribiendo, trabajando en su biografía y estudiando a los escritores franceses. A la vez, empieza

un proyecto sobre la forma de hablar de los nazis, fijándose en las hipérboles, las continuas referencias al heroísmo y el valor, los muchos superlativos –la mayor victoria, el éxito más inmenso– y el recurso constante al lenguaje militar. Destaca además que los nazis deshumanizan al objeto de su odio denominándolo por ejemplo "el judío" o "el comunista", o de que alardean de sus sentimientos irracionales, de forma que por entonces se convierte en un halago decir que alguien es un fanático o que está preso de una ira ciega. Klemperer se mantiene fiel a su diario contra viento y marea, y en él van apareciendo los detalles cotidianos de su vida: las restricciones, cada vez más frecuentes, que lo rodean, las vergonzosas mezquindades que sufre, los momentos felices de los que a pesar de todo disfruta con su mujer amadísima, y sus propias reacciones y sentimientos ante los cambios que está experimentando Alemania. Hace comentarios sobre política y sobre la guerra, pero su objetivo, como dice, no es brindar una historia de su época, sino de sí mismo y del pequeño mundo que lo rodea, de la vida a ras del suelo.

Los nazis van extirpando toda posible oposición, y cada vez se vuelve más peligroso guardar en casa ciertas cosas: un libro o un dibujo pueden considerarse como algo subversivo, o una crítica contra el régimen. La policía secreta del país, la Gestapo, practicaba registros aleatorios, y poseer material sospechoso o prohibido conllevaba casi siempre la pena de muerte. En 1942, Klemperer escribió: "Seguiré escribiendo. Esta es *mi* heroicidad. ¡Quiero dar testimonio, un testimonio fidedigno!". Su mujer, que por ser aria aún tenía permitido moverse con libertad, sacaba a escondidas las páginas de la casa y se las llevaba a una amiga suya médica, que puso en peligro su propia vida por conservarlas.

Muy en contra de lo que se temía, Klemperer sobrevivió a los nazis y a la guerra, como su diario. Estaba decidido a seguir adelante, primero por el intenso amor que sentía hacia su mujer, y también porque quería presenciar, algún día, el fin de esos nazis criminales. Y junto a sus muchas quejas, temores y preocupaciones, sí que dio testimonio, semana tras semana, mes tras mes y año tras año. No existe un relato similar al suyo sobre la vida en la Alemania

nazi. Lo que le da a este diario tanta fuerza y tanto interés es que nos permite seguir sus pasos desde el principio: primero lo señalan como judío, posible objeto de persecución; luego, empieza una serie agobiante de privaciones, mezquindades y prohibiciones; llega entonces el miedo a la muerte, ubicuo, a manos de los nazis o por el bombardeo de los aliados. Como el propio Klemperer, el lector pasa de la sorpresa de descubrir lo que está pasando en Alemania bajo el Tercer Reich a procesar unos horrores cada vez mayores. Pero, al contrario que él, el lector también sabe hasta dónde seguirá empeorando la situación.

Los primeros signos de lo que iba a suceder aparecieron a principios de 1933. Klemperer se da cuenta de que cada vez son más quienes dicen "Heil, Hitler" a modo de saludo, y luego en que saludarse así se vuelve obligatorio. El círculo social de los Klemperer empezó a reducirse: algunos conocidos suyos se afiliaron al partido nazi y otros decidieron irse del país. Había que tener cada vez más cuidado con lo que se decía en las conversaciones, porque todo el mundo se había vuelto muy receloso de expresar cualquier crítica al régimen, y los disidentes empezaron a desaparecer, rumbo a los primeros campos de concentración. Se iba viendo ya claro que el estado estaba declarándole la guerra a muchos de sus propios ciudadanos: el acoso a los judíos se había vuelto ya aceptable y sin disimulos, y la prensa bajo el control nazi estaba llena de historias terribles y acusatorias sobre judíos. Por todo Dresde aparecieron carteles diciendo: "El que compra a un judío traiciona a la nación" o "Aquí no se admiten judíos". Klemperer se resistió a las presiones para unirse a una organización llamada "la comunidad judía", porque insistía en que él era de religión protestante y de nacionalidad alemana. Pero poco a poco tuvo que abandonar la esperanza de que el pueblo alemán se hartara y depusiera aquel régimen. Como anotó en su diario, los alemanes de a pie se quejaban entre dientes de los nazis, pero muchos sentían que eran preferibles a los comunistas.

Durante un tiempo, la vida de Klemperer siguió con relativa normalidad: a él y a Eva, su mujer, les encantaba ir al cine y, cuando pasaban la velada en casa, él le leía en voz alta. Aunque siempre

estaba preocupado por el dinero, sucumbió a la insistencia de ella y decidió construirse una casita en el pueblo de Dölzschen: le conmovió y maravilló el placer que ella sentía por aquella casa y su jardín, y se sorprendió gratamente de que fueran capaces de disfrutar de ello durante semejantes tiempos. En un momento de optimismo, se pregunta: "¿Por qué no van a suceder otros milagros?". También decidió aprender a conducir y se compró un coche pequeño con el que él y Eva hicieron excursiones por toda Alemania.

En 1934, llegó la primera de lo que luego sería una larga serie de exclusiones cada vez más punitivas para con los judíos: Klemperer se enteró de que los clubes alemanes para propietarios de gatos a partir de entonces solo admitían a arios. En la universidad, empezó a tener menos alumnos y le fueron quitando responsabilidades. Al año siguiente lo despidieron, pero tuvo más suerte que algunos de sus compañeros, porque a él aún le quedó una parte de la pensión. Empezaba a estar escaso de dinero, a pesar de eso, y tuvo que empeñar algunas de sus pertenencias. En su casa de Dölzschen, la policía del pueblo les registró para ver si tenían radios o armas que confiscarles, o tesoros culturales del pueblo alemán que tenían que llevarse para "salvaguardarlos". Cuando encontraron el sable oxidado que Klemperer guardaba de su servicio militar durante la Primera Guerra Mundial, le obligaron a presentarse en la comisaría, pero por entonces aún recibía un trato cortés. En septiembre de 1935, el gobierno aprobó las leyes de Núremberg "para la protección de la sangre y el honor alemanes", que sirvieron para aislar y excluir aún más a los judíos de la sociedad alemana. En 1936, Klemperer celebró el que según su descripción fue "el peor cumpleaños de mi vida". Primero le prohibieron acceder a la sala de lectura de la biblioteca y luego una bibliotecaria, sollozando, le comunicó que ya no tenía autorización para llevarse libros en préstamo.

Esas pequeñeces mezquinas y otras exclusiones más serias ya no dejaron de intensificarse. En 1938, la mujer de la limpieza que acudía al hogar de los Klemperer recibió una citación oficial y le comunicaron que seguir trabajando para un judío perjudicaría

gravemente el futuro de sus hijos, chico y chica. A partir de entonces, la pareja tuvo que ocuparse con gran sufrimiento del trabajo doméstico: la primera vez que lavaron los platos tardaron tres horas. Para entonces, los judíos ya no podían entrar en las salas de cine, ni conservar el permiso de conducir, así que Klemperer tuvo que renunciar a aquel vehículo gracias al que habían pasado tan buenos ratos. Luego se promulgaron las primeras prohibiciones de la práctica de ciertas profesiones: los médicos judíos desaparecieron de la lista de colegiados. Ahora todos los judíos tenían que llevar unas tarjetas especiales si querían usar los baños públicos, y un carnet de identidad con un apelativo judío: Klemperer se convirtió en Victor Israel. Para él fue una gran decepción que sus compatriotas les siguieran el juego a los nazis, pero sobre todo lo decepcionaban los intelectuales: sus colegas de profesión que no movieron un dedo por ayudarle, o los profesores que se integraron en la Sociedad Académica para el Estudio de los Judíos y publicaron artículos sobre las características inmutables y arraigadas en ellos, como la crueldad, las emociones violentas, la adaptabilidad o el remoto odio asiático. Klemperer escribió en el diario que se sentía como si a él y a su mujer los estuvieran enterrando vivos y no esperaran sino a que cayera sobre ellos la última palada de tierra.

En marzo de 1938 el *Anschluss,* la cómoda anexión de Austria por parte de Alemania, sirvió para aumentar la confianza y la brutalidad nazis, y su antisemitismo. Hitler atacaba sin cesar lo que en su opinión era el enemigo del mundo, el judeobolchevismo, y la prensa nazi estaba llena de historias sobre la maldad de los judíos. En noviembre de ese año, tuvo lugar lo que luego se denominó *Kristallnacht,* la noche de los cristales rotos: el ataque a las personas, las sinagogas y los negocios judíos por toda Alemania. Un amigo de los Klemperer les contó un episodio que había visto en Leipzig: la guardia de asalto roció con gasolina una sinagoga y unos grandes almacenes de propiedad judía, y luego les impidió a los bomberos que apagaran las llamas. Klemperer se desesperaba viendo cómo les volvían la espalda los demás países democráticos.

En Dölzschen, alguien les puso unas octavillas con la estrella de David de los judíos pegadas en la valla.

Cada vez más personas desaparecían rumbo a los campos de concentración. A Klemperer le llegaron informaciones sueltas desde Buchenwald, donde, según se decía, estaban muriendo entre veinte y treinta personas al día, y se mencionaba cada vez con más frecuencia que otros se suicidaban. Él y su mujer hablaron de irse –como muchos conocidos suyos habían hecho ya por entonces–, pero siempre había algo que los frenaba. Eva no se veía capaz de empezar de nuevo en un lugar desconocido: no quería dejar Alemania, ni su casa ni su jardín, y Victor no quería hacerla infeliz. "Aquí nos estamos atrincherando y aquí pereceremos", escribió Klemperer poco antes de que estallara la guerra. Y otro factor era el orgullo: el deseo de no depender de los familiares que ya habían abandonado el país, en especial no de su hermano Georg, mayor que él y con mejor posición, que se había instalado ya en Estados Unidos. No le quedaba más remedio que aceptar el dinero que Georg le ofrecía generosamente, pero a él le pesaba esa ayuda que le parecía paternalista. A pesar de todo esto, Klemperer dio algunos pasos destinados a tomar la decisión de irse, aunque nunca lo decidiera en firme: consiguió las direcciones de algunas personas que vivían en el extranjero y podrían ayudarlo; se ofreció para ir a dar clases o conferencias e incluso intentó, aunque sin mucha constancia, aprender inglés. Él y Eva valoraron el comprar pasajes para Australia o para Cuba, países en los que aún les era fácil entrar a los judíos, e incluso en algún momento pensaron en desplazarse a Rhodesia (la actual Zimbabwe) para poner allí una planta de agua mineral. (Lo que a Klemperer ni se le pasaba por la cabeza era emigrar a Palestina: fue firmemente antisionista). En cierta forma, se quedó más tranquilo cuando, en el verano de 1941, ya se vio claro que no quedaban opciones de irse del país: "Esto a nosotros nos viene de perlas. Ahora ya se han acabado todas las dudas". Solo podían suceder dos cosas: que Eva y él sobrevivieran, o que no.

Otro factor que lo ataba a Alemania era que, al menos ante sí mismo, él seguía siendo alemán. Como escribió en abril de 1942:

"*Pienso* como un alemán, *soy* alemán: ni yo me lo puse ni yo me lo puedo quitar". Y aunque por momentos sentía que Alemania no volvería a ser su sitio ni podría confiar en los alemanes nunca más, a ratos le parecía que todo era una pesadilla: "Yo soy alemán, y estoy esperando a que los alemanes regresen [...] No sé dónde se habrán escondido", escribió también en 1942.

El día de año nuevo de 1939, cuando el mundo estaba aún en paz, Klemperer repasó los lamentables hitos del año anterior, preguntándose si ya habrían llegado al último círculo del infierno. Sus lectores, por supuesto, sabemos ahora que no era así en absoluto. Con el estallido de la guerra, en el otoño de ese año, las condiciones de los judíos empeoraron todavía mucho más. En 1940, Klemperer recibió la orden de abandonar su casa, aunque seguía obligado a pagar los impuestos y el mantenimiento y, por la condición de aria de su esposa, le concedieron dos habitaciones cuando la mayor parte de los judíos solo disponía de una. La pareja se instaló en su primera "Casa de judíos", que según anota Klemperer era "un campo de concentración de categoría superior", donde tuvieron que sufrir las pequeñas incomodidades y frustraciones de la convivencia forzosa. A Klemperer lo agotaban las peleas sobre quién estaba usando demasiada agua caliente o quién se había llevado la ración de azúcar de quién, y le indignaba ver que muchos judíos como él seguían sintiéndose profundamente patriotas, y esperando que su país ganara la guerra. Él, por su parte, creía que solo la derrota traería el fin del régimen nazi. Además, se sentía superior a sus compañeros de vivienda, que le parecían poco cultos, y se quejaba de la casera que les había tocado, frau Voss, judía y viuda de un ario, bienintencionada pero muy habladora, y aficionada a dejarse caer por sus habitaciones sin avisar.

Los inquilinos tenían que aguantar además la brutalidad y el acoso gratuito de los oficiales de la Gestapo: menciona a dos de ellos a los que les daban los apodos de "Escupidor" y "Boxeador". La policía secreta registraba a menudo la casa, vaciando armarios y cajones, esparciendo la harina o el azúcar y destrozando lo que encontraban, fueran medicamentos o adornos navideños. Después

de uno de estos registros, Klemperer y su mujer descubrieron que habían abierto una cabeza de ajos y escondido los trozos por las habitaciones. La Gestapo, además, les robaba pertenencias: a veces, una botella de vino, y en otra ocasión la Cruz por Servicio que él había ganado en la Primera Guerra Mundial (aunque anota que no suelen llevarse los libros). Y los oficiales les preguntaban por qué no se suicidaban y les daban bofetadas a las mujeres arias, como la de Klemperer, llamándolas prostitutas y cerdas por haberse casado con hombres judíos. Muchas veces, obligaban a los judíos a acompañarlos a los cuarteles de la Gestapo, donde sufrían aún peores tratos; cuando alguien no volvía, como sucedía a menudo, a la familia se le comunicaba que había muerto de "un infarto".

La lista de prohibiciones y restricciones sigue aumentando: los judíos ya no pueden adquirir ciertos alimentos, como el chocolate, el pan de jengibre, el café, ciertas hortalizas, las naranjas, los huevos ni los helados. Tampoco pueden comprar flores, tabaco ni periódicos. Si poseen abrigos de pieles, prismáticos para la ópera o máquinas de escribir deben entregarlos a las autoridades. Tampoco podían tener teléfono ni mascotas (Klemperer y su esposa se vieron obligados a sacrificar a su amado gato). Si poseían medallas militares, como era el caso de Klemperer, ya no se les permitía ponérselas. A medida que pasaban los meses y los años, a los judíos se les fue prohibiendo comer en restaurantes, asistir a conciertos, usar los tranvías o pasear por los parques públicos y por ciertas calles de Dresde. Además, tenían un toque de queda obligatorio. Los comercios ya no estaban autorizados a servirles a domicilio, así que Klemperer se pasaba gran parte de la jornada haciendo colas para conseguir comida o carbón, y llevando a cuestas a su casa lo que encontraba, en unas alforjas o en un carrito prestado. Los judíos tampoco tenían ya derecho a cupones para ropa, sino que tenían que pedirla en la Comunidad Judía. Al principio, a Klemperer le impactó mucho tener que aceptar ropa de segunda mano procedente de alguien muerto, pero luego se alegraba de lo que le dieran. Y aunque cada día se viera más raído, nunca olvidó que él

era profesor: podía llevar las camisas muy gastadas, pero no dejó de usarlas con cuello duro y corbata.

Los diarios son todo un catálogo de la terrible pelea diaria por seguir adelante: la decepción cuando no encontraba comida, y los pequeños triunfos, por ejemplo cuando consigue un poco de carne de más, o un saquito de patatas. Donde antes se avergonzaba por tener que pedir dinero prestado, ahora se alegra por seguir aún con vida. Y el miedo nunca está lejos: él y su mujer no saben, cuando salen de casa, si volverán a verse. En marzo de 1941 estuvo a punto de la catástrofe cuando lo condenaron a una semana de cárcel por haber dejado una rendija de luz visible durante un apagón, y allí soportó todavía una degradación nueva, la de tener que sujetarse los pantalones cuando le quitaron el cinturón, y que además lo dejaran sin sus gafas y sin nada que leer. Dedicó el tiempo a pensar en su trabajo y a analizar si había sido un buen marido para Eva. Tuvo suerte, al contrario que otros muchos, de no morir misteriosamente mientras se hallaba detenido.

En septiembre de 1941 llegó una humillación nueva más: ahora todos los judíos tenían que llevar la estrella amarilla siempre que se dejaran ver en público. Al principio, a Klemperer le costaba mucho decidirse a salir a la calle, pero con el tiempo se acostumbró también a esta vergüenza, como se había ido acostumbrando a todas las anteriores, incluso a oír que los chicos de las juventudes hitlerianas le gritaban "¡Yid!" en plena calle. Por otra parte, también toma nota de algunos actos compasivos: el carnicero que le añade un poco de género a escondidas, el tendero que le regala chocolate o el ama de casa que le compra unas verduras que él tiene prohibidas por ser judío. Algunos desconocidos lo saludaban respetuosamente por las calles y le decían en voz baja que todo lo que les estaba sucediendo a los judíos era un grave error. En Dölzschen, la persona encargada de vigilar su casa por parte de las autoridades le defiende todo lo posible, y le habla sin ambages de lo poco que le gustan los nazis. Los amigos arios de Klemperer y su mujer les llevan comestibles y les cuentan las noticias que se oyen en las retransmisiones de la BBC, prohibidas entonces a los alemanes.

Klemperer, como muchos compatriotas suyos, presta cada vez más atención a los rumores a medida que se prolonga la guerra, y trata de leer entre líneas en los boletines oficiales de los nazis. Según cuenta, los soldados que regresan hablan de batallas brutales en el frente oriental, y de cuantiosas bajas alemanas. Al llegar 1943, Klemperer tiene la esperanza de que se acerque el fin: las victorias de los aliados en el norte de África, sus desembarcos en Italia seguidos del armisticio con el nuevo gobierno de ese país, y por fin el triunfo de los soviéticos en Stalingrado lo llenan de optimismo. Sin embargo, no consigue quitarse la preocupación de que quizá él y Eva no vivan para ver el final de la guerra.

A estas alturas, ya los habían hecho mudarse a otra Casa de Judíos aún más atestada, donde tenían que compartir la cocina y el aseo con varias familias. La comida escaseaba aún más y había ciudades alemanas –aunque todavía no Dresde– destruidas por las bombas de los aliados. Y seguía la sombra negra de la desaparición de cada vez más judíos, a los que se llevaban fuera de Alemania, sin que se supiera muy bien qué suerte corrían.

En los diarios se ve que Klemperer fue percibiendo muy poco a poco cuál era el verdadero objetivo de la Solución Final. Ya en 1941 sabía que a los judíos los estaban deportando hacia el este, en dirección a la Polonia ocupada, pero todavía se inclinaba por pensar que allí hacían trabajos forzados, e incluso que quizá recibían una alimentación suficiente y un trato digno por parte de los capataces de las fábricas. Pero en 1942 ya le habían llegado informes sobre algunos judíos que habían muerto fusilados de camino al este. Una enfermera le habló de la brutalidad de la evacuación, de cómo apelotonaban en camiones a los ancianos, muchos de ellos enfermos, sin la menor previsión de velar por ellos. Klemperer empezó a sospechar que a los incapaces de trabajar los eliminaban en secreto dentro de campos aislados, como Theresienstadt. Le aliviaba recordar que su hermana mayor, que había estado en las listas para uno de estos viajes en dirección al este, había muerto antes de partir. Y también oyó que Auschwitz era un campo de concentración especialmente espantoso, donde la gente moría por

exceso de trabajo; lo describió como "un matadero a turnos", y perdió toda esperanza de ver regresar a nadie que hubiera partido hacia allá, pero aún sin darse cuenta por completo del horror que estaban perpetrando los nazis. Cuando en 1944 se enteró de que según la BBC se estaba gaseando a los judíos todavía dudaba en creer que fuera verdad, pero poco a poco se fue convenciendo. Un soldado que acababa de regresar de Polonia a Dresde se encontró a un conocido de Klemperer llevando la estrella amarilla y le dijo: "¡He visto las cosas más terribles en Polonia, las más terribles! Eso habrá que pagarlo". También oyó historias sobre soldados alemanes que necesitaban unos tragos para cumplir las órdenes, y de algunos que preferían suicidarse antes que obedecer.

En 1933, Dresde tenía 4.600 judíos, definidos como tales en términos de religión; en 1945 quedaban 198. Hasta entonces, Klemperer se había librado gracias a su matrimonio, pero parecía haber llegado ya el fin. El 13 de febrero, un martes, se anunció que todos los judíos residentes en Dresde y capaces de trabajar debían presentarse para la deportación. Esa misma noche, los británicos bombardearon la ciudad y, en el caos del incendio y las ruinas, Klemperer y su mujer lograron escaparse de la Casa de Judíos. Él se arrancó la estrella amarilla de la ropa y consiguió una cartilla de racionamiento a nombre de un ario. A pie, y a veces haciendo algún tramo en carro si alguien les llevaba, la pareja anduvo errante por el campo tratando de encontrar comida y sitios donde dormir. El 7 de mayo, Alemania capituló y los Klemperer pusieron rumbo a Dölzschen dando un rodeo. El 10 de junio subían la cuesta que llevaba a la ciudad. Allí encontraron su casa, esperándolos.

Cuando la guerra fría partió Alemania en dos, Klemperer decidió quedarse en el lado oriental. Se reincorporó a sus clases y publicó libros sobre Voltaire y Rousseau, además de su ensayo sobre el lenguaje de los nazis. Murió en 1960, a los setenta y ocho años. Sus diarios sobrevivieron a los comunistas, igual que habían sobrevivido a los nazis.

Les debemos mucha gratitud a esas personas que, como Kessler y Klemperer, llevaron un testimonio escrito. Gracias a ellos podemos ver por dentro los sucesos, malos o buenos, de épocas pasadas. Nos ayudan a entender lo que debía de ser la vida en la corte de Luis XIV, o en la frontera canadiense, o en la Alemania nazi. Nos brindan unos detalles vívidos y maravillosos, esos detalles que se nos quedan y nos fijan las personalidades de otro tiempo: el tamaño del orinal de Bismarck, por ejemplo, o la dentadura picada de la princesita de Francia.

Si la historia es, como a mí me lo parece, un festín, el sabor se lo dan las personas. Algunos de los que he mencionado en este libro estuvieron en pleno centro de grandes sucesos, cambiaron el curso de la historia y contribuyeron a darle forma al mundo. A otros los he elegido por una serie de características que me resultan admirables, como la valentía, la apertura de mente, la curiosidad, o incluso porque simplemente me han parecido interesantes. Sin los individuos de entonces, nuestro entendimiento y nuestro disfrute del pasado serían más pobres, aunque seamos conscientes de que nunca se deben pasar por alto las corrientes históricas, con sus fuerzas y trayectorias subyacentes, sean las de la tecnología, o las de las estructuras políticas, o las de los valores sociales. Si no tuviéramos el trabajo de los historiadores para explicar el contexto –las estructuras de clase en el *ancien régime,* la turbulenta naturaleza del mundo en la década de 1930, o la evolución de la sociedad canadiense a lo largo de varios siglos–, se vería muy limitada nuestra capacidad de apreciar los diarios, las cartas o la autobiografía de un individuo en particular. Y sin embargo, si nos faltaran esos testimonios escritos también nos faltarían medios para pintar bien la escena de entonces y hacerla disfrutable para los lectores de historia.

Es esta interacción entre los individuos y el mundo que los rodea lo que crea la historia y le da vida para quienes la leemos desde el presente. Igual que necesitamos superar las limitaciones de nuestra propia perspectiva para intentar, con un ejercicio de imaginación y empatía, entender a nuestros coetáneos que provienen de entornos,

razas o etnias distintas, de igual forma deberíamos esforzarnos por contar con varias visiones desde ángulos distintos cuando se trata del pasado. Si solo leemos las cartas de Madame de Sévigné o los diarios de Charles Ritchie, nos perderemos muchísimas cosas: por ejemplo, cómo era la vida de un campesino o un artesano en la Francia del siglo XVIII, o la de un obrero o un granjero en el Canadá del siglo XX. Los historiadores han contribuido mucho a la recuperación de esas voces y a darnos una visión más completa de las sociedades pasadas.

Entonces, ¿la historia es solo un pasatiempo? ¿Una forma de hurgar en el pasado para hallar a personas interesantes y algunos chismorreos graciosos? En mi opinión, es mucho más que eso. Si nos quitamos la historia, nos privamos de unas herramientas muy útiles para entender nuestro mundo de ahora. Canadá fue fundada por las Primeras Naciones más los franceses y los británicos, a los que luego se unieron otros pueblos de todas partes del mundo. El orden en el que llegaron y la forma en que se mezclaron han hecho de la sociedad canadiense lo que es hoy. Y la pacífica evolución de Canadá, primero parte del imperio británico y luego nación plena, ha contribuido a darle forma a una sociedad que está basada en unos valores e instituciones tales como el respeto por la ley y el gobierno representativo. Deberíamos dar gracias por no llevar el peso de una revolución violenta o una guerra civil, como las que aún ensombrecen a Francia o Estados Unidos por ejemplo.

La historia puede ser peligrosa cuando se utiliza para enfrentar a unos pueblos con otros, o para justificar decisiones y acciones insensatas, destructivas o malvadas. Unas historias parciales y nacionalistas sirvieron de combustible a los horrores de la década de 1990, cuando Yugoslavia se hizo pedazos y los países vecinos se volvieron unos contra otros porque se les dijo que los otros pueblos, fueran los serbios, los croatas o los musulmanes bosnios, habían sidos enemigos siempre y seguirían siéndolo. También apelaron a la historia, como se hace con excesiva frecuencia, los gobiernos estadounidense y británico en 2003, para justificar la invasión y ocupación de Irak. Se nos dijo que, a menos que se derrocara a

Sadam Huseín, veríamos una repetición de los años 30, cuando los países democráticos fueron incapaces de detener a tiempo a Hitler, a Mussolini o a los militares japoneses. Pero el mal uso de la historia no es razón para ignorarla: por el contrario, deberíamos velar por que las generaciones actuales conozcan el pasado en toda su complejidad y reciban de ese conocimiento el mensaje, simple pero crucial, de que no hay una única visión correcta de la historia. Diríamos, más bien, que la historia es un proyecto en construcción, al que se va dando forma con materiales, interpretaciones y preguntas nuevos. Entender esto puede servir de vacuna contra personajes del tipo de Hitler y Stalin, los que afirman lisa y llanamente que ellos se limitan a obedecer los dictados de la historia.

El estudio de los individuos de antaño también nos hace conscientes de la importancia de las contingencias y del momento. Hay algunas preguntas que tenemos que hacernos: ¿qué hubiera sucedido si algunos personajes, digamos Churchill, o Stalin, o Hitler, no hubieran nacido o hubieran muerto antes de ser capaces de cambiar nada? Si Babur no hubiera conquistado la India, ¿en qué sería distinta la historia del subcontinente? ¿O la de la década de 1930 si Woodrow Wilson hubiera logrado su objetivo de que Estados Unidos se integrara en la Sociedad de Naciones? Si Champlain no hubiera conseguido establecer la primera colonia permanente en el río San Lorenzo (o si los británicos se le hubieran adelantado), ¿habría hoy presencia francesa en Canadá? La historia nos ayuda a pensar sobre nosotros mismos y sobre nuestro presente particular a partir de este tipo de preguntas.

Sin embargo, de la historia no podemos sacar unas instrucciones claras para tomar decisiones hoy, ni un plan de acción para anticiparnos al futuro. Ya hemos visto lo que puede suceder cuando los líderes políticos y de opinión afirman que están aplicando las lecciones del pasado. La historia tiene tanto alcance y una naturaleza tan proteica que una persona puede encontrar en ella justificación o ejemplos previos para cualquier cosa que desee hacer, sea buena o mala. La historia y sus personas no nos brindan más

que un humilde conocimiento y un humilde estímulo: el de que somos hasta cierto punto seres de nuestra época, pero capaces de trascender o poner en cuestión los límites. Tengo la esperanza de que esos individuos del pasado a los que he seleccionado aquí nos arrojen cierta luz a nosotros hoy sobre la complicada naturaleza de la humanidad, y sus muchas contradicciones, incoherencias, maldades y locuras pero también sobre sus virtudes. Por encima de todo, las personas de la historia nos hacen conscientes de la enorme capacidad para el bien y el mal que todos poseemos.

UNA NOTA SOBRE LA TERMINOLOGÍA

He optado por referirme a los pueblos nativos de Canadá como "indios", en parte para hacerme eco de la terminología de autores como Elizabeth Simcoe, a la que cito, y en parte porque no tenemos por ahora una designación acordada de entre las varias posibles: Primeras Naciones o pueblos aborígenes, nativos o indígenas.

UNA NOTA SOBRE LAS LECTURAS

He intentado sugerir algunas lecturas clave para cada capítulo, destinadas a quienes quieran profundizar en los asuntos o en las personas de los que se habla. Existe tal riqueza de autobiografías, diarios y cartas del pasado, junto con biografías e historias modernas de primera fila, que la lista para quienes quisieran seguir estudiando el pasado más a fondo podría ser extensísima. Aquí solo destacaré algunas lecturas que a mí me han resultado especialmente placenteras.

El punto de partida para cualquiera que se interese en los primeros tiempos del imperio romano sigue siendo *Vida de los doce césares,* de Suetonio, igual que los textos de Miguel Pselo sobre el imperio bizantino. Para quien tenga intéres en la corte de Catalina la Grande, las memorias de la pintora Louise Élisabeth Vigée-LeBrun le brindarán un vívido retrato de ese entorno, más el de la Francia revolucionaria. Los numerosos volúmenes de los diarios de Greville son lectura esencial para quien quiera saber más sobre la corte y la política británicas desde la década de 1790 hasta la de 1860; lo mismo se puede decir de las cartas de la princesa Lieven, que vivió en Londres entre 1812 y 1834 como esposa del embajador ruso.

A los lectores que se sientan particularmente atraídos por los encuentros entre los europeos y el resto del mundo en la época del imperialismo quizá les guste el libro de Maya Jasanoff *Edge of Empire: Lives, Culture, and Conquest in the East, 1750-1780* [Los límites del imperio: vidas, cultura y conquista en oriente, 1750-1780], o uno algo más antiguo, *Las riberas salvajes del amor,* de Lesley Blanch, que cuenta la historia de cuatro mujeres inglesas enamoradas de Arabia. Situado en una época posterior, *Escogimos las islas,* de Arthur Grimble, muestra el encuentro entre un joven e

ingenuo funcionario inglés y los habitantes de las remotas islas de los mares del Sur. En *Medicina para serpientes,* de Alberto Denti di Pirajno, se encuentran un médico italiano y los oriundos de lo que por entonces era una colonia italiana, Libia.

Entre la literatura de viajes, uno de mis favoritos es *Guía para viajeros inocentes* (1869), de Mark Twain, un libro muy divertido y perspicaz sobre sus viajes por Europa y oriente próximo; y *On Horseback through Asia Minor* [A caballo por Asia menor], del capitán Frederick Burnaby, que según se contaba fue el hombre más guapo del ejército británico de las décadas de 1860 y 1870. Un poco más adelante escribió Robert Byron su *Viaje a Oxiana,* contando sus aventuras en Irán y en las fronteras de Afganistán durante los años 30 del siglo XX, o *El tiempo de los regalos* y *Entre los bosques y el agua,* en los que Patrick Leigh Fermor relata su viaje de Inglaterra a Estambul durante esos mismos años.

NOTA DEL EDITOR EN ESPAÑOL

Existen traducciones de varios de los libros que se citan en este apartado.

SUETONIO, *Vida de los doce césares,* trs. vv., Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 2002.

PSELO, Miguel, *Vidas de los emperadores de Bizancio,* Juan Signes, tr., Gredos, Madrid, 2005.

BLANCH, Lesley, *Las riberas salvajes del amor,* C. Paytuvi, tr., Caralt, Barcelona, 1959.

GRIMBLE, Arthur, *Escogimos las islas,* Luis Correas, tr., Labor, Barcelona, 1968.

DENTI DI PIRAJNO, Alberti, *Medicina para serpientes,* Paloma Alonso, tr., Ediciones del Viento, A Coruña, 2005.

TWAIN, Mark, *Guía para viajeros inocentes,* Ediciones del Azar, Madrid, 2002.

BYRON, Robert, *Viaje a Oxiana,* Antoni Puigrós, tr., Península, Barcelona, 2000.

LEIGH FERMOR, Patrick, *El tiempo de los regalos / Entre los bosques y el agua,* Jordi Fibla, tr., RBA, Barcelona, 2017.

BIBLIOGRAFÍA Y SUGERENCIAS DE LECTURA

I
LA PERSUASIÓN Y EL ARTE DEL LIDERAZGO

BAKEWELL, Sarah, *How to Live, or a Life of Montaigne in One Question and Twenty Attempts at an Answer,* Londres, Vintage, 2011. [*Cómo vivir. Una vida con Montaigne. En una pregunta y veinte intentos de respuesta,* María Morés, tr., Barcelona, Ariel, 2011].

BLISS, Michael, *Right Honourable Men: The Descent of Canadian Politics from Macdonald to Mulroney,* Toronto, HarperCollins, 1995.

BOTHWELL, Robert, DRUMMOND, Ian y ENGLISH, John, *Canada, 1900-1945,* Toronto, University of Toronto Press, 1987.

BRANDS, H. W., *Traitor to His Class: The Privileged Life and Radical Presidency of Franklin Delano Roosevelt,* Nueva York, Doubleday, 2008.

BROWN, Archie, *The Myth of the Strong Leader: Political Leadership in Modern Politics,* Nueva York, Basic Books, 2014.

BURNS, James MacGregor, *Leadership,* Nueva York, Harper and Row, 1978.

—, Roosevelt: *The Lion and the Fox,* Nueva York, Harcourt, Brace, 1956. [*Roosevelt. El león y el zorro,* Carmelo Saavedra Arce, tr., México, Grijalbo, 1968].

CANNADINE, David, ed., *What Is History Now?,* Basingstoke, Reino Unido, Palgrave Macmillan, 2002. [*Qué es la historia ahora,* Francisco Santaella Serrano, tr., Granada, Almed, 2005].

CARR, E. H., *What Is History?,* segunda edición, Londres, Penguin, 1990. [*¿Qué es la historia?,* Joaquín Romero Maura, tr., Barcelona, Ariel, 2010].

CLARK, Christopher M., *Iron Kingdom: The Rise and Downfall of Prussia, 1600-1947,* Londres, Penguin, 2007. [*El reino de hierro. Auge y caída de Prusia, 1600-1947,* Carlo Caranci, tr., Madrid, La Esfera de los Libros, 2016].

COSTIGLIOLA, Frank, *Roosevelt's Lost Alliances: How Personal Politics Helped Start the Cold War,* Princeton, Princeton University Press, 2012.

CRAIG, Gordon A., *Germany, 1866-1945,* Oxford, Oxford University Press, 1980.

DAWSON, R. MacGregor, *William Lyon Mackenzie King: A Political Biography,* Toronto, University of Toronto Press, 1958.

FERNS, Henry y OSTRY, Bernard, *The Age of Mackenzie King: The Rise of the Leader,* Londres, Heinemann, 1955.

GILDEA, Robert, *Barricades and Borders: Europe 1800-1914,* Oxford, Oxford University Press, 2007.

HERRING, George, *From Colony to Superpower: U.S. Foreign Relations since 1776,* Nueva York, Oxford University Press, 2008.

HUTCHISON, Bruce, *The Incredible Canadian: A Candid Portrait of Mackenzie King, His Works, His Times, and His Nation,* Toronto, Longmans, Green, 1952.

KING, William Lyon Mackenzie, *The Diaries of William Lyon Mackenzie King,* transcripción accessible online en Library and Archives Canada, www.bac-lac.gc.ca.

KISSINGER, Henry, *Diplomacy,* Nueva York, Simon and Schuster, 1994. [*Diplomacia,* Mónica Utrilla, tr., Barcelona, Ediciones B, 2010].

LANGER, Uli, ed., *The Cambridge Companion to Montaigne,* Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

LEE, Hermione, *A Very Short Introduction to Biography,* Oxford, Oxford University Press, 2009.

MONTAIGNE, Michel de, *The Complete Essays,* M. A. Screech, tr., Londres, Penguin, 2003. [*Ensayos,* trs. vv., Barcelona, Penguin Clásicos, 2016].

PSELO, Miguel, *Fourteen Byzantine Rulers,* Londres, Penguin, 1966.

REYNOLDS, David, *From Munich to Pearl Harbor: Roosevelt's America and the Origins of the Second World War,* Chicago, Ivan R. Dee, 2001.

ROBERTSON, Gordon, *Memoirs of a Very Civil Servant: Mackenzie King to Pierre Trudeau,* Toronto, University of Toronto Press, 2000.

STEINBERG, Jonathan, *Bismarck: A Life,* Oxford, Oxford University Press, 2011.

TOUR DU PIN GOUVERNET, Henriette Lucie, Marquise de la, *Memoirs of Madame de la Tour du Pin,* Felice Harcourt, tr. y ed., Londres, Harvill, 1971.

WATT, D. C., *Personalities and Politics: Studies in the Formulation of British Foreign Policy in the Twentieth Century,* Londres, Longmans, 1965.

WILLS, Garry, *Certain Trumpets: The Call of Leaders,* Nueva York, Simon and Schuster, 1994.

II

LA ARROGANCIA

BULLOCK, Alan, *Hitler and Stalin: Parallel Lives,* Nueva York, Knopf, 1992. [*Hitler y Stalin. Vidas paralelas,* Pedro Gálvez Séneca, tr., Madrid, Kailas, 2016].

CLARK, Alan, *Diaries,* Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1993.

COOPER, John Milton, *Woodrow Wilson: A Biography,* Nueva York, Knopf, 2009.

EVANS, Richard J., *Altered Pasts: Counterfactuals in History,* Waltham, Massachusetts, Brandeis University Press, 2013.

KERSHAW, Ian, *Fateful Choices: Ten Decisions That Changed the World, 1940-1941,* Londres, Allen Lane, 2007. [*Decisiones trascendentales: de Dunquerque a Pearl Harbor (1940-1941). El año que cambió la historia,* Ana Escartín Arilla, tr., Barcelona, Península, 2013].

—, *Hitler,* vol. 1, *1889-1936: Hubris,* Londres, Allen Lane, 1998.

—, *Hitler,* vol. 2, 1*936-1945: Nemesis,* Londres, Penguin, 2001. [En español se publicó en un único volumen, *Hitler,* Yolanda Fontal y Carlos Sardina, trs., Madrid, La Esfera de los Libros, 2009].

—, *Hitler, the Germans, and the Final Solution,* New Haven, Yale University Press, 2008. [*Hitler, los alemanes y la solución final,* Isabel Murillo Fort, tr., Madrid, La Esfera de los Libros, 2009].

KING, Anthony. "The Outsider as Political Leader: The Case of Margaret Thatcher", *British Journal of Political Science,* 32, n.º 3, julio de 2002, pp. 435-454.

KOTKIN, Stephen, *Stalin,* vol. 1, *Paradoxes of Power, 1878-1928,* Nueva York, Penguin, 2014.

LEBOW, Richard Ned, *Archduke Franz Ferdinand Lives! A World without World War I,* Nueva York, Palgrave Macmillan, 2013.

MACMILLAN, Margaret, *Paris 1919: Six Months That Changed the World,* Nueva York, Random House, 2002. [*París, 1919,* Jordi Beltrán Ferrer, tr., Barcelona, Tusquets, 2017].

MOORE, Charles, *Margaret Thatcher: The Authorized Biography,* vol. 1, *Not for Turning,* Londres, Allen Lane, 2013.

SNYDER, Timothy, *Bloodlands: Europe between Hitler and Stalin,* Nueva York, Basic Books, 2010. [*Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin,* Jesús de Cos Pinto, tr., Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017].

TUCKER, Robert C., *Stalin as Revolutionary, 1879-1929: A Study in History and Personality,* Nueva York, Norton, 1973.

—, *Stalin in Power: The Revolution from Above, 1928-1941,* Nueva York, Norton, 1990.

WALDEGRAVE, William, *A Different Kind of Weather: A Memoir,* Londres, Constable, 2015.

WEBER, Max, *The Theory of Political and Social Organization,* A. M. Henderson y Talcott Parsons, trs., Nueva York, Oxford University Press, 1947.

WIDENOR, William C., *Henry Cabot Lodge and the Search for an American Foreign Policy,* Berkeley, University of California Press, 1983.

YOUNG, Hugo, *One of Us: A Biography of Margaret Thatcher,* Londres, Macmillan, 1991. [*Margaret Thatcher,* Madrid, ABC, 2005].

III
LA OSADÍA

ABULAFIA, David, *The Discovery of Mankind: Atlantic Encounters in the Age of Columbus,* New Haven, Yale University Press, 2008. [*El descubrimiento de la humanidad. Encuentros atlánticos en la era de Colón,* Rosa María Salleras Puig, tr., Barcelona, Crítica, 2009].

ALANBROOKE, Field Marshal Lord, *War Diaries, 1939-1945,* Alex Danchev y Daniel Todman, eds., Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2001.

AMBROSE, Stephen E., *Nixon,* vol. 1, *The Education of a Politician, 1913-1962,* Nueva York, Simon and Schuster, 1987.

—, *Nixon,* vol. 2, *The Triumph of a Politician, 1962-1972,* Nueva York, Simon and Schuster, 1989.

BEAVERBROOK, Baron (Max Aitken), *Men and Power, 1917-1918,* Londres, Hutchinson, 1956.

BROOKS, Timothy, *Vermeer's Hat: The Seventeenth Century and the Dawn of the Global World,* Londres, Profile, 2008.

CHISHOLM, Anne y DAVIE, Michael, *Beaverbrook: A Life, Londres,* Hutchinson, 1992.

CHAMPLAIN, Samuel de, *Voyages, 1604-1618,* Nueva York, Barnes & Noble, 1959.

—, *Voyages to New France: being a narrative of the many remarkable things that happened in the West Indies in the years 1599-1601, with an account of the manners and customs of the savages of Canada and a description of that country in the year 1603,* Michael Macklem, tr., Ottawa, Oberon, 1971.

—, *Voyages to New France: being an account of the manners and customs of the savages and a description of the country, with a history of the many remarkable things that happened in the*

years 1615 to 1618, Michael Macklem, tr., Ottawa, Oberon, 1970.

DAVIS, Wade, *Into the Silence: The Great War, Mallory, and the Conquest of Everest,* Nueva York, Knopf, 2011.

FISCHER, David Hackett, *Champlain's Dream,* Nueva York, Simon & Schuster, 2008.

FRANK, Jeffrey, *Ike and Dick: Portrait of a Strange Political Marriage,* Nueva York, Simon and Schuster, 2013.

GOH, Evelyn, *Constructing the U.S. Rapprochement with China, 1961-1974: From "Red Menace" to "Tacit Ally",* Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

—, "Nixon, Kissinger, and the 'Soviet Card' in the U.S. Opening to China, 1971–1974", *Diplomatic History,* 29, n.º 3, junio de 2005, pp. 475-502.

HEIDENREICH, Conrad y RITCH, K. Janet, *Samuel de Champlain before 1604: Des Sauvages and Other Documents Related to the Period,* Montreal, McGill-Queen's University Press, 2010.

HOLMES, Richard, *Falling Upwards: How We Took to the Air,* Nueva York, Pantheon, 2013.

ISAACSON, Walter, *Kissinger: A Biography,* Nueva York, Simon and Schuster, 1992.

JENKINS, Roy, *Churchill: A Biography,* Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2001. [*Churchill,* Carme Camps, tr., Barcelona, Península, 2014].

LEWIS, Michael, *The Big Short: Inside the Doomsday Machine,* Nueva York, W. W. Norton, 2011. [*La gran apuesta,* Francisco José Ramos Mena, tr., Barcelona, Debate, 2013].

LI, Zhisui, *The Private Life of Chairman Mao: The Memoirs of Mao's Personal Physician, Tai Hung-Chao,* tr., Nueva York, Random House, 1994. [*La vida privada del presidente Mao,* Carlos Pujol Lagarriga, tr., Barcelona, Planeta, 1995].

LITALIEN, Raymonde, *Champlain: The Birth of French America,* Montreal, McGill-Queen's University Press, 2004.

LUKACS, John, *Five Days in London, May 1940,* New Haven, Yale University Press, 1999. [*Cinco días en Londres. Mayo 1940,* Ramón García, tr., Madrid-México D. F., Turner-FCE, 2001].

MACMILLAN, Margaret, *Nixon in China: The Week That Changed the World,* Toronto, Viking Canada, 2006.

MANN, James, *About Face: A History of America's Curious Relationship with China, from Nixon to Clinton,* Nueva York, Knopf, 1999.

MARCHILDON, Gregory P., *Profits and Politics: Beaverbrook and the Gilded Age of Canadian Finance,* Toronto, University of Toronto Press, 1996.

REITH, Baron, *The Reith Diaries,* Charles Stuart, ed., Londres, Collins, 1975.

SHORT, Philip, *Mao: A Life,* Londres, Hodder and Stoughton, 1999. [*Mao,* David Martínez Roble, tr., Barcelona, Planeta, 2016].

SORKIN, Andrew Ross, *Too Big to Fail: The Inside Story of How Wall Street and Washington Fought to Save the Financial System and Themselves,* Nueva York, Viking, 2009.

TAYLOR, A. J. P., *Beaverbrook,* Londres, Hamish Hamilton, 1972.

TETT, Gillian, *Fool's Gold,* Nueva York, Free Press, 2009.

VON KROCKOW, Christian, *Hour of the Women,* Boston, Faber and Faber, 1993.

YOUNG, Kenneth, *Churchill and Beaverbrook: A Study in Friendship and Politics,* Londres, Eyre and Spottiswoode, 1966.

IV
LA CURIOSIDAD

BAYLEY, Emily, Lady Clive y METCALFE, Sir Thomas, *The Golden Calm: An English Lady's Life in Moghul Delhi: Reminiscences,* M. M. Kaye, ed., Nueva York, Viking, 1980.

CARRINGTON, Dorothy,*Granite Island: A Portrait of Corsica,* Harmondsworth, Reino Unido, Penguin, 1984.

CHEESERIGHT, Paul, "Queen without a Throne: Ursula Graham Bower and the Burma Campaign", *Asian Affairs 45,* n.º 2, junio de 2014, pp. 289-299.

DURHAM, Mary Edith, *Albania and the Albanians: Selected Articles and Letters 1903-1944,* Bejtullah Destani, ed., Londres, Centre for Albanian Studies, 2001.

—, *High Albania,* Londres, Virago, 1985.

—, *Through the Lands of the Serb,* Londres, E. Arnold, 1904.

—, *Twenty Years of Balkan Tangle,* Londres, Allen and Unwin, 1920.

EDEN, Emily, *Up the Country: Letters Written to Her Sister from the Upper Provinces of India,* Londres, Virago, 1983.

EDEN, Fanny, *Tigers, Durbars and Kings: Fanny Eden's Indian Journals, 1837-1838,* Janet Dunbar, transcrip. y ed., Londres, John Murray, 1988.

FITZHERBERT, Margaret,*The Man Who Was Greenmantle: A Biography of Aubrey Herbert,* Londres, John Murray, 1983.

GRAHAM BOWER, Ursula,*Naga Path,* Londres, John Murray, 1952.

JASANOFF, Maya,*Liberty's Exiles: American Loyalists in the Revolutionary World,* Nueva York, Knopf, 2011.

MOOREHEAD, Caroline,*Freya Stark,* Harmondsworth, Reino Unido, Penguin, 1985.

MURPHY, Dervla,*Full Tilt: From Dublin to Delhi with a Bicycle,* Londres, John Murray, 1965.

PARKES, Fanny, Begums,*Thugs & Englishmen: The Journals of Fanny Parkes,* William Dalrymple, selec. y ed., Londres, Penguin, 2003.

SIMCOE, Elizabeth Posthuma,*Mrs. Simcoe's Diary,* Mary Quayle Innis, ed., Toronto, Dundurn, 2007.

TAYLOR, Alan,*The Civil War of 1812: American Citizens, British Subjects, Irish Rebels, & Indian Allies,* Nueva York, Knopf, 2012.

TANNER, Marcus,*Albania's Mountain Queen: Edith Durham and the Balkans,* Londres, I. B. Tauris, 2014.

WALLACH, Janet,*Desert Queen: The Extraordinary Life of Gertrude Bell, Adventurer, Adviser to Kings, Ally of Lawrence of Arabia,*

Nueva York, Doubleday, 1996.
WINSTONE, H. V. F.,*Gertrude Bell,* Londres, Quartet, 1980.

V
OBSERVADORES

BABUR, emperador del Indostán,*The Baburnama: Memoirs of Babur, Prince and Emperor,* Wheeler M. Thackston, tr., Nueva York, Random House, 2002.

COCHRAN, Peter,*The Burning of Byron's Memoirs: New and Unpublished Essays and Papers,* Newcastle upon Tyne, Reino Unido, Cambridge Scholars Publishing, 2014.

COMNENA, Anna,*The Alexiad of Anna Comnena,* E. R. A. Sewter, tr., Middlesex, Reino Unido, Penguin, 1969.

DALE, Stephen F., "The Poetry and Autobiography of the Bâbur-nâma",*Journal of Asian Studies,* 55, n.º 3, 1996, pp. 635-664.

EASTON, Laird M.,*The Red Count: The Life and Times of Harry Kessler,* Berkeley, University of California Press, 2002.

GASCOIGNE, Bamber,*The Great Moghuls,* Londres, Jonathan Cape, 1971. [*Los grandes mogoles,* Esteban Riambau, tr., Barcelona, Noguer y Caralt, 1972].

GLENDINNING, Victoria, ed., con ROBERTSON, Judith, *Love's Civil War: Elizabeth Bowen and Charles Ritchie, Letters and Diaries, 1941-1973,* Londres, Simon and Schuster, 2009.

GRAY, Charlotte, *Sisters in the Wilderness: The Lives of Susanna Moodie and Catharine Parr Traill,* Toronto, Viking, 1999.

KESSLER, Conde Harry, *Berlin in Lights: The Diaries of Count Harry Kessler (1918-1937),* Charles Kessler, tr. y ed., Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1971.

—, *Journey to the Abyss: The Diaries of Count Harry Kessler, 1880-1918,* Laird M. Easton, tr. y ed., Nueva York, Random House, 1911. [En español los diarios de Harry Kessler se han publicado

como *Diario (1893-1937),* Raúl Gabás Pallás, tr., Barcelona, La Vanguardia Editorial, 2015].

KLEMPERER, Victor, *I Shall Bear Witness: The Diaries of Victor Klemperer, 1933–41,* Martin Chalmers, tr., Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1998.

—, *I Will Bear Witness: A Diary of the Nazi Years 1942-1945,* Martin Chalmers, tr., Nueva York, Modern Library, 2001. [*Quiero dar testimonio hasta el final,* 2 vols., Carmen Ganger, tr., Barcelona, Círculo de lectores/Galaxia Guttemberg, 2003].

MAALOUF, Amin, *The Crusades through Arab Eyes,* Jon Rothschild, tr., Londres, Al Saqi, 1984. [*Las cruzadas vistas por los árabes,* María Teresa Gallego y María Reverte, trs., Madrid, Alianza, 2012].

MCCLUNG, Nellie, *The Complete Autobiography: Clearing in the West & The Stream Runs Fast,* Veronica Strong-Boag y Michelle Lynn Rosa, trs., Peterborough, Ontario, Broadview, 2003.

NORTON, Lucy, *Saint-Simon at Versailles,* Londres, Penguin, 1985.

RITCHIE, Charles,*An Appetite for Life: The Education of a Young Diarist, 1924-1927,* Toronto, McClelland and Stewart, 2001.

—, *The Siren Years: A Canadian Diplomat Abroad, 1937-1945,* Toronto, McClelland and Stewart, 2001.

ROQUEBRUNE, Robert de, *Testament of My Childhood,* Toronto, University of Toronto Press, 1964.

ROSS, Alex, "Diary of an Aesthete: Count Harry Kessler Met Everyone and Saw Everything", *New Yorker,* 23 de abril, 2012.

SéVIGNé, Marie de Rabutin-Chantal, marquesa de, *Selected Letters,* Leonard Tancock, tr., Londres, Penguin, 1982. [En español se han publicado varias selecciones de cartas de la marquesa de Sévigné, la más reciente ha sido *Cartas a la hija,* Laura Freixas, tr., Barcelona, El Aleph, 1997].

TOMALIN, Claire, *Samuel Pepys: The Unequalled Self,* Londres, Penguin, 2002.

TRUDEL, Marcel, *Memoirs of a Less Travelled Road: A Historian's Life,* Jane Brierley, tr., Montreal, Véhicule, 2002.

WATT, D. C., *Personalities and Politics: Studies in the Formulation of British Foreign Policy in the Twentieth Century,* Londres, Longmans, 1965.

AGRADECIMIENTOS

*E*ste libro y las conferencias en las que se basa provienen de muchos años de lecturas y charlas sobre historia con demasiadas personas como para nombrarlas aquí y darles las gracias a todas. Les he dedicado este libro a mis muchos estudiantes de todos estos años, por cómo me han animado, quizá sin darse cuenta, a explicar la historia con la mayor claridad que me fuera posible. Los alumnos de Ryerson fueron los primeros y los mejores en enseñarme, y su contribución resultó fundamental para aprender a hacerles la historia relevante y, eso espero, divertida. Todavía guardo como un tesoro el comentario de un alumno de ingeniería medioambiental que me dijo, tras una charla mía sobre Napoleón, que había sido más interesante que otra que acababa de oír sobre lodos industriales.

Les debo mucho a mis antiguos amigos y compañeros de Toronto en la universidad de Ryerson y en la universidad de Toronto, y a los más nuevos pero igualmente valiosos de Oxford en la facultad de historia, en el departamento de política y relaciones internacionales, y en particular a los de St. Antony's, que son la mejor comunidad intelectual del mundo.

Aunque me cuesta mucho señalar a algunas personas en particular, debo darles las gracias especialmente a Bob Bothwell, Avi Shlaim, Gwyn Daniel, Paul Betts, Noah Richler, Hermione Lee y John Barnard por la paciencia que han demostrado charlando sobre mis ideas conmigo. También siento la mayor gratitud hacia Hermione por haberme invitado a dar una charla en su centro Life Writing del Wolfson College, porque allí pude poner a prueba algunas de estas ideas.

Caroline Dawnay es a la vez mi gran amiga y mi agente, y tengo la misma suerte con mis editores, Sarah MacLachlan en House of

Anansi y Andrew Franklin en Profile. Los tres me han ayudado mucho con ideas y sugerencias valiosas. Ambas editoriales tienen además un equipo excelente, con el que es un placer trabajar: en Anansi, Janie Yoon, la editora; Peter Norman, el editor de mesa; Alysia Shewchuk, la diseñadora; y Laura Meyer, la jefa de prensa; en Profile, Penny Daniel, editora en jefe, Peter Dyer, el director de arte; y Valentina Zanca, la jefa de prensa. En la Canadian Broadcasting Corporation, Philip Coulter y Greg Kelly hicieron magia, como suelen, para convertir una serie de charlas en un libro. También me gustaría darles las gracias a Hugh Segal, el director del Massey College, y a su eficaz administradora Anna Luengo, por el apoyo que siguen dándole a las charlas.

Como siempre, termino dándole las gracias a mi extensa y muy amada familia, cuyos miembros siempre están dispuestos a discutir mis ideas, leer mis manuscritos, sugerir títulos, venir a mis conferencias o animarme cuando me bloqueo. Espero que ya sepan hasta qué punto me siento en deuda con ellos y agradecida. No los voy a enumerar a todos, sino solo a una persona: mi madre, Eluned, que es la lectora que tengo en mente cuando escribo, y la que siempre mejora mi trabajo con sus comentarios amables pero firmes.

Las Massey Lectures están cofinanciadas por CBC Radio,
House of Anansi Press y el Massey College de la universidad de Toronto. Este programa fue creado en honor del Honorable Vincent Massey,
que fue gobernador general de Canadá, y se inauguró en 1961 para brindar un foro radiofónico donde los principales pensadores contemporáneos pudieran analizar los asuntos más importantes de nuestros días.

¡Gracias por comprar este ebook!

Para ver otros títulos de la colección,
pincha aquí

Síguenos en
www.turnerlibros.com



TurnerLibros



EditorialTurner



editorialturner



Margaret MacMillan

1914

De la paz a la guerra

TURNER NOEMA



1914

MacMillan, Margaret
9788415427834
864 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El relato definitivo de las fuerzas políticas, culturales, militares y personales que llevaron a Europa hacia la Gran Guerra. La Primera Guerra Mundial puso fin a un largo periodo de paz sostenida en Europa: una época en la que se hablaba confiadamente de prosperidad, de progreso y de esperanza. Y sin embargo, en 1914 el continente se lanzó de cabeza a un conflicto catastrófico, que mató a millones de personas, desangró las economías nacionales, derrumbó imperios y puso fin para siempre a la hegemonía mundial europea. Fue una guerra que hubiera podido evitarse hasta el último momento. La pregunta es: ¿por qué se produjo? Empezando en el siglo xix y acabando con el asesinato del archiduque Francisco Fernando, la gran historiadora Margaret MacMillan desvela la compleja red de alianzas, cambios políticos y tecnológicos, decisiones diplomáticas y, sobre todo, personalidades y debilidades humanas que llevaron a Europa al desastre. Una narración imprescindible para conocer el mundo de hoy entendiendo mejor el de hace un siglo.

Cómpralo y empieza a leer


La máscara del mando
Un estudio sobre el liderazgo
JOHN KEEGAN
TURNER NOEMA

La máscara del mando

Keegan, John
9788416354511
440 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Desde los tiempos de Alejandro Magno, hay una pregunta que obsesiona al líder militar: ¿dónde he de estar en la batalla? ¿En primera línea? ¿Un poco hacia la retaguardia, para dirigir mejor a las tropas¿ ¿O mejor no pisar el frente, y controlar sobre el plano desde mi cuartel de campaña? En resumen: ¿cuál es el papel y el lugar del líder? ¿Es lo mismo líder que héroe? Keegan analiza las personalidades de cuatro generales históricos, cada uno un reflejo de su tiempo: Alejandro, el superhombre que arriesgaba su vida junto a su tropa; Wellington, el gentleman, dispuesto a luchar únicamente cuando era necesario; Grant, el demócrata que no se consideraba superior a los suyos; y Hitler, que arengaba a sus tropas apelando a heroísmos pasados escondido en su búnker, a cuentos de kilómetros del frente. Keegan se atreve a esbozar un quinto líder, que surgirá de la era nuclear: un posthéroe que basará sus decisiones en la racionalidad y en los cálculos, y cuyo objetivo será evitar la guerra más que ganarla.

Cómpralo y empieza a leer


Últimas voluntades
Memorias de un historiador
JOHN LUKACS
TURNER NOEMA

Últimas voluntades

Lukacs, John
9788415427728
200 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un maestro de historiadores nos brinda la elocuente y personal autohistoria de su vida y sus ideas. Países, recuerdos, familia, amores y amigos, éxitos, libros, trabajos, casas... Ochenta y cinco años (los que tenía su autor cuando este libro se publicó originalmente) dan para mucho. El genio de Lukacs, el mismo que anima sus extraordinarias obras históricas, es saber condensar esta larga vida dedicada a la literatura y la historia en unas páginas breves, ligeras, en las que desgrana a la vez el relato de su vida y su profunda visión de la historia y del conocimiento.

Cómpralo y empieza a leer


La España vacía
Viaje por un país
que nunca fue
SERGIO DEL MOLINO
TURNER NOEMA

La España vacía

Molino, Sergio del
9788416714667
400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un viaje histórico, biográfico y sentimental por un país deshabitado dentro de España. En solo veinte años, entre 1950 y 1970, el campo español se vació. Las consecuencias de este éxodo marcan el carácter de la España de hoy. Un ensayo emocionante y necesario sobre las raíces de un desequilibrio que hace tanto daño a la ciudad como al campo. Un viaje a los pueblos de la España vacía y un análisis de la literatura, el cine y la historia que los relata. "Hay que viajar muy al norte, hasta Escandinavia, para encontrar en Europa unas densidades de población tan bajas como las de la España vacía".

Cómpralo y empieza a leer


LINGO
Guía de Europa para
el turista lingüístico
GASTON DORREN
TURNER NOEMA

Lingo

Dorren, Gaston
9788416714650
374 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Bienvenido a Europa como nunca la has visto: a través de las peculiaridades de sus idiomas y dialectos. Gaston Dorren mezcla la lingüística y la historia cultural y nos conduce a un fascinante tour por el continente, desde el protoindoeuropeo (el antepasado común de las lenguas europeas) hasta el triunfo del inglés, pasando por las complejidades de los plurales del galés y la pronunciación checa. Por el camino aprenderemos por qué el esperanto no prospera, qué les sorprende más a los extranjeros que intentan aprender español y por qué el finés es el idioma europeo más fácil de aprender. ¿Preparados? Sorprendente, ingeniosa y lleno de datos extraordinarios, "Lingo" cambiará nuestra forma de entender el lenguaje.

Cómpralo y empieza a leer